

MIKE LIGHTWOOD

EL FUEGO

EN EL QUE

ARDO

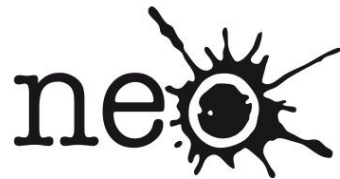


neo 

MIKE LIGHTWOOD

EL FUEGO  
EN EL QUE  
ARDO

Plataforma  
Editorial



Primera edición en esta colección: enero de 2016

© Mike Lightwood, 2016

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2016

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

[www.plataformaeditorial.com](http://www.plataformaeditorial.com)

[info@plataformaeditorial.com](mailto:info@plataformaeditorial.com)

Depósito legal: B. 28749-2015

ISBN: 978-84-16620-20-3

Diseño de cubierta: Lola Rodríguez

Ilustraciones de Hugo Díaz González

Composición: Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)).

# ÍNDICE

*Nota del autor*

*Prólogo*

**Primera parte. Animal City**

**Capítulo 1**

**Capítulo 2**

**Capítulo 3**

**Capítulo 4**

**Capítulo 5**

**Capítulo 6**

**Capítulo 7**

**Capítulo 8**

**Capítulo 9**

**Capítulo 10**

**Capítulo 11**

**Capítulo 12**

**Segunda parte. Ghosttown**

**Capítulo 13**

**Capítulo 14**

**Capítulo 15**

**Capítulo 16**

**Capítulo 17**

**Capítulo 18**

**Capítulo 19**

**Capítulo 20**

**Capítulo 21**

**Capítulo 22**

**Capítulo 23**

**Capítulo 24**

**Capítulo 25**

**Capítulo 26**

**Capítulo 27**

**Capítulo 28**

**Capítulo 29**

**Capítulo 30**

**Tercera parte. Lionheart**

**Capítulo 31**

**Capítulo 32**

**Capítulo 33**

**Capítulo 34**

**Capítulo 35**

**Capítulo 36**

**Capítulo 37**

**Capítulo 38**

**Capítulo 39**

**Capítulo 40**

**Capítulo 41**

**Capítulo 42**

**Capítulo 43**

**Capítulo 44**

**Capítulo 45**

**Capítulo 46**

**Capítulo 47**

**Capítulo 48**

***Agradecimientos***

Para Ana, porque prometí  
que la primera sería tuya.

Para María Villalón, por haberme prestado tu fuego.

Y para todos los que alguna vez se han sentido  
como el protagonista de esta historia.

# NOTA DEL AUTOR

No es fácil crecer teniendo una orientación sexual distinta a la de la mayoría, a la que la sociedad te impone como «normal». Yo, por suerte, lo tuve relativamente fácil, y siempre pude contar con el apoyo incondicional de mi familia y mis amigos. Pero sé que lo mío fue solo eso: suerte. Durante los últimos seis o siete años he conocido a muchos adolescentes LGBT+ en situaciones mucho más difíciles que la mía, adolescentes que a menudo se sentían perdidos o se odiaban a sí mismos, y mi objetivo siempre ha sido el mismo: tratar de ayudarlos. Aunque con algunos he perdido el contacto, con muchos sigo hablando, y me llena de orgullo ver lo mucho que han mejorado con el tiempo, cómo han aprendido a quererse y a luchar por su propia felicidad.

El problema es que yo soy solo una persona, y los que sufren a causa de su orientación sexual son demasiados. La idea para esta novela surgió en mi mente con un propósito claro: ojalá pudiera escribir un libro que consiguiera llegar y ayudar más fácilmente a alguno de los miles de adolescentes que viven atormentados por su orientación sexual. De inmediato, mi primer impulso fue descartar la idea, pues me veía incapaz de escribirla; y una vez empezada después de numerosas dudas, fueron muchos los baches y las pausas que me hicieron estar a punto de abandonarla más de una vez.

Sin embargo, continuamente había algo, ya fuera alguna noticia o alguna conversación, que me convencía de que era necesario continuar, de que tenía que hacerlo. Esta novela no se basa en una historia real, pero la mayoría de las situaciones que tienen lugar en ella sí que están basadas en casos reales, a menudo de personas que conozco. Todos los adolescentes de los que hablaba antes son una parte del protagonista de esta historia.

Lejos de lo que pueda parecer, la homofobia no es algo del pasado: sigue estando muy presente en nuestra sociedad, y millones de personas sufren cada

día a causa de ello. Por mucho que parezca que hemos avanzado, la triste realidad es que son muchas las personas que mueren a consecuencia de la homofobia, ya sea por algún ataque o por suicidio. Mi intención con esta novela es tratar de contribuir un poco, aunque sea mínimamente, a dos cosas: por un lado, a normalizar algo tan estigmatizado como es tener una orientación sexual diferente a lo que se considera normal; y por otro, a que las personas que sufren el bullying homofóbico en sus carnes sepan que hay algo más allá, que después de la tormenta siempre sale el sol, aunque a veces sea imposible verlo a través de las nubes.

El proceso de escritura y publicación de esta historia ha sido un largo viaje de más de tres años, pero el camino que nos queda por recorrer como sociedad es aún más largo. Casi todas las semanas leo alguna noticia de personas, especialmente adolescentes, a las que insultan, apedrean e incluso pegan palizas por no ser heterosexuales; por no hablar de los asesinatos que suceden todavía en muchas partes del mundo. Son sucesos como estos los que me convencen cada día de que haber escrito esta novela era necesario: las personas con orientación sexual distinta a la habitual también tienen derecho a verse representados en la literatura, a ser protagonistas de las historias y no simples secundarios, a saber que siempre hay una luz al final del túnel, por muy oscuro que este sea.

Todavía nos queda un camino muy largo por recorrer, pero espero que esta novela contribuya a ello aunque sea un poco.



*Hoy sé que todo arde*

*Se quema el amor*

*Se abrasan los huesos*

*Se inventa el dolor*

*Se pierde el deseo*

*Todo arde, La Vieja Morla con María Villalón*

# PRÓLOGO

*I sat alone in bed 'til the morning  
I'm crying, «they're coming for me»  
And I tried to hold these secrets inside me  
My mind's like a deadly disease  
Control, Halsey*

La luz se refleja en la hoja de la cuchilla y emite un resplandor burlón que parece invitarme a que siga adelante, a que lo haga, a que me atreva a ponerle fin de una vez a todo esto. Trago saliva. Sé que no debo hacerlo, que no puedo permitir que me venzan, que no puedo hacerles algo así

(a nadie, no tengo a nadie)

a mi madre y a Fer, pero no tengo otra salida.

Sujeto bien la maquinilla y recorro con ella mi brazo, deteniéndome brevemente en las cicatrices, hasta llegar a la muñeca. Soy consciente de que no puedo pensarlo más, de que si sigo retrasándolo no me atreveré, así que cierro los ojos, respiro hondo y me obligo a hacer lo que sé que tengo que hacer.

Y corto.

El dolor es intenso y amargo, más de lo que estoy acostumbrado, y no puedo evitar soltar un gruñido y abrir los ojos de golpe en contra de mi voluntad. La sangre comienza a manar de inmediato y se extiende por el agua como la luz del sol que se derrama por el cielo al atardecer. Me siento mareado al verla. No sé si lo he hecho bien, si será suficiente, pero lo que sí sé es que si no sigo adelante acabaré echándome atrás, así que aprieto los dientes y me corto también la otra muñeca.

El agua es cada vez más roja, y la sensación de mareo se incrementa más y más. Me tumbo en la bañera y cierro los ojos otra vez, ahora con la intención de

no volver a abrirlos, de dejar que llegue la noche después del atardecer. El agua me cubre la boca, y cuando unas gotas se cuelan en su interior noto un sabor extraño y metálico. Me doy cuenta de que es el sabor de mi propia sangre.

Lenta, muy lentamente, voy sumiéndome en la oscuridad, y todas las estrellas se van apagando poco a poco.

Y entonces despierto.

El corazón me palpita con fuerza, como si hubiera estado corriendo en lugar de dormido. Enciendo la luz, sobresaltado, y compruebo que me encuentro en mi habitación, solo. Únicamente ha sido un sueño más. Una pesadilla más.

Hay unas gotas de sangre seca en la cama, y me doy cuenta de que la herida del antebrazo se ha abierto mientras dormía. Contemplo mis piernas y mis brazos, y recorro con los dedos las cicatrices blanquecinas y los cortes que todavía no han sanado. Son muchos, pero no tengo ninguno en la muñeca.

Al menos, no todavía.

# **PRIMERA PARTE**

## ***ANIMAL CITY***

*Cause it's an animal city  
It's a cannibal world  
So be obedient, don't argue  
Some are ready to bite you  
Animal City, Shakira*

## **SER GAY ES UNA MIERDA**

En serio. Una puta mierda.

¿Todas esas películas y series que te cuentan lo maravilloso que es ser gay, vivir rodeado de compañeros heteros modernos en el instituto que te aceptan como eres y padres que te quieren incondicionalmente?

Todo mentira.

La realidad no es esa.

Al menos, no es mi realidad.

Mi realidad es sangrar cada día a escondidas.

Mi realidad consiste en morir lentamente mientras nadie se da cuenta.

**Publicado el 26 de octubre a las 20:58**

**Comentarios: 0**

**¿Te ha gustado? Compártelo**

 LinkedIn

 Facebook

 Twitter

 Google

 Tumblr

# CAPÍTULO 1

*I am tired of this place, I hope people change  
I need time to replace what I gave away  
And my hopes, they are high, I must keep them small  
Though I try to resist I still want it all  
Fools, Troye Sivan*

–¡Marica! –grita uno, lo suficientemente alto como para que pueda oírlo a pesar de los auriculares del iPod.

–¿Se puede saber adónde vas con tanta prisa? –pregunta otro entre risotadas–. ¿Te espera alguien en el baño de los tíos?

Reconozco su voz como la de Carlos, que va conmigo a clase desde hace años. Nunca falla: si hay alguien dispuesto a insultarme o hacerme pasar un mal rato, él aparece allí para hacérmelo pasar aún peor. Lo ha convertido en su deporte particular, con el que pretende enmascarar que realmente es a él a quien le gustaría que alguien lo esperara en el baño de los tíos. Puede que los demás no se den cuenta, pero yo sí.

Alguien, quizás uno de ellos dos, me golpea con fuerza en la parte posterior de la cabeza cuando paso de largo. Me vuelvo con rapidez, pero hay tantos alumnos a mi alrededor que no sé quién ha sido el culpable. Lo único que veo son los rostros de personas que se limitan a reír o a señalarme con el dedo, satisfechas de contemplar mi humillación diaria. Aprieto los puños y noto cómo la cólera comienza a hervir en mi sangre, silenciosa pero furiosa. Ojalá pudiera darles una paliza a todos, vengarme por todo esto. Me ensañaría con ellos

(y además lo disfrutaría)

pero sé que no soy capaz de hacerlo.

En su lugar, intento que los insultos no me afecten, que me resulten indiferentes. Intento que sus golpes no me duelan, que sus palabras se las lleve el viento, que me resbalen. Pero es difícil. Es casi imposible convivir día tras día con gente cuyo único objetivo es convertir tu vida en un auténtico infierno. Quiero creer a Fer, creer que esta situación es tan solo temporal. Quiero creer que la cosa cambiará, que pronto dejaré de soportar todo esto.

El problema es que a veces con creer no es suficiente.

**No.**

**Puedo.**

**Más.**

Aborrezco los lunes, posiblemente incluso más que cualquier otra persona de mi edad, que ya es decir. Después de todo, durante los fines de semana no tengo que aguantar nada de esto. Puede que la mayoría de las veces no salga de casa, pero al menos allí me dejan en paz si me mantengo alejado de mi padre, y los fines de semana lo veo poco. Sin embargo, el resto del tiempo la tortura es constante, y el lunes siempre es peor que cualquier otro día. Parece que llegan con las fuerzas cargadas, listos para atormentarme una semana más.

Pero yo no tengo fuerza alguna. Además, los lunes suponen el inicio de cinco días consecutivos de sufrimiento, cinco días de aguantar los mismos insultos una y otra vez, las mismas humillaciones constantes por ser lo que soy. Lo único que puedo hacer es contar las horas que faltan hasta que llegue el fin

(el fin, sí, ojalá llegue pronto el fin)  
de semana.

Quedan exactamente ciento dos horas. Pasaré treinta de ellas en el instituto. Treinta horas aguantando la misma mierda una y otra vez. Treinta horas de angustia, de miedo, de dolor.

Treinta horas en las que no podré recurrir a mis cuchillas.

Cuando entro en clase, los ojos castaños de Darío se cruzan con los míos, pero enseguida aparta la mirada, como si no hubiera estado esperando a que llegara. Sin embargo, por mucho que las cosas hayan cambiado entre nosotros, sigo sabiendo leer la expresión de su rostro, que conozco tanto como a mí mismo. Quizás incluso más. Probablemente yo sea la única persona que lo ha visto en sus momentos más vulnerables.

Sé lo que sus ojos dicen claramente y su boca no se atreve a formular: está avergonzado.

Puede que yo tenga buena parte de la culpa, si es que puede llamársele así, pero la realidad es que, de no ser por él, nada de esto habría pasado. De no ser

por él, mi vida seguiría como siempre. Quizás no sería feliz, pero al menos estaría tranquilo. Y ahora, inevitablemente, cada vez que alguien recuerde la anécdota, su nombre quedará irremediablemente atado al mío. Tal vez a él no lo humillen como a mí, pero por cada diez dedos que me señalan por el pasillo, uno lo señala a él. No puedo decir que me dé lástima: lo cierto es que se lo merece.

Pero también es evidente que le avergüenza todo el circo que se ha desencadenado por su culpa. Está avergonzado por no haberse callado, por permitir esta situación y, sobre todo, por haberle fallado a su mejor amigo. O, más bien, al que era su mejor amigo. En el fondo, por mucho que se ría con los demás, sé que una parte de él se siente culpable.

Al menos, eso quiero creer. La alternativa sería demasiado dolorosa, más de lo que podría soportar.

Cuando llego hasta mi pupitre, situado al fondo de la clase, me aseguro de comprobar la silla antes de tomar asiento: no sería la primera vez que me encuentro un chicle recién masticado pegado en ella, esperándome amablemente. Por suerte, hoy no es uno de esos días, así que me siento y abro la mochila, repleta de libros. Ya nunca dejo mis cosas bajo el pupitre, aunque no tenga deberes que hacer en casa ni nada que estudiar. La última vez que lo hice, alguien escribió con rotulador permanente «SOY UN MARICÓN» en la portada del libro de Matemáticas, con letras mayúsculas bien grandes.

Como era imposible borrar el rotulador, acabé arrancando la cubierta del libro para que mis padres no la vieran. Me llevé dos buenos tortazos de mi padre por ello y estuve castigado durante una semana por destrozarlo, pero mejor eso que dejar que viera lo que habían escrito en él. Conociendo a mi padre, habría recibido mucho más que solamente dos tortazos.

Miro por la ventana, tratando de alejar mi mente del bullicio del aula, un bullicio que antes había sido familiar y casi agradable dependiendo del día, pero que ahora resulta cruel y detestable. Es una fría mañana de finales de noviembre. Faltan unas pocas semanas para que comience el invierno, y el sol está oculto tras la gruesa capa de nubes de un cielo teñido de un profundo color gris.

Tan gris como mi alma.

El timbre que señala el comienzo de las clases suena apenas cinco segundos después de sacar el libro de Historia. Siempre llego con el tiempo justo por las mañanas: así, la mayoría de los alumnos ya están en clase y hay menos gente en los pasillos dispuesta a hacérmelo pasar mal. El problema es que muchos, como Carlos, prefieren llegar tarde a sus clases para

(seguir matándome poco a poco)



poder darme mi ración diaria de insultos.

–¿Cómo estás? –susurra Fer, mi compañero de pupitre y mi otro mejor amigo... o, más bien, el único que tengo ahora mismo. Me encojo de hombros antes de contestar.

–Ya sabes, lo mismo de siempre.

Me mira con una expresión en sus ojos oscuros que solo podría definir como lástima. Odio que sienta lástima por mí: me hace sentir como un perro apaleado. Sin embargo, al mismo tiempo me alegra que al menos haya una persona que se preocupe por mí. Me hace sentir un poco menos solo.

–Tranquilo, tío. Recuerda que todo esto no es más que algo pasajero, ¿vale?

–Suelto un gruñido, pero él lo ignora–. Acabarán cansándose tarde o temprano, ya lo verás.

Las palabras de siempre. Los argumentos de siempre.

No contesto. Sé que lo dice con buena intención, y sí, también sé que seguramente acabarán cansándose. Pero la cuestión no es esa, sino quién se cansará antes: si ellos o yo. Y, más importante aún: ¿qué haré yo cuando me canse? Porque presiento que el día está cada vez más cerca, y eso no me gusta. Una parte de mí desea que llegue ese día, anhela que llegue... pero la otra está aterrorizada.

Echo de menos las cuchillas.

Me toco el muslo casi sin darme cuenta: ya falta menos. Debo tener paciencia.

\* \* \*

No puedo evitar sentirme más abatido todavía cuando, tras una mañana milagrosamente libre de incidentes, llega la hora del recreo. Veinticinco minutos que antes suponían un pequeño oasis de libertad durante la jornada escolar. Unos minutos que antes esperaba con ansia, al igual que el resto de mis compañeros. Unos minutos que ahora no son más que una tortura continua.

Los veinticinco minutos más difíciles de cada día.

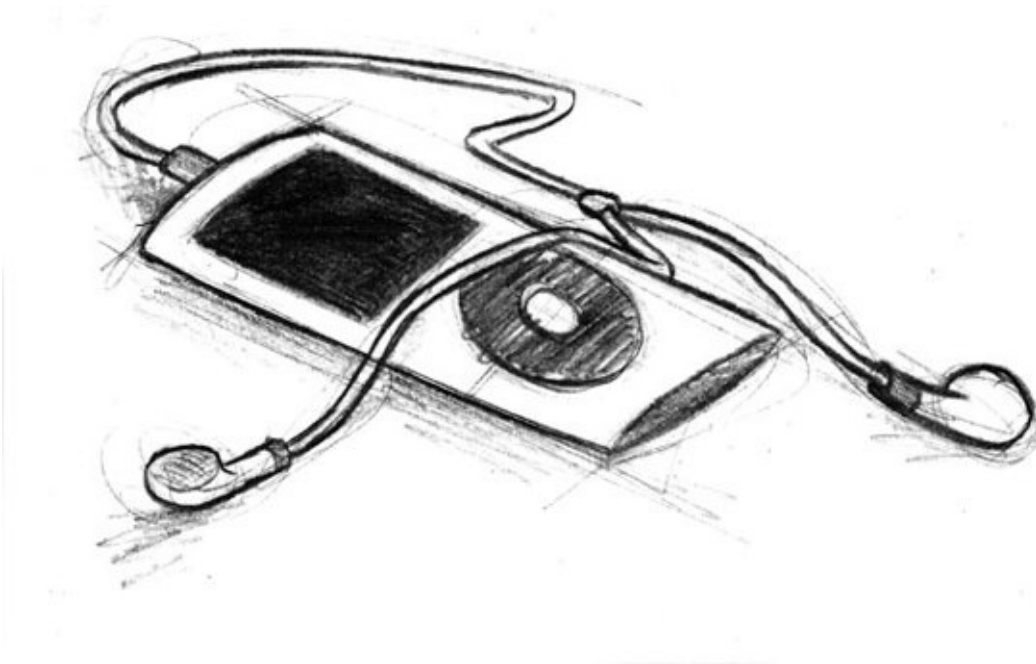
Poco antes de que acabe la clase ya he recogido todas mis cosas, tal como he aprendido a hacer durante estas últimas semanas: de este modo puedo desaparecer por la puerta antes de que nadie tenga tiempo de molestarme demasiado. Cuando suena el timbre y el profesor da por finalizada la clase, me apresuro a colgarme la mochila al hombro y me dirijo a toda prisa hacia el baño de los chicos que se encuentra al final del pasillo. Cierro la puerta apenas unos

pocos segundos antes de que nadie haya tenido tiempo de salir de su aula, lo suficiente como para que nadie sepa adónde he ido.

Sé que podría quedarme con Fer, y él mismo me dice casi todos los días que lo haga. Sin embargo, sé que si lo hiciera él también se convertiría en el blanco de los ataques, y no estoy dispuesto a permitir eso. Algunos de clase ya se meten con él por pasar tiempo conmigo y, aunque nadie se atreve a decirle nada abiertamente, bastante me duele cuando los veo murmurar entre dientes, mirando en su dirección. Lo último que quiero es que el resto del instituto me vea con él.

No quiero que Fer también tenga que pasar por esto.

Una vez dentro del cuarto de baño, compruebo que no haya nadie y me apresuro a encerrarme en el cubículo más alejado de la puerta. El interior está sucio y resulta bastante deprimente, pero es el único refugio que tengo y, para ser sincero, ya estoy lo bastante acostumbrado como para que no me afecte. Tras asegurarme de que el pestillo se encuentra bien cerrado, bajo la tapa del retrete, me siento y enciendo el iPod, regalo de mi hermana por mi último cumpleaños. Era de segunda mano porque no podía permitirse nada mejor, y la música no suena demasiado alta por los auriculares, pero es una de mis posesiones más apreciadas. A continuación saco de la mochila el libro que estoy leyendo: *La historia interminable*. Esto es lo único que me queda ahora, aparte de Fer: la música y los libros. Junto a él, son mis únicos amigos. Lo único que tengo... aparte de ellas, claro.



Lo único que impide que haga una locura.

*La historia interminable* es mi libro favorito, tanto que he perdido la cuenta de todas las veces que lo he releído. Tal vez seamos muy distintos en muchos aspectos, sobre todo en el físico, pero no puedo evitar sentirme muy identificado con Bastian, el protagonista. En especial al principio: prácticamente me veo a mí en él. Ojalá yo también pudiera huir a Fantasia para olvidarme de todo esto, pero por desgracia *La historia interminable* es solo eso: una historia.

El problema es que, lejos de ser interminable, se encuentra confinada entre las páginas de un libro, y, como todos los libros, siempre llega un momento en que inevitablemente se acaba.

Por suerte, hay otros caminos para huir de la realidad, caminos mucho más fáciles que viajar a otro mundo. Y uno de ellos está aquí, al alcance de mi mano, en mi propio bolsillo. Puedo notarla contra mi muslo, separada de mí únicamente por la tela de mis vaqueros. Meto la mano en el bolsillo, rebusco un poco, y extraigo cuidadosamente

(a mi fiel amiga)

la cuchilla que siempre llevo conmigo, vaya adonde vaya.

Nunca sé cuándo puedo necesitarla.

La afilada hoja emite un resplandor mortecino bajo la tenue luz del fluorescente, y casi parece sonreírme de forma socarrona desde mi mano. Le

devuelvo la sonrisa, que se refleja distorsionada en su superficie, y barajo durante unos segundos la posibilidad de cortarme aquí mismo.

Sí, ¿por qué no?

Siempre ayuda.

Cuando todo falla, cuando todos fallan... Ella siempre está ahí. Ella también es mi amiga. Tal vez la mejor de todas.

La acerco lentamente a mi brazo, conteniendo la respiración y sintiendo el familiar subidón de adrenalina que recorre mis venas.

No.

No puedo hacerlo. Mi mejor amigo es Fer, no un trozo de metal. Él es quien de verdad es capaz de ayudarme en todo, pase lo que pase. Sé que tengo que acabar con los cortes, que no debo seguir así, que debería echarle valor y decírselo. Pero tengo miedo. Si se lo digo, a lo mejor se da cuenta al fin de lo que soy: un puto loco que se automutila. A lo mejor decide que está mejor sin mí, que no merezco la pena, ni yo ni todos los problemas que le causo. Al fin y al cabo, a él lo señalan como al amigo del maricón, y sé que no debe de hacerle ninguna gracia.

Después de todo lo que ha pasado, no podría soportar perderlo también a él. Soy así de egoísta.

Una parte de mí es consciente de que debería volver a guardar la cuchilla, o tal vez incluso tirarla, abandonarla en algún sitio. Dejar de depender de ella de una vez por todas. Podría hacerlo ahora mismo. Si la dejara a la vista y alguien descubriera que es mía, podría meterme en problemas, pero siempre puedo tirarla a una papelera. O meterla en la cisterna, donde probablemente nadie la encontraría. Y entonces sería libre al fin.

Pero no soy capaz de encontrar la fuerza de voluntad necesaria para deshacerme de ella, así que vuelvo a metérmela en el bolsillo.

Decido concentrarme en el libro para tratar de distraerme. Me queda tan solo el último capítulo para terminarlo, apenas quince páginas. Podía haberlas leído ayer, pero preferí reservarlas para ahora: sabía que iba a necesitarlas. Así que me sumerjo de nuevo en el mundo de Fantasía hasta que el timbre que indica el fin del recreo me devuelve bruscamente a la realidad, una realidad de la que no quiero seguir formando parte.

Cuando alguien me señala y se ríe de camino a clase, soy plenamente consciente del suave roce de la cuchilla contra mi muslo a través del tejido del pantalón. Me pregunto si no habría sido mejor haberla utilizado, pero ya es demasiado tarde para arrepentirme. Tendré que esperar hasta llegar a casa, donde

Fer estará lo suficientemente lejos como para no impedirme hacer lo que necesito.

Me siento frente a mi pupitre y miro por la ventana, y compruebo con un suspiro que está lloviendo.

No veo la hora de llegar a casa.

(Antes)

*Never felt so lonely  
I wish that you could show me love  
Show Me Love, t.A.T.u.*

–Tú dirás.

Me retorcí las manos con nerviosismo, incapaz de mirarlo a los ojos. Sabía que lo que estaba a punto de hacer lo cambiaría todo, y muy posiblemente para peor, pero ya no había marcha atrás. Tenía que hacerlo, aunque era consciente de que lo más probable era que me arrepintiese.

Tragué saliva antes de hablar.

–En primer lugar, quiero que sepas que esto no tiene que cambiar nada entre nosotros –dije, tratando de preparar el terreno–. Si tú quieres, las cosas pueden seguir igual que antes, no me importa...

No. Estaba mintiendo. En realidad, no quería que las cosas siguieran igual que antes. Quería más. Necesitaba más. Sin embargo, prefería tenerlo a medias que no tenerlo en absoluto.

–Mira, si esto es lo que creo que es...

–Por favor, Darío. Necesito decírtelo. Sé que ya debes de imaginártelo, pero en fin... tengo que decírtelo.

Puso los ojos en blanco, y supe que era ahora o nunca.

–Suéltalo ya.

–Estoy enamorado de ti –confesé de un tirón–. Sé que para ti es complicado, que no quieres que la cosa cambie, pero... no puedo evitarlo. No puedo conformarme con que solo seamos amigos. Te quiero, y... tenía que decírtelo.

Me quedé sin palabras, incapaz de continuar, pero al instante noté una sensación de liberación, como si la garra que me oprimía el corazón hubiera desaparecido. Ya está. Por fin lo había hecho. Pero, me di cuenta demasiado tarde de que había sido un error. Darío abrió la boca, pero no dijo nada.

Tampoco hacía falta: lo conocía lo suficiente como para interpretar su mirada.

Después de todo, era mi mejor amigo.

Y lo que había en su mirada era repulsión. Deseaba equivocarme, pero sabía que ese no era el caso. Tan solo veía repulsión y desprecio en sus ojos, unos ojos que nunca antes me habían mirado de ese modo.

–Vete a la mierda –dijo finalmente, y dio media vuelta con brusquedad para marcharse.

–Darío, por favor... –Lo agarré de un brazo para detenerlo, pero él me lo apartó de un manotazo.

–No me toques, joder. Déjate de «por favor». Paso de estas mariconadas, tío. Ya sabes que no van conmigo.

–No te vayas –supliqué al borde de las lágrimas mientras él se dirigía hacia la puerta. Milagrosamente, se detuvo antes de abrirla.

–¿Qué más quieres?

–Dime algo –susurré–. Por favor, dime algo.

Él se quedó mirándome durante casi un minuto antes de responder, como si estuviera eligiendo muy bien sus palabras. Durante unos segundos sentí una tenue esperanza. El corazón me martilleaba el pecho con fuerza mientras esperaba a que hablara.

–Me das asco –dijo por fin.

Y se fue.

Pero cuando me quedé solo, sus palabras no eran lo que más me dolía. Era su mirada. Esa mirada de desprecio que se me había quedado grabada en la retina y en el corazón y que permanecería allí hasta mucho después de que Darío se hubiera ido. Algo se había roto entre nosotros, probablemente para siempre, y la culpa era toda mía.

Nada volvería a ser igual.

## CAPÍTULO 2

*When everything is life and death  
You may feel like there's nothing left  
Instead of love and trust and laughter  
What you get is happy never after*  
*Homewrecker, Marina and the Diamonds*

Al llegar a casa, la comida ya está servida.

–Hola –saludo al entrar en la cocina, quitándome los auriculares. Jamás comemos en el comedor, que solo utilizamos cuando viene algún amigo importante de mi padre. Así es mi familia: todo farsa, todo mentiras por todas partes. Humo y espejos, una ilusión que no existe. Al igual que mi vida.

–Hola, hijo –dice mi madre con una sonrisa cansada que me hace suponer que ya ha discutido con mi padre al menos una vez ese día–. Lávate las manos y siéntate, que vamos a comer ya.

–Llegas tarde, niño –gruñe mi padre a modo de saludo, con esa amabilidad especial que reserva solo para mí–. Llevábamos un buen rato esperándote.

Pongo los ojos en blanco, pero no le contesto. Nunca es buena idea contestar a mi padre cuando está enfadado.

–Vamos, hombre, no exageres, que acabas de sentarte. No seas tan duro con él –lo reprende mi madre, y yo se lo agradezco con una tímida sonrisa. Sin embargo, la cuchilla que llevo en el bolsillo parece hacerse más pesada.

Pronto.

–Tú no me toques los cojones, que me tienes contento –replica mi padre–. Bastante tengo con tener que comerme otra vez la puta sopa. ¿Es que no podías haber hecho otra cosa?

–Era lo que tocaba hoy –responde mi madre con un hilo de voz.



–Lo que tocaba, lo que tocaba –repite él con retintín–. Unas buenas hostias son lo que viene tocando ya en esta casa. Y tú, niño, ¿es que no vas a decir nada? ¿Por qué coño llegas tarde?

–Lo siento –me disculpo a regañadientes, tras lo cual me descuelgo la mochila y la dejo en la silla que solía ocupar María mientras trato de buscar una excusa apropiada–. Salimos tarde de la última clase.

–Siempre llegas muy tarde los lunes –continúa quejándose, incansable–. ¿Qué asignatura tienes a última hora?

–Lengua.

Él frunce el ceño, poniendo en evidencia su desprecio hacia cualquier cosa que tenga que ver con libros.

–Pues no entiendo por qué tiene que alargarse tanto la clase.

Me esfuerzo por no poner los ojos en blanco otra vez, y reprimo nuevamente la tentación de contestar. Mi padre es de esas personas que consideran que asignaturas como Lengua y Literatura son innecesarias, y le molesta mucho que tenga la habitación llena de libros y dibujos, pero es lo que hay. Al menos, tengo el apoyo de mi madre en eso. Gracias a ella, puedo tener un libro nuevo siempre que quiera. Bueno, siempre que no sean más de tres al mes. Ese es el límite.

Odio que mi padre se comporte así conmigo. Supongo que, en cierto modo, siempre he sido una decepción para él. Conociéndolo, no quiero ni pensar lo que pasaría si llegara a enterarse de que soy gay. Probablemente me echaría de casa: en ese sentido, es exactamente igual que mis compañeros de clase: un

(gilipollas)

cavernícola de mente cerrada más en un pueblo lleno de

(gilipollas)

cavernícolas de mentes cerradas. No sería capaz de soportar la vergüenza y la humillación pública de que a su hijo le gusten los chicos, y menos con el trato que ya me da sin saberlo.

La comida transcurre con normalidad o, lo que es lo mismo, entre las mentiras y medias verdades que ya se han vuelto tan habituales en mi día a día, aderezadas con las quejas de mi padre.

–¿Qué tal el día? –me pregunta mi madre con sincero interés, mirando de reojo a mi padre con sus grandes ojos castaños.

–Bien –respondo sin entrar en detalles.

–¿Te han dado alguna nota?

–Un ocho en Mates.

–¡Felicidades, hijo! Estarás contento, ¿no?

Fuerzo una sonrisa que duele más que mis cuchillas, más que todos los golpes e insultos.

–Sí, mucho.

Pero es mi madre, y no soy capaz de engañarla.

–¿Y a qué viene esa cara tan larga? –pregunta con sincera preocupación–. Últimamente pareces tristón.

Mi padre resopla y sacude la cabeza de un lado a otro. Sé lo que está pensando: que soy un debilucho. Que no soy un hombre.

–Ya empezamos... –murmura.

–Qué va –miento, ignorándolo y tratando de parecer sincero–, es que dormí poco anoche.

Fuerzo una nueva sonrisa, más convincente que la anterior, y esta vez ella parece creérselo.

–Por cierto, ¿qué hay de Darío? –pregunta un par de minutos después–. Hace mucho que no viene por casa. ¿Es que habéis discutido?

Su nombre me sienta como una patada en el estómago, como un puñal al rojo vivo que se clavara en mi corazón para después arrancármelo de cuajo. La cocina queda iluminada por un relámpago, y un segundo después oigo el ruido retumbante de un trueno. Casi parece como si el tiempo estuviera sincronizado con mi estado de ánimo.

–No, es que está muy ocupado últimamente...

De nuevo, una mentira tras otra, aderezadas con alguna verdad a medias para sonar creíble. Es extraño: cada día se me hace más difícil seguir mintiendo, pero al mismo tiempo cada vez me sale con mayor naturalidad. Me pregunto si algún día acabaré por resignarme, por acostumbrarme a toda esta situación. A fingir que llevo una vida que no es la mía.

Una vez en mi habitación después de comer, pongo una silla bajo el picaporte de la puerta y, tras dejar la mochila en el suelo, respiro hondo, consciente de que he sobrevivido a otro día. Voy hacia la cama, me tumbo y cierro los ojos. Me siento agotado mentalmente, pero enseguida vuelven a mí los recuerdos de los insultos que he tenido que soportar por la mañana. Las palabras de mis compañeros suenan más altas que mis propios pensamientos, más altas que la lluvia que golpea el tejado de forma incesante.

«Marica.»

«¿Adónde vas con tanta prisa? ¿Te espera alguien en el baño de los tíos?»

Trato en vano de contener las lágrimas que se acumulan en mis ojos, pues no sé qué he hecho para merecer esto. Realmente no lo sé, porque yo no tengo

ninguna culpa de ser como soy. No es algo que haya elegido, no ha sido una decisión consciente que nadie me haya permitido tomar. Nací así, simplemente. ¿Por qué tengo que soportar tanta humillación por algo que no es culpa mía?

Por suerte, hay una solución para ello. Siempre la hay.

Normalmente no me ducho hasta las ocho de la tarde o así, pero hoy no puedo esperar tanto tiempo. Mis padres están durmiendo la siesta, él delante de la tele y ella en su habitación, así que no hay peligro. Y, aunque se despertaran, no creo que suponga ningún problema que esté duchándome, así que me pongo en pie, abro la puerta con cuidado y me escabullo de la habitación sigilosamente para encerrarme en el cuarto de baño. Una vez allí, cierro el pestillo y conecto el iPod al altavoz cutre que me compré en el bazar de mi calle. La música suena enlatada, pero será suficiente para enmascarar el sonido si se me escapa algún grito. Una vez que he elegido el disco, me apresuro a desvestirme y contemplo mi cuerpo desnudo en el espejo.

Lo odio.

Esa piel blanca, esos brazos enclenques y delgaduchos, esas piernas que casi parecen de niño pequeño, como si tuviera seis años en lugar de dieciséis. Esos ojos de un castaño apagado, unos ojos de cachorrillo apaleado, con unas profundas ojeras permanentes debajo. Las cicatrices en mis brazos y piernas, de un blanco más intenso que el de mi piel. Los cortes recientes, todavía rojos. Me

(doy asco)

gustaría ser distinto, tener el cuerpo atlético de algunos de mis compañeros, pero no. Soy del montón.

Lo único que me gusta de mí es la cara. O, más bien, no es tanto que me guste como que es lo que menos odio, si es que eso tiene algún sentido. Antes de que todo esto pasara, la gente solía decir que era guapo. Yo no me veo así: tengo unos ojos castaños normaluchos, un pelo castaño normalucho, unos rasgos normaluchos. Nada del otro mundo, la verdad, pero antes de que todo pasara tenía cierto éxito entre las chicas del instituto. Nunca llegué a comprenderlo, pero, en fin, tampoco resultaban una molestia. Lo que pasa es que a mí simplemente no me interesaban.

Ese era el problema.

Evidentemente, cuando todo pasó y la noticia corrió como la pólvora, la situación quedó clara para todos. Aunque muchas me apoyaron, algunas de esas chicas que antes iban detrás de mí fueron las primeras en insultarme, las primeras en dar coba a los que me humillaban. Con esa facilidad se puede pasar

de desear algo a aborrecerlo. Comprendo por qué dicen que del amor al odio hay solo un paso.

Supongo que es parte de la condición humana. Pero yo ya estoy hartito. No puedo más.

**No.**

**Puedo.**

**Más.**

Me meto en la bañera, asqueado de seguir observando mi cuerpo, y giro el grifo de la ducha. Me sitúo bajo el chorro disfrutando de la sensación, dejando que la constante presión relaje mis músculos y mis emociones. Hace frío, y aunque el agua casi hirviendo calienta mi cuerpo, no hace lo mismo con mi corazón. Tras unos minutos, cojo la cuchilla que he dejado en el borde del bidé, junto a la bañera. Dudo durante un instante; nunca sé por dónde empezar. Hay demasiadas opciones.

En realidad, antes me equivocaba. Sí que hay algo que me gusta de mi cuerpo, tan solo una cosa, y es el amplio abanico de posibilidades que ofrece para esta clase de momentos.

Decido empezar por el brazo, tal como suele ser habitual. Pero no me corto en la muñeca: no estoy tan loco. Puede que me dañe, pero en realidad no quiero suicidarme de verdad, aunque raro es el día que no

(quiera hacerlo, desee hacerlo, necesite hacerlo)

me lo plantee al menos una vez. Me corto en el brazo, pero por arriba, en la parte más cercana al hombro. Aunque todavía estamos a finales de otoño y da igual dónde me corte porque no se verá, no quiero que me queden demasiadas cicatrices que se vean cuando llegue la primavera y comience a llevar camisetas de manga corta.

Coloco la hoja de la cuchilla contra mi piel, cierro los ojos y respiro hondo durante unos segundos. A continuación presiono con cuidado, ejerciendo la fuerza necesaria. Cuando por fin mana la sangre, el dolor agudo me ayuda a olvidarme del día. Olvido los golpes. Los insultos. Los comentarios a mis espaldas, las notas debajo de la mesa, las risas a mi costa. Cuando por fin mana la sangre, en gruesas gotas oscuras como pétalos de una rosa marchita, casi olvido todas las ocasiones en las que desearía no existir.

Pero solo casi.

Abro los ojos y observo el líquido rojo que se desliza con lentitud por mi brazo. A veces me asusto: en la bañera, mezclada con el agua, siempre parece mucha más sangre de la que hay realmente. La primera vez me aterroricé: pensé

que me había hecho una herida grave, que me había pasado. Que aquel era el fin. Una parte de mí se sintió aliviada, pero supongo que, después de todo, en realidad lo que quiero no es morir. Lo único que quiero es simplemente que me dejen vivir en paz.

Me siento en la bañera, en el agua rosácea. Me aprieto el hombro con la mano para que fluya más sangre, y esta me mancha los dedos. Quizás sí que me haya cortado más de lo que pensaba. Los observo, tintados de rojo, y los utilizo para escribir dos palabras en el blanco lateral de la bañera:

### ¿POR QUÉ?

En realidad, apenas sale suficiente sangre para escribirlas, pero ahí están, desafiándome a encontrar una respuesta que no existe. Pero por más que pienso no la encuentro, y las palabras no tardan en desaparecer, mezcladas con el agua que salpica de la ducha.

Necesito un corte más. Me decido por la parte alta del muslo: es un lugar que no verá nadie, sea invierno o verano, así que hacerlo ahí me evita muchos problemas. Tengo los muslos llenos de cicatrices, y sé que muchas de ellas jamás desaparecerán. Pero no me importa. En el derecho todavía tengo una herida reciente, de modo que me corto en el izquierdo. Duele. Más que en los brazos, pues allí la carne es más blanda y me cuesta un poco más hacerme el corte.

Pero lo consigo, y la sangre fluye. Al final, siempre fluye.

Observo el líquido rojo descender por mi pierna, mezclándose con el agua y volviéndose rosado al diluirse para después desaparecer por el desagüe. Me reclino en la bañera y cierro los ojos, notando el agua que cae sobre mí y la sangre que corre por mi pierna. Comienzo a sentirme mejor. El dolor palpitante del muslo y el del brazo, algo más débil, me hacen sentir bien. Es una catarsis, algo que me libera del sufrimiento que soporto durante el día. Los cortes me hacen sentir bien.

Me hacen sentir vivo.

Así, mis problemas se van por el sumidero, mezclados con el agua de la ducha y con mi propia sangre.

## CAPÍTULO 3

*Am I crazy?  
Maybe we could happen  
Will you still be with me  
When the magic's all run out?  
If Only, Dove Cameron (Descendants)*

Necesito comprar otro cuaderno de bocetos urgentemente. Compré el que uso hace ya un tiempo, poco después de que pasara lo de Darío, y se me está acabando. No soy ningún experto dibujando, pero me relaja, que es lo importante. A veces, cuando no consigo concentrarme en ningún libro y no me siento tan mal como para cortarme, dibujo. Cualquier cosa, según cómo esté de ánimos en ese momento. Si los cortes son el método que utilizo para olvidarme del dolor, los dibujos me ayudan a recordar las cosas por las que merece la pena (¿lo merece realmente?)

seguir viviendo.

Hoy decido dibujar a mi novio. Supongo que lo mío es un caso bastante extremo de masoquismo.

En realidad, todavía no lo conozco, así que no tengo forma de saber cómo será. Antes casi siempre dibujaba a Darío: la gran mayoría de mi cuaderno está compuesto de imágenes suyas, página tras página; a veces solo, y otras muchas conmigo. Darío sonriendo. Darío serio. A veces solo su cara, a veces de cuerpo entero. Darío desnudo. Darío abrazándome. Darío besándome. Darío haciéndome el amor, aunque él nunca me ha hecho el amor.

Pero he decidido que ya no voy a volver a dibujarlo.

Nunca más.

Es demasiado doloroso.

Me sorprende darme cuenta de que realmente me apetece dibujar a mi novio, por ridículo que parezca, y es así como me siento: ridículo. Sin embargo, intento no pensar en él como una posibilidad poco probable, sino como un hecho, algo que sucederá de verdad, porque si no me hundiría. Necesito saber que hay una luz al final del túnel después de todo.

Pienso durante unos segundos. ¿Cómo será el chico que me quiera? ¿Cuándo lo conoceré? Tengo curiosidad. ¿Faltaré mucho?

Decido empezar dibujándome a mí. No me detengo mucho en los detalles; yo no soy el que importa, sino él. Me dibujo de lado, en posición casi fetal, y después comienzo a dibujarlo a él. Empiezo por el torso, ancho, pero no demasiado musculoso. Nunca me han gustado mucho los chicos demasiado musculosos. No necesito alguien de quien presumir, simplemente alguien que me quiera. El chico sin rostro está boca arriba, así que me dibujo abrazado a él. Cierro los ojos e imagino la escena. Ojalá estuviera con él ahora.

Necesito que alguien me abrace.

Dibujo el contorno de uno de sus brazos con un trazo rápido y firme, y a continuación hago una mueca; he estirado demasiado el brazo y el corte que me he hecho nada más llegar a casa todavía me duele. Después continúo dibujando los brazos: uno por debajo de su cabeza, y el otro por debajo de mi cuerpo, rodeándome en ademán protector. Los dos estamos desnudos, aunque no me recreo en los detalles, como sí solía hacer con Darío. No estoy de humor para eso.

Finalmente llego hasta su cara, que aún no me he atrevido a dibujar. O, mejor dicho, su no cara, pues todavía no tengo claro cómo será. Cierro los ojos y trato de imaginármelo. ¿Será moreno? ¿De piel clara? ¿De qué color tendrá los ojos? ¿Y el pelo? ¿A qué sabrán sus labios cuando me bese? Ante mí se abre todo un mundo de infinitas posibilidades y me decido a explorarlas, entusiasmado, dejando que el lápiz se deslice sobre el papel sin detenerme demasiado a pensar, simplemente dibujando lo que me acude a la mente.



Comienzo a dibujar un rostro ovalado, sin marcar demasiado los rasgos. Es un rostro bastante genérico, no se basa en nadie concreto que conozca. Mejor así. Prefiero no ponerle una cara muy concreta a mis fantasías: si me emociono demasiado, el golpe será aún mayor.

Sus labios parecen suaves, o al menos así es como imagino que serán al besarlos. Cierro los ojos y fantaseo sobre cómo será su sabor. El olor de su



cuerpo. El tacto de su piel al acariciarlo, y el tacto de sus manos cuando él me acaricie a mí. Suelto un suspiro. ¿Cómo será sentirme querido? ¿Saber que hay alguien que piensa en mí cada día antes de irse a dormir, al levantarse cada mañana? Tiene que ser una sensación maravillosa.

Lástima que el chico de mi dibujo no exista.

Pero aparto esos pensamientos de mi cabeza y sigo dibujando, creando con mis trazos a alguien que no existe, alguien a quien jamás conoceré. Tras unos minutos deslizado el lápiz por el cuaderno, contemplo el dibujo. No ha quedado mal, pero no me gusta. No es más que un recordatorio de todas las cosas que anhelo y que jamás tendré. Decido romperlo, así que arranco la página del cuaderno y me dispongo a hacerla pedazos.

Pero, en el último segundo, me detengo.

En realidad, prefiero no romper el dibujo. Me doy cuenta de que hacerlo equivaldría a romper mis sueños, y ellos son lo único (además de las cuchillas)

que me da esperanzas y me ayuda a seguir adelante.

Escondo el cuaderno bajo el colchón, junto a mis cuchillas, y me tumbo sobre la cama con la página arrancada. Me coloco en posición fetal y me abrazo a la almohada, como mi yo del dibujo junto a mi novio inexistente. De pronto, me acuerdo de un día en que Fer y yo fuimos a pasar la tarde a casa de Darío. Habíamos visto por internet unas almohadas que tenían una especie de brazo para abrazarte mientras duermes. Entonces me había reído, pero lo cierto es que ahora me gustaría tener una. Así, al menos no me sentiría tan solo.

Soy patético.

Observo la página del cuaderno, los trazos inseguros y delicados, y la abrazo contra mi pecho. Se arruga un poco, aunque no me importa. Ojalá ese chico fuera real. Ojalá supiera lo que es sentirse querido. Ojalá alguien me abrazara como a mi yo del dibujo. Se me escapa una lágrima traicionera que cae sobre la almohada.

Soy gilipollas. Solo yo podría enamorarme de alguien que no existe.

Para distraerme, enciendo el portátil. Compruebo mi correo electrónico, pero los únicos mensajes que tengo son publicitarios. Después, entro en Twitter y tecleo lo primero que se me pasa por la cabeza:

**@LostBoy\_99**

Lost Boy

Compruebo mis interacciones, pero no tengo ninguna desde ayer. Es normal: Twitter es para mí una especie de vertedero, un lugar anónimo donde soltar toda la mierda que se me pasa por la cabeza. Una forma más de desahogarme, y aun así nunca son suficientes.

Comienzo a bajar con el ratón para leer los tuits de la gente a la que sigo, pero no hay nada interesante: ninguna película a la vista, ningún *single* de alguno de mis cantantes favoritos, ningún vídeo nuevo de los *booktubers* a los que sigo... nada de nada. Menudo coñazo. Aburrido, me meto en mi perfil para echar un vistazo a los seguidores, y compruebo que la cifra ha bajado desde la última vez que la comprobé. No me extraña que la gente deje de seguirme: lo único que debo de hacer es amargarles la vida a todos.

Enseguida me quedo sin cosas que hacer en el ordenador. No tengo Facebook, porque cuando todo pasó la gente comenzó a llenarme el muro de insultos, así que tuve que cerrar la cuenta. Por suerte, nadie de mi entorno conocía mi Twitter, así que sigue siendo un lugar seguro.

Decido entrar en mi blog.

Una parte de mí se siente emocionada mientras la página se carga, pero enseguida me encuentro con la decepción de que no hay ningún comentario en mi última entrada. Ninguno, en más de un mes. Es muy triste. Mis pensamientos son solo un silencioso chillido de agonía que nadie parece ser capaz de escuchar, un grito en el vacío que jamás obtendrá respuesta.

Intento hacerme oír, pero nadie puede escuchar la voz del silencio.

Cierro el portátil y vuelvo a mirar el dibujo. Suelto un suspiro, pensando cómo será el día en que, por fin, pueda sentirme querido, y no odiado por lo que soy. Sé que no debo seguir torturándome, pero no puedo evitarlo. Quiero pasear con él cogidos de la mano, sonriendo, sin aguantar miradas de desprecio ni los juicios de nadie, en algún lugar muy lejos de aquí. Quiero dormirme junto a él, abrazados, y que luego me despierte horas después besándome, porque no puede aguantar estar a mi lado sin besarme. Quiero una noche sin dormir capaz de superar cualquier sueño que pueda tener.

Quiero hacerle un regalo bonito por su cumpleaños, pasarme semanas eligiéndolo, y luego dárselo un día antes, cuando menos se lo espere. Quiero ponerme nervioso mientras abre el envoltorio, esperando que le guste, y quiero que le brillen los ojos al verlo. Que me diga que me quiere y que me bese.

Pero no puedo hacer nada de eso, porque  
(no existe)

todavía no sé quién es. Y no puedo esperar a conocerlo.

Mientras tanto, sigo sintiéndome muerto por dentro, encerrado en mi propio infierno particular del que no veo la forma de salir.

Tal vez nunca lo consiga.

# CAPÍTULO 4

*Cause they got the cages, they got the boxes  
And guns  
They are the hunters, we are the foxes  
And we run  
I Know Places, Taylor Swift*

Hoy no me he traído ningún libro. Y eso es malo, porque significa que no tengo nada que hacer durante el recreo. Me siento tentado de quedarme con Fer, pero hace tiempo que tomé una decisión y no quiero cambiarla ahora: no quiero que la tomen también con él por estar conmigo, y ya se ha metido en unas cuantas peleas por mi culpa. Bastante hace ya por mí sin que se lo pida como para encima ocasionarle problemas. Además, en los recreos siempre está con su novia, y apenas tienen ocasión de verse fuera de clase. Prefiero dejarlos solos y no sentirme como un estorbo.

De modo que me encierro en los lavabos un día más, siguiendo mi rutina diaria, sabiendo que romperla o cambiarla aunque sea mínimamente podría traerme consecuencias muy desagradables. Tardo un par de minutos más de lo habitual en entrar, pero estoy seguro de que nadie me ha visto hacerlo, de que estoy a salvo un día más en mi refugio solitario y maloliente, solo con mi música. Decido echar un vistazo a Twitter, y compruebo sorprendido que tengo una interacción.

**@AlexBuscaSitio**

AlexBuscaSuSitio

@LostBoy\_99 Seguro que no es para tanto :) 12h

Pienso en responder, decirle que se equivoca, pero entonces me pregunto por qué demonios tengo que darle explicaciones a un desconocido, así que decido pasar. Como no tengo nada más en lo que ocuparme, me dispongo a hacer deberes. Así de triste es mi vida, escondiéndome en el baño para hacer los deberes, pero al menos tendré más tiempo en casa para

(cortarme)  
dibujar o leer.

Al cabo de un par de minutos, la puerta se abre y oigo unas voces familiares. Estoy casi seguro de que se trata de gente de clase, aunque no logro distinguirlas. El corazón comienza a latirme con fuerza, pero trato de no hacer ruido, deseando que nadie se dé cuenta de que estoy aquí. Hasta ahora, los lavabos han sido mi refugio, el único lugar donde puedo estar tranquilo dentro de las anodinas paredes grises de este purgatorio camuflado bajo la forma de un instituto. Como Bastian en su desván, antes estaba a salvo aquí.

Uno de los chicos llama a la puerta.

–Ocupado –digo, y al instante me doy cuenta de mi error. Los chicos sueltan lo que parece ser una especie de gritito de júbilo.

–¡Es él! –susurra uno.

–¡Hombre! Pero ¡si está aquí el marica! –comenta uno de ellos con voz emocionada–. ¿Así que es aquí donde te escondes? No se la estarás chupando a alguien, ¿verdad?

Decido no contestar, pero otro de los chicos contraataca. Lo reconozco fácilmente: es Carlos. Siempre es él.

–¿Qué pasa? –continúa–. ¿Te escondes aquí para espiarnos mientras meamos? Tío, eres un cerdo.

–¡Dejadme en paz! –Intento que mi voz suene fuerte y decidida, pero en lugar de eso me sale estrangulada, débil. La voz de quien ha sido pisoteado demasiadas veces para seguir luchando. La voz de una víctima que invita a sus matones a que sigan atormentándola.

Ellos se ríen.

–¿Por qué no sales? –dice Carlos, con un tono falsamente amistoso–. ¿Es que no quieres hacer las paces?

Es mentira. Sé que lo es. Si cometo el error de salir, lo único que harán será humillarme más todavía, y paso. Siguen llamándome, insistiendo para que salga,

pero no voy a caer.

–¡Dejadme en paz! –repito, y en esta ocasión mi voz suena algo mejor que antes. Impone algo más de respeto. Carlos y sus amigos parecen sorprendidos, porque se callan al oírme.

–Tío, creo que deberíamos irnos –susurra uno de ellos–. Como nos pillen metiéndonos con él otra vez, nos expulsan...

–¿En serio te vas a rajar? –pregunta Carlos, con voz incrédula–. ¿Qué pasa, tú también eres un maricón como él?

A pesar de la situación, soy incapaz de contener el impulso de poner los ojos en blanco.

–Oye, tío, yo creo que Jorge tiene razón –interviene un tercer chico, con un matiz de preocupación en la voz–. Ya sabes que las peleas están prohibidas dentro del instituto.

–Sois unos putos gallinas, joder. Bueno, vámonos, pero...

No logro entender el resto de la frase, pues ha ido alejándose mientras hablaba hasta salir del lavabo. Cierran la puerta, y escucho atentamente: ¿se habrán ido de verdad? Parece que sí, pero no quiero salir todavía. No hasta que llegue la hora de volver a entrar en clase. El corazón me late a mil por hora.

Cinco minutos después suena el timbre que señala el fin del recreo, así que recojo mis cosas y me dispongo a salir. Sin embargo, cuando abro la puerta me encuentro cara a cara con los ojos oscuros de Carlos. Me empuja violentamente, con tanta fuerza que caigo sobre el retrete y me doy un golpe en la espalda con la cisterna que me hace ver las estrellas.

Estrellas perdidas, estrellas que se apagan.

–¿Qué pasa, maricón? ¿Pensabas que nos iríamos tan deprisa teniéndote aquí acorralado?

Tras él se encuentran Jorge y Aitor, sus dos fieles esbirros. El primero es algo rellenito, con la cara llena de granos, mientras que el segundo es el típico chico que parecería guapo si no fuera tan mala persona.

–Déjame en paz –mascullo mientras me levanto con dificultad–. Dejadme los tres en paz. Yo no os he hecho nada.

Se miran entre ellos, como si no supieran muy bien qué contestar.

–Ah, ¿no? –replica Jorge tras unos segundos, apartándose el pelo castaño de la frente–. Entonces, ¿por qué intentas restregarte contra nosotros cada vez que puedes?

Suelto una carcajada amarga.

–No os ofendáis, pero no sois mi tipo. No me gustan los gilipollas, lo siento. Además, ¿por qué os molesta tanto? Carlos se restriega contra vosotros todo el rato y a él no le decís nada.

Me sorprendo ante mis propias palabras, pero sé que me he pasado de la raya. En el instante en que termino de pronunciar la frase noto que la he cagado. El rostro moreno de Carlos se contorsiona, incapaz de creer lo que acabo de decir, pero su expresión enseguida se vuelve furiosa.

–Maricón de mierda –dice, y levanta el puño. Creo que solo me está amenazando, que no va a hacer nada, pero entonces me lo estampa en la cara con fuerza, directamente sobre mi ojo derecho. Unas manchas oscuras nublan mi visión, y vuelvo a caer encima del inodoro con un grito.

–¡Para! –suplico con un hilo de voz, pero él me ignora. Trata de golpearme otra vez, pero al encontrarme por debajo de él apenas alcanza a rozarme. Aprovechando que estoy en el suelo, lo golpeo en el estómago con ambas piernas. No es una patada demasiado fuerte, pero sí lo suficiente como para que retroceda unos pasos, y sus amigos tienen que sujetarlo para evitar que caiga al suelo.

–Oye, Carlos, no la lées... –dice Jorge, preocupado al verme–. Lo de la expulsión iba en serio...

–Me la suda –insiste el chico, y se zafa de ellos para volver a atacarme. Le lanzo una torpe patada que no logra alcanzarlo, y él responde con una en la espinilla que me provoca un aullido de dolor.

–Tío, ¡ten cuidado! –advierte Aitor, evidentemente alarmado–. Como alguien lo oiga, nos la cargamos, joder.

Pero Carlos está tan enfurecido que casi parece que se haya vuelto loco, así que vuelve a lanzarse sobre mí, con el rostro contorsionado y los puños por delante. Por suerte, sus amigos actúan con rapidez y logran detenerlo antes de que vuelva a golpearme. Forcejea, pero entre los otros dos son más fuertes y acaban sacándolo del baño con esfuerzo.

Yo me quedo ahí solo, temblando de miedo, con un dolor palpitante en la cara y la pierna. No me atrevo a salir por miedo a que estén fuera, aunque una parte de mí es consciente de que deben de haberse alejado. Recojo el iPod, que ha caído al suelo en algún momento de la pelea y ha quedado manchado de algo pringoso. Lo limpio con cuidado con un poco de papel higiénico y lo enciendo para comprobar que sigue funcionando. Al ver que está todo bien, me meto los auriculares en los oídos para tratar de relajarme con la música.

*I can hear them whisper as we pass by  
It's a bad sign, bad sign  
Something happens when everybody finds out  
See the vultures circling in dark cloud.*

Una canción y media después, cuando por fin consigo calmarme un poco, me pongo en pie con dificultad. Me duele mucho la pierna, y salgo del cubículo cojeando. Noto algo húmedo en la cara, y me pregunto si Carlos me habrá hecho sangrar con los golpes. Hasta que me miro en el espejo y veo mi ojo morado no me doy cuenta de que estoy llorando.

Puede que solo tenga dieciséis años, pero me han bastado para aprender que hay momentos en la vida en los que no puedes más y la mejor solución es llorar dando rienda suelta a lo que sientes, hasta que sacas todo eso que tienes dentro y que te atormenta.

Lo bueno de llorar en estas ocasiones es que, cuando terminas, te sientes mucho mejor que antes.

Lo malo es que se trata de un proceso doloroso.

A veces pienso en ello como en el proceso de extraer el veneno de la picadura de una serpiente. Duele, pero no tanto como recurrir a la opción sencilla y dejar que el veneno se extienda por el cuerpo. El problema es que cuando estás rodeado de serpientes, ni todas las lágrimas del mundo son suficientes para extraer su veneno.



(Antes)

*I feel you all around  
I feel you all around  
You know me inside and out  
You lift me up  
Lift Me Up, Lena Katina*

–¿Qué pasa? –preguntó Fer, con el ceño fruncido a causa de la preocupación–. Puedes contarme lo que sea, ya lo sabes. ¿Por qué lloras?

Asentí con la cabeza, pero tenía miedo. No pensaba que lo de Darío fuera a ir tan mal después de todo, y... en fin. Pero prefería no pensar siquiera en eso, porque dolía demasiado.

–Eres mi mejor amigo –dije entre hipidos–. No me abandonarás, ¿verdad? Pase lo que pase, ¿estarás conmigo?

–Claro que sí –asintió él con fervor, aunque no se me escapó el destello de preocupación en sus oscuros ojos–. ¿Qué ha pasado?

Titubeé unos segundos antes de contárselo, y durante esos instantes horribles me sentí a punto de vomitar.

–Soy gay –me atreví a confesar por fin. Él me miró fijamente, como si esperara a que siguiera hablando, pero yo no sabía qué más decir. Un silencio incómodo se extendió entre nosotros, pero al menos no había asco en su mirada.

–Bueno, ¿y qué pasa? –preguntó finalmente.

–¿Cómo que qué pasa? –me extrañé.

–Sí, ¿qué pasa? ¿Es que pensabas que no lo sabía?

Eso sí que no me lo esperaba.

–¿En serio?

Soltó una carcajada.

–Claro. Eres mi mejor amigo –me recordó con una sonrisa–. ¿Te crees que no me había dado cuenta, o qué?

–Pues... No sé, supongo. ¿Tanto se me nota? –pregunté, preocupado de repente de que fuera mucho más obvio de lo que pensaba. Él se rio.

–Bueno, no te ofendas, pero siempre que dormíamos los tres juntos te comías a Darío con la mirada cada vez que se cambiaba de ropa. A veces me entraban ganas de dejaros solos e irme a dormir al salón...

Enrojecí violentamente, pues sabía que tenía razón: lo raro era que no me hubiera dicho nada antes. Esboqué una tímida sonrisa, pero enseguida desapareció cuando recordé cómo habían salido las cosas con Darío.

–Y no... ¿no te molesta? –me atreví a preguntar.

–¿Que seas gay? –preguntó con el ceño fruncido, y yo asentí con la cabeza. Se encogió de hombros—. ¿Por qué me iba a molestar? Cuantos más seáis, mejor, ¿no? ¡Así tenemos más tías para nosotros!

Solté una carcajada, la primera en mucho tiempo. Así era Fer: siempre era capaz de hacerme reír, absolutamente siempre, en cualquier situación. Por eso lo quería tanto. Por eso era mi mejor amigo.

–Gracias –dije con sinceridad, y él me abrazó.

–No hace falta que me las des.

–Te lo agradezco igualmente.

–Te ha rechazado, ¿verdad? –preguntó al cabo de unos minutos con voz suave, con mucho tacto. Yo asentí con la cabeza y desvié la mirada: no era capaz de decirlo con palabras, y mucho menos de admitirlo mirándolo a los ojos—. No le hagas caso. Es idiota.

–También es tu amigo –le recordé.

–Ya, y por eso sé que es idiota –explicó encogiéndose de hombros—. Tú no lo ves porque estás ciego y enamorado, pero lo es.

–Pero ¿tanto se me nota?

Me miró alzando una ceja.

–Bastante –dijo con una carcajada—. Pero no te preocupes, ya tengo superado desde hace mucho que lo prefieras a él –añadió con un codazo—. No soy celoso.

–No es eso, imbécil. Es...

–¿Distinto? –replica con una media sonrisa—. Ya lo sé, tranquilo. No te preocupes. De hecho, me alegra que no te hayas enamorado de mí, porque no podría corresponderte, ya lo sabes.

Esa vez fui yo quien se encogió de hombros.

–Tú habrías sido más comprensivo.

–Sí, bueno, pero supongo que cada uno es como es, ¿no? Y yo te acepto como eres.

–Gracias –repetí.

–Como vuelvas a darme las gracias, te parto la cara.

Le conté la conversación con Darío, y tras eso los dos nos quedamos callados durante unos minutos.

–¿Qué va a pasar ahora? –pregunté al fin–. Me refiero a nosotros tres.

Él se encogió de hombros.

–No lo sé. Pero tú eres mi mejor amigo, y está claro que me necesitas. Si él prefiere enfadarse por gilipolleces, que le den. No te merece.

–Gracias –dije una vez más, sinceramente agradecido. Aunque confiaba en él, no me esperaba que fuera a ser tan comprensivo. Una parte de mí creía que me rechazaría igual que había hecho Darío.

Fer me pegó un puñetazo amistoso en el hombro como respuesta a mi agradecimiento.

–Vete a la mierda.

# CAPÍTULO 5

*Baila, que ya empieza la batalla  
Y han caído en nuestra trampa  
Rompan filas, que se acercan  
Pero no les quedan balas  
Todos vienen a la carga  
Pero tú tan solo baila  
La batalla, María Villalón*

Llorar y gritar: eso es lo único que me apetece en este momento. Soy una persona, joder. Una puta persona. No sé por qué coño tengo que aguantar esto. No me lo merezco. Solo quiero

(morirme)

llorar y gritar. Y también romper cosas, destrozarlas, hacerlas añicos, golpearlas hasta quebrarme todos los huesos del cuerpo, reventarlas. Reventarlas como los reventaría a ellos, como venganza por todo lo que me han hecho pasar. No se merecen otra cosa.

Pero no puedo, y sé que jamás tendré ocasión de hacerlo, así que aprieto la cuchilla contra mi muslo, con fuerza, y observo la sangre que gotea sobre el suelo de la bañera.

Una vez vi en una película, o quizás en alguna serie, que a las buenas personas muchas veces les pasan cosas malas. Supuestamente se trata de una especie de equilibrio cósmico, como si Dios, el universo o quien sea pusieran a prueba a las buenas personas para que demuestren que lo son. Como si la vida no fuera más que un puto examen.

Pues que lo jodan al cosmos. Yo no he hecho nada malo.

Solo.

Quiero.

Ser.

Feliz.

¿En serio es tanto pedir?

Pero ya está. No pienso seguir soportando esto. Lo he decidido. No voy a permitir que esto vuelva a pasar, no puedo permitir que esto vuelva a pasar. Todavía no sé qué es lo que voy a hacer, pero algo tengo que hacer. No puedo dejar que sigan humillándome. No es la primera vez que me pegan, pero ya estoy hartito. Lo de hoy no puede volver a suceder.

Jamás.

Cuando me lavo la sangre y salgo de la ducha, decido mandarle un mensaje a Fer.

¿Puedes quedar?

Su respuesta no se hace esperar más de un par de minutos.

Stoy con Laura.

S importante?

Lo cierto es que me apetece mucho verlo, y más después de lo de hoy, pero sé que no tiene muchas ocasiones de estar con su novia fuera del instituto, así que no quiero molestarlos.

No te preocupes.

Mañana hablamos.

Eso s q si

5 en la cafetería d siempre?

En serio, no pasa nada.

Mañana te cuento.

Ok, a las 5 allí entonces

No logro reprimir una sonrisa. Así es Fer: siempre está a tu lado, tanto si quieres como si no.

\* \* \*

Realmente no me hace mucha gracia que vaya a estar presente Laura. Es una chica fantástica y me cae genial, pero delante de ella no soy capaz de contarle a Fer todo lo que ha sucedido, no con la misma confianza. Aunque ella está al corriente de la situación en el instituto y me apoya tanto como él, lo que ha pasado hoy es demasiado humillante para decirlo en su presencia. Por suerte, es una chica lista, mucho más perspicaz que Fer, y a los pocos minutos de sentarnos a la mesa enseguida se da cuenta de que hay algo que no estoy contando porque ella está presente, así que me dirige una mirada muy elocuente antes de hablar.

–Bueno, chicos –dice, poniéndose en pie y echando un vistazo al móvil–, lo siento, pero cuando veníamos hacia aquí he visto un bolso precioso que no quiero que me quiten. Así que, si no os importa...

–¡Laura! –protesta Fer–. ¡Acabamos de llegar! ¿En serio te vas a ir para ponerte a mirar complementos?

–Tranquilo; estoy segura de que a él no le importará que me vaya un rato. ¿Me equivoco? –añade, mirándome con una sonrisa, y yo niego con la cabeza. Fer nos mira, extrañado, pero enseguida comprende lo que está pasando–. Lo imaginaba. Vuelvo en un rato.

–No tardes mucho, ¿vale? –le pide mi amigo poniéndole ojitos, y ella se inclina para darle un beso rápido en los labios. No puedo evitar sonreír: son una monada.

–Buscaos un hotel.

Se separan y Fer pone los ojos en blanco.

–Cuando queráis que vuelva, mándame un mensaje –dice Laura.

Fer asiente con la cabeza y la observa embobado mientras ella se dirige a la puerta y sale de la cafetería, todavía con el móvil en la mano.

–Tienes una novia genial –comento.

–Lo sé –dice con una sonrisa de oreja a oreja–. Todavía no me creo la suerte que tengo.

Creo que eso es sin duda alguna lo mejor de Fer. Sabe ver lo bueno de las personas y, además, sabe valorar lo que tiene, siempre, por pequeño que sea. Es una cualidad poco común, y me pregunto si será consciente siquiera de ella. A veces me pregunto lo que habría sucedido si me hubiera enamorado de él y no de Darío. Sé que es demasiado hetero y no me habría correspondido, pero sin duda alguna la situación habría sido muy distinta. Sin embargo, no fue así. Tal vez habría sido más fácil fijarme en él, con su personalidad arrolladora y su cuerpo moreno y bien formado gracias al deporte constante, pero fue de Darío de quien me enamoré. Ese fue mi error, si es que puede llamársele así.

–¿Qué ha pasado? –pregunta, señalando mi ojo morado. Ya me había preguntado al respecto al llegar a la cafetería, pero me negué a contestar en presencia de Laura–. ¿Quién ha sido?

–Carlos. Estaba escondido en el baño haciendo los deberes, pero entonces llegó y me tendió una trampa con Aitor y Jorge.

Fer está sujetando su taza de chocolate con tanta fuerza que temo que vaya a romperla, y tiene los nudillos blancos a causa de la tensión. Respira hondo durante unos segundos antes de hablar, y me doy cuenta de que está esforzándose por contener la furia.

–¿Te dieron una paliza entre los tres? –pregunta, con el rostro tan pálido como los nudillos. Niego con la cabeza.

–No, en realidad fue solo Carlos quien me pegó. De hecho, los otros lo sujetaron; de no ser por ellos estaría mucho peor.

–Me lo cargo. Te juro que me lo cargo.

–Déjate de tonterías, Fer –digo con voz firme–. Ya lo hemos hablado: no puedes meterte en más peleas por mi culpa. A la próxima te expulsarán, ya lo sabes.

Cierra los ojos y permanece así durante unos segundos, respirando profundamente para calmarse. Después vuelve a abrirlos.

–De todos modos, ¿no me habías dicho tú que Carlos también es gay? – pregunta. Yo asiento con la cabeza–. ¿Estás seguro?

–Si mi *gaydar* no miente, sí.

Él pone los ojos en blanco.

–El *gaydar* no existe.

–¡Pues claro que sí! –aseguro–. Tiene página en Wikipedia y todo.

Es cierto. La he leído entera.

–Eso no significa que exista.

–Que sí, hazme caso. Además, siempre está bastante cachondo en los vestuarios.

–Entonces, ¿por qué se ensaña tanto contigo?

Me encojo de hombros.

–No lo sé. Supongo que no querrá que los demás lo descubran. Tendrías que ver cómo se puso cuando insinué que él también era gay, fue por eso por lo que me pegó.

–No tendrías que haber insinuado nada –señaló con voz seria.

–Ya lo sé, pero es que estoy harto, tío. En serio. Quiero aprender a defenderme.

–No sé yo... –dice con cara de preocupación–. No digo que sigas dejando que te hagan esas cosas, pero... ¿no crees que sería peor si les pegaras tú a ellos? Porque, a excepción de hoy, nunca te habían pegado.

–Bueno, a veces sí que lo han hecho –replico, sintiéndome más humillado todavía por tener que hablar del tema en voz alta–. Pero yo no puedo más. Quiero ser capaz de plantarles cara de una puta vez.

Él lo medita durante unos segundos, y después asiente con la cabeza lentamente.

–Sí, supongo que es lo mejor. No puedes seguir así. ¿Has pensado ya lo que vas a hacer?

–La verdad es que no –admito–. Por eso también quería hablar contigo. ¿Se te ocurre algo?

Él mira hacia el techo, pensativo, antes de responder.

–¿Qué tal si te apuntas a clases de judo, kárate o algo parecido?

Barajo esa posibilidad durante unos segundos, y al fin decido que probablemente sea una buena idea.

–¿Por qué no? No tengo nada que perder.



## **¿VOLVER A EMPEZAR?**

Esto no puede seguir así. No. No puedo permitir que sigan haciendo conmigo lo que quieran.

Tengo que enfrentarme a ellos. Plantarles cara. No quiero seguir siendo un cachorro apaleado que se deja pegar una y otra vez.

Sí.

Tengo que hacerlo.

Pero tengo miedo.

**Publicado el 2 de diciembre a las 20:34**

**Comentarios: 0**

**¿Te ha gustado? Compártelo**



# CAPÍTULO 6

*We can be heroes  
Just for one day  
We can be us  
Just for one day  
Heroes, David Bowie*

Mientras esperamos a que llegue la profesora de Inglés, le cuento a Fer entre susurros la conversación de ayer con mis padres. Para mi sorpresa, se han tomado bastante bien la idea de apuntarme a clases de judo. Aunque mi madre se asustó muchísimo al verme llegar con el ojo morado, finalmente logré tranquilizarla.

Mi padre, por su parte, intentó convencerme para que fuera a clases de boxeo, pues le parece algo más varonil, pero se alegró de que me interesara por algo «de hombres» y me dejara «de tanto librito y tanto dibujito», como dice él. Evidentemente, estaba encantado de que me hubiera peleado en el instituto, aunque tuve que mentirle y decir que había ganado yo, y que el otro chico acabó mucho peor. Para él otra cosa habría sido una vergüenza.

No me extraña que María se largara en cuanto pudo.

Lo mejor es que en mi pueblo de mala muerte no hay ni un solo sitio donde se impartan clases de judo, por lo que tengo que ir a la ciudad. Eso supone un aliciente extra: por un lado, cambio de aires, y por otro, evito encontrarme con nadie indeseable. Lo último que necesito es que los matones del instituto se enteren de que estoy intentando aprender a defenderme: me harían papilla. Tras una búsqueda en internet, mi madre y yo averiguamos que en el centro deportivo de la ciudad dan clases de judo los martes y los viernes, así que empezaré mañana mismo.

Cuando llega Ana, la profesora, anuncia que hoy veremos una película en clase. Todos nos entusiasmos, aunque suena algún abucheo cuando anuncia el título: *The Perks of Being a Wallflower*. No sé cuál es, pero al echarle un vistazo a la carátula me doy cuenta de que conozco a los actores. Logan Lerman, el protagonista, es uno de mis amores platónicos. Esta película en concreto no la he visto, pero el título me suena por haberlo leído alguna vez en su filmografía.

–Quiero que prestéis mucha atención –advierte Ana con seriedad, abriendo la caja del DVD y extrayendo el disco–. Cuando acabemos de verla, cada uno tendrá que hacer una redacción explicando lo que ha aprendido de la película. Creo que os vendrá bien a más de uno.

–Pero ¡está en inglés! –se queja una chica.

–Pues para eso están los subtítulos –replica Ana.

–¡Yo no quiero pasarme toda la película leyendo! –protesta otro desde el fondo de la clase.

–Si en casi todo el mundo son capaces de ver todas las películas subtituladas, vosotros también podéis –sentencia Ana–. ¿O es que sois más tontos que la gente de otros países?

A mí me alegra su decisión, porque si hay algo que odio es ver películas dobladas. Aparte de que me vienen muy bien para aprender inglés, yo soy de los que creen que una gran parte de la interpretación de los actores está en su voz. Por muy bueno que pueda ser un doblaje, y hay muchos muy buenos, al ver una película doblada nos perdemos la mitad de la actuación.

–¿Qué significa el título? –me atrevo a preguntar con un hilo de voz. Suenan unas risitas cuando hablo, pero las ignoro.

–Eso es parte de la historia. Ya lo verás.

Pero soy curioso por naturaleza, así que saco el móvil discretamente y consulto un diccionario *online*. *Perk*: beneficio o ventaja. *Wallflower*... ¿alhelí? ¿En serio? No logro encontrarle sentido al título, así que sigo buscando y descubro que en España se tradujo como *Las ventajas de ser un marginado*, y enseguida se me cae el alma a los pies. Justo lo que necesitaba ahora mismo, vamos: dos horas de película acerca de lo bonito que es

(odiar cada segundo de tu vida)

ser un paria.

Pero, para mi sorpresa, apenas tardo diez minutos en enamorarme de la película, y no es solo porque la protagonice Logan Lerman. Es una película diferente, de esas que normalmente pasan desapercibidas, y no me extraña no

haberla visto antes. No sé quién sería el genio que decidió traducir «*wallflower*» por «marginado», pero creo que no le hizo ningún favor.

Como no podía ser de otra manera, no logro evitar sentirme identificado con Charlie, el personaje principal. Somos muy distintos, pero en algunas escenas me recuerda mucho a mí. Sin embargo, él tiene una suerte que yo no tengo: Charlie encuentra amigos y un grupo que lo apoya y con quien puede ser él mismo, pero yo no tengo eso, tan solo a Fer. Para el resto, soy escoria.

Lo malo de la película es que uno de los amigos del protagonista es gay. A mí el personaje me parece genial, pero cada vez que aparece en pantalla alguno de mis compañeros aprovecha para hacer alguna bromita a mi costa lo suficientemente alto como para que todos lo oigamos. Pero, no dejo que eso me moleste ni me distraiga de la historia. Me está gustando demasiado.

Cuando suena el timbre, me da muchísima rabia tener que ir a la siguiente clase: por mí, me quedaría hasta que acabara la película. Miro a mi alrededor. Puedo ver en el rostro de Fer que a él también le está encantando, y no es el único de la clase. Por supuesto, no faltan los que no dejan de bostezar, tal vez porque la película los ha aburrido de verdad, o tal vez simplemente estén forzándolo porque no quieren admitir lo mucho que les está gustando realmente. Darío en especial parece un tanto incómodo.

Vivimos en un mundo donde día a día nos vemos obligados a ocultar lo mejor de nosotros mismos.

Si te detienes a pensarlo, es muy triste.

# CAPÍTULO 7

*Si el bullicio deja de bramar  
Me interno en aislamiento preventivo  
Y comenzaré a petrificarme  
Si no aparece nadie que me salve  
Nana noir, Carmen Boza*

Tras un viernes sin más incidentes que los insultos habituales, a las cuatro de la tarde me pongo en marcha para asistir a mi primera clase de judo. El viaje en tren dura cerca de tres cuartos de hora, aunque el iPod me ameniza el trayecto, y a partir de ahí tardo apenas unos diez minutos en llegar al centro deportivo gracias a la inestimable ayuda de Google Maps y una batería bien cargada.

Sobre mí brilla el sol en un cielo sin nubes, la primera vez que sale en varios días, y no puedo evitar sentir una chispa de esperanza en mi interior, avivada por el buen tiempo y el aire a libertad de la ciudad, que hace que logre olvidar el olor a contaminación del ambiente.

De todos modos, todavía no voy a apuntarme. Quiero ver primero de qué va todo antes de decidirme, pues no acabo de estar muy convencido de que vaya a gustarme. Pregunto a la chica de la recepción dónde se dan las clases de judo, y me dirijo hacia donde me indica. Sin embargo, por el camino me pierdo y acabo llegando unos minutos tarde, por lo que al entrar en la sala me quedo en una esquina, apartado de las colchonetas para no molestar durante la sesión de entrenamiento.

Entonces, mis ojos se cruzan con los de un chico. Es bastante mono, y lo más sorprendente es que está mirándome con sus ojos azules, así que aparto la mirada, algo avergonzado. Me suena de algo, pero estoy seguro de que no va a mi instituto. Lo observo durante toda la clase, y de vez en cuando nuestras

miradas se cruzan. Una de las veces, él sonríe, y antes de que pueda darme cuenta estoy devolviéndole la sonrisa, como un perfecto idiota.

No puedo evitar preguntarme si es gay.

–Recordad que el martes es festivo –dice el entrenador, un hombre atlético de pelo rubio oscuro y muy corto, en cuanto acaba la clase–. Pasaremos la clase al miércoles, ¿de acuerdo? No es obligatorio venir, pero os lo recomiendo sobre todo a los más nuevos.

Para mi sorpresa, cuando el hombre termina de hablar, el chico de los ojos azules se acerca a mí con aire despreocupado, masajeándose la nuca con la mano. Tiene el pelo castaño húmedo a causa del sudor y unas gotas se le deslizan por el rostro, pero sigue siendo muy mono. Bajo un poco la mirada, un tanto cohibido. He perdido la costumbre de hablar con gente de mi edad.

–¡Hola! –me saluda con una amplia sonrisa cuando llega junto a mí–. ¿Qué tal? Supongo que eres nuevo. ¿Aún no te has apuntado? –Niego con la cabeza tímidamente, y no puedo evitar ponerme rojo. Eso parece hacerle sonreír aún más–. Me llamo Sergio. ¿Y tú?

Titubeo durante unos segundos antes de responder. Casi no recuerdo mi propio nombre, y no me sorprende: últimamente parece que no haya nadie que se moleste en utilizarlo.

–Óscar –digo por fin, y la palabra suena extraña en mis labios–. Encantado.

–Lo mismo digo. ¿Quieres que te enseñe esto un poco? No te ofendas, pero se te ve algo perdido por aquí.

–Vale –acepto, y él sonríe una vez más, como si estuviera deseando hacerlo. ¿Cómo voy a rechazar su ofrecimiento? A excepción de Fer y de Laura, Sergio es la primera persona de mi edad que me habla por voluntad propia desde hace semanas para algo que no sean burlas o insultos.

–¿Te importa si me ducho primero? –pregunta, agachándose para ponerse los zapatos–. No tardaré, te lo prometo.

–Sin problema –digo.

–Genial. ¿Sabes dónde están los vestuarios? –Asiento torpemente con la cabeza en un gesto automático, pero al momento me arrepiento, porque es mentira–. Pues si te parece puedes esperarme en la puerta. Yo voy ya, ¿vale? Deberías hablar con Alejandro, para presentarte y esas cosas.

–¿Alejandro?

–Sí, el profe. Te vas a apuntar, ¿verdad? –Me da la impresión de que lo pregunta con tono esperanzado, aunque al instante estoy seguro de habérmelo imaginado. Vuelvo a asentir con la cabeza, y comienzo a sentirme un tanto

estúpido—. Genial, pues entonces ve a hablar con él. Yo me voy ya a la ducha, ¿vale?

—De acuerdo.

—¡Hasta ahora!

Con una última sonrisa sale corriendo, y me deja solo de nuevo. Me dirijo hacia el profesor para hablarle de mi interés en sus clases, aunque lo cierto es que no estoy muy pendiente de la conversación: lo único que hago es preguntarme si a Sergio también le gustarán los chicos. Mi *gaydar* dice que sí, pero no tengo forma de estar seguro. Y no quiero hacerme ilusiones.

—¿Me has oído? —dice Alejandro, y su tono suena ligeramente irritado.

—Lo siento, se me ha ido el santo al cielo. ¿Qué decías?

El entrenador frunce un poco el ceño y me mira con actitud reprobadora, pero enseguida sonrío.

—Decía que, si te parece, puedes probar de nuevo el próximo miércoles. No hace falta que te quedes ahí sentado, puedes participar en el entrenamiento sin problemas. Y si ves que te gusta, ya decides si te apuntas.

Yo asiento con la cabeza.

—De acuerdo.

—Estupendo, pues el miércoles nos vemos. Podrás utilizar un *judogi* de los que tenemos aquí, y si al final decides apuntarte ya te comprarás el tuyo.

La verdad es que no tengo ni idea de lo que es un *judogi*. Sin embargo, no quiero que Sergio se vaya sin mí, así que tampoco me paro a preguntarlo. En lugar de eso me giro para marcharme, pero enseguida me doy la vuelta al percatarme de que todavía no conozco el centro deportivo.

—Perdona, ¿te importa decirme dónde están los vestuarios?

\* \* \*

—Como ves, este sitio no es gran cosa —comenta Sergio tras enseñarme las instalaciones del centro deportivo, lo que hace en poco menos de diez minutos—. La verdad es que los hay mejores, pero este me pilla cerca de casa y el profesor es bueno, así que...

—Bueno, al menos ahora lo conozco todo —digo, echando un vistazo a mi alrededor y tratando de no parecer nervioso por estar con él—. Espero no volver a perderme el próximo día.

—Bueno, tú no te preocupes por eso. Si quieres, el miércoles puedo esperarte en la entrada.

Noto cómo el corazón comienza a latirme con más fuerza ante sus palabras, aun a mi pesar. Asiento con la cabeza, un tanto cohibido, y trato de recordarme que tan solo está siendo educado con el chico nuevo, que lo más probable es que lo diga por decir y después se le olvide.

–Gracias.

–No hay de qué –responde, y caminamos en silencio hacia la salida, aunque, lejos de ser un silencio incómodo, resulta bastante agradable. Cuando llegamos, se detiene y dice–: Oye, ¿te apetece ir a tomar un café o algo así? La verdad es que no tengo ganas de irme a casa todavía, y necesito cafeína.

Me siento nervioso ante la propuesta, pero a pesar de ello sé que no debería dejar pasar la oportunidad. Lo cierto es que no puedo decir que me sobren los amigos precisamente, y la perspectiva de tener un nuevo amigo es algo con lo que no contaba ni en mis momentos más optimistas.

–Vale. ¿Conoces algún sitio?

–Esa cafetería está muy bien –dice, señalando un local que se encuentra justo enfrente del centro deportivo. Me encojo de hombros; en realidad, me habría parecido bien cualquier sitio que hubiera propuesto.

–Vale.

–Pues vamos.

Caminamos hacia allí y mientras entramos lo miro de reojo, con disimulo. Tiene el pelo todavía húmedo, a pesar del frío, y cuando se quita el abrigo veo que lleva una camiseta roja con la araña de Spider-Man en negro sobre el pecho. Soy incapaz de reprimir una sonrisa al verla. Nunca he sido muy aficionado a los superhéroes, pero Spider-Man es mi favorito.

–Siempre he pensado que los de esta cafetería son un poco cabrones – comenta en voz baja cuando la camarera se aleja después de dejar sobre la mesa los capuchinos que hemos pedido.

–¿Y eso?

Mira a su alrededor antes de contestar, como si fuera a revelarme un secreto muy bien guardado.

–Piénsalo: la gente sale cansada de entrenar, ¿y qué hay enfrente? ¡Una cafetería con un montón de dulces en el mostrador! No creo que sea casualidad, ¿no te parece?

–Seguro que están compinchados con la gente del centro deportivo –sugiero entre risas mientras él toma un sorbo de su café–. Puede que se lleven comisión o algo por cada venta.



Él me mira con los ojos entornados en actitud de sospecha durante unos segundos, y después asiente enérgicamente con la cabeza, como si yo acabara de decir algo muy inteligente.

–¡Claro! No lo había pensado. Lo tendrán todo bien pensado. Seguro que los del centro deportivo se llevan un porcentaje de todo lo que se consume aquí después de los entrenamientos.

Yo asiento también con la cabeza fingiendo solemnidad, como si estuviéramos hablando de un tema muy serio.

–Y no te olvides de que después de comer pasteles la gente se sentirá culpable... –señalo–. Así que seguirán yendo al centro deportivo para entrenar y ellos seguirán ganando pasta. Lo tienen todo bien calculado y nosotros hemos caído en sus malévolas redes.

Él me mira durante unos instantes, todavía serio, pero noto que le tiemblan un poco las comisuras de la boca. Enseguida no puede aguantar más y comienza a reír, y yo río con él.

–Me caes bien, Óscar.

–Y tú a mí –digo, y sonrío con sinceridad. Sin embargo, sigue resultándome extraño volver a oír mi nombre.

–Tienes que apuntarte a judo, ¿eh? –dice, y toma otro trago de su capuchino antes de continuar–. Tenemos que repetir esto.

–¿Aunque hayamos caído de lleno en una malvada conspiración? No sé si eso es muy inteligente por nuestra parte.

Su sonrisa se ensancha.

–Sí. Pero tenemos que ser fuertes, ¿vale? Nada de dulces y pasteles: solo café. –Hace una pausa, y a continuación confiesa con tono de confidencia–: Soy adicto al café.

–Me parece bien.

–Y hablando de café, ¿no te tomas el tuyo? –pregunta, señalando mi taza intacta–. Se te va a enfriar.

–Me gusta frío –digo, encogiéndome de hombros.

Mentira.

–¿En diciembre? –pregunta alzando una ceja. Me encojo de hombros, y él echa un vistazo al menú que hay colgado tras la barra–. Pues podías haber pedido un café helado, también tienen. Aunque no sé quién en su sano juicio sería capaz de tomarse un café helado en diciembre.

Me encojo de hombros una vez más. En realidad, creo que no hay nada más asqueroso que el café frío. Lo que pasa es que no quiero que se acabe, porque

eso significará que tengo que  
(volver a casa)

irme, y lo estoy pasando muy bien con él. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan cómodo con nadie, a excepción de Fer. Doy un pequeño sorbo a mi taza y lo observo de reajo, frunciendo un poco el ceño sin poder evitarlo. ¿Por qué me sonará tanto su cara?

–¿Llevas mucho tiempo entrenando aquí? –pregunto tras un par de minutos de silencio, al darme cuenta de que no se me va a ocurrir ninguna pregunta mejor por mucho que lo intente.

Niega con la cabeza mientras traga el café.

–Qué va, tan solo desde principios de curso. Tenía muchos problemas para conciliar el sueño, así que mi madre decidió apuntarme para que liberara tensiones, energías negativas y todas esas cosas modernas. Entre tú y yo, mi madre es un poco mística –añade otra vez con ese tono de antes, como si estuviera contándome uno de sus secretos mejor guardados.

–¿Y funciona?

Él sonríe.

–Pues la verdad es que sí. Los días que entreno duermo como un angelito nada más meterme en la cama.

Si yo fuera una persona lanzada, alguien sin complejos y seguro de sí mismo, le soltaría alguna indirecta acerca de él en la cama. Y, en un mundo feliz, él me seguiría el juego con otro comentario del mismo estilo. Y yo le seguiría la corriente. Y después él me pediría mi número.

Pero eso no va a pasar.

Así que me callo.

Y me voy a casa sin su número.

## CAPÍTULO 8

*We are broken, we can't fix it  
There's no cure for our condition  
Desperate eyes are staring at me  
Should be hopeless but we're happy  
Burn With You, Lea Michele*

Durante el trayecto en tren de vuelta a casa, no puedo evitar sonreír de oreja a oreja pensando en Sergio, a pesar de que trato de evitarlo. Sé que es estúpido, y me siento ridículo admitiéndomelo a mí mismo, pero lo cierto es que conocerlo me ha hecho feliz, algo que a estas alturas no imaginaba posible. Es el primer amigo que hago desde que pasó lo de Darío, y sé que me va a venir muy bien tener el apoyo de alguien alejado de mi ambiente habitual.

Quiero llegar a conocerlo mejor, pero ni siquiera me importaría que no llegara a pasar nada entre nosotros. Me conformo con que seamos amigos; eso es lo único que necesito en realidad.

Decido mandarle un mensaje a Fer para informarle de todo: estoy seguro de que se alegrará.

Ya he salido de judo.

Y q tal???

Bastante bien.

---

He conocido a un chico.

Su respuesta no se hace esperar ni un segundo.

??!!

Cuenta.

Todo.

Ya.

No hay mucho que contar.

Es un chico de la clase de judo.

Os habeis liado??

Qué animal eres.

No, pero hemos estado tomando un café y hablando un rato.

Ha estado bien.

T gusta??

Mmm...

No sé.

Vamos, q si

No lo sé, en serio.

Tal vez un poco.

Y tu a el??

Pues no lo sé. No creo.

De todos modos, todavía no nos conocemos.

S gay?

Diría que sí.

Pero tampoco estoy seguro del todo.

Mi gaydar recibe señales confusas.

El gaydar no existe

Que sí.

Que no

Que sí.

Demuéstralo

Tiene página en Wikipedia, búscala.

Tmb hay una de fantasmas, y d aliens, y dl hombre dl saco

Pro eso no significa q existan

Eso también es cierto, y lo sé porque las he leído. Lo cierto es que nunca lo admitiré en público, pero soy adicto a la Wikipedia: puedo pasarme horas pasando de una página a otra.

Seguimos hablando durante todo el trayecto de vuelta a casa, y me obliga a relatarle toda la conversación entre Sergio y yo con pelos y señales, aunque tampoco es que haya mucho que contar. Yo no puedo dejar de sonreír en todo momento. Sé que lo más probable es que no llegue a pasar nada con él, pero aun así, si mis sospechas son ciertas, él es el primer chico que conozco al que también le gustan los chicos. No puedo evitar sentirme contento por haber conocido a alguien que es como yo, a pesar de que todavía no sé prácticamente nada de él.

Había olvidado lo que era sentirse ilusionado por alguien, algo que no me pasaba desde Darío. Pensaba que los insultos que tengo que soportar a diario habían acabado con mi capacidad de ilusionarme con cualquier cosa, y resulta reconfortante ver que una parte de mi antiguo yo sigue estando viva en mi interior. Por supuesto, no creo en el amor a primera vista, pero estoy deseando conocerlo mejor.

Cuando llego a casa, mi madre ya está preparando la cena, así que me doy una ducha rápida y después me dirijo hacia la cocina. Mi padre tiene una cena de trabajo, de modo que solo estamos ella y yo. Mejor todavía: cada vez me siento más incómodo en presencia de mi padre. Estar con él es horrible, es como si

(le diera asco)

no pudiera ser yo mismo ni en mi propia casa. Con mi madre, en cambio, todo es diferente. Ella siempre me comprende. A veces pienso que debe de saber lo mío, o por lo menos se lo imaginará, pero no me atrevo a decírselo. No podría soportar perderla también a ella.

—¿Y esa sonrisa? —pregunta al verme entrar, evidentemente complacida—. ¿Te ha gustado el judo?

Asiento con la cabeza y le cuento brevemente cómo ha ido y lo que me ha dicho Alejandro. Menciono a Sergio, aunque muy de pasada, pero me parece ver en sus ojos un breve destello de suspicacia.

—Me gusta verte tan contento —dice con sinceridad—. Hacía meses que no te veía así.

Yo le dedico una sonrisa. Sé que tiene razón.

Cuando llega la hora de irme a la cama, justo antes de dormirme, me doy cuenta de algo: hoy es el primer día en varios meses en que no siento la necesidad de cortarme para estar tranquilo. Me gusta la sensación.

Tan solo espero que dure.



## ¿TAL VEZ...?

No. No quiero hacerme ilusiones, porque si no pasa lo que pasa. Pero hoy... hoy ha sido diferente. No recordaba la última vez que había sonreído de verdad tantas veces en un mismo día, sin obligarme a hacerlo para que Fer o mi madre no se preocuparan.

No recordaba la última vez que no me hicieron falta.

Tal vez... No lo sé. A lo mejor.

**Publicado el 4 de diciembre a las 21:17**

**Comentarios: 0**

**¿Te ha gustado? Compártelo**



# CAPÍTULO 9

*No se puede vivir con tanto veneno  
No se puede dedicar el alma a acumular intentos  
Pesa más la rabia que el cemento  
No, Shakira*

Tras una de mis largas sesiones de investigación por Wikipedia, descubro que la película que nos pusieron en clase de Inglés, *Las ventajas de ser un marginado*, está basada en un libro de un tal Stephen Chbosky, que por lo visto es también el director de la película, así que el sábado decido acercarme a la librería para buscarlo. El problema es que no tengo dinero, así que tengo que pedírselo a mis padres. Aprovechando que mi padre está

(como siempre)

viendo la tele en el salón y mi madre

(como siempre)

en la cocina, decido pedírselo a ella, que rara vez me dice que no cuando quiero algún libro nuevo. Siempre que no sean más de tres al mes, claro, pero normalmente no me paso y este mes aún no le he pedido ninguno.

–¿Qué libro es?

Titubeo unos instantes antes de contestar, y vuelvo a maldecir a la persona que decidió el título en español. Casi preferiría que hubieran puesto lo del alhelí, aunque fuera igual de vergonzoso decirlo en voz alta.

–*Las ventajas de ser un marginado*.

Ella me observa durante unos segundos y abre la boca un par de veces para decir algo, pero acaba cerrándola.

–¿Te vale con veinte euros? –pregunta finalmente.

–De sobra –respondo, aliviado porque no me ha hecho ningún comentario acerca del título.

–Ahora vuelvo.

Sale de la cocina en busca del dinero, y yo me quedo allí de pie, esperándola. Me doy cuenta de que el corazón ha comenzado a latirme con fuerza, pero no sé por qué. Al cabo de un par de minutos regresa con el billete azul en la mano y una sonrisa en el rostro. La manga se le levanta un poco al tenderme el dinero y ella se apresura a bajársela, una costumbre que tiene desde hace tiempo. No tiene mal cuerpo ni mucho menos, pero por algún motivo no le gusta mostrarlo.

–Gracias, mamá.

Cojo el dinero que me tiende y hago ademán de marcharme, pero, antes de que pueda hacerlo, pregunta:

–Óscar, ¿quieres contarme algo?

Trago saliva un par de veces, y noto que mis mejillas comienzan a sonrojarse. Niego categóricamente con la cabeza.

–No te preocupes. Todo va bien.

–Estoy aquí si me necesitas, ¿vale? Sea lo que sea, puedes contar conmigo. No lo olvides, ¿de acuerdo?

No puedo evitar acercarme a ella para abrazarla con fuerza, ocultando de paso las lágrimas que brotan en mis ojos.

\* \* \*

El dependiente de la librería me mira con cara de extrañeza al decirle el título de la novela, pero tras comprobarlo en el ordenador y rebuscar un poco logra encontrar un ejemplar olvidado y polvoriento al fondo de un estante. Pago rápidamente y vuelvo entusiasmado a mi casa, deseando comenzar a leer.

Me termino la novela apenas unas horas después.

La película me había emocionado, pero el libro lo consigue más todavía. Está lleno de frases preciosas, de esas que se te clavan en el fondo del corazón, y, para cuando acabo de leer, casi la mitad de las esquinas de mi ejemplar están dobladas.

Jamás entenderé a esas personas que se empeñan en conservar los libros tan inmaculados como si acabaran de comprarlos. Yo adoro los libros, cada uno de ellos es mi tesoro, y por eso mismo me gusta sentir que son algo que me pertenece, sentirlos como propios. No me gusta que parezcan recién sacados de una librería. Me gusta saber que son

(mis amigos)

míos, con sus páginas gastadas de tanto leerlos y sus esquinas dobladas en aquellos momentos que me impresionaron, me emocionaron o, simplemente, me hicieron pensar, soltar una lágrima o sonreír.

**@LostBoy\_99**

**Lost Boy**

Las ventajas de ser un marginado y otras formas de perfección. ahora

Reviso todas las páginas dobladas, una por una, en busca de una frase que se me ha quedado especialmente marcada: «Aceptamos el amor que creemos merecer». Juraría que la había oído en la película, pero entonces no le había prestado atención. Sin embargo, al leerla le encuentro nuevos significados de una forma que solo sucede cuando lees una novela. La repito en mi cabeza una y otra vez.

Aceptamos el amor que creemos merecer. Qué gran verdad.

Creo que eso es lo que me pasaba con Darío. Lo quería, sí, pero él no me correspondía. O, al menos, no lo hacía como yo habría deseado. El problema era que yo, como un idiota, me conformaba con las migajas que me daba. Pero últimamente he empezado a comprender que me merezco algo más que migajas. Me merezco a alguien que me quiera por lo que soy, no alguien que me utilice para lo que quiere y luego me deje tirado.

Aun así, no estoy triste: no me corto ni una vez en todo el fin de semana. Creo que por fin estoy empezando a hacer progresos.

(Antes)

*On my own  
Pretending he's beside me  
All alone  
I walk with him 'til morning  
On My Own, Les Misérables*

Tenía trece años la primera vez que me di cuenta de que algo no andaba bien dentro de mí, de que no era normal... de que me gustaban los chicos. Hasta entonces, no le había dado mucha importancia al amor, ni tampoco al sexo. Me había fijado en alguna chica, o al menos eso quería creer yo, pero tampoco me había preocupado en exceso ese tema. Fer y Darío, en cambio, estaban obsesionados. Se pasaban el día hablando de tetas y de cuál de nuestras compañeras estaba más buena, algo que a mí, francamente, no podía haberme importado menos. Supongo que las señales siempre estuvieron allí desde el principio, aunque fuera incapaz de verlas.

Ese día habíamos ido a la playa. Era junio y acababan de empezar las vacaciones. Los tres habíamos aprobado todo con buenas notas, así que nuestros padres nos habían dado permiso para hacer un pequeño viaje en autobús con nuestros ahorros. Aunque mi madre había insistido en que fuera con María y sus amigas para que nos vigilaran, teníamos bastante libertad, y al llegar a la playa ellas se fueron por un lado y nosotros por otro. Fue un día genial.

Cuando ya empezaba a caer la tarde, Darío y Fer se empeñaron en jugar con una pelota hinchable que habían llevado, pero a mí no me apetecía. Insistieron y trataron de convencerme para que me uniera a ellos, aunque fue en vano. Al final acabaron resignándose, así que me quedé tumbado sobre mi toalla, observándolos. Sobre todo a Darío. Él ya estaba bastante desarrollado para su edad y parecía uno o dos años mayor que nosotros. Su cuerpo me encantaba, y yo no podía dejar de mirarlo, con un calor en el cuerpo que no tenía nada que ver con el sol.

Y, entonces, lo noté: una presión incómoda e inesperada en el bañador. Miré hacia abajo y vi el bulto. Por supuesto, no era la primera vez que me sucedía, pero sí la primera que tenía lugar en público. Me puse rojo como un tomate y miré a mi alrededor, preocupado de que alguien lo hubiera visto. Por suerte, no había sido así, y toda la gente a mi alrededor seguía yendo a lo suyo. Avergonzado, me di la vuelta para tumbarme boca abajo sobre mi toalla y ocultar el bulto, solo por si acaso. Pero la vergüenza no pude ocultarla, y a día de hoy todavía me acompaña.

Ese fue el día en que me di cuenta de que era gay, y también el día que comencé a comprender que estaba enamorado de Darío. Y seguiría estándolo durante años.

# CAPÍTULO 10

*You shut your mouth  
How can you say I go about things the wrong way?  
I am human and I need to be loved  
Just like everybody else does  
How Soon Is Now?, The Smiths*

Cuando terminamos de ver la película en clase de Inglés, no puedo evitar soltar unas lágrimas de emoción que me apresuro a ocultar antes de que Ana encienda las luces. Como suele suceder en estos casos, el libro logró emocionarme mucho más, pero eso no significa que la película no me haya llegado, a pesar de conocer ya lo que quedaba de la trama.

Y, además, de algún modo esta historia ha conseguido cambiar algo dentro de mí, cuando no creía que nada pudiera hacerlo. Supongo que esa es la magia del cine y de la literatura: son capaces de hacerte ver de forma sencilla cosas de la vida que jamás te habrías planteado.

Aceptamos el amor que creemos merecer. Qué gran verdad.

Pero yo estoy harto de hacerlo. Ha llegado el momento de seguir adelante y de no volver a mirar atrás. No puedo continuar siendo un actor secundario en mi propia vida. Ha llegado el momento de coger el toro por los cuernos, de enfrentarme a mis temores de una vez y dejar de permitir que todo el mundo haga conmigo lo que le dé la gana.

–Fer, he estado pensando una cosa –le digo cuando salimos de clase, antes de poder pensármelo mejor y arrepentirme.

–Dime.

Trago saliva antes de decírselo.

–Me parece que debería hablar con Darío –explico al fin.

Me mira con una expresión cautelosa en el rostro.

–¿Estás seguro?

Buena pregunta.

–No –admito–. Pero creo que debo hacerlo. Ya llevo dos meses aguantando esto. Necesito hablar con él.

–Como tú veas –dice, y asiente con la cabeza–. Pero sabes que lo más probable es que no vaya a cambiar de opinión, ¿verdad? Por mucho que hables con él, seguirá siendo el mismo gilipollas de siempre.

Asiento con la cabeza.

–Lo sé.

–¿Y entonces?

–No lo sé, simplemente es algo que necesito hacer. Tengo que quitarme esta espina que tengo clavada si quiero seguir adelante, ¿sabes? Si no, creo que nunca voy a ser capaz de hacerlo.

Me observa durante unos segundos antes de contestar.

–¿Es por el chico ese?

–¿Sergio? –Suelto una carcajada–. Fer, que ni siquiera lo conozco. Igual no acabamos siendo ni amigos siquiera, vete tú a saber.

–No me parece que fuera eso lo que pensabas el otro día –comenta con una mirada de suspicacia, y noto un ligero rubor en las mejillas.

–Bueno, eso ahora da igual. Lo importante es que necesito hacer esto – insisto, mirándolo fijamente a los ojos–. No por él ni por nadie, sino por mí. Tengo que hacerlo por mí, para poder ser feliz de una vez.

Sigue observándome durante unos segundos, pero entonces asiente con la cabeza y sonrío.

–Pues si es lo que necesitas, que no se hable más –sentencia–. ¿Quieres que te ayude?

–Pues la verdad es que estaría genial –digo, aunque no confieso que ya contaba con que fuera a ofrecerme su ayuda–. Había pensado que podrías decirle que fuera a tu casa y así podría hablar con él allí... conmigo no va a querer quedar, eso está claro.

–¿Cuándo?

Me encojo de hombros, tratando de no decirle lo que pienso: que cuanto antes mejor, que cuanto antes hable con Darío menos oportunidades tendré para arrepentirme y echarme atrás.

–Cuando tú quieras...



–¿Qué tal mañana? Es festivo, así que podemos quedar a la hora que mejor os venga.

El corazón me da un vuelco ante la perspectiva de hablar cara a cara con él mañana, y de pronto noto algo que solo podría describir como náuseas. Se me pasa por la mente la posibilidad de negarme, pero ya no puedo echarme atrás, no ahora que le he pedido ayuda a Fer y él me la ha ofrecido.

–Si a ti no te importa... –digo con un hilo de voz.

–Sin problema –asegura, asintiendo con la cabeza–. Después de clase lo llamo y te digo, ¿vale?

–Vale.

\* \* \*

Sin embargo, en cuanto llego a casa, lejos de Fer, de Darío y del instituto, me arrepiento de habérselo pedido. En serio, ¿por qué soy tan gilipollas? Me muero de ganas de hablar con Darío, sí, pero ¿qué voy a decirle? ¿Que siento haberme enamorado de él? No es mi puta culpa. Es él quien debería llorar cada día, llamarme y, de paso, disculparse. Pero sé que eso no va a suceder. Es demasiado orgulloso. Demasiado incapaz de aceptar la situación.

Tiene demasiado miedo.

Estoy a punto de llamar a Fer para decirle que lo olvide, cuando mi móvil suena para indicar que he recibido un mensaje. Demasiado tarde.

Hems qdado a ls 6

T vienes un rato ants?

Podmos pasar la tard juntos si quiers

Mierda. Tecleo una respuesta rápida.

Vale. :)

¿Quedamos sobre las cuatro?

Genial!!

Pues mña nos vmos entonces

Vale. :)

**@LostBoy\_99**

Lost Boy

Si es que soy imbécil. ahora

# CAPÍTULO 11

*I won't suffocate  
I don't want to wait  
I will change this state I'm in  
These chains 'round my heart  
Tied up break apart  
I won't let this moment drown me  
Break of Day, Edurne*

Cuando llego a casa de Fer tras un breve trayecto que se me antoja interminable, el corazón me late a mil por hora, como si fuera a salirse del pecho. Él se imaginaba que estaría nervioso, por lo que tiene preparados en su portátil unos cuantos vídeos absurdos de YouTube ya cargados y listos para ver. Apenas soy capaz de prestarles atención, pero le agradezco el esfuerzo.

Darío llega un par de horas después, con la puntualidad que siempre lo ha caracterizado, y Fer va a abrir la puerta mientras yo permanezco en su habitación, mordiéndome las uñas literalmente y muerto de miedo. Fuera llueve, pero casi no puedo oírlo a causa del martilleo de mi corazón, que parece palpitarme justo en los oídos. Es la primera vez que vamos a hablar desde aquel día, y no sé lo que puede pasar.

Al oír su voz tan conocida acercándose por el pasillo me echo a temblar, pero ya es demasiado tarde para arrepentirme. Barajo durante unos segundos la posibilidad de

(huir, sí, huir muy lejos, donde nadie me encuentre)

esconderme en el armario de Fer o bajo su cama, pero no creo que a él le hiciera mucha gracia precisamente que tratara de huir después de haberme ayudado.

Además, eso de volver a meterme en un armario después de todo lo que tengo que soportar por haber salido de él... no.

Darío entra en la habitación sonriendo, pero al verme se le congela la sonrisa en el rostro. Es como si hubiera visto un fantasma y, en cierto modo, eso es lo que soy en realidad. Un fantasma que él ayudó a enterrar, un fantasma al que esperaba no tener que enfrentarse otra vez.

–¿Qué coño haces tú aquí? –pregunta, y mira a Fer, que acaba de cerrar la puerta tras él–. ¿Qué coño hace este marica aquí?

La reacción de Fer es rápida e inesperada: levanta el puño y golpea a Darío en un lado de la cara, con tanta fuerza que lo hace retroceder unos pasos y estamparse contra la pared. No sé quién está más sorprendido por la reacción de mi amigo, si Darío, el propio Fer o yo.

–¿Se puede saber qué cojones haces, tío? –grita Darío, llevándose una mano a la mejilla enrojecida.

–Cuidadito –advierte mi amigo con voz calmada–. Estás en mi casa, así que no quiero ni líos ni insultos. Y como vuelvas a decirle eso a Óscar, te reviento la cara de verdad. ¿Está claro? –Darío asiente con la cabeza, con aire sumiso–. Ahora yo me voy al salón a jugar un rato a la Play, y vosotros os vais a quedar hablando. Y recuerda: nada de líos.

–Está bien –acepta Darío a regañadientes.

–Así me gusta –dice Fer.

Y, sin más, cierra la puerta y nos deja solos. La tensión podría cortarse con un cuchillo, y entonces echo mucho de menos mis cuchillas. Pero no. No puedo pensar en eso.

Lo observo. El pelo negro le cae sobre la frente, y me doy cuenta de que necesita un corte. Casi sonrío al acordarme de que siempre tenía que recordarle que fuera a cortarse el pelo cuando lo tenía demasiado largo. Tiene el ceño fruncido de esa forma tan característica suya que me hace querer

(besarle)

darle un puñetazo, vengarme por todo lo que me ha hecho pasar, todo lo que he tenido que sufrir durante estos últimos meses por su culpa. Sin embargo, sé que jamás sería capaz de hacerlo. No tengo valor.

Es él el primero en romper el silencio.

–¿Qué quieres? –pregunta con voz ronca, todavía con la mano en la mejilla donde Fer lo ha golpeado.

–Solo quiero hablar contigo.

–No tengo nada que hablar contigo.

Me levanto y voy hacia él, inseguro y tembloroso.

–Darío, éramos amigos –le recuerdo–. Buenos amigos. ¡Los tres éramos inseparables, joder! ¿Que no me quieres del mismo modo que yo? Pues vale, puedo asumirlo. Pero eso no tiene por qué afectar a nuestra amistad. ¡También pasa entre chicos y chicas! La vida sigue y la amistad no tiene por qué romperse. ¿En serio ya no te importo?

Él desvía la mirada, pero no contesta. Es incapaz de mirarme a los ojos. Y yo sé lo que eso significa.

–¿Qué pasa? ¿Es que no vas a decirme nada? –insisto. Él se encoge de hombros y titubea antes de responder.

–No tengo nada que decir.

–No me lo creo.

–Pues créetelo. No quiero saber nada más de ti, joder. Asímelo ya, que no es tan difícil.

–Ah, ¿sí? –replico–. No me parece que no quieras saber nada más de mí cuando te ríes de mí con tus amigos cada puto día.

Él enrojece, pero no responde. Nuevamente, es incapaz de mirarme a los ojos. Y me da rabia. Muchísima rabia.

–No vas a decir nada, ¿no? Tío, eres un cobarde.

Sigo mirándolo fijamente, sin saber si

(besarle)

partirle la cara o mandarlo a la mierda. Quizás debería hacer las dos cosas. En lugar de ello, tomo la decisión que probablemente sea la menos adecuada, pero soy así de impulsivo.

Lo beso.

Él se queda sin aliento unos segundos, se pone rígido y, por un instante, un glorioso y maravilloso instante, sus labios se mueven levísimamente y creo que va a devolverme el beso. Estoy casi seguro de que lo hace durante apenas una fracción de segundo. Pero, de repente, se separa de mí bruscamente, con una mueca de profundo asco en el rostro.

Y, después, me escupe en la cara.

Abre la puerta y se larga, pero yo me quedo ahí plantado, aturdido, sin creerme lo que acaba de pasar. Las lágrimas descienden por mis mejillas, y su saliva por mi mentón. Oigo que Fer dice algo a lo lejos, pero no soy capaz de distinguir sus palabras. La puerta principal se cierra, y Fer vuelve a gritar algo que no entiendo. Noto un zumbido en los oídos que me impide escuchar nada más.

Fer entra en la habitación apenas unos segundos después.

–¿Se puede saber qué coño ha pasado? ¿Por qué se ha ido tan de repente? – pregunta enfadado, y entonces se fija en mi cara–. ¿Por qué lloras, Óscar? ¿Qué ha pasado?

No contesto, así que él se acerca más a mí, con los brazos abiertos para abrazarme. Y entonces se fija en el escupitajo que desciende de mi barbilla a mi camiseta, en su aspecto y su textura inconfundibles.

–Dime que eso no es lo que creo que es.

–Fer...

–Lo mato –dice, hirviendo de ira–. Te juro que lo mato.

Da media vuelta y hace ademán de marcharse, pero lo sujeto del brazo antes de que pueda llegar a la puerta.

–Déjalo –digo–. No merece la pena.

–Voy a partirle la cara a ese cabronazo.

–No merece la pena –repito, y realmente lo pienso–. Da igual, en serio. Estoy bien.

Me limpio las lágrimas y la saliva con la manga y trato de sonreír, aunque creo que el resultado no es demasiado bueno. Él me abraza con fuerza, y yo me dejo. Necesitaba ese abrazo.

–¿Por qué te ha hecho eso?

–Lo he besado.

Él suelta una carcajada, y al instante se pone serio.

–Lo siento. ¿En serio lo has besado? ¿Por qué?

Yo me encojo de hombros.

–No lo sé. Un impulso, supongo.

–Flipo con los huevos que tienes –dice con una sonrisa, y logra que me ría, a pesar de las lágrimas–. En fin, no es que hayas hecho lo más inteligente, pero tampoco es razón para escupirte. Te juro que como lo vea le parto la puta...

–No lo hagas –lo interrumpo.

–¿Por qué? No se merece otra cosa.

–No lo hagas, por favor –insisto–. De verdad, Fer. No es necesario que te rebajes a su nivel.

Lo cierto es que ese escupitajo me ha dolido mucho más de lo que habría creído posible. Más que los insultos y los golpes, más que las miradas de desprecio, las risas y los comentarios en voz baja que tengo que soportar a diario cada vez que alguien me ve por los pasillos del instituto.

Ese escupitajo me ha roto en pedazos por dentro.

Recuerdo una conversación con Fer de hace no demasiado tiempo, y comprendo que tenía toda la razón, aunque yo entonces no había acabado de comprenderlo: me alegra que este no haya sido mi primer beso.

Al ir de camino a casa, me percaté de que también me ha hecho darme cuenta de algo: la persona de la que estoy enamorado

(nunca existió)

ya no existe. De hecho, creo que ya ni siquiera siento lo mismo por él. Después de tanto tiempo, de todo lo que ha pasado, es imposible seguir sintiendo lo mismo que antes.

Esto es un avance, ¿no? Al menos, eso espero.

Aun así, la promesa de la cuchilla que guardo en el bolsillo contra mi muslo resulta demasiado tentadora para rechazarla. Sabía que la mejora solo iba a ser temporal: no puedo esperar a llegar a casa para presionar la hoja contra mi piel y dejar que fluya la sangre, descendiendo cálida y roja por mi cuerpo.

# CAPÍTULO 12

*I'm going to fly  
Like a bird through the night  
Feel the tears as they dry  
Chandelier, Sia*

Por desgracia, mi padre está en casa cuando llego, sentado en el sofá delante de la tele una vez más. Me pregunto cómo es posible que haya un partido de algo en absolutamente cualquier momento del día, pero su voz gruñona no tarda en sacarme de mis pensamientos en cuanto oye que he llegado.

–¡Eh! ¿Dónde estabas? –me llama antes de que me dé tiempo a esconderme en mi habitación.

–En casa de Fer –murmuro con un hilo de voz, tratando de ocultar mi rostro lloroso de él.

–Pero cuántas veces te habré dicho que no hables murmurando... ¡levanta la voz, coño! ¡Que no eres una nenaza!

–En casa de Fer –repito, más alto, pero no logro evitar que se me rompa la voz en la última palabra. Entonces, mi padre aparta la mirada del partido y me ve la cara, todavía enrojecida y con claras muestras de haber llorado. Deposita la lata de cerveza sobre la mesa y me mira con expresión furiosa.

–¿A ti qué coño te ha pasado? ¿Te has vuelto a pelear?

–No es eso...

–¡Que no murmures, coño! ¿Te han dado una paliza y por eso has acabado llorando? ¡Contesta, niño!

–Sí –digo a regañadientes, sabiendo que no va a parar hasta que le dé una respuesta.

Él suelta un gruñido.



–Pero ¿tú qué eres? –pregunta indignado, y da un golpe en la mesa. La lata de cerveza se vuelca y su contenido se derrama por toda la superficie, pero él no le da importancia y continúa hablando—. ¿Un hombre o un maricón? La próxima vez les plantas cara como un hombre, que es lo que tienes que hacer en lugar de ponerte a lloriquear como una nena.

–Sí, papá.

–Sí, ¿qué? ¿Qué vas a hacer?

–Voy a

(cortarme en cuanto me dejes ir a mi puta habitación)

plantarles cara, papá.

–Así me gusta –dice finalmente, asintiendo con la cabeza—. ¿Qué tengo por hijo? ¿Un hombre o un maricón?

Trago saliva, y sé qué es lo que debería responder, lo que debería decir para acabar con esta farsa. Lo sé, y las palabras me quemán en la garganta, me arden en la lengua por las ganas de pronunciarlas.

Pero no soy capaz de hacerlo.

Observo el charco de cerveza, que se ha deslizado por toda la mesa y ha comenzado a gotear hasta el suelo. Sé que será mi madre quien acabe limpiándola, y hiervo de rabia por ello.

–¿Quieres contestar, niño? –pregunta, alzando la voz—. ¿Qué eres? ¿Un hombre o un maricón?

–Un hombre, papá –acabo musitando, y me odio por ello, odio mi cobardía. Odio cada centímetro de mi cuerpo. Me odio tanto que siento auténticas ganas de vomitar.

–Así me gusta. Yo no he criado a un maricón ni a un nenaza, ¿me has entendido? Y ahora, dile a tu madre que venga y me traiga otra cerveza.

–Podrías hacerlo tú –murmuro.

–¿Qué has dicho? –pregunta con voz gélida, y veo un destello peligroso en su mirada.

–Nada. Ahora voy.

Llamo a mi madre, pero no me detengo en el camino a mi habitación. Tengo que llegar. Necesito llegar a mi habitación. Cada segundo que pasa duele, y necesito mis cuchillas. Necesito

(morir)

sangrar. Necesito que el dolor que siento en el corazón quede diluido por el dolor físico.

No me encierro en el baño como suelo hacer. No hay tiempo. Necesito hacerlo ya, así que en su lugar coloco una silla bajo el picaporte de la puerta, de modo que mis padres no puedan abrirla desde fuera si trataran de entrar por algún motivo. A continuación, me arrodillo junto a la cama y meto la mano debajo del colchón. Mis dedos rozan el dibujo y titubean durante un breve instante, pero en lugar de sacarlo sigo avanzando hasta encontrar por fin la cuchilla.

Me quito el pantalón, lo lanzo sobre la cama y me quedo sentado en calzoncillos en el suelo. El frío de las baldosas me muerde la piel, pero no me importa. Mi corazón también está frío, congelado por dentro, al igual que el metal de la cuchilla. Cuando aprieto la hoja contra la piel de mi muslo, emite un resplandor siniestro bajo la luz del fluorescente.

Presiono ligeramente en el punto donde sé que la cuchilla cortará más fácilmente, y enseguida aparecen las primeras gotas de sangre. Recibo con satisfacción el dolor, esa familiar sensación que cada vez me resulta más llevadera, más agradable... El líquido rojo se desliza por mi muslo y mancha el suelo, pero no me importa.

No me importa nada.

Sin embargo, el muslo no es suficiente, no basta para contrarrestar el dolor que siento. A sabiendas de que me arrepentiré más adelante, recorro con la cuchilla la longitud de mi pierna, hasta llegar a la parte baja de la pantorrilla. Sé que un corte allí es más fácil de ver, pero no será demasiado difícil inventarme una excusa que lo justifique. La gente se hace cortes tontos todo el tiempo, ¿no?

Sí.

Voy a hacerlo.

Nadie tiene por qué enterarse.

Pienso en Fer, pero enseguida aparto su imagen de mi cabeza. Él no está aquí ahora para ayudarme. Pienso brevemente en Sergio, y también aparto su imagen. Ni siquiera lo conozco todavía.

Así que presiono la cuchilla contra mi piel, y noto un dolor placentero al tiempo que la sangre mana de la herida, más abundante que antes.

Sí.

Así sí.

Observo el brillante líquido color escarlata, los goterones que caen como rubíes sobre el suelo y se cuelan por los huecos entre las baldosas, formando unas delgadas líneas como estrechos riachuelos rojos. Sin embargo, no es

suficiente para que desaparezca por completo el dolor. Tengo que seguir cortando.

Entonces, oigo unos golpes en la puerta y me detengo en seco.

–¿Óscar?

Es la voz de mi madre.

–¡No entres! –me apresuro a contestar. Ella, sin embargo, forcejea con el picaporte, pero por suerte la silla no cede.

–Hijo, ¿estás bien? Dice tu padre que te han pegado en el instituto. Abre la puerta, por favor.

–¡Luego! Estoy... ¡estoy desnudo, mamá!

–Óscar, estoy preocupada –insiste ella.

–Me encuentro bien, de verdad –aseguro, pero sé que mi tono tembloroso me delata–. Luego hablamos, ¿vale?

Oigo un suspiro a través de la puerta.

–Bueno, pero no tardes demasiado, ¿de acuerdo? Últimamente me tienes muy preocupada.

–Va... vale, mamá. Luego hablamos –prometo.

Oigo que sus pasos se alejan, y suelto un suspiro yo también. Me quedo tirado en el suelo, respirando con esfuerzo mientras observo las manchas de sangre a mi alrededor, de un enfermizo color rojo que brilla bajo la luz del techo.

No puedo seguir así.

No puedo permitir que los demás controlen mi vida.

No puedo seguir dependiendo de una cuchilla para sobrevivir.

Pero no sé de dónde voy a sacar las fuerzas para hacerlo.

(Antes)

*Another mother's breaking  
Heart is taking over  
When the violence causes silence  
We must be mistaken  
Zombie, The Cranberries*

–¡Óscar! –susurró María–. ¡Ven aquí!

Pero la ignoré y seguí observando.

–¡Te tengo dicho que no me lleves la contraria! –gritó mi padre.

El bofetón resonó por todo el salón, sobresaltándome. Estaba presenciando la escena en silencio y aterrorizado, agachado junto al umbral de la puerta, y vi que mi madre se llevaba una mano a la mejilla y retrocedía un par de pasos. Sin embargo, no se quejó ni dio muestra alguna de dolor.

–Y yo te tengo dicho que no vuelvas a ponerles la mano encima a los niños –dijo con voz firme.

–¡Óscar! –volvió a susurrar María.

–¿O qué? –preguntó él.

–O te denuncio.

Mi padre soltó una desagradable carcajada.

–¿Que tú me vas a denunciar? ¿Y de dónde vas a sacar el dinero para mantener a los críos? No tienes adónde ir.

–Óscar, como te vea papá, te la vas a cargar –insistió María sin alzar la voz–. ¡Ven aquí ahora mismo!

–¡Shh!

–Ya me las arreglaré –replicó mi madre–. Y ahora, me voy. No se puede tratar contigo cuando estás borracho.

Otro bofetón, esa vez más fuerte que el anterior. Mi madre retrocedió hasta chocar contra la pared.

–¡Mamá! –grité sin poder contenerme.

Enseguida me di cuenta de que había sido un error. Sin perder un segundo, mi padre cruzó con unas pocas zancadas el espacio que nos separaba y me cogió por el pelo. Por suerte, no vio a María.

–¡Suéltalo! –chilló mi madre–. ¡Déjalo en paz!

Corrió hasta nosotros, pero mi padre le dio un tercer bofetón que la hizo caer al suelo, con lágrimas en los ojos.

–¡Vas a hacerle daño! ¡Solo tiene siete años!

–¡Mamá! –volví a gritar.

–¡A callar! –gruñó mi padre, y me arrastró hasta el sofá tirándome del pelo, ignorando mis gritos y mis lágrimas. Me sentó allí a la fuerza y se inclinó amenazadoramente sobre mí–. ¿Qué has visto, mocoso?

Su aliento apestaba a cerveza y me golpeaba en la cara como un látigo con cada palabra que pronunciaba, invadiendo mis fosas nasales y provocándome unas náuseas que apenas lograba controlar.

–To... todo.

Un bofetón. Me llevé una mano a la cara y mi madre soltó un grito, pero él la silenció con una mirada.

–Tú cállate, o te llevas otro –le advirtió él. Después volvió a dirigirse hacia mí–. ¿Qué has visto, mocoso?

Tragué saliva y titubeé antes de responder.

–Nada.

Él sonrió, evidentemente complacido por mi respuesta.

–Así me gusta. No has visto nada, ¿a que no? –Me apresuré a negar con la cabeza–. Muy bien. Pues espero que siga así. Porque como le digas a alguien lo que has visto, te daré una paliza que no vas a olvidar. ¿Queda claro?

Con lágrimas en los ojos, volví a asentir con la cabeza.

## **SIEMPRE IGUAL**

Da igual lo mucho que lo intentes. Da igual lo mucho que te esfuerces. Da igual las veces que te levantes después de caer.

Siempre vuelves a hacerlo.

Siempre hay alguien dispuesto a hacerte caer.

Tal vez la cuestión no sea levantarse.

Tal vez la cuestión sea quitarles el poder de hacerte caer.

**Publicado el 8 de diciembre a las 20:34**

**Comentarios: 0**

**¿Te ha gustado? Compártelo**



**SEGUNDA PARTE**  
***GHOSTTOWN***

*Maybe it was all too much  
Too much for a man to take  
Everything's bound to break  
Sooner or later, sooner or later  
Ghosttown, Madonna*

# CAPÍTULO 13

*I'll be there as soon as I can  
But I'm busy mending broken pieces  
Of the life I had before  
Unintended, Muse*

A pesar de lo sucedido con Darío, el miércoles me despierto ilusionado. Hoy vuelvo a ir a clase de judo, lo que significa que las cosas podrán empezar a cambiar por fin. Además, volveré a ver a Sergio, y la perspectiva de tener un nuevo amigo casi logra borrar de mi mente lo ocurrido ayer.

Aunque solo casi.

La mañana en el instituto se me hace bastante larga después de un día de libertad, pero al menos no recibo más insultos de lo normal. Además, desde la pelea del otro día Fer se ha empeñado en que tengo que pasar el recreo con él y con Laura. Reconozco que se trata de un cambio agradable, pues no solo no tengo que esconderme durante ese rato, sino que puedo hasta pasarlo bien, algo que no creía que volvería a ser posible dentro de aquel edificio.

Cuando llego al centro deportivo por la tarde, me encuentro con que Sergio está sentado en las escaleras de piedra que conducen hasta la puerta del edificio, con los ojos clavados en su móvil mientras mueve los dedos a toda velocidad sobre la pantalla. El corazón se me acelera al verlo, con su pelo despeinado y su camiseta desteñida de los X-Men visible bajo el abrigo abierto. Es cierto que me había dicho que estaría esperándome, pero una parte de mí no acababa de creérselo del todo y estaba segura de que se olvidaría. En cualquier caso, intento no hacerme ilusiones: lo más probable es que se encuentre aquí sentado porque está esperando a otra persona.

Sin embargo, cuando me acerco a él levanta la mirada y sonrío.



–¡Hola! –me saluda, poniéndose en pie y guardando el móvil en el bolsillo–. Te estaba esperando.

Vaya.

–¿En serio?

–¡Claro! Hay que recibir bien a los nuevos que empiezan en judo. Se supone que los asiáticos son muy educados y hospitalarios, ¿no?

–Pero si tú no eres asiático –señalo, pues sus rasgos son claramente occidentales.

Me observa fijamente.

–Veo que eres un chico perspicaz. Me has pillado, sí: lo mío con el judo es todo postureo. ¿Vamos?

Lo sigo, sin poder reprimir una sonrisa: su entusiasmo resulta francamente contagioso. Alejandro, el entrenador, parece bastante complacido al verme allí de nuevo, y me asigna a Sergio como pareja para el entrenamiento. Dado que el curso está ya demasiado avanzado para que dediquen la clase a explicarme a mí solo los principios básicos, Alejandro sugiere que Sergio y yo nos quedemos algo apartados y que este me enseñe todo lo que necesito saber para empezar. Según me cuenta, él va bastante adelantado respecto al resto del grupo, así que no habrá peligro de que se quede atrasado por mi culpa.

Para empezar, me prestan un kimono y un cinturón blanco para que lo utilice durante la sesión de hoy. Acompaño a Sergio hasta el vestuario, y no puedo evitar morirme de vergüenza cuando él comienza a quitarse la ropa delante de mí sin ningún pudor para ponerse el kimono. Aparto la mirada, enrojeciéndome muy a mi pesar, pero él me lo reprocha. Me pone la mano sobre la mejilla y me mueve la cabeza con suavidad para que lo mire, y al instante noto un fuego que me enciende por dentro y provoca un escalofrío que me eriza todo el vello del cuerpo. Sergio sonrío, y estoy casi seguro de que es porque se ha dado cuenta.

–Tienes que mirarme para saber cómo se pone.

Así que lo miro. Ya tiene puesto el pantalón, pero sigue con el torso desnudo, y me pregunto cómo será dibujarlo, plasmar su cuerpo en un papel. Se pone la chaqueta blanca, y observo con especial atención para fijarme en cómo se ata el cinturón.

–Ahora, tú.

–¿Puedes darte la vuelta?

–Óscar, de verdad, no eres el primer chico que veo desnudo –dice con una sonrisa, y me da la ligera impresión de que tal vez lo esté diciendo con segundas.

Vuelvo a preguntarme si él también será gay, y si esto no será quizás una forma de insinuármelo.

–Por favor –insisto.

En realidad, lo que me importa no es tanto que me vea desnudo como que vea mis cicatrices. Me mira fijamente durante unos segundos, con el ceño fruncido, y después se encoge de hombros y se da la vuelta. Cojo el kimono y me lo pongo, imitando sus movimientos. Me ato el cinturón exactamente igual que él, y sonrío satisfecho al haberlo conseguido a la primera.

–Ya está –aviso, y Sergio se da la vuelta.

Suelta una carcajada.

–¿Ves? Lo que yo decía: te lo has colocado mal –dice con una sonrisa que borra la mía. Lo miro, confundido, y después me miro a mí. Acto seguido, vuelvo a mirarlo.

–Yo lo veo igual.

Se acerca a mí, negando con la cabeza, y me desata el cinturón. Tiemblo un poco al notar sus manos sobre mi cintura, pero logro disimular y trato de ignorar lo cerca que se encuentra Sergio de zonas peligrosas. Después me abre la chaqueta, y las puntas de sus dedos rozan ligeramente mi torso, avivando ese fuego que había notado cuando me ha tocado antes. Me da la impresión de que sus dedos se detienen unas centésimas de segundo más de lo necesario sobre mi piel, pero enseguida me doy cuenta de que lo más probable es que me lo haya imaginado.

«Céntrate.»

–La solapa izquierda siempre va por encima de la derecha –me instruye, colocándola en su sitio–. No lo olvides, es importante.

–No sabía que los kimonos fueran tan complicados –comento, tratando de quedarme quieto mientras él me ata correctamente el cinturón, a pesar de que eso sí que lo había hecho bien.

–*Judogi* –corrige él–. Se llama «*judogi*». Ni se te ocurra decir «kimono» delante de Alejandro, porque es capaz de echarte de clase –añade con una carcajada. Después, da unos pasos hacia atrás y me observa con aprobación–. Perfecto. Ahora pareces un auténtico judoca. ¿Vamos a clase?

–Vale.

Realmente preferiría quedarme toda la hora con él aquí, en los vestuarios, pero sé que no es posible, así que no tengo más remedio que seguirlo cuando se dirige hacia la puerta.

–Eso de ahí es el tatami –explica, señalando el suelo de la sala de entrenamiento cuando llegamos–. Ni se te ocurra decir delante de Alejandro que son colchonetas: te mandará a hacer flexiones –añade con un estremecimiento.

–Suena como si te hubiera pasado alguna vez.

Me dirige una sonrisa de picardía.

–Me has pillado.

Durante el resto de la hora, Sergio se dedica a explicarme con paciencia algunos fundamentos básicos del judo. Me viene bien, porque yo no tengo ni idea siquiera de cómo agarrar, que es lo primero que aprendo. Cuando ya lo hago bien, o al menos de una forma medianamente aceptable, me enseña un par de llaves básicas bastante sencillas. Me

(gusta)

pone nervioso que me sujete del *judogi* estando tan cerca de mí, así que no es ninguna sorpresa que logre tirarme al suelo sin esfuerzo alguno. Cuando yo lo intento, sin embargo, no logro mover sus pies ni un centímetro del tatami. Me frustró un poco, pero él sonríe quitándole importancia.

–No te preocupes –dice con amabilidad–. Nadie consigue tirar a nadie en su primer día.

–Soy demasiado torpe –me quejo mientras me froto el culo, dolorido a causa de las caídas–. No he podido ni moverte un poquito.

–Ya lo lograrás –replica con actitud despreocupada–. En estas cosas, todo es cuestión de tiempo y esfuerzo.

\* \* \*

Hoy he quedado con mi hermana después de judo, así que no puedo ir con Sergio a tomar un café cuando me lo propone. Me da la impresión de que parece decepcionado, aunque no sé si es real o me lo estoy imaginando. Por suerte, consigo algo a cambio, y además por iniciativa suya: su número de teléfono. Además, me obliga a prometerle que me apuntaré oficialmente a judo este mismo viernes. Insiste mucho, y me pregunto si habrá algún tipo de interés secundario por su parte o si se trata simplemente de que le he caído bien.

La verdad es que de un tiempo a esta parte no puedo decir que le caiga bien a mucha gente, por lo que cualquiera de las dos cosas sería una sorpresa. Por supuesto, no voy a quejarme.

No puedo evitar sonreír de oreja a oreja al ver a María, que me espera en la misma cafetería donde estuve con Sergio la semana pasada. Hace más de un mes

que no nos vemos, y la verdad es que desde que se fue de casa la echo mucho de menos. Por un lado me gustaría que siguiera allí con nosotros, para tener algo de apoyo aparte de mi madre, pero por otro me alegra que haya logrado huir de nuestro padre para empezar a vivir su vida.

–Pareces contento –comenta cuando nos separamos después de saludarnos con un abrazo. Me encojo de hombros–. ¿Es que te ha pasado algo bueno?

–No sé –respondo vagamente, sin intención de mencionar nada acerca de Sergio que pudiera desencadenar uno de sus épicos interrogatorios–. Todo está igual que siempre.

–¿Las cosas van bien por casa?

Vuelvo a encogerme de hombros.

–Como siempre.

–¿Papá sigue...?

–¿Igual que siempre? Sí.

María suelta un suspiro.

–Mira, Óscar, yo sé que tienes a todos tus amigos allí y todo eso, pero si quieres mudarte conmigo aunque tengas que cambiar de instituto...

Trato de no reírme ante la mención de unos amigos que  
(me apuñalaron por la espalda)

no existen, pero lo cierto es que sus palabras me hacen pensar. Mudarme con ella me abriría todo un mundo de posibilidades que jamás tendría en el pueblo. Por un lado, vivir en la ciudad lo cambiaría todo: nueva vida, nuevo instituto, nuevos amigos... Sería como comenzar de cero, borrón y cuenta nueva.

Nadie tendría que saber quién soy realmente y, aunque lo supieran, estoy seguro de que en la ciudad no se montaría el mismo circo que se montó en el pueblo. Aquí la gente es mucho más civilizada, de modo que a nadie le interesaría cuáles son mis gustos. Al menos, no tanto como para hacerme pasar por el infierno que tengo que soportar en el instituto.

–No lo sé, María –digo al fin, aunque a regañadientes–. Estamos a mitad de curso, y...

–Piénsalo al menos, ¿de acuerdo? Mi piso no es demasiado grande, y supongo que tendrías que trabajar para pagarte los estudios porque yo no puedo con todo, pero créeme: es mucho mejor eso que seguir viviendo con él. –Hace una pausa y me mira fijamente a los ojos–. A mí me ha merecido la pena.

Suelto un suspiro.

–Está bien. Me lo pensaré.

–¿Me lo prometes? –insiste, y yo asiento con la cabeza–. Sé que mamá no es capaz de alejarse de él, pero tú tienes que ser fuerte. No puedes seguir permitiendo que te trate como te trata.

No. No puedo.

–Vale.

–Sé que es difícil –añade–, y más para ti, pero... Estoy aquí para lo que necesites, ¿vale? No lo olvides.

«Y más para ti.» Es ahora cuando me doy cuenta de que lo sabe, de que probablemente siempre lo ha sabido, y también de que no le importa. Siempre he confiado en mi hermana, pero ahora es cuando soy consciente de que realmente puedo contar con ella pase lo que pase.

–No lo haré.



# CAPÍTULO 14

*Baby tell me where you wanna run, run  
Cause I've been burning like the morning sun  
Take my hand, you can burn this city with me*  
Wildfire, Demi Lovato

Me paso todo el viaje en tren tratando de decidir si debería mandarle un mensaje a Sergio, o si en cambio debería esperar a que él lo hiciera primero. Tecleo un par de intentos, pero no se me ocurren más que gilipolleces, así que los borro todos y al final no llego a enviar nada. Supongo que, si tiene interés en volver a hablar conmigo, ya me dirá algo.

Claro que igual él está pensando exactamente lo mismo que yo y somos los dos un par de imbéciles.

Ya en mi habitación, coloco la silla por debajo del picaporte y, acto seguido, meto la mano en el santuario de debajo del colchón y saco el cuaderno de bocetos que escondo junto a mis cuchillas. Al abrirlo, una página cae flotando hasta el suelo. La miro, extrañado, y entonces me doy cuenta de que es el dibujo que hice del chico inexistente. Aunque arranqué la página, la guardé dentro del cuaderno de todos modos, para que no se arrugara.

Al observarlo con más atención, me quedo helado: el chico inexistente del dibujo es Sergio.

O, mejor dicho, podría serlo, si tan solo definiera un poco más sus rasgos, pero la base ya está claramente ahí. La forma de su cabeza es muy parecida, aunque cuando hice el dibujo no me molesté demasiado en definir las facciones de su rostro. Pero su sonrisa... su sonrisa es exactamente igual a la del dibujo. Recorro la boca con los dedos, y me pregunto cómo será

(besarla)

recorrer la auténtica.

Basta, Óscar. No lo conozco. Apenas he hablado con él. Tan solo lo he visto dos veces, literalmente. Y además, por lo que sé podría ser hetero y con novia. Podría ser un follador de la vida que se tira a una tía cada día de la semana. No debo hacerme ilusiones, no tan pronto.

Pero no logro evitar la tentación de dibujarlo.

Cojo un lápiz y comienzo a rellenar su rostro, con pequeños trazos y sombreados bien escogidos aquí y allá, con mucho cuidado para no estropear nada y destrozar el dibujo. Poco a poco, con facilidad, con naturalidad, el chico inexistente pasa a ser Sergio. Cuando termino, observo el resultado, satisfecho. Ahora que ya está completo, me gusta mucho cómo ha quedado.

Echo un vistazo al móvil para ver la hora y veo que tengo un mensaje de Sergio de hace casi cuarenta minutos: se me ha pasado el tiempo volando, tal como me ocurre siempre que dibujo. Me reprendo mentalmente por haber sido tan estúpido: tenía el móvil en silencio y no lo he oído vibrar.

En realidad, el mensaje no es más que un simple «hola» seguido de una sonrisa, pero me habría gustado hablar con él. Espero que no esté ya dormido. Por si acaso, le envío otro «hola», y en el último momento añado también una sonrisa. Su respuesta no se hace esperar más de un par de minutos.

Jo.

Ya pensaba q me ignorabas...

9

¡Lo siento!

Es que estaba dibujando y se me ha ido el santo al cielo.



Hala, dibujas?

Sí, aunque no se me da muy bien.

No m lo creo.

Pues créetelo.

Seguro q dibujas genial.

Te prometo que no.

Puedo ver lo q dibujabas?

*Opsie.*

Eh...

Mejor no.

+

Jo.

Ni siquiera un dibujo pequeñito?

Bueno...

Algún día te enseñaré alguno.

M lo prometes?

Te lo prometo.

Bueno, vale.

Trato hecho.

&

''

Y como stas?

Pues muy bien.

¿Y tú?

Cansado.

Ya m iba a ir a la cama, q es tarde.

Me sonrojo ligeramente al leer el mensaje. Tras haberlo visto en el vestuario, no puedo evitar imaginármelo

(desnudo)

en la cama, pero enseguida aparto esos pensamientos de mi cabeza. En su lugar, procuro centrarme y trato de seguir con la conversación, intentando no sentirme como un verdadero idiota.

¿Cansado?

Espero que no sea por mi culpa.

En parte.

Pero no t preocupes.

Es un cansancio agradable.

No sabía que el cansancio pudiera ser agradable.

Claro!

Si t lo pasas bien, no tiene nada d malo estar cansado después.

Entonces...

¿Te lo has pasado bien conmigo?

Claro...

Una pausa.  
[escribiendo...]  
[conectado]  
[escribiendo...]

Tu no? 8

Espero unos segundos antes de responder. No quiero parecer demasiado entusiasmado.

También. Pero pensaba que para ti habría sido un coñazo.

Por?

Siempre s divertido machacar a un novato.

Eres malo.

No sabes cuanto.

Decido lanzarme un poco.

Pues como profesor me has parecido bastante bueno, así que espero que no te importe seguir aguantándome.

0

Por mi, encantado.

1

La proxima clase te enseñare las inmovilizaciones.

¿Debería preocuparme?

Puede.

)

T tendre inmovilizado en el suelo, asi q estaras a mi merced.

Estoy temblando.

Mentira. En realidad lo estoy deseando.

Haces bien.

Y ahora m voy a dormir... m espera un dia duro mañana!

De acuerdo.

Buenas noches.

,

Hasta mañana!

Q duermas bien ,

Lo mismo digo.

Realmente no sé qué sacar en claro de la conversación, pero sí sé una cosa: me voy a la cama con una sonrisa. Después del bajón de ayer, hoy es otro día que no siento la necesidad de cortarme.

Creo que podría acostumbrarme a esto.

# CAPÍTULO 15

*It's okay not to be okay  
Sometimes it's hard to follow your heart  
Tears don't mean you're losing  
Everybody's bruising  
Just be true to who you are  
Who You Are, Jessie J*

Cuando llega la hora de Inglés del jueves, Ana entra puntualmente y se dirige a nosotros sin perder un segundo.

–Antes de nada, entregadme vuestras redacciones sobre *The Perks of Being a Wallflower*. Quien no la entregue tendrá un punto negativo, así que más os vale haberla hecho. Y recordad que no sirve de nada si habéis utilizado el traductor de Google: ya sabéis que siempre os pilló.

Mierda.

La redacción. Con todo lo que ha pasado estos días, se me había olvidado completamente. Me encojo en mi asiento y observo a mis compañeros, que se levantan todos para dejar las redacciones sobre su escritorio. Soy el único que no lo hace. Darío me lanza un vistazo al volver a su asiento, pero enseguida aparta la mirada. Me encojo en mi asiento.

Con un poco de suerte, tal vez Ana no se dé cuenta de que no se la he entregado... pero no es así. Ya se ha fijado en mí, y me observa con una severidad que no suelo ver en su rostro cuando me mira.

–¿Dónde está tu redacción, Óscar?

Enrojezco ante sus palabras. Odio que me llamen la atención en clase, pues es la mejor manera de recordar mi existencia a mis compañeros, y cuanto menos



se acuerden de mí, mejor. Me parece oír unas risitas bajas, pero no sé si son reales o tan solo un producto de mi paranoia.

–Se me ha olvidado hacerla –confieso con un hilo de voz, preocupado por su reacción y la de los demás.

Ella frunce el ceño antes de contestar y suelta un suspiro. Después, niega con la cabeza y se pone en pie.

–¿Podrías venir un momento conmigo?

Tragando saliva, me pongo en pie y la sigo. Alguien me abuchea en voz baja, aunque no sé quién ha sido.

–¡Silencio! Id leyendo la página 54 del libro y después haced los ejercicios de la 55 –dice Ana desde el umbral de la puerta–. Quien no los haya hecho cuando vuelva, también se llevará un negativo.

Sale del aula, y yo voy tras ella. Pensaba que tan solo querría hablar conmigo al otro lado de la puerta, pero no es así, y continúa caminando mientras yo la sigo, hasta que llegamos a la sala de profesores, al otro lado del pasillo. Empiezo a tener miedo. Si me ha traído aquí es porque la cosa es más grave de lo que pensaba, aunque sé que no puedo meterme en ningún lío grave solo por no haber entregado una redacción. Es la primera vez que se me olvida entregar algún trabajo, y mis notas siempre han sido muy buenas.

Por suerte, al entrar en la sala compruebo que se encuentra vacía: al menos, si tiene que echarme la bronca por algo, no habrá nadie para que mi humillación sea pública.

–¿Qué te apetece tomar, Óscar? –me pregunta, señalando la máquina de bebidas que hay en una esquina. Por un momento creo que no la he entendido bien, y no puedo evitar mirarla con los ojos muy abiertos.

–¿Perdón?

–Hay café, té, chocolate con leche... –me indica ella–. También hay agua. ¿Qué prefieres?

–Eh... ¿es en serio?

Ella sonríe.

–Claro que sí. ¿Qué te apetece?

–Pues... chocolate.

Ya que estoy, voy a aprovecharme.

Ana asiente con la cabeza, pulsa unos botones en la máquina distraídamente, y unos segundos después me tiende un vaso lleno de chocolate con leche humeante. Lo acepto con una sonrisa, agradecido, pero no entiendo lo que está pasando. Me siento un poco como Harry Potter cuando la profesora McGonagall

lo lleva a su despacho y le ofrece galletas en lugar de echarle la bronca por haberle hablado mal a la profesora Umbridge.

–No te he hecho venir para echarte la bronca –comienza, ahora con expresión seria–. Pero tengo que admitir que estoy un poco sorprendida por tu actitud. Me había parecido que te estaba encantando la película, ¿por qué no has hecho la redacción? No es habitual en ti.

Noto que vuelvo a enrojecer.

–Lo siento. Es verdad que me ha encantado, pero no sé... Se me ha olvidado. Ella sigue seria, pero al instante sonrío.

–Te seré franca: eres mi mejor alumno –dice sin tapujos–. No pasa nada porque se te haya olvidado hacer los deberes una vez. Tienes una media de diez en mi asignatura, y eso no va a bajar porque te hayas olvidado de una simple redacción. Aunque espero que no vuelva a suceder –advierte, frunciendo un poco el ceño–. Si te he llamado es porque me preocupas.

Trago saliva antes de responder.

–¿Por...? ¿Por qué?

–Me parece que eso tendrías que decírmelo tú. ¿Hay algo que quieras contarme, Óscar?

Oh, oh. ¿Se referirá a lo que creo que se refiere?

–No... no sé.

–Si es así, puedes contármelo –insiste con voz amable, y se aparta un mechón de pelo rubio de los ojos–. No voy a juzgarte por nada, te lo aseguro.

Su voz está teñida de sinceridad, y sé que no me está mintiendo. Además, hay algo en su voz, algo en su rostro, que me inspira confianza. Sé que puedo contar con ella en esto.

–Bueno... La verdad es que desde hace un par de meses la gente del instituto se mete mucho conmigo –admito. Es un alivio poder contárselo a alguien más, aunque al mismo tiempo me siento avergonzado y humillado por tener que decirlo en voz alta. Sin embargo, sé que es necesario.

Asiente lentamente con la cabeza, pensativa.

–Me he dado cuenta.

–Normalmente lo único que hacen es insultarme y ya está. –Hago una pausa, sin saber si continuar, pero decido hacerlo–: Pero el otro día me acorralaron en el baño y me pegaron.

Asiente con la cabeza una vez más: evidentemente, se lo había imaginado. Tendría que estar ciega para no haberse dado cuenta de nada, pues la marca del puñetazo me duró varios días.

–¿Quién ha sido? –me pregunta. Yo niego con la cabeza enérgicamente: sé que si los delatara, la situación sería aún peor. Ella suelta un suspiro de exasperación–. Mira, voy a preguntártelo porque tengo que hacerlo, pero no tienes por qué responder si no quieres. Aunque, para ser sincera, preferiría que lo hicieras –añade con una media sonrisa. Trago saliva y me preparo mentalmente para la pregunta que sé que viene a continuación–. Óscar, ¿tú eres gay?

Enrojezco violentamente. Durante unos segundos me planteo la posibilidad de negarlo, o simplemente de no responder, pero enseguida la desecho. Ana me inspira confianza, y creo que lo mejor es contarle la verdad. Después de todo, lo más probable es que ya lo sepa.

Suelto un suspiro.

–Sí.

–Lo suponía –dice, y sé por su expresión que no le da importancia–. Óscar, sabes que ser gay no es nada malo, ¿verdad?

–Sí, claro –ironizo–. Por eso no hacen más que amargarme la vida por ello, como si fuera culpa mía o algo.

–El problema es únicamente de ellos, no tuyo –me asegura mirándome a los ojos con intensidad, y me pone una mano sobre el brazo en un gesto reconfortante–. Vivimos en un pueblo muy pequeño, y aquí la gente es muy prejuiciosa con todos los que somos un poco diferentes.

¿«Somos»?

–Pero eso no es mi culpa.

–Lo sé, pero ellos siguen viviendo en el pasado, y somos pocos los que nos atrevemos a desmarcarnos del resto. –Una vez más, no se me escapa el hecho de que está incluyéndose en el plural–. No se dan cuenta de que tú no haces nada malo, de que no tienes la culpa de ser así, y de que tampoco tiene nada de malo ser lo que eres. Eres un chico maravilloso, te guste quien te guste.

Bajo la mirada, un tanto cohibido, y guardo silencio.

–Lo único que quiero es ser normal –confieso finalmente, poniendo voz a los pensamientos que llevan meses rondándome la cabeza. Noto unas lágrimas traicioneras que pugnan por salir, pero me esfuerzo por contenerlas. Odio llorar delante de nadie. Odio sentirme tan

(humillado)

débil, tan vulnerable.

–Óscar, mírame y escúchame atentamente –dice, y yo me obligo a levantar la vista. Me mira a los ojos con severidad–. Ya eres normal. Métetelo en la cabeza, ¿vale? Eres normal. Tener una orientación sexual distinta a la de la mayoría no

es nada malo. No te hace menos valioso. Es importante que seas capaz de quererte a ti mismo tal como eres.

No consigo contener las lágrimas durante más tiempo, y cuando parpadeo se derraman por mis mejillas formando gruesos surcos. No puedo evitar sentirme humillado, y me odio por ello.

(meodiomeodiomeodiomeodiomeodio)

Ana se acerca a mí y me abraza. El tacto resulta algo extraño al principio, pero reconfortante.

–No llores, Óscar –susurra con la boca en mi pelo–. Por favor, no llores. Eres una persona increíble. Eres inteligente, buena persona, simpático, guapo... Dime, ¿tienes a algún chico especial en tu vida?

Durante un instante pienso en Sergio, pero enseguida lo aparto de mi mente. Acabo de conocerlo. Ojalá tuviera a alguien que me ayudara a pasar por esto, pero lo cierto es que estoy solo.

–No.

–Bueno, ya encontrarás a alguien. Recuerda: eres un chico increíble. Muy pronto alguien sabrá verlo, ya lo verás.

Asiento con la cabeza, aunque no muy convencido.

–No creo que tener novio vaya a acabar con esto, la verdad. Hay cosas más importantes.

–Lo sé. Pero siempre viene bien tener alguien fuera de tu entorno habitual que pueda apoyarte en todo esto, te lo digo por experiencia.

–¿Y cómo consigo que me dejen en paz?

–¿No vas a decirme quiénes son? –Vuelvo a negar enérgicamente con la cabeza, y ella me mira frunciendo el ceño–. Mira, Óscar, comprendo que te dé miedo decirlo, pero, si tú no me dejas, no podré ayudarte. ¿De verdad no vas a decirme nada?

–No. Lo siento, pero si lo hiciera me machacarían más aún.

Ella se quita las gafas, cierra los ojos y se pellizca suavemente el puente de la nariz. Suelta un suspiro. De pronto parece diez años mayor, y no puedo evitar sentirme muy culpable.

–Lamento que no confíes en mí, pero no puedo obligarte a contármelo si no quieres –dice con voz monocorde, y acto seguido suelta otro suspiro–. Si te niegas a decirme nada, solo puedo tomar medidas contra la gente que yo misma vea meterse contigo, así que de momento haré eso. Pero, si cambias de opinión, ya sabes que puedes contar conmigo para lo que sea.

–Está bien.

Ella sonríe y vuelve a colocarse las gafas.

–Así me gusta. Espero que recapacites. Y si alguna vez necesitas hablar de este tema, aunque no sea para delatar a nadie, puedes contar conmigo, ¿de acuerdo? Puedes confiar en mí para lo que sea.

Asiento con la cabeza.

–Muchas gracias.

Ella sonríe y se pone en pie. Yo la imito y la sigo hasta el aula, en silencio, reflexionando sobre lo que me ha dicho. Hace ademán de abrir la puerta, pero antes de hacerlo vuelve a dirigirse a mí.

–Por cierto, tengo entendido que te gusta leer. –Asiento con la cabeza–. La película que hemos visto está basada en una novela, ¿lo sabías? Quizás te vendría bien echarle un vistazo.

Sonrío antes de responder.

–Ya la he leído –admito, y ella alza una ceja y me mira con una sonrisa–. Me estaba gustando tanto la película que el mismo sábado fui a comprar el libro. Lo leí durante el fin de semana.

No confieso que apenas me duró unas pocas horas.

Ana me mira con aprobación, y sus labios se curvan.

–Eres muy especial, Óscar. No te preocupes. Pronto empezarán a darse cuenta.

Trato de forzar una sonrisa. Ojalá tenga razón.

# CAPÍTULO 16

*Remember those walls I built?  
Well, baby they're tumbling down  
And they didn't even put up a fight  
They didn't even make a sound  
Halo, Beyoncé*

El resto del día no es precisamente divertido, pero hoy me resulta sorprendentemente más llevadero de lo habitual. Oigo algunos insultos, pero tras ceder ante la insistencia de Fer a permanecer a mi lado en todo momento, no son tantos como estoy acostumbrado. Incluso mi padre parece estar mucho más tranquilo de lo normal durante la comida, que transcurre sin incidentes. Una parte de mí

(sabe)

teme que se trate únicamente de la calma antes de la tempestad, pero prefiero no cuestionármelo demasiado y me limito a aceptarlo.

Cuando vuelvo a mi habitación después de comer, me encuentro con un mensaje de Sergio esperándome en el móvil.

Cucu!

...

¿Cucu?

---

¿En serio?

No sabia q decir.

Podías haber sido un poquito más original.

Tarde.

Q tal?

Aburrido. ¿Y tú?

Aburrido.

Vaya dos, eh?

Ya ves.

¿Qué haces?

Nada.

Y tu?

Nada.

Esta conversacion es un poco de besugos, no?

Suelto una carcajada, y comienzo a transcribirla. Pero entonces me doy cuenta de que parecería imbécil, así que borro el mensaje justo antes de enviarlo y vuelvo a comenzar.

Pues sí, un poco.

Tengo una idea.

Xq no empezamos de nuevo?

Me parece bien.

Pues empiezas tu.

Cucu.

Tras.

¿Qué tal?



Pues estoy aburrido...

Así no avanzamos, ¿eh?

Dejame acabar!

Estoy aburrido, y me apetecía charlar un rato contigo

El corazón comienza a latirme un poco más rápido, y no puedo evitar releer su mensaje un par de veces para asegurarme de que lo he entendido correctamente. ¿En serio tenía ganas de charlar conmigo?

Tranquilízate, Óscar. Eso solo significa que está aburrido. Él mismo acaba de decirlo. No significa nada más.

¿Verdad?

¿De qué hablamos?

No se...

[escribiendo...]

[conectado]

[escribiendo...]

Podrías contarme algo sobre ti.

Se me da muy mal hablar de mí.

¿Por qué no me preguntas algo?

A mi se m da muy mal preguntar.

Pues me temo que volveremos a las conversaciones de besugos.

¿Estás dispuesto?

Venga, va...

Hare un esfuerzo.

[escribiendo...]

[conectado]

[escribiendo...]

T vere mañana?

Ya te he dicho que sí...

Igual te habias echado atrás.

Me alegra q te animes.

Y a mí.

/

T toca

¿?

Preguntar

Este juego va x turnos

Ahora t toca a ti

Titubeo durante unos segundos. ¿Qué puedo preguntarle ahora que no le haga pensar que tengo un ligero retraso mental? Decido tratar de ganar un poco más de tiempo.

Eso no vale.

Ya sabías que mañana iría.

No lo sabia.

X eso he preguntado.

Te lo había prometido, y yo siempre cumplo lo que prometo.

Así que te sigue tocando.

Ok.

Color favorito?

Azul. Y el tuyo?

Verde.

Comida favorita?

Mmmm...

La pizza vale?

Jajajaja.

Supongo que sí.

Así que yo también elijo pizza.

Genial!

Si algún día vamos a comer juntos, no tendremos problema para elegir el sitio.

¿Comer juntos? La verdad es que me gusta la idea.

Me parece bien.

Espero que no te guste la pizza con piña...

Pizza con piña???

Eso debería estar castigado por la ley

A q clase de enfermo se le ocurriría??

Dios mío, es el chico perfecto.

Estoy de acuerdo.

---

Pues te toca.

Helado favorito?

Chocolate y vainilla.

¿El tuyo?

Fresa.

En esto no coincidimos 7

Pero eso es bueno!

Asi, cuando tomemos un helado juntos, no habrá problemas pq uno de los dos robe el del otro.

Ha dicho «cuando». No «si tomamos un helado», sino «cuando tomemos un helado». Dando por hecho que lo haremos. Dando por hecho que dentro de unos meses, cuando llegue el calor, seguiremos siendo amigos. Dando por hecho que no va a desaparecer de mi vida.

Esta conversación comienza a gustarme cada vez más.

Me toca.

Mmmm...

¿Playa o montaña?

Montaña.

Y tu?

También.

Odio la playa.

Yo tmb!

La arena, el calor...

El agua salada, la gente gritando...

Es horrible.

Totalmente.

Es un asco.

Pues te toca.

No se me ocurre nada más...

Se siente.

Échale imaginación.

[escribiendo...]

[conectado]

[escribiendo...]

Tienes novia?

¿Eh? ¿A qué ha venido eso? Su pregunta me descoloca, pero decido responder con sinceridad, aunque sin entrar en detalles.

No.

[escribiendo...]

[conectado]

[escribiendo...]

[conectado]

[escribiendo...]

Vaya.

¿Vaya?



Nada, me ha sorprendido.

¿Y eso?

No se.

Eres guapo y muy majo.

Pensaba q estarias pillado.

Vuelvo a quedarme de piedra. ¿Guapo y majo? No es que sea precisamente el cumplido del siglo, pero desde luego eso sí que no me lo esperaba. ¿Será posible que realmente esté interesado en mí y esté tratando de averiguar si estoy con alguien, chica o chico? Decido dejarle claro que no es así y, de paso, trato de investigar un poco.

Pues no. No estoy con nadie. ¿Y tú?

Por favor, di que no...

Tampoco.

Vale. Parece que tengo vía libre. Suponiendo que le gusten los chicos, claro, pero yo estoy seguro de que sí. Otra cosa es que tenga interés en mí, pero si me ha preguntado eso...

Para, Óscar. Para.

No me gusta. No puede gustarme. Solo hace... ¿seis días que lo conozco? ¿Siete? No, la verdad es que parecen más, pero tan solo han pasado seis días. Aunque quizás el hecho de que lleve la cuenta o de que esté nervioso ante la perspectiva de verlo mañana significa algo, pero...

Que pares, coño.

Miro la pantalla.

[escribiendo...]

[conectado]

[escribiendo...]

[conectado]

[escribiendo...]

Joder, ¿cómo es posible tardar tanto en escribir un mensaje? La tensión va a matarme en cualquier momento.

[escribiendo...]

Podríamos quedar 1 día de estos.

El corazón comienza a latirme a toda velocidad. ¿Significará esto lo que creo que significa?

Claro.

¿Cuándo te va bien?

Podrías esta tarde?

Mierda.

Me va un poco mal.

8

Y eso?

4

No vivo en la ciudad, y a mis padres no les hará mucha gracia que esté yendo tanto si no tengo judo.

No lo sabia.

No te preocupes. .

Q tal mañana despues de judo?

¡Claro!

Mañana me parece perfecto.

/

Genial!

"

Podríamos ir a la cafetería de la otra vez.

Vale.

Aunque no sé si deberíamos seguir cayendo en las  
redes de esos conspiradores.

Cierto.

En ese caso, mejor no quedar.

9

Es broma.

Tengo ganas d verte.

0

¿En serio?

En serio.

''

Seguimos hablando un rato más de nada en especial, simplemente diciendo tonterías e investigando un poco sobre nuestros gustos, aunque enseguida tengo que irme porque he quedado con Fer para ver una película en su casa. Durante el camino, me doy cuenta de una cosa.

No he sentido la necesidad de cortarme ni una vez en todo el día.

Querido Dios:

Tú y yo no nos llevamos muy bien que digamos. No, de verdad. No tiene sentido tratar de ocultarlo. Si vamos a hablar, será mejor que lo hagamos con la verdad por delante, ¿no te parece?

Mira, yo no sé si existes. Pero, si existes, me parece que no debo de caerte muy bien. Si no, ¿por qué pareces tan empeñado en putearme? No, lo más probable es que no existas. Por lo tanto, este texto no son solo las ridículas divagaciones de un chico de dieciséis años, sino que además es inútil.

Total, en realidad nadie lee este blog.

Bueno, quizás sí que haya alguien leyendo después de todo. Si es así, ¡hola! Ya que estás podrías dejarme algún comentario, así como sugerencia. No sé. Tal vez te apetezca hablar de religión, del ateísmo o de un chico estúpido que habla con un dios en el que no cree a través de su blog.

Pero me estoy desviando.

¿Dios? ¿Hola? ¿Sigues ahí? Por cierto, ¿debería hablarte de tú o de usted? ¿Hay protocolos al respecto? Vale que no me caigas muy bien, pero tampoco quiero ofenderte.

En fin. Vuelvo a desviarme.

Ja, ja. Desviarme. ¿Lo pillas? Vale, sí. Ya sé que no tiene ni puta gracia.

Ay. He dicho «puta». Perdón. Espero que no me mandes al infierno o algo así por esto. Aunque no sé si es verdad que los gays vamos al infierno. ¿Alguna declaración oficial al respecto? Total, nadie más nos lee.

Bueno, a lo que iba. A ver, como ya te he dicho, yo no sé si existes, pero sí sé que las cosas están cambiando. Así que supongo que debo darte las gracias. Si es que existes, claro. Que no lo creo. Pero gracias de todos modos.

P. D.: Si esto es chantaje para que vuelva a ir a la iglesia, olvídate. Eso no va a pasar.

**Publicado el 10 de diciembre a las 16:57**

**Comentarios: 0**

**¿Te ha gustado? Compártelo**



# CAPÍTULO 17

*I know that we just met  
Maybe this is dumb  
But it feels like there was something  
From the moment that we touched  
Kid In Love, Shawn Mendes*

Cuando llego el viernes al centro deportivo, con el corazón latiéndome con fuerza a causa de la emoción, Sergio vuelve a estar esperándome en la puerta. Sonríe al verlo, y él también lo hace. Aunque estos días hemos hablado un poco por el móvil, no es lo mismo que verlo en persona.

–¡Has venido! –grita cuando me ve acercarme a unos cuantos metros de distancia.

–Te dije que lo haría, ¿no?

Se encoge de hombros.

–No sé, igual habías cambiado de opinión o algo. –Su sonrisa se ensancha–. Pero me alegra que no haya sido así.

Para mi sorpresa, en cuanto llego hasta él se pone en pie para abrazarme, y no puedo evitar sentirme un tanto

(emocionado)

aturdido. No sé qué es lo que esperaba exactamente, pero un abrazo desde luego que no. Y, sin embargo, se me hace demasiado corto. Quiero más.

–¿Quieres que te acompañe a apuntarte?

Asiento con la cabeza, todavía con el aroma de su cuerpo en la nariz, feliz de ver que se alegra sinceramente de verme. Lo sigo hasta la administración del edificio, situada al fondo de un pasillo a la derecha del vestíbulo. Una vez allí, me apunto a las clases de judo y pago la cuota que ya había mirado por internet.



Me da un poco de rabia tener que hacerlo con el dinero de mi padre, pero sé que no me queda otro remedio que rebajarme a ello si quiero poder asistir a las clases.

–Habla con Alejandro para el *judogi* –me indica con una cálida sonrisa la chica que me atiende–. Él se encargará de pedírtelo.

–¡De acuerdo! Muchas gracias.

–A ti. ¡Que vaya bien!

Me dirijo con Sergio hasta el vestuario, pues el *judogi* que tomé prestado la semana anterior está guardado en su taquilla. Lo observo de reajo mientras se cambia y me doy la vuelta para imitarlo sin que vea mis cicatrices, con cuidado de colocarme la chaqueta tal como me explicó el último día. Durante unos instantes me planteo la posibilidad de volver a hacerlo mal para que sea él quien me la ponga bien, pero decido que prefiero que no me toque a que piense que soy idiota. Cuando termino y vuelvo a girarme hacia él, después de haber comprobado tres veces que lo he hecho bien, Sergio me mira con aprobación.

–¡Muy bien! Aprendes rápido.

Me encojo de hombros antes de contestar.

–Supongo que tengo un buen maestro. –Lo observo mientras saca de la taquilla su cinturón, de color amarillo–. Qué guay que tengas ya el amarillo. A saber cuánto tardo yo en conseguirlo. –Sergio suelta una carcajada y me mira con una expresión divertida en el rostro. Yo frunzo el ceño, algo molesto al ver que está riéndose de mí–. ¿Qué pasa?

–Óscar, el cinturón amarillo es de los más básicos. Va justo después del blanco, así que seguramente lo tendrás en unos meses.

Noto un intenso calor en las mejillas.

–Ah –digo simplemente.

–Pero no pasa nada –se apresura a decir, todavía sonriendo–. Si te hace ilusión, puedes probártelo.

Se acerca a mí y me empuja ligeramente el brazo con las manos para hacerme girar. Siento su tacto por todo mi cuerpo a pesar del grueso tejido del *judogi*, y vuelvo a notar ese aroma que desprende. Quedo frente al enorme espejo, y me doy cuenta de que el rubor de mis mejillas es inconfundible, de que tengo los ojos demasiado abiertos. Sergio está justo detrás de mí, con una mano todavía en mi hombro, y sé que está observando mi reflejo, viendo exactamente lo mismo que yo. Me pongo más rojo todavía.

Tras unos segundos, baja la mano por mi brazo y después me cierra la chaqueta sobre el torso, rozándome el ombligo y haciéndome estremecer. A

continuación, me rodea con su cinturón cuidadosamente y lo ata con lentitud por encima del mío, acercando la mano demasiado a mi cintura. Doy gracias porque el pantalón del *judogi* sea tan holgado.

Deja las manos ahí durante unos segundos antes de retirarlas.

–¿Ves? –susurra muy cerca de mi oído, provocándome cosquillas y erizándome el vello–. Te queda muy bien.

Me doy media vuelta y mi cara queda a pocos centímetros de la suya. Sus ojos azules están clavados en los míos, y durante un momento contengo la respiración mientras me pregunto qué va a pasar a continuación.

–Vamos a llegar tarde a clase –susurra, y no puedo evitar soltar una carcajada. Me quito su cinturón y se lo devuelvo.

–¿Cuántos colores de cinturones hay? –pregunto mientras observo cómo se lo pone–. Aparte del blanco, el amarillo y el negro.

–Los principales son blanco, amarillo, naranja, verde, azul, marrón y negro, por ese orden –enumera él mientras termina de atarse el cinturón–. Y luego están los intermedios, claro.

Frunzo el ceño.

–¿Intermedios?

–Sí, normalmente no pasas de un color a otro directamente, sino que primero tienes que pasar por los cinturones intermedios –explica mientras se dirige hacia su taquilla para cerrarla con llave–: blanco y amarillo, amarillo y naranja, naranja y verde, etc.

–Parece complicado.

–Nah, en realidad es muy fácil una vez que te lo aprendes, ya lo verás –me asegura con una sonrisa.

De camino al aula, me repite los colores unas cuantas veces más hasta que soy capaz de enumerarlos por orden correctamente. Parece difícil, pero en realidad no tardo en cogerle el truco. Cuando llegamos veo que dentro están ya algunos de los alumnos y también Alejandro, el profesor.

–¡Tenemos un nuevo compañero! –anuncia Sergio en voz alta, y todos se giran para mirarme. Algunos se acercan para presentarse y me dan la bienvenida con efusividad, y noto que enrojezco ligeramente ante la acogida.

–¿Así que al final te has decidido? –me pregunta Alejandro, dándome unas palmadas en el hombro.

–Sí –respondo con una amplia sonrisa, feliz al ver lo contentos que parecen todos de verme a pesar de que ni siquiera me conocen todavía–. Me he apuntado hoy mismo.

–Buena decisión.

Le pregunto acerca del *judogi*, tal como me ha dicho la recepcionista, y él me pregunta mi talla y me asegura que lo tendré el próximo martes. Después, cuando llegan los alumnos que faltaban, me hace ponerme frente a ellos para presentarme y que me conozcan un poco mejor. Me gusta el ambiente de compañerismo que se respira, tan diferente al de mi instituto, que me siento como cuando inspiras aire fresco después de un buen rato con la cabeza bajo el agua, como cuando por fin ves la luz después de pasar mucho tiempo a oscuras.

Me da la sensación de que aquí por fin podré ser yo mismo.

Me uno a los demás para hacer una serie de ejercicios de calentamiento, pero, en cuanto terminamos, Sergio y yo volvemos a quedarnos apartados para que él siga explicándome algunos principios básicos en lugar de permanecer con el resto del grupo, aunque la verdad es que no me quejo. Repasamos la forma de agarrar y las pocas llaves que me había enseñado el día anterior, y él se muestra muy satisfecho al ver que todavía recuerdo la mayoría de ellas.

Intento tirarlo al suelo con una de las técnicas, pero no lo consigo. Sin embargo, cuando él lo intenta casi sin esforzarse, yo caigo enseguida sobre el tatami, sin poder evitarlo siquiera. Acto seguido, se tira sobre mí y me abraza con fuerza. El corazón comienza a latirme muy rápido,

(emocionado)

pero enseguida me doy cuenta de lo que está haciendo: ya me había advertido de que hoy tocaba enseñarme las inmovilizaciones. Trato de liberarme, aunque no lo consigo: estoy firmemente sujeto al suelo. Forcejeo un poco más, pero es en vano, y rezo porque los demás compañeros estén demasiado distraídos como para fijarse en mis pantalones.

–¿Te ves capaz de liberarte? –me pregunta.

–¿Tú qué crees? –respondo con voz ahogada.

–Cuando no seas capaz de liberarte, tienes que dar dos golpes en el tatami con la mano –explica, haciendo el gesto al mismo tiempo–. Esa es la forma de señalar que te rindes.

Me apresuro a hacerlo, y él me suelta y se pone en pie. Me tiende una mano para ayudarme a levantarme, y yo la tomo.

–No hacía falta ser tan bruto –me quejo, frotándome los músculos con el ceño fruncido. Él se encoge de hombros–. No olvides que todavía estoy empezando.

–No pensarás que voy a ponértelo fácil solo por ser nuevo, ¿verdad? Aquí todos somos iguales.

–Eso no es justo. Tú llevas ya un tiempo aquí y yo ni siquiera tengo mi propio cinturón blanco todavía.

–Aunque eres el último en llegar, no eres el único principiante aquí –replica, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a unos cuantos chicos con cinturón blanco–. Ya estarás en igualdad de condiciones cuando luches contra ellos, pero no te hace ningún bien que yo te deje ganar. Es la única manera de que sigas mejorando, ¿no te parece?

\* \* \*

Cuando termina la hora, mucho antes de lo que hubiera creído posible, debo enfrentarme a algo más duro que la clase: las duchas. El día anterior no me había duchado con la excusa de que en realidad no habíamos hecho casi nada, pero hoy no tengo escapatoria, pues he

(disfrutado)

sudado bastante con las inmovilizaciones y los forcejeos. Trato de entretenerme hablando con Alejandro para que Sergio se vaya sin mí, pero no sirve de nada: se empeña en esperarme junto a la puerta hasta que termine, así que no me queda más remedio que ir con él.

Una vez en el vestuario, no sé con qué excusa salir para no ducharme mientras veo a los otros chicos desnudándose sin ningún pudor delante de todos. Jamás entenderé cómo hay chicos capaces de mostrar su cuerpo tan alegremente: yo no sería capaz de hacerlo ni en mil años.

Sin embargo, Sergio es perspicaz.

–¿Qué pasa? ¿Es que te da vergüenza ducharte? –me pregunta, y me doy cuenta de que está tratando de reprimir una sonrisa, aunque sin mucho éxito–. No te preocupes. Al principio, a muchos les da vergüenza que los vean desnudos, pero luego te acabas acostumbrando.

Enrojeczo y asiento con la cabeza, aunque lo que me preocupa no es tanto que me vean desnudo como el hecho de ser yo quien vea a los demás. Me preocupa que mi cuerpo tenga reacciones indeseadas y se repita lo del instituto ahora que por fin he encontrado un lugar donde parece que puedo encajar. Después de las ilusiones que he estado haciéndome estos últimos días, creo que no sería capaz de soportarlo si perdiera también el judo.

Además, aunque no tengo ningún corte reciente, tengo miedo de que alguien se fije en mis cicatrices. La mayoría solo se notan al mirarlas de cerca, pero

muchas siguen siendo de un color rosado que destaca contra mi pálida piel, y la última herida sigue estando roja.

–No te preocupes. Ya te acostumbrarás –me asegura.

–Debes de pensar que soy un idiota.

–No te preocupes, en serio. No pasa nada, a muchos les da vergüenza al principio –repite–. Mira, si quieres hacemos un trato, ¿vale? Yo me voy a la ducha, y mientras tú te quedas aquí. Y cuando nadie te vea, puedes ir tú. Hay compartimentos individuales, y además son opacos, ¿ves? –añade, señalando con el dedo hacia la zona de las duchas–. No tiene por qué verte nadie.

–Está bien –acepto con un hilo de voz, todavía muy cohibido.

No aguanto la tentación de echar un vistazo mientras él se quita la ropa de espaldas a mí, y enseguida me pongo muy rojo al ver su cuerpo desnudo. Por enésima vez en el día noto una ligera presión en los pantalones, incómoda y agradable al mismo tiempo, y trato de reprimir un suspiro. ¿Por qué no me dejarán en paz las malditas hormonas? Me doy la vuelta para que no lo note si vuelve a girarse, y me entretengo sacando mi ropa y la toalla de la mochila, moviéndome con tanta lentitud como puedo sin que parezca que voy a cámara lenta.

–¡Hasta ahora! –dice Sergio. Trato de utilizar toda mi fuerza de voluntad para no echar un vistazo tras él, pero soy débil y no lo consigo. Para mi sorpresa, no se ha molestado siquiera en atarse una toalla a la cintura, y esta vez sí que puedo fijarme mejor en su cuerpo.

La verdad es que tiene un buen culo.

Me sacudo esos pensamientos y me apresuro a desnudarme, aprovechando que no hay nadie que pueda verme. Tras envolverme la cintura firmemente con una toalla y asegurarme de que no se nota nada, me dirijo rápidamente a uno de los compartimentos de ducha que quedan libres. Una vez allí, me lavo tan deprisa como puedo, empleando el tiempo mínimo imprescindible.

Afortunadamente, termino antes que Sergio, aunque no antes que los otros chicos. Muerto de vergüenza y rojo desde los dedos de los pies hasta el nacimiento del pelo, me apresuro a cambiarme tratando de no fijarme en los cuerpos desnudos y mojados a mi alrededor, aunque no puedo evitar ver ciertas cosas que hacen que mi sangre fluya por mis venas con la fuerza de un torrente. A continuación, salgo a toda prisa del vestuario para esperar allí a Sergio.

Tengo que inventarme nuevas excusas para no tener que ducharme. Como esto vaya a ser así todos los días,

(comenzaré a echar de menos las cuchillas)

no sé cómo voy a poder aguantarlo.

(Antes)

*Heartbreak is the national anthem  
We sing it proudly  
We are too busy dancing  
To get knocked off our feet  
Baby we're the new romantics  
The best people in life are free  
New Romantics, Taylor Swift*

–Estoy triste.

–¿Por Darío?

–Por todo. Ya ni siquiera es por él, es... por todo. No sé. Yo solo quiero ser feliz. ¿Por qué no puedo?

–Lo serás –aseguró él–. Esto no ha salido bien, pero es cuestión de tiempo, ya lo verás.

–Yo solo quiero encontrar a alguien que me quiera. Alguien que me trate bien. ¿De verdad es tanto pedir?

Él me miró con una mezcla de compasión y ternura.

–Tío, que tenemos dieciséis años. Lo encontrarás, ya lo verás. No te preocupes.

Solté una carcajada amarga.

–¿En este pueblucho de mierda? Lo dudo.

–No viviremos aquí para siempre. Ya lo sabes.

Lo sabía, pero eso no me servía de nada en aquel momento.

–¿Y qué hago mientras tanto?

Él se encogió de hombros.

–Bueno... me tienes a mí.

–Ojalá fuera diferente. Ojalá fuera normal.

Fer me miró a los ojos, muy serio, y por primera vez durante toda la conversación pareció enfadado.

–No vuelvas a decir eso. Eres normal. Vale, te gustan los tíos. ¿Cuál es el problema?

–Ya, pero...

–Nada de peros. Si tú no te quieres, nadie lo hará –sentenció–. Así que tienes que empezar por ahí.

–Tienes razón.

–¿Has estado alguna vez con un tío? Puedes contármelo, siempre he tenido curiosidad.

Enrojecí violentamente. No sabía si debía contarle la verdad, así que traté de ganar tiempo.

–¿A qué te refieres?

–Pues... ¿Te han besado alguna vez?

Negué con la cabeza, y él sonrió. Entonces, acercó su cabeza a la mía y me besó en los labios. No fue un beso intenso, apenas un ligero roce que no duró más que unos pocos segundos. Ni siquiera utilizó la lengua, pero a pesar de ello noté que se me erizaba todo el vello del cuerpo y mis mejillas se sonrojaban. Cuando se separó y me miró a los ojos, no sabía qué decir.

–Ahora sí.

–¿Por qué lo has hecho? –logré preguntar con la respiración entrecortada, pues no sabía qué otra cosa decir.

Se encogió de hombros.

–Por un libro que leí. Hay muchos cabrones por el mundo, y quería que tu primer beso fuera con alguien que te quisiera.

–¿Eres gay? –pregunté, extrañado, pero él soltó una carcajada.

–¿Yo? Claro que no. Si me pongo burro cada vez que me enrolló con Laura, ya lo sabes. No sabes las ganas que tengo de que...

–¿Entonces? –lo atajé, sin demasiado interés por conocer más detalles.

Volvió a encogerse de hombros.

–Solo quería asegurarme de que tu primer beso significa algo, eso es todo. ¿Te ha molestado? –Negué con la cabeza, todavía ligeramente aturdido–. Además, también era la prueba de fuego –añadió con una sonrisa–. Así compruebo si yo también soy gay.

Solté una carcajada sin poder evitarlo.

–¿Y lo eres?

–Ni de coña.

Permanecimos en silencio durante unos minutos.

–Gracias –dije finalmente.



–No tienes que darlas.

# CAPÍTULO 18

*Please don't see  
Just a boy caught up in dreams and fantasies  
Please see me  
Reaching out for someone I can't see  
Take my hand  
Let's see where we wake up tomorrow  
Lost Stars, Adam Levine (Begin Again)*

–¿Te apetece un café helado? –pregunta Sergio una vez en la cafetería, acordándose de mi mentira de la semana pasada. Tomo nota mentalmente de que algún día tendré que contarle la verdad: no quiero que haya secretos entre nosotros, sin importar lo pequeños que sean.

Aunque también tengo que contarle los grandes, y sé que eso va a ser más difícil todavía.

–No, en realidad hoy no tengo muchas ganas de café. Prefiero tomar un chocolate caliente.

Pedimos nuestras bebidas y nos dirigimos hacia la mesa, la misma del otro día, que vuelve a estar desocupada. Reconozco alguna cara de la semana pasada entre los demás clientes, y me doy cuenta de que lo más probable es que muchos ya tengan su asiento habitual. Echo un vistazo a la mesa, y sonrío al darme cuenta de que ha comenzado a convertirse en algo nuestro. Eso es nuevo para mí, pero me gusta la sensación de tener algo para nosotros.

–La verdad es que me quedé con ganas de hablar más el otro día –dice tras sentarse frente a mí, mirándome con esos enormes ojos azules que parecen observarme hasta el fondo de mi alma. Trato de reprimir una sonrisa, aunque no lo consigo del todo.

–Yo también –confieso–. En realidad todavía no sé casi nada de ti. ¿Cuántos años tienes?

–Diecisiete. –Por favor, Óscar, no cites *Crepúsculo* ahora si no quieres que salga corriendo–. ¿Y tú?

–Dieciséis.

Sergio parece sorprendido.

–¿En serio? Pareces mayor.

–Venga ya –replico con un bufido–. Siempre me han dicho que soy bajito para mi edad. Parezco un niño.

Muchas veces he pensado que eso tiene algo que ver con que se metan tanto conmigo: físicamente parezco un crío, y por lo tanto es más fácil utilizarme como víctima.

–No sé, quizás sea por tu forma de hablar –dice, encogiéndose de hombros–. Pero a mí no me pareces un niño en absoluto, eso te lo puedo asegurar –añade con una media sonrisa.

–Si tú lo dices... ¿Cuándo cumples los dieciocho?

–En mayo, así que todavía faltan unos meses para que puedan meterme en la cárcel. ¿Cuándo cumples tú los diecisiete?

–Aún falta un poco, es en febrero.

–Bueno, tampoco falta tanto –señala–. ¿Tienes pensado algo especial para celebrarlo?

–No, la verdad es que no –admito, encogiéndome de hombros–. Supongo que iré a tomar algo con mi mejor amigo y su novia, pero ya está... No soy muy popular en el instituto precisamente.

Él parece apenado al oírlo.

–¿Puedo preguntar por qué?

No sé si contarle la verdad: una parte de mí me impulsa a hacerlo, pero la otra tiene miedo. Quizás salir del armario dos veces en menos dos días sea demasiado y no vaya a tener tanta suerte la segunda de ellas. Quizás resulta que es hetero total y pasa de saber nada más de mí si se entera de que soy gay. Claro que, si es así, mejor saberlo cuanto antes, ¿no? Si no tengo posibilidades

(que no me gusta, coño)

con él, prefiero saberlo pronto antes de hacerme ilusiones y luego llevarme una decepción. Aquí no es como el instituto. Si la gente comienza a meterse conmigo, con dejar de venir a las clases de judo tengo suficiente.

Pero en realidad no quiero que eso pase. No ahora que parece que he encontrado por fin mi lugar, un sitio donde creo que puedo encajar después de

todo lo que ha pasado.

En cualquier caso, estoy bastante seguro de que a él también le gustan los chicos. ¿Y si él también está dudando sobre mí? Quizás ya se imagine el problema y no está buscando más que una confirmación a sus sospechas. Y, si no fuera así, tampoco tengo nada que perder. Tras unos segundos, decido contarle la verdad.

–Vivo en un pueblo pequeño, y ahí la gente es bastante homófoba –explico, eligiendo muy bien mis palabras. Todavía soy incapaz de pronunciar la palabra «gay» en voz alta, y mucho menos aplicándomela a mí–. La verdad es que no les caigo muy bien a mis compañeros precisamente.

Él asiente con la cabeza, pensativo. Tiene el ceño fruncido, y no sé si es en señal de lástima u otra cosa.

–Comprendo.

En ese instante, llega la camarera con nuestras bebidas, que deposita en la mesa delante de nosotros. Nos miramos, algo azorados, hasta que la chica se marcha con una sonrisa. A continuación, transcurren unos segundos bastante incómodos en los que ninguno de los dos se atreve a decir nada. Pero cuando estoy a punto de preguntárselo, es él quien rompe el silencio.

–También se metían conmigo al principio –confiesa con un hilo de voz, con los ojos fijos en su taza. Me sorprende su expresión y el sonido de su voz: son muy distintos a lo que estoy acostumbrado en él.

Pero lo importante es que ahí está: lo ha confirmado. Sé que no debería alegrarme de que se lo hicieran pasar mal, pero no puedo evitar soltar un suspiro de alivio. Él lo nota y, lejos de enfadarse, sonrío no sin cierta timidez mientras vuelve a mirarme a los ojos. El pulso se me acelera, y de pronto comienzo a notar calor. Me quito la chaqueta.

–Vives aquí, ¿verdad? –pregunto al cabo de unos cuantos segundos más de silencio.

–Sí.

–Entonces no es lo mismo. En una ciudad la gente suele ser mucho más abierta con estas cosas, más tolerante. Pero en mi pueblo... es horrible.

–Me lo imagino. ¿Te tratan muy mal?

Asiento levemente con la cabeza y esta vez soy yo quien clava la vista en la taza, incapaz de seguir mirándolo a los ojos y procurando contener las lágrimas que amenazan con derramarse.

–Cada día es una tortura constante. Se meten conmigo, me insultan, me abuchean... A veces ni siquiera se cortan cuando hay un profesor en clase,

aunque siempre tienen cuidado de que no los pillen. Una profesora se ha dado cuenta y me apoya, pero el resto no sé si hace la vista gorda o es que les da igual. Supongo que será una mezcla de las dos cosas.

–También te pegan, ¿verdad? –pregunta, y yo asiento con la cabeza, sorprendido por su perspicacia–. Por eso tenías el ojo morado el otro día. Por eso te has apuntado a clases de judo. Para defenderte de ellos.

Asiento con la cabeza una vez más, y una lágrima traicionera resbala por mi mejilla. Él estira el brazo y me la seca con un dedo. El contacto me provoca un agradable estremecimiento.

–En realidad no me han pegado muchas veces –explico–. Lo del otro día fue una excepción. Aun así... quiero aprender a defenderme de ellos. Quiero que dejen de humillarme de una vez.

Con la última palabra, la voz se me rompe y comienzo a llorar. Lo hago en silencio para que nadie se dé cuenta, avergonzado por estar llorando en público. Pero Sergio puede verme perfectamente, y soy consciente de que no sabrá qué hacer, y debo de estar poniéndolo en un apuro, y

(quiero que me abrace)

debe de estar odiándome. Eso hace que me sienta aún peor.

Pero, de pronto, adelanta la mano y me coge la mía. Su piel parece más cálida que la taza de chocolate que tengo al lado, y el roce me hace dar un respingo involuntario. Cuando lo miro a la cara veo que está sonriendo.

–No estás solo, Óscar. Sé que nos conocemos desde hace poco, pero quiero que sepas que estoy contigo, ¿vale?

–Gracias –digo con sinceridad, sonriendo también a pesar de las lágrimas. Levanto el otro brazo, el que tengo libre, y me seco la cara con la manga–. Perdona el espectáculo. Apenas me conoces... Supongo que todo esto tiene que ser bastante incómodo para ti.

Él niega con la cabeza.

–No digas tonterías. Tienes que desahogarte, es normal que llores. Todos necesitamos llorar de vez en cuando. Lo importante es que aprendas a desahogarte con la gente... –añade tras un breve titubeo, bajando un poco el tono de voz–. No quiero que hagas ninguna locura, ¿vale?

Empalidezco al oír eso, abriendo mucho los ojos, y el llanto se me corta de golpe. ¿Se habrá fijado en mis cicatrices? He tenido cuidado de no cambiarme de ropa delante de él, pero... Pero no, no puede ser. Estoy seguro de que me habría dicho algo en caso de haberlas visto. No, tiene que haber sido casualidad. Es imposible que haya visto nada.

Al menos, eso espero.

–¿Qué... qué quieres decir?

–Que aunque las cosas vayan mal, tienes que confiar en la gente a la que le importas. Ellos sabrán ayudarte.

–Tampoco es que sean muchos.

–Tienes a tu mejor amigo, ¿no? –pregunta, y yo asiento con la cabeza. Ya le había hablado de él–. Ya es algo. Y también tienes a su novia, y a tu profesora. Y me tienes a mí –añade con timidez.

–¿Eres mi amigo, entonces?

Él esboza una sonrisa que parece algo triste.

–Si eso es lo que quieres, sí.

«Si eso es lo que quieres.»

–Gracias.

–No tienes por qué darlas.

\* \* \*

Una vez superada la barrera de descubrir que a los dos nos gustan los chicos, hablamos de temas más cotidianos. No es que sea una conversación particularmente profunda, pero descubro sus gustos musicales, bastante parecidos a los míos, y también sus series y películas favoritas, aunque en eso no coincidimos tanto. Aun así, es impresionante oírlo hablar de cine: es una verdadera obsesión para él.

–En el fondo supongo que me gustaría ser actor, aunque la verdad es que no se me da muy bien actuar –me explica–. También me gusta mucho la dirección y todo lo que tenga que ver con la producción, así que quiero entrar en Comunicación Audiovisual para aprender todo lo que pueda. Sería un sueño poder dirigir mi propia película, o al menos producirla.

–¿Qué clase de película te gustaría hacer?

–Está claro, ¿no? –dice, señalando su camiseta con el escudo del Capitán América–. Me encantaría dirigir una de superhéroes.

Alzo una ceja.

–¿En serio?

–En serio. Sé que quizás no sea lo más profundo ni lo más común para alguien que quiere dirigir, pero es mi sueño desde que era un niño.

–A mí me gustaría actuar –confieso tras unos minutos.

–¿En serio?

–Sí, bueno, pero en realidad nunca lo he hecho. Me encantaría meterme en algún grupo de teatro o algo parecido, pero en mi pueblo no hay nada de eso, así que...

–Bueno, quizás puedas hacerlo cuando vayas a la universidad –sugiere–. Nunca es tarde para empezar.

–Supongo.

–Además, así ya tengo al menos un actor para hacer un corto o así. Tú actúas y yo te dirijo, ¿qué te parece?

Suelto una carcajada.

–Me parece genial.

Cuando acabamos la conversación sobre cine empezamos a hablar de libros, y Sergio me recomienda algunos que tengo que leer sí o sí. Los apunto en el móvil, aunque él me asegura que me prestará alguno.

–Tienes que leer *Te daría el mundo*. En serio. Es una joya.

–No sé yo. Suena un poco cursi, ¿no?

Parece indignado al oírme.

–¿Cursi? Para nada. Es maravilloso.

–Si tú lo dices...

–Tienes que leerlo, en serio –insiste–. Seguro que te encanta. Además, el protagonista también es gay, y...

Se detiene de pronto, al darse cuenta de lo que ha dicho. Ahí está esa palabra, la que ninguno de los dos ha pronunciado todavía delante del otro. Lo miro con una sonrisa.

–¿Me lo prestarás?

–El próximo día te lo traigo –asegura.

El próximo día. La idea suena muy bien.

Para cuando me doy cuenta, ya se ha hecho de noche, y me veo obligado a irme para no quedarme sin tren de vuelta a casa. Sergio se empeña en acompañarme a la estación.

–Por cierto, este finde lo tengo bastante ocupado, pero el próximo estaré libre –dice justo cuando empiezo a caminar hacia el andén–. ¿Te apetecería quedar para tomar algo, el sábado o así?

Sonríe de oreja a oreja, y no lo dudo un instante antes de contestar.

–Claro.

(Antes)

*Underneath it all, we're just savages  
Hidden behind shirts, ties and marriages  
How could we expect anything at all?  
We're just animals still learning how to crawl  
Savages, Marina and the Diamonds*

No comprendía las risitas al llegar al instituto. De repente, todos me miraban. Todos me señalaban disimuladamente, aunque algunos ni siquiera se esforzaban en hacerlo; y se reían al verme pasar. Eché un vistazo a mi ropa, pero no vi nada fuera de lugar: ni había ido con el pijama, ni me había puesto la camiseta del revés, ni se me había cagado una paloma encima. Saqué el móvil para mirar mi reflejo en la pantalla, pero tampoco tenía nada extraño en la cara. Estaba igual que siempre.

Me planteé durante un instante que Darío hubiera dicho algo... pero no. Sabía que estaba enfadado, pero no era capaz de hacerme algo así... Al menos, eso esperaba. Después de todo, era mi mejor amigo.

Las risitas me acompañaron por todo el pasillo hasta que llegué al aula. Una vez allí, me encontré con que Darío estaba riendo con Carlos y su pandilla, compañías muy poco habituales en él. En cuanto entré, comenzaron a reírse, sin molestarse en disimular siquiera. Fue entonces cuando me temí lo peor.

De repente, entró el profesor de Matemáticas y las risas cesaron de golpe. Todo el mundo volvió a ocupar su asiento, aunque me di cuenta de que no dejaban de mirarme cada pocos segundos.

—Sacad vuestros libros, por favor —pidió el profesor—. ¡En silencio! —añadió cuando Carlos soltó una risita al oír sus palabras.

Saqué el libro de texto, y entonces lo vi. Escrito en la portada, con letras mayúsculas bien grandes en rotulador permanente, había un mensaje simple pero contundente: «SOY UN MARICÓN». Aterrado, miré a mi alrededor y vi que media clase estaba tratando de contener la risa, con los ojos fijos en



mí, esperando mi reacción. No sabía qué hacer, así que arranqué la portada de cuajo, sin detenerme a pensar. Oí algunas carcajadas mal disimuladas.

No podía ser.

Lo sabían.

Todo el mundo lo sabía.

Mi vida tal como la conocía había terminado.

:)

Es sorprendente lo fácil que resulta a veces sonreír.

**Publicado el 11 de diciembre a las 22:50**

**Comentarios: 0**

**¿Te ha gustado? Compártelo**



# CAPÍTULO 19

*Should I give up?  
Or should I just keep chasing pavements?  
Even if it leads nowhere  
Chasing Pavements, Adele*

Me sorprende encontrarme con un comentario cuando compruebo el blog por la mañana. Hago memoria y me doy cuenta de que, si no me equivoco, es el primero que recibo desde que lo abrí.

Me alegra verte más contento :)

Publicado por Anónimo el 12 de diciembre a las 11:57

Para ser sincero conmigo mismo, tengo que admitir que como comentario no es gran cosa precisamente. Sin embargo, el hecho de que una persona no solo se haya molestado en leer mi blog (lo cierto es que cuando lo abrí nunca se me ocurrió que nadie fuera a leerlo realmente), sino que además se haya tomado unos segundos para escribirme un comentario, por corto que sea, me resulta de un valor incalculable. Casi me entran ganas de enmarcarlo y todo.

Quiero responder, pero no quiero conformarme con un simple «gracias» para mi primer comentario, así que paso casi diez minutos delante de la pantalla, pensando qué decir.

No sé quién eres, pero muchas gracias, de verdad. Es reconfortante que alguien se preocupe por ti. :)

Publicado por LostBoy el 12 de diciembre a las 13:17

Animado, decido entrar en Twitter, y me encuentro con otra sorpresa: mi tuit de la noche anterior, en el que escribí lo mismo que en el blog, tiene nada menos que dos favoritos y un retuit, lo cual supone un hito histórico en mi experiencia tuiteando. Además, ¡he ganado un nuevo seguidor! Si no ando con cuidado, cuando menos me lo espere voy a acabar convertido en un *tuitstar*.

También tengo una mención.

**@Pablx9**

Paul Pinkman

@LostBoy\_99 Parece que te ha pasado algo bueno :) 8 h

Me apresuro a contestar. Después de todo, todavía me falta un poco para alcanzar el estatus de *tuitstar*, así que puedo permitírmelo.

**@LostBoy\_99**

Lost Boy

@Pablx9 Eso parece :) ahora

Y en el mismo instante, casi como si estuviera leyéndome la mente, recibo un nuevo mensaje de Sergio.

Cucu.

Tras.

Bnos dias!

Buenos días.

#

¿Has dormido bien?

Muy bn.

/

Y tu?

Bien.

/

¿Qué haces hoy?

Pues he quedado xra comer con los de clase.

De hecho, tendría q irme ya a duxar.

Tan solo queria darte los bnos dias.

#

En serio, es que no se puede ser más adorable.

Pues venga, ve.

No quiero que llegues tarde por mi culpa.

Jo.

Sta noxe hablams, vale?

Vale.

&

Pues m voy a la duxa.

Hasta luego!

¡Pásalo bien!

En la duxa? 1

2

Con tus amigos ;

0

Venga, que llegas tarde.

Vaaaaale.

Adios!

Hasta luego.

"

Suelto un suspiro, contento de que se haya acordado de mí, aunque solo sea para algo tan tonto como darme los buenos días. Sin embargo, se ha ido demasiado pronto, así que me he quedado sin nada que hacer. Aburrido, echo un vistazo durante unos minutos a los tuits de la gente a la que sigo, pero enseguida me canso: la verdad es que nunca he acabado de pillarle la gracia a Twitter.

Finalmente decido comprobar el correo electrónico, y comienzo por abajo, por los mensajes más antiguos. Los dos primeros son *spam*, como siempre. Pero el tercero...

El tercero, con fecha del jueves por la tarde, me deja helado. El asunto es muy elocuente: «maricon». Así, sin mayúscula inicial, ni tilde ni nada. No necesito abrir el mensaje para adivinar su contenido, pero lo hago de todos modos, mientras mi corazón late con fuerza. Los escasos segundos que tarda el mensaje en cargarse se me antojan eternos.

Mira marica, como se t ocurra contar lo q paso t vamos a joder la vida, vale??

Sinceramente, no sé qué es lo que más me duele, si la amenaza o la «b» en «vida». Aun así, el estómago me da un desagradable vuelco, y siento unas ganas de vomitar que apenas soy capaz de contener. No entiendo por qué siguen tan empeñados en joderme la existencia de este modo, un día tras otro, incansables. ¿Es que no me han hecho ya suficiente daño?

A veces pienso que no pararán hasta que me muera.

Quizás sea eso lo que quieren.

Quizás estén esperando a que un día corte más de la cuenta y ocurra lo inevitable.

Borro el *e-mail*, pero al instante me arrepiento y voy a la papelera para recuperarlo, consciente de que en algún momento podría necesitarlo como prueba contra esos gilipollas. Quiero apagar el ordenador,  
(cortarme)

tumbarme a leer, o a lo mejor ver alguna película para distraerme. Pero soy masoquista, así que en lugar de eso vuelvo a mi bandeja de entrada y sigo subiendo entre mis mensajes hasta encontrar otro de anoche, con el mismo asunto y enviado desde la misma dirección de correo electrónico, que ha sido claramente creada para continuar amargándome la vida.

Que pasa? no contestas? Va en serio eh?? Si cuentas algo te la cargas.

El último *e-mail*, de hace apenas una hora, es aún más conciso, y este sí que logra ponerme los pelos de punta.

Como cuentas algo, t matamos.



Cierro los ojos con fuerza, aturdido. ¿Es que nunca van a dejarme en paz? No pido tanto, solo quiero ser feliz y que me dejen tranquilo. Incluso me conformaría con no ser feliz con tal de que simplemente me dejaran existir en paz. Pero parece que eso es demasiado pedir.

Miro por la ventana y veo que está lloviendo. Decido tuitear una vez más.

**@LostBoy\_99**

Lost Boy

A veces me pregunto qué sentido tiene tratar de seguir adelante. *ahora*

Irónicamente, me encuentro con que alguien ha marcado mi anterior tuit como favorito. Echo un vistazo hacia la cama, debatiéndome conmigo mismo. Sé que no debo caer, no ahora que estoy empezando a hacer progresos, no ahora que parece que mi vida comienza a cambiar por fin. Pero la tentación es demasiado fuerte. El dolor es demasiado fuerte.

Saco una cuchilla.

La observo en mi mano, pequeña y afilada, sonriéndome bajo la luz del techo. La odio, pero al mismo tiempo la amo. Me quita la vida poco a poco, pero al mismo tiempo me la da. Observo mi reflejo levemente distorsionado en su superficie, y me doy cuenta de que una lágrima traicionera se desliza por mi mejilla. Respiro hondo, tratando de vencer la tentación, tratando de soltar la cuchilla, tratando de ser más fuerte que la necesidad de cortarme.

Pero no lo soy.

Finalmente me decido y, tras guardar la cuchilla en el bolsillo, me dirijo hacia el cuarto de baño para darme una ducha.

Y para aplacar el dolor.

## CAPÍTULO 20

*As someone told me lately  
Everyone deserves the chance to fly  
And if I'm flying solo  
At least I'm flying free  
Defying Gravity, Idina Menzel (Wicked)*

–¿Te importa venir conmigo un momento, Óscar? –dice Ana tras acercarse a mí al comienzo de la clase–. Me gustaría hablar contigo.

La sigo hasta el exterior del aula, un poco extrañado, pero, en lugar de ir a la sala de profesores como la última vez, nos quedamos allí fuera, a un par de metros de la puerta.

–¿Pasa algo? –pregunto preocupado, pero ella sonríe y enseguida me relajo un poco.

–Tranquilo. Solo quería saber cómo te encontrabas.

–Bien –digo, y trato de fingir una sonrisa.

–Hoy te noto un poco más animado que otros días –continúa–. ¿Es que te ha pasado algo bueno?

¿Aparte de que unos gilipollas me han enviado correos amenazándome por hablar contigo? Sí, supongo que sí.

–Me he apuntado a judo para aprender a defenderme y todo eso –respondo, sin entrar en muchos detalles–. Solo he ido un par de días, pero de momento la cosa va bien.

Su expresión cambia bruscamente al oír mis palabras, y de pronto se pone muy seria.

–No estarás pensando en pelearte en el instituto, ¿verdad? –inquire con una severidad poco habitual en su voz, mirándome a los ojos–. Porque ya sabes que

aquí no toleramos esas cosas.

–¡No! De verdad, no quiero montar ningún lío –le aseguro, consciente de que sería yo el que acabaría mal parado si lo hiciera–. Tan solo quiero aprender a defenderme si me hacen algo.

Continúa mirándome fijamente, con los labios ligeramente apretados y el ceño todavía fruncido, pero su expresión se suaviza un poco. Me pone una mano sobre el brazo en actitud reconfortante.

–Ten cuidado, ¿vale?

La miro con una sonrisa.

–Lo tendré.

–Cuéntame, ¿qué tal en judo? ¿Has conocido a alguien? –pregunta, y me parece detectar cierta suspicacia en su mirada.

–Eh... Sí, he hecho algún amigo.

Ella sonrío.

–Eso está muy bien. ¿Y cómo va la cosa por aquí? ¿Han vuelto a molestarte tus compañeros?

Trato de reprimir una carcajada sarcástica. La verdad es que resulta un tanto gracioso que formule la pregunta de ese modo, como si fuera algo esporádico, cuando en realidad se dedican a

(torturarme)

insultarme cada día, sin excepción. Me encojo de hombros antes de contestar, sin saber muy bien qué decir. Sé que no debo mencionar los correos, así que no me queda otra opción que mentir, aunque me odie por ello, aunque me dé asco a mí mismo por hacerlo.

–Lo mismo de siempre. Al menos no han vuelto a pegarme... algo es algo. En realidad ya estoy acostumbrado a que me insulten.

–Óscar, deberías decirme quiénes son –me recuerda con severidad, y yo niego enérgicamente con la cabeza–. Por mucho que lo intente, no puedo ayudarte si tú mismo no te dejas.

Vuelvo a negar con la cabeza.

–No, mejor no –insisto–. Además, ¿de qué serviría decírtelo? Son prácticamente todos.

Suelta un suspiro.

–Mira, Óscar, con esa actitud no vas a conseguir nada –me advierte con seriedad–. Tienes que plantarles cara. No te servirá apuntarte a clases de judo si no eres capaz de enfrentarte a ellos como deberías hacerlo. Seguirán haciendo contigo lo que les dé la gana, ¿es que no te das cuenta?

Sus palabras son duras, pero, aunque odio admitirlo, sé que son totalmente ciertas. Sin embargo, no puedo hacerlo. No soy capaz. Si ya me tratan así sin haber hecho nada, no quiero imaginar lo que harían si se enterasen de que los he delatado. Lo más probable es que me reventaran de una paliza.

–¿Es que quieres que me pelee en el colegio? Pensaba que los profesores estabais en contra de esas cosas.

Resopla con exasperación.

–No me refiero a eso. Lo que quiero es que me digas quiénes son para que pueda tomar medidas.

–Ya me lo pensaré, ¿vale? –miento. Ella me observa atentamente, pero al final acaba asintiendo con la cabeza.

–Está bien. Y ahora, será mejor que entremos –añade, echando un vistazo en dirección a la puerta–. Esa gente la está liando ahí dentro.

\* \* \*

Al terminar la clase, una bola de papel aterriza limpiamente sobre mi pupitre. La desenvuelvo para ver lo que hay escrito.

## A q viene tanta xarla cn A? Cuidado con lo q dices o t reventamos

Trago saliva antes de alzar la mirada y, cuando lo hago, veo varias caras vueltas hacia mí, entre ellas las de Carlos, Jorge y Aitor. Es imposible saber quién ha sido de los tres, aunque probablemente la idea no fuera solo de uno de ellos. Durante unos segundos me planteo la posibilidad de salir corriendo detrás de Ana para entregarle la nota, pero no me atrevo. La amenaza me da demasiado miedo, porque sé que son capaces de hacerlo.

–¿Qué pone ahí? –pregunta Fer con curiosidad, inclinándose para leerlo–. Es una nota, ¿no?

–No es nada –respondo, al tiempo que hago pedazos el trozo de papel–. Las chorradas de siempre, ya sabes.

Fer aprieta la mandíbula.

–Ya está. Me tienen hasta los huevos. Esos gilipollas se van a llevar un buen par de hostias cada uno.

Hace ademán de levantarse, pero yo lo agarro del brazo y se lo sujeto contra la mesa para detenerlo. Resulta difícil porque es más fuerte que yo, pero por suerte no opone resistencia alguna. Me mira con el ceño fruncido, evidentemente molesto por mi actitud.

–No, Fer –digo con tono tajante, y relajo la mano con la que lo estoy agarrando. Él deja el brazo inmóvil sobre la mesa–. No debes meterte en más líos por mi culpa. No merece la pena.

–Alguien tiene que pararles los pies, joder.

Yo niego con la cabeza.

–Si vuelves a pegarles, luego lo pagarán conmigo cuando tú no estés. Como pasó la última vez.

Sé que ha sido un golpe bajo, y sé que todavía sigue sintiéndose culpable al respecto, pero me da igual. Ha bastado para convencerlo, y de momento eso es lo único que me importa.

\* \* \*

Una vez terminadas las clases, Fer se despide de mí para ir a buscar a Laura y yo me dirijo hacia la salida. Cuando estoy junto a la puerta de los servicios, alguien me da unos golpecitos en la espalda. Me giro, sorprendido, y alguien que no alcanzo a ver me empuja bruscamente al interior de los lavabos. Después entra y cierra la puerta tras él, y me da un vuelco el corazón al comprobar que se trata de Carlos. Me planteo la posibilidad de gritar, pero sé que con el bullicio que hay fuera lo más probable es que nadie me oiga y acabe recibiendo algún puñetazo.

–A ver, maricón. ¿A qué coño viene tanta charla con Ana? ¿Es que no has recibido los correos o qué?

–Es... estábamos hablando de la redacción del otro día –me apresuro a mentir, diciendo lo primero que se me pasa por la cabeza–. Como no la hice, estoy en peligro de suspender.

–Y una mierda –escupe–. Aparte de marica eres un pelota empollón, todos sabemos que tu media es de diez. ¿No te estarías chivando? –pregunta en voz baja, con tono amenazador.

Yo me apresuro a negar con la cabeza fervientemente, pero él no parece muy convencido.

–¿Seguro?

–Seguro. No le he contado nada.

–Bueno... Por si acaso, no te vendrá mal un recordatorio de lo que puede pasarte si te chivas.

Levanto las manos al ver que se acerca a mí.

–Si vuelves a dejarme el ojo morado, los profesores se darán cuenta de que está pasando algo –advierto con rapidez, retrocediendo un paso. Él esboza una sonrisita de suficiencia que me resulta bastante asquerosa.

–Gracias por el aviso, marica. Pero no te preocupes, no hace falta que te ponga el ojo morado para hacerte daño.

Sin previo aviso me lanza un fuerte puñetazo en el estómago que me deja sin aliento, y retrocedo hasta chocar contra los lavabos. Noto náuseas a causa del golpe, pero por suerte casi nunca desayuno, así que no tengo nada en el estómago que pueda vomitar. Noto a mi inseparable

(amiga)

cuchilla en el bolsillo, rozándome el muslo con suavidad a través del tejido de los vaqueros, como si me llamara. Ahora Carlos está solo, no tiene refuerzos como el otro día. Si la sacara, no me costaría demasiado defenderme de él. Hasta podría hacerle daño de verdad si quisiera, darle por fin su merecido después de todo lo que me ha hecho sufrir. Sin embargo, me esfuerzo por no ceder a la tentación de hacerlo.

En su lugar, opto por provocarlo. Ya me he cansado de que me vapulee a su antojo, y no pienso seguir aguantándolo.

–¿Qué pasa, Carlos? ¿Tanto te jode no poder decirles a tus amigotes que te mueres por ellos que tienes que pagarlo conmigo?

Su rostro queda contorsionado por la rabia, y casi puedo ver cómo su cerebro trata de procesar mis palabras.

–Mira, maricón...

–¿Por qué me llamas maricón? –continúo, procurando que no me tiemble la voz-. A ti también te gustan los tíos, pero yo soy el único que tiene huevos para admitirlo. ¿Quién es el maricón entonces? Porque tú vas de machote y ambos sabemos que la realidad es muy distinta.

Eso lo enfurece más todavía, y se lanza contra mí una vez más con un gruñido de furia. Siguiendo mi instinto, me aparto de la trayectoria de su puño y lo agarro por el brazo y por la pechera de la camiseta. Él se queda sorprendido ante mi reacción, por lo que no forcejea, y decido aprovechar esos valiosos segundos de vacilación para poner en práctica una de las técnicas básicas de judo que me enseñó Sergio el primer día, el *o-soto-gari*.

Todavía no he aprendido lo suficiente como para poder defenderme de verdad, como para hacerle verdadero daño, pero sé que voy a pillarlo desprevenido si no titubeo, así que adelanto la pierna derecha con rapidez y después engancho la suya con ella en un movimiento suave y fluido, tal como me ha enseñado a hacer Sergio. Para mi sorpresa funciona a la primera, y Carlos cae al suelo con un fuerte golpe. Quiero

(matarlo)

hacerle daño, tanto que no vuelva a meterse conmigo, que no vuelva a meterse con nadie. No ha caído sobre un tatami, por lo que tiene que haberle dolido bastante, pero lo cierto es que no podría importarme menos.

Que se joda.

Sin embargo, no me quedo para averiguar si se levanta o si le he hecho realmente daño. En lugar de eso, salgo corriendo sin mirar atrás, y no me detengo para recobrar el aliento hasta haber salido del instituto. Tras asegurarme de que no me sigue, vuelvo a salir corriendo en dirección a mi casa.

# CAPÍTULO 21

*But I wanna sleep next to you  
And I wanna come home to you  
I wanna hold hands with you  
I wanna be close to you  
Talk Me Down, Troye Sivan*

Para mi sorpresa, el día siguiente a mi pelea con Carlos transcurre sin ningún tipo de ataques por su parte. No me insulta, cosa muy extraña en él, y apenas me mira. Cuando lo hace, enseguida aparta la vista al ver que me doy cuenta. Sus amigos, sin las órdenes de su líder, también me dejan en paz. Soy consciente de que todavía es pronto para saber si lo de ayer ha servido de algo, pero milagrosamente parece que por el momento así es.

Tan solo espero que no haya represalias en el futuro, pero tener demasiadas esperanzas a estas alturas significaría ser un iluso.

Por la tarde, Sergio me espera sentado en las escaleras del centro deportivo cuando llego para el entrenamiento de judo. Sonriendo, se pone en pie y me da un fuerte abrazo, algo más largo que el de la última vez. Me quedo inmóvil durante un instante, todavía un tanto sorprendido por un gesto que sigue resultándome extraño, pero enseguida lo rodeo también con los brazos,

(contento)

agradecido por su calidez, y el corazón comienza a latirme con fuerza, tal como viene siendo habitual siempre que estoy con él. Su aroma me envuelve, y yo cierro los ojos para disfrutar de la sensación. Tan cálida, tan cercana, tan... humana. Tan diferente de la sensación de las cuchillas atravesando mi piel. Es una sensación que no quiero perder jamás.



–¿No vas a cambiarte? –pregunto, sorprendido al ver que me acompaña a la sala de entrenamiento en lugar de ir directamente al vestuario–. Yo tengo que ir a ver a Alejandro para que me dé el *judogi*.

–No, no te preocupes. Te acompaño.

–¿Por qué? –me extraño.

–Todavía eres un novato –dice él con actitud desenvuelta–. Seguro que sin mi ayuda te pones mal el *judogi*.

No sé por qué, pero no acabo de creerme del todo sus palabras. Hay algo en su tono de voz que me indica que es una frase ensayada, como si fuera algo que ha repetido muchas veces para tratar de que suene natural. Una vez en la sala del *tatami*, le pago el *judogi* a Alejandro y me dirijo con la bolsa que me entrega hacia los vestuarios, acompañado por Sergio. Me cambio de espaldas a él, para esconder mi cuerpo y los cortes, pero cuando acabo de ponerme el pantalón giro la cabeza y me doy cuenta de que me está mirando.

Aparto la mirada con brusquedad, sonrojándome un poco, pero no se me escapa la media sonrisa de sus labios y el brillo travieso de sus ojos. El corazón comienza a latirme con más fuerza.

\* \* \*

Lo malo de los martes es que, a diferencia de los viernes, Sergio no puede quedarse a tomar algo tras el entrenamiento de judo. Sin embargo, hoy se empeña en acompañarme hasta la estación para compensármelo, y cuando llega la hora de irme vuelve a despedirse con un abrazo de los suyos, cálido y reconfortante. Apenas cuatro o cinco minutos después, mientras miro por la ventana del tren con los auriculares en los oídos, me llega un mensaje suyo.

Cucu.

Cucu.

#

Odio no poder quedarme los marts.

>

Yo también.

+

Nos vemos el viernes?

Claro!

Podríamos hacerlo todas las semanas.

Si quiers...

Pongo los ojos en blanco al leer el último mensaje. ¿Cómo no iba a querer? Las charlas con él en la cafetería son con mucha diferencia el mejor momento de la semana.

Me parece bien. &

Genial!

/

Pasan unos minutos en los que ninguno de los dos dice nada, aunque en mi pantalla veo que sigue estando conectado. Poco después veo que ha comenzado a escribir otra vez.

[escribiendo...]

[conectado]

[escribiendo...]

Oye...

¿Sí?

Te molesta si t digo 1 cosa?

Ay, madre. Noto que mi corazón comienza a acelerarse.

Si no me lo dices, no lo sabré.

[escribiendo...]

[conectado]

[escribiendo...]

[conectado]

No puede ser. Otra vez no. No puedo evitar ponerme nervioso, pensando qué será lo que le está costando tanto decir. El corazón me late cada vez con más fuerza, a pesar de mis intentos por calmarlo. La música resulta atronadora en mis oídos, así que apago el iPod.

[escribiendo...]

[conectado]

¿Sigues vivo?

[escribiendo...]

[conectado]

[escribiendo...]

Te echo d menos

Me quedo mirando la pantalla sin pestañear durante unos segundos, incapaz de creer lo que veo en ella. ¿En serio ha dicho eso? El corazón me late más fuerte todavía, y empiezo a temer seriamente por mi salud. No sé qué responderle, así que opto por ser sincero. No tengo mucha experiencia precisamente con estas cosas, pero se supone que siempre es lo mejor, ¿no?

Yo también.

D verdad?

De verdad.

/

Ojala fuera viernes.

Ojalá.

Espero a ver si dice algo más, pero no lo hace, aunque sigue apareciendo como conectado. Trato de imaginármelo al otro lado de la pantalla. ¿Estará esperando a que sea yo quien diga algo más? ¿Estará pensando qué decir? ¿O simplemente estará hablando con otra persona, y por eso no me contesta? Transcurren unos cuantos minutos de silencio, pero él sigue sin decir nada, así que decido cambiar de tema con tal de tener la excusa de seguir hablando. Aunque no soy muy original.

¿Qué haces?

Pues acabo de llegar a casa.

Ahora me iba a duchar.

¿Me abandonas? 9

T puedes venir conmigo si quieres &

Pestañeo varias veces, aturdido. ¿En serio ha dicho lo que creo que ha dicho? Releo el mensaje para asegurarme, no sea que vaya a contestar algo inapropiado y la cague. Sí, lo ha dicho.

Pues no es mal plan, oye

Pero estoy un poco lejos...

Q pena.

4

7

Otro día?

A lo mejor.

Eso es q si?

A lo mejor.

Vaaaaale.

Hablamos luego, vale?

Vale.

"

"

---

## CAPÍTULO 22

*Someday I'll be living in a big old city  
And all you're ever gonna be is mean  
Someday I'll be big enough so you can't hit me  
And all you're ever gonna be is mean  
Mean, Taylor Swift*

–Ese tío está ligando contigo descaradamente. Es evidente –asegura Laura con una sonrisita de superioridad, devolviéndome el móvil tras leer mis últimas conversaciones con Sergio, que he acabado por enseñarles tras mucha insistencia por su parte–. ¿En serio lo dudabas?

–¿Y yo qué sé? –replico, poniéndome un poco a la defensiva. Noto que mis mejillas comienzan a teñirse de rojo–. Yo no entiendo de estas cosas, ¿vale? Nunca había tenido ocasión de ligar con un chico. Para mí es totalmente nuevo.

Ella pone los ojos en blanco.

–Pues no lo parece, chaval –interviene Fer, sonriendo–. A ti se te veía bastante suelto con lo de meterte en su ducha, ¿eh?

–Y tanto –añade Laura.

Enrojezco un poco más.

–Oye, que fue él quien empezó –digo con un hilo de voz. Después, bajo la mirada hacia el suelo antes de decir lo que me estoy muriendo por preguntar–. ¿De verdad creéis que quiere algo conmigo?

–¡Pues claro que sí! –asegura ella, sonriendo de oreja a oreja–. Que si te echa de menos, que si «vente conmigo a la ducha»... Ese quiere algo, hijo. No sé cómo no lo ves, de verdad.

–Ya sabes, machote –dice mi amigo con una sonrisa, dándome unas palmaditas en el hombro–. Este viernes follas hijo.



–¡Joder, Fer! –se queja Laura, aunque al final no puede aguantarse y suelta una carcajada–. No seas tan bestia.

–¿Es verdad o no es verdad?

–No –replico yo, algo acalorado–. No es eso lo que quiero con él.

–Sí, ya. Cuéntame más.

–Bueno, a ver. No es que no quiera... pero no es lo único que querría con él –admito con un hilo de voz.

Laura me observa con una media sonrisa.

–A ti te gusta, ¿a que sí? –Asiento con la cabeza, un tanto cohibido, y su sonrisa se ensancha–. Sabes que ese chico tiene muchísima suerte al haberte encontrado, ¿verdad?

Sí, claro, ¿quién no querría un novio tarado que rara vez es capaz de pasar más de veinticuatro horas sin automutilarse?

Soy patético.

–Si tú lo dices...

–Lo digo en serio. Eres un tío genial. Si fueras hetero...

–¡Oye! –se queja Fer, y Laura se ríe.

–Que es broma, tonto –dice, y lo besa en los labios. Yo aparto la mirada y reprimo una mueca: ojalá pudiera hacer yo eso en este pueblo de mierda sin tener que avergonzarme.

Pero no puedo.

De repente, la burbuja de felicidad que he sentido en el pecho durante toda la conversación explota con un estallido ensordecedor. Miro a mi alrededor, y me sorprende que nadie más lo haya oído. Fer y Laura están besándose, ajenos a lo que sucede dentro de mí. He sido el único en oír el estallido de la burbuja. Puede que me encuentre rodeado de gente, pero estoy solo,

(y siempre lo estaré)

por mucho que me digan que no.

Aquí nunca podré ser yo mismo. No mientras siga siendo diferente.

No veo el momento de llegar a casa.

\* \* \*

Me encierro en mi habitación y meto la mano bajo el colchón, respirando entrecortadamente después de haber hecho todo el camino casi corriendo. Mi mano se topa con el cuaderno, pero lo que busco es otra cosa: las cuchillas. Titubeo durante unos segundos antes de sacarlas de su escondite, pero decido

que lo mejor es no pararme a pensarlo y simplemente hacerlo. Aferro firmemente una de las cuchillas, me encierro en el cuarto de baño y conecto el iPod al altavoz. La música suena atronadora, pero no es capaz de acallar los gritos en el interior de mi cabeza.

El pueblo.

Todo se reduce a este puto pueblo. Ojalá pudiera salir de aquí. Ojalá pudiera largarme de una vez por todas. Huir para no volver, marcharme muy lejos, sin mirar atrás. Dejar de aguantar toda esta mierda. Ojalá pudiera olvidar que este lugar ha existido siquiera.

Pero no puedo.

Presiono la cuchilla sobre el brazo y respiro hondo antes de cortar, sin preocuparme siquiera por hacerlo en un sitio menos visible. A estas alturas, ya me da igual quién pueda verlo. Y entonces, el metal se hunde en mi piel con un dolor placentero. No me había dado cuenta hasta ahora, pero echaba de menos la sensación. El frío acerado de la cuchilla es como un viejo amigo, un viejo amigo que me da la bienvenida después de una larga separación.

Solo han pasado cuatro días desde la última vez, pero cuando fluye la sangre es como si se abriera por fin una puerta que llevaba mucho tiempo tratando de derribar. Y a través de esa puerta se van lentamente todas mis miserias. Todas mis penas. Toda la vergüenza que siento día a día por

(existir)

ser quien soy, por ser como soy, por tratar de ser feliz. Pero no merezco ser feliz. Eso es lo que todo el mundo me demuestra día tras día, y ¿quién soy yo para llevarles la contraria?

Quiero gritar, quiero llorar, pero sé que no serviría de nada. Nadie podría oírme por mucho que lo hiciera. Nadie podría salvarme. Probablemente, nadie querría siquiera salvarme.

Cuando me corto, el dolor de la herida me hace olvidar el dolor de ser yo, de vivir siendo alguien que no he elegido.

Echaba de menos el frío metal de la cuchilla. El dolor agudo. La sangre que chorrea por mi brazo, que cae al agua, diluyéndose al igual que mis problemas. Soy consciente de que se trata únicamente de una solución temporal, algo pasajero, pero a mí me basta por el momento. Prefiero estar bien a ratos que pasarlo mal siempre. Puede que no sirva de mucho, pero es mejor que nada.

Me aprieto el brazo, cerca del corte, de modo que mana más sangre y me mancho las manos de rojo. Siguiendo un impulso repentino, las levanto y me las llevo a la cara, plantándolas sobre mis mejillas. No sé por qué lo hago, pero el

caso es que lo hago. Me apetece llenarme la cara de sangre. Con el índice de cada mano, trazo una franja desde los pómulos hasta la barbilla. Después, cierro los ojos y trato de decidir dónde cortarme a continuación.

No me apetece que sea en el muslo: es donde más duele. Y, después de todo, sigo siendo un cobarde. Así que decido cortarme más abajo, cerca del tobillo, junto a las heridas que me hice la otra vez, donde la carne es menos blanda y no cuesta tanto abrirla fácilmente con la cuchilla. En cuanto comienzo a sangrar, oigo el pitido que indica que mi móvil ha recibido un mensaje. Echo un vistazo desde la bañera, pero está demasiado lejos y no alcanzo a ver la pantalla.

Cierro los ojos tratando de relajarme, pero el móvil vuelve a sonar. Entonces suena otra vez. Y otra más. Y otra. Estoy a punto de levantarme, molesto, pero entonces el móvil deja de sonar y se queda en silencio, así que pongo el tapón en la bañera y comienzo a llenarla de agua caliente.

Trato de no pensar en lo que podría hacer con la bañera, la cuchilla y el agua caliente. Las posibilidades serían demasiado atractivas.

En lugar de ello, me recuesto para relajarme, tratando de apartar esos pensamientos de la cabeza, de ignorar el dolor agudo de los cortes, y también el de mi corazón. Pero apenas pasan un par de minutos en silencio cuando el móvil vuelve a sonar. Resignado, quito el tapón y comienzo a lavarme la sangre apresuradamente para salir de la bañera.

Al mirar la pantalla, todavía medio mojado, me encuentro con que los mensajes eran de Sergio.

Hola. #

Stas?

Bueno, solo queria hablar cntigo 1 rato.

T echo de menos.

Supongo que estaras dormido ya...

Me voy yo también a la cama.

Bnas noches.

O bnos dias. &

Me apresuro a responder, esperando encontrarlo todavía despierto.

¡Perdona!

Estaba en la ducha y no había oído el móvil.

Acabo de salir.

Espero un par de minutos, pero no contesta. Tras diez minutos comprendo que lo más probable es que ya se haya dormido o que tenga el móvil apagado. En serio, ¿por qué tengo tan mala suerte? Vuelvo a escribirle.

Supongo que ya estarás dormido.

¡Buenas noches!

O buenos días %

A pesar del dolor que siento en el brazo y la pierna, no puedo evitar sonreír como un idiota al pensar que va a encontrarse con mi mensaje cuando despierte. Entonces recuerdo por qué he logrado pasar más de tres días sin tener que cortarme. Ya no es tan necesario como antes. Después de todo, gracias a Sergio ya no duele tanto ser yo. La quemazón de los cortes, en cambio, sí que duele.

A veces, sin embargo, ni siquiera tenerlo a él al otro lado de la pantalla es suficiente.

(Antes)

*Voices, I hear them calling behind me  
Phantoms of you are burning inside me  
Running Blind, t.A.T.u.*

Me encerré en el cuarto de baño, tratando de tener aunque fuera un instante de paz, unos momentos de tranquilidad en medio de la tempestad a la que tenía que enfrentarme un día tras otro en el instituto.

Ya habían pasado dos semanas desde el comienzo de las burlas y los insultos diarios, y no parecía que estos fueran a cesar en un futuro próximo. Cada minuto que pasaba allí era un auténtico infierno, y con cada día que transcurría deseaba más todavía no haber nacido o, al menos, no haberle dicho nada a Darío. Las cosas siempre habían ido bien entre nosotros, o al menos tan bien como podían ir dada la situación, y yo lo había jodido todo. Y, desde entonces, nada había vuelto a ser igual. Y jamás volvería a serlo.

Distraído con mis propios pensamientos, me hice un corte sin querer mientras me afeitaba el escaso vello que crecía en mis mejillas. El dolor fue breve pero agudo, y me apresuré a lavarme la herida con agua y pegarme un trocito de papel higiénico para que no siguiera sangrando mientras terminaba de afeitarme.

Cuando acabé un par de minutos después, me di cuenta de algo sorprendente: durante aquellos breves momentos desde que me había cortado, me olvidé de mis problemas. Era como si el dolor los hubiera hecho desaparecer, como si hubieran dejado de existir momentáneamente.

Eché un vistazo a la maquinilla de afeitar.

Pero no. No podía hacerlo. ¿Y si me cortaba más de la cuenta, y si el experimento se me iba de las manos? Mis compañeros habían convertido en su misión ocuparse cada día de que mi vida fuera una mierda, pero tampoco quería suicidarme. No estaba tan desesperado, o al menos, eso creía.

Y sin embargo...

Un corte era solo un corte. Por hacerlo una vez, tan solo por probar qué tal, no pasaba nada.

¿Verdad?

Me metí en la bañera con la maquinilla.

La observé, y la cuchilla pareció sonreírme al brillar bajo el fluorescente del baño. La acerqué a mi antebrazo, dubitativo. Era solo un corte, nada serio. No quería suicidarme. Tan solo quería probar, ver lo que sentía. Ver si realmente podía hacer que el dolor desapareciera. No iba a convertirme en un adicto a los cortes ni nada parecido; no estaba tan loco. Podría parar cuando quisiera.

Acerqué la maquinilla a mi piel y presioné; al principio un tanto indeciso, pero después con más seguridad. Me costó, pero finalmente conseguí que brotara la sangre. Noté un dolor agudo y desconocido, pero que al mismo tiempo me resultaba extrañamente agradable. Todos los pensamientos relativos al instituto desaparecieron de mi cabeza mientras observaba la herida.

Me había hecho cuatro cortes rectos, y la piel había quedado ligeramente levantada para dar paso a la sangre. Apreté alrededor de la herida, y el líquido brotó un poco más. Mis dedos quedaron empapados de sangre, y me los llevé ante los ojos para observarlos más de cerca. Era curioso que algo tan simple fuera capaz de tanta vida, de tanta muerte.

Y entonces me di cuenta de que funcionaba: el dolor de los cortes, la sangre que se deslizaba por mi piel, me ayudaban a olvidar el infierno en el que se estaba convirtiendo mi vida.

Volví a presionar la cuchilla contra mi antebrazo, ejerciendo esta vez un poco más de presión. La sangre manó con más rapidez, y también en mayor cantidad. El dolor también fue más intenso, pero lo agradecí: mis pensamientos se nublaron completamente, de modo que solo quedamos yo, la cuchilla y aquel líquido rojo, solos en aquella bañera.

Cuando el dolor comenzó a remitir, me hice un nuevo corte. Sin embargo, me di cuenta de que la maquinilla de afeitar no era el objeto más apropiado, y cortarme con ella me resultaba un tanto difícil.

Tendría que conseguir una cuchilla mejor.

# CAPÍTULO 23

*Every now and then I get a little bit terrified  
And then I see the look in your eyes  
Total Eclipse of the Heart, Bonnie Tyler*

Lo primero que me encuentro al despertarme es un mensaje de Sergio.

Bnos días!

Espero q vaya bn el día &

Me quedo con una sonrisa de idiota total casi sin darme cuenta. Sé que parezco un chiquillo de doce años, y también sé que no debería hacerme demasiadas ilusiones, pero no puedo evitarlo. Después del infierno que he vivido los últimos meses, por fin comienzo a tener un poco de paz.

Releo el mensaje una y mil veces y respondo rápidamente para desearle lo mismo, aunque me lo pienso durante unos segundos antes de enviarlo. ¿Tal vez debería decirle algo más? Añado un simple «gracias» seguido de una sonrisa y pulso el botón de enviar. A continuación, espero

(impaciente)

durante unos cuantos minutos a que conteste, con la mirada fija en la pantalla, pero no se conecta, así que al final acabo resignándome y me obligo a ponerme en marcha.



Cuando por fin me levanto, el corte de la pierna me duele al poner el pie en el suelo. Lo examino, y me doy cuenta de que ha sido demasiado profundo. Miro la cama y veo que hay unas manchas de sangre en las sábanas que no sé cómo voy a explicar a mi madre.

Soy gilipollas. No tenía que haberme cortado. No después de los progresos que he estado haciendo.

Al llegar a la cocina me sorprende al comprobar que mi padre se encuentra allí, tomándose un café con la cara de mala hostia que lo caracteriza. A esas horas normalmente está de camino al trabajo, pero prefiero no arriesgarme a preguntar, así que trato de pasar lo más desapercibido posible mientras meto el pan en la tostadora y saco la leche del frigorífico.

Pero no funciona.

–¿A qué viene esa cara tan larga, niño? –pregunta con voz gruñona, y yo me encojo de hombros.

–Nada.

–Como me vuelvas a hablar así, te cruzo la cara. ¿Está claro?

Reprimo las ganas de poner los ojos en blanco, y en su lugar asiento con la cabeza a regañadientes.

–Vale.

–Te he dicho que no me hables así. –Se levanta, y por un momento temo que vaya a pegarme, pero no lo hace–. Porque llego tarde al trabajo, que si no te ibas a enterar.

Y se marcha de la cocina. En su taza queda casi la mitad de su café solo, todavía humeante y tan negro como su alma.

Mientras desayuno, escribo rápidamente a Fer para contarle lo de los mensajes de Sergio. Como siempre, su respuesta no se hace esperar demasiado, y apenas he tenido tiempo de bloquear el teléfono cuando la pantalla vuelve a iluminarse con su respuesta.

Para cuando la boda?

Gilipollas.

Lo se

---

Pero yo soy el padrino

Estas contento?

Mucho.

/

Me lo tienes que presentar, eh?

No tengas tanta prisa.

Te recuerdo que ni siquiera estamos juntos.

Bah

Cuestion de tiempo

No digas tonterías.

Que si, hazme caso.

¿Tú crees?

Pues claro. Ya lo veras.

De esta semana no pasa.

Si tú lo dices.

¿Tendrá razón? Me subo el pantalón del pijama y observo el corte que tengo en la pierna. No sé si tendrá razón; tan solo espero que la situación siga igual: no quiero tener que cortarme de nuevo. Y lo cierto es que, desde que conozco a Sergio, cada vez me hace menos falta: pasar tres días enteros sin hacerlo es todo un récord personal. Ayer recaí, sí, pero aun así es un gran logro para mí. Solo es cuestión de seguir siendo fuerte.

Puedo salir de esto.

Sé que puedo conseguirlo.

\* \* \*

Una vez más, Ana vuelve a abordarme en el instituto. Esta vez, sin embargo, lo hace cuando ya está terminando la clase.

–Chicos, comenzad a hacer los ejercicios de la página 66 hasta que suene el timbre. Óscar, ven conmigo –me llama con expresión severa, y me pregunto qué habré hecho en esta ocasión–. Tenemos que hablar sobre tu redacción del otro día. Y los demás, ¡nada de hablar!

Me levanto para seguirla, algo extrañado, pero ella me guiña un ojo con disimulo en cuanto salimos por la puerta.

–Tranquilo, que lo de la redacción era una excusa. No quiero que tus compañeros te hagan pasar un mal rato por mi culpa.

–No es mala idea –asiento–. El otro día se metieron conmigo por haber estado hablando contigo.

Ella aprieta la mandíbula.

–¿Quién? –me pregunta, pero yo niego enérgicamente con la cabeza–. Óscar, tienes que...

–Lo sé. En serio, lo sé. Pero todavía no. No puedo hacerlo.

–¿Por qué?

–Porque tengo miedo –admito, y ella suspira.

–Mira, Óscar, sé que yo no soy nadie para obligarte a cambiar de opinión, pero tienes que darte cuenta. Tienes que...

–He conocido a alguien. –Lo suelto de golpe, en parte para cambiar de tema y en parte porque, si no lo digo, revienta. A fin de cuentas, Ana es la única persona aparte de Fer y Laura que me está ayudando con todo este asunto.

–¿Te refieres a...?

–Un chico –confirmo.

–Vaya –dice con una sonrisa, aunque noto que está sorprendida por el cambio de tema–. ¿Y eso?

–¿Recuerdas que el otro día te conté que me había apuntado a clases de judo? –Ella asiente con la cabeza–. Bueno, pues es un chico de allí. Nos conocimos el primer día y nos hicimos amigos, y bueno, enseguida surgió una especie de... conexión, ¿sabes? –Noto que enrojezco ligeramente, pero sigo hablando de todos modos–. Los martes no podemos hablar mucho, pero los viernes estamos yendo a tomar algo después del entrenamiento. Además, este sábado también hemos que...

Me detengo de golpe, avergonzado por haberme dejado llevar tanto al hablar con mi profesora. Supongo que necesitaba soltarlo todo, y me doy cuenta de que me ha venido bien hacerlo. Resulta reconfortante y, aun a riesgo de caer en un tópico, es como quitarme un enorme peso de encima.

Aunque tampoco es que sea una analogía muy adecuada precisamente, porque el verdadero peso lo llevo en mi interior, y sé que ese no va a desaparecer con tanta facilidad.

–Bueno, Óscar... Sé que soy tu profesora, pero recuerda que estoy contigo en esto. No hace falta que me cuentes nada que no quieras, pero que sepas que te apoyo en todo. Y me alegro muchísimo por ti. De verdad.

Sonrío agradecido.

–Me estás ayudando mucho.

Ahora es ella quien sonrío.

–¿De verdad?

–De verdad.

–No sabes cuánto me alegra oír eso. Pero, Óscar, no voy a cansarme de repetírtelo. Tienes que delatar a tus compañeros. No puedes seguir dejando que hagan contigo lo que quieran. Lo sabes, ¿verdad?

–Lo sé. En serio, lo sé. Pero... todavía no.

–Sé que estos días tienes algún examen, y la semana que viene comienzan las vacaciones de Navidad –dice, y sonrío al darme cuenta de que pasaré dos semanas sin tener que pisar este lugar–. ¿Te parece si hablamos del tema cuando se reanuden las clases?

¿Sinceramente? No.

–No lo sé. Creo que necesito más tiempo.

–¿Tiempo para qué, Óscar? –pregunta, y noto por su tono de voz que está comenzando a perder un poco la paciencia. No puedo culparla, la verdad–. ¿Para que te hagan algo peor? ¿Para que un día te peguen una paliza por haberte callado y no haberlos detenido a tiempo?

–Necesito estar preparado.

–¿Para qué?

–Para todo lo que me van a hacer pasar.

\* \* \*

Q haces?

Pues me iba a ir ya a la cama.

Me estaba poniendo el pijama.

Como es?

¿El pijama?

Ajá.

...

Azul con ovejitas.

En serio?

En serio.

;

¿Qué pasa?

No, nada ;

Pues es muy mono, que lo sepas.

[escribiendo...]

[conectado]

[escribiendo...]

Como tu?

QUÉ.

Yo no soy mono.

Te aseguro que sí.

QUÉ al cuadrado.

Bueno, pero el pijama lo es más

Si?

[escribiendo...]

[conectado]

[escribiendo...]

Eso m gustaria verlo **1**

Dudo unos segundos antes de contestar, pero al final me decido. Total... de perdidos al río, ¿no? Laura ya me ha asegurado que está interesado en mí, y ella es un hacha con estas cosas, así que no tengo nada que perder.

No lo sé...

Quizás algún día.

Jo

---

Podrias mandarm 1 foto.

Ehm... no.

4

Bueno...

Quizás algún día te deje verlo en persona.

Si te portas bien.

1

D verdad?

De verdad.

Te tomo la palabra.,

Cuando?



Algún día.

Eres malo.

¿Yo?

.

Si, tu.

Iremos a la cafetería después de judo, ¿no?

Vale.

Iras en pijama?

...no.

Jo.

¿Cómo voy a ir en pijama a judo, idiota?

Q mas da?

---

Si t vas a cambiar d todos modos.

Pues por eso.

Pues eso.

Q problema hay?

Pues no sé, ¿tú qué crees?

Te da vergüenza?

Evidentemente.

No voy a dejar que todos me vean en pijama.

El sábado?

1

Quizás.

Si quieres lo puedo llevar por debajo de la ropa.

En serio?

¿Por qué no?

Hace frío.

3

Pero eso no significa que lo vayas a ver.

)

Vale

Pero tienes q enseñarme al menos 1 ovejita

Jajajaja.

Tú pides demasiado, ¿no te parece?

¿Demasiado?

Yo creo q es lo mínimo q puedes hacer después de decirme q tienes un pijama de ovejitas.

Bueno... está bien.

Trato hecho.

M enseñaras 1 ovejita?

Mmmm...

Quizás te enseñe hasta dos.

Sabes q?

Dime.

[escribiendo...]

[conectado]

[escribiendo...]

Me encantas.

¿Que qué?

Oh.

**@LostBoy\_99**

Lost Boy

A pesar de todo, a veces es muy fácil ser feliz. ahora

# CAPÍTULO 24

*My life  
You electrify my life  
Let's conspire to ignite  
All the souls that would die just to feel alive  
Starlight, Muse*

Fiel a su rutina habitual, Sergio está esperándome en las escaleras del centro deportivo cuando llego. Esta vez, sin embargo, además del abrazo me da un beso en la mejilla que casi parece quemarme la piel, y el rastro de sus labios permanece allí mucho después de que los separe de mí.

El abrazo en sí también es distinto, o al menos esa es la impresión que me da. No es el abrazo habitual de un amigo, como los que me da Fer, ni tampoco como los que puede darte algún familiar. En este abrazo siento algo que no sé identificar, algo cálido y que me reconforta por dentro. El qué, aún no lo sé. Pero algo hay, de eso estoy seguro.

Espero no tardar demasiado en averiguarlo.

Y también espero no equivocarme.

La clase de judo transcurre de forma borrosa, como si mi mente se encontrara envuelta en una especie de neblina que me impidiera procesar del todo lo que ocurre a mi alrededor y, cuando me doy cuenta, estoy

(por fin)

en la cafetería, sentado frente a Sergio en nuestra mesa habitual y con solo dos tazas y la superficie de aluminio entre nosotros.

–Bueno... ¿qué te apetece hacer mañana? –pregunta al cabo de unos minutos, y me doy cuenta de que lo ha dicho con cierta timidez.

Sé qué es lo que me gustaría responder: «Besarte».

No. No puedo decir eso.

Piensa, Óscar. Piensa.

–Eh... Pues no lo sé, la verdad. ¿Tienes alguna idea? –digo, tratando de ganar un poco de tiempo.

Se queda en silencio durante unos segundos antes de contestar, y sé que está tratando de averiguar cómo expresar lo que quiere decirme, o quizás simplemente esté reuniendo el valor para hacerlo. Casi veo su estado del móvil pasando de «escribiendo» a «conectado» continuamente, y no puedo evitar sonreír mientras espero a que hable.

–¿Te gustaría...? ¿Te gustaría ir al cine? –pregunta al fin con timidez, rascándose el pecho por encima de la «S» de Superman de su camiseta–. Sé que es un poco típico, pero...

–Me encantaría –me apresuro a responder, antes de pensármelo siquiera. No necesito hacerlo.

–¿Sí?

Asiento con la cabeza.

–Sí.

–¡Genial! –dice, y su rostro se ilumina con una de sus enormes sonrisas–. ¿Qué película te apetece ver?

–Ahí me has pillado. La verdad es que no tengo ni idea de lo que hay ahora mismo en el cine, así que...

Nos pasamos diez minutos mirando la cartelera por internet, tratando de decidir la película. No es que me importe mucho cuál sea, porque lo importante es que estaré con Sergio, pero quiero elegirla con cuidado porque será la primera película que veamos juntos. Finalmente encontramos una que nos apetece ver a los dos, así que nos decidimos por la sesión de las seis y media, para no volver demasiado tarde a mi casa y evitar posibles represalias por parte de mi padre: no me gustaría que me estropeará el día después de pasar la tarde con Sergio.

–Entonces... ¿A qué hora quieres quedar mañana? –pregunta al cabo de un rato, llevando la mano hasta su taza humeante. Veo que tiene una pulsera negra que parece de cuero. Da un sorbo a su capuchino mientras observo fijamente sus labios, y toda clase de pensamientos desenfrenados se me pasan por la cabeza.

–¿Qué tal a las cinco y media? –sugiero, tratando de recobrar el control de mis pensamientos–. Así tendré tiempo de sobra para llegar después de comer, que tengo un rato de tren, y podremos llegar al cine.

–Me parece bien –replica con una sonrisa, y me doy cuenta de que ha dejado la mano sobre la mesa, junto a su taza. Fingiendo no haberme percatado de ello,

doy un sorbo a mi chocolate y después lo imito, de modo que mi mano queda a tan solo unos centímetros de la suya.

Si yo fuera otra clase de chico, alguien  
(menos cobarde)

con más experiencia, o alguien más lanzado de lo que soy, estiraría la mano para coger la suya. Si fuera otro chico, después me inclinaría por encima de las tazas y lo besaría, sin pensarlo y sin dudar. Sin embargo, no lo soy y jamás lo seré, de modo que estos centímetros de mesa que nos separan se extienden entre nosotros como un abismo infranqueable.

Lo miro.

Me mira.

Aparto la mirada, notando cómo la sangre se agolpa en mis mejillas. Probablemente ahora mismo podría freír un huevo en mi cara si quisiera.

Noto que sus ojos siguen clavados en mí, así que vuelvo a levantar tímidamente la cabeza. Me sonrío, y yo trago saliva mientras le devuelvo la sonrisa. El corazón me late a toda velocidad, como si fuera a salirse del pecho y, por un momento, temo que vaya a ser así.

Y, entonces, su mano se mueve hacia la mía con lentitud.

Me mira con expresión inquisitiva, con el ceño ligeramente fruncido, como si estuviera planteándose la posibilidad de mi rechazo. Como si eso fuera posible. Sigo sonriendo, tratando de transmitirle con los ojos las ganas que tengo de que lo haga, y su mirada se vuelve segura. Apenas un segundo después, sus dedos rozan los míos. Y el corazón se me para.

En los libros que he leído, siempre describen los momentos así como si una corriente eléctrica pasara entre las manos de los protagonistas (siempre chico y chica, por supuesto), como si saltaran chispas del roce de sus dedos. Pero en realidad no es electricidad lo que siento, sino mucho más. Es algo ardiente y voraz, algo que me estremece por dentro y me hace sentir calor por fuera.

Es puro fuego, y quiero que me consuma.

Soy un topicazo con patas.

Permanecemos así durante un buen rato, con las manos unidas, sin decir nada, simplemente mirándonos a los ojos, sonriendo con cierta timidez. En realidad no hay nada que decir, o, al menos, nada que sea mejor que este silencio. Una parte de mí quiere besarlo, pero la otra sabe que en realidad no es necesario. El momento es perfecto tal como es.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que finalmente rompe el silencio y dice alguna tontería, pero sé que debe de ser mucho a pesar de parecerme



imposiblemente poco. Sin embargo, pronto queda claro que ninguno de los dos sabe muy bien de qué hablar, así que decido preguntarle acerca de su familia. Él nunca ha sacado el tema, probablemente porque se ha dado cuenta de que las cosas no van muy bien en la mía por los pocos comentarios que he hecho al respecto, pero enseguida comienza a hablar de ellos con entusiasmo. Resulta evidente que están todos muy unidos, y no puedo evitar sentir una punzada de  
(dolor)

envidia al comparar su familia con la mía. Me pregunto cómo será tener la suerte de haber nacido en una familia feliz.

Para cuando quiero darme cuenta ya son más de las ocho, por lo que tengo que ir a la estación si no quiero llegar demasiado tarde a casa. Sergio se ofrece a acompañarme, así que echamos a caminar hombro con hombro, muy cerca y al mismo tiempo demasiado lejos. A veces su brazo roza el mío ligeramente, y en esos momentos deseo que

(me bese)

vuelva a cogerme la mano. Y entonces, cuando faltan solo un par de minutos para llegar a la estación, lo hace.

Miro enseguida a mi alrededor, un poco nervioso, y compruebo que no hay nadie cerca que pueda vernos. Probablemente sea por eso por lo que ha esperado tanto antes de cogerme la mano.

–¿Te molesta? –pregunta con voz tímida, y por la expresión de su rostro es evidente que le ha preocupado mi reacción. Afloja los dedos y hace ademán de soltarme, pero yo le sujeto la mano con más fuerza y entrelazo los dedos con los suyos, tratando de transmitirle con el gesto que no quiero soltarlos nunca.

–No, no –aseguro, y le dirijo una sonrisa–. Es solo que... –dejo la frase inconclusa, pero él asiente con la cabeza.

–Lo entiendo.

–Para mí es un poco difícil.

–¿Prefieres que te suelte?

Niego con la cabeza, y Sergio sonrío. Seguimos caminando, y veo a lo lejos un par de personas que se dirigen hacia donde nosotros nos encontramos. Me tenso un poco, pero ellos pasan a nuestro lado prácticamente sin fijarse en nosotros. No logro reprimir un suspiro de alivio.

Finalmente, llegamos a la estación. Allí hay más gente, así que le suelto la mano al entrar, un tanto nervioso. Todavía no estoy preparado para que me vean así con un chico en público.

–Lo siento –susurro.

–No pasa nada.

Quedan algo menos de quince minutos para que salga el próximo tren, así que me dirijo hacia la máquina para comprar el billete mientras Sergio espera. Una vez lo tengo, me giro hacia él.

–Pues bueno –digo, sin saber muy bien cómo despedirme. Él sonríe, y no puedo

(no quiero)

evitar clavar la mirada en esos labios, preguntándome cómo será besarlos, cuál será su sabor.

–Pues bueno.

–Mañana nos vemos, ¿no?

–Claro. ¿Te parece bien si te recojo aquí?

«Cuanto antes pueda verte, mejor.»

–Vale.

–Pues bueno –repito con una sonrisa.

–Pues bueno.

–A lo mejor «pues bueno» podría ser nuestro «siempre» –dice entre risas, y yo pongo los ojos en blanco al reconocer la frase.

–¡Lo sabía! Sabía que tenías que ser fan de John Green. ¿Qué será lo próximo? ¿Decirme que escuchas a Camela?

Suelta una carcajada al oír esto último.

–¿Y qué tiene de malo ser fan de John Green? –pregunta a la defensiva, y yo me esfuerzo por contener una sonrisa.

–Si no lo sabes tú... –le pico.

–Oye, ¿qué significa eso?

–No, nada. Tú sabrás.

–¿No serás uno de esos *haters* que se niegan a leer nada que aparezca en la lista de los más vendidos, verdad?

Suelto una carcajada.

–No es eso.

–¡Pues dímelo!

–Sería una explicación muy larga, y no queda mucho tiempo para que salga el tren. Mejor otro día.

–Pues vale.

–Pues bueno –replico.

Sonríe, y no puedo evitar imitarlo.

–Imbécil.

–Pero te encanta.

–Me encantas tú –especifica, y al instante enrojece al darse cuenta de lo que acaba de decir, pero mantiene los ojos fijos en los míos.

Bajo la mirada, algo cohibido, pero no dejo de sonreír. Sé que debería decir algo, pero me he quedado sin palabras. Aun así, hago un gran esfuerzo y estiro el brazo para cogerle la mano. Él me aprieta la mía. El corazón comienza a latirme con fuerza, hasta tal punto que estoy seguro de que va a estallar de un momento a otro.

–Creo que deberías irte –señala tras unos segundos, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a la enorme pantalla que señala los horarios de los trenes–. Si no, vas a perder el tren.

–Vale.

Sin embargo, nos quedamos allí inmóviles, mirándonos a los ojos sin decir nada.

«Bésame.»

Pero no lo hace.

Tampoco sé si quiero que lo haga aquí.

En lugar de eso, se acerca a mí y me envuelve con los brazos, abrazándome con fuerza. De nuevo noto esa extraña sensación, algo cálido y agradable que me llena por dentro. Aspiro su aroma, que ya empieza a resultarme familiar, un aroma que cada vez me gusta más.

Podría llegar a acostumbrarme a esto.

## **¿MARIPOSAS EN EL ESTÓMAGO?**

Más bien abejas asesinas.

Qué bien te comprendo ahora, Ethan Wate: menuda metáfora de mierda.

**Publicado el 18 de diciembre a las 20:31**

**Comentarios: 0**

**¿Te ha gustado? Compártelo**



# CAPÍTULO 25

*Lights will guide you home  
And ignite your bones  
I will try to fix you  
Fix You, Coldplay*

El cine está a media hora de la estación, así que tenemos tiempo de sobra para ir caminando. Sin embargo, hoy hay algo distinto entre nosotros. Al principio no sé exactamente de qué se trata, no soy capaz de ponerle nombre. Pero, tras unos pocos minutos de caminar en silencio, comprendo por fin de qué se trata: es timidez, una timidez que no había estado ahí antes.

Recuerdo nuestras manos unidas hace menos de veinticuatro horas, y sé que esa es la razón. Ayer dimos un paso más, dejamos más claro algo que antes solo eran suposiciones, y ahora solo podemos seguir adelante, pase lo que pase. Soy consciente de que lo más probable es que hoy demos otro paso más, y eso me da miedo. De hecho, me aterroriza. Y sé que Sergio también estará pensando lo mismo, pero lo que no sé es qué pensará al respecto.

Y por eso no sé qué coño decir sin parecer un imbécil.

–¿Te pasa algo? –me pregunta cuando estamos a mitad de camino, tras más de tres minutos enteros de silencio.

–¿Qué?

Se encoge de hombros.

–No sé, estás muy callado.

–Y tú también.

–Yo estoy callado porque tú estás callado –replica con una sonrisa, y veo una chispa de diversión en sus ojos.

–Pues a lo mejor soy yo quien está callado porque tú estás callado –  
contraataco, sonriendo también.

–Pues bueno.

–Pues bueno.

Nos miramos durante un instante, tratando de aguantar la risa, pero entonces rompemos a reír y noto cómo la tensión desaparece de golpe, como si nunca hubiera estado ahí. A partir de ese momento, la conversación continúa con normalidad, con algunas risitas tímidas y miradas fugaces de vez en cuando.

–Tiene que ser broma –digo al ver el precio de las entradas–. ¿En serio valen nueve con veinte cada una?

Sergio alza una ceja.

–¿Qué esperabas? Es sábado.

–En mi pueblo valen cinco euros los fines de semana –explico, y él me mira con incredulidad.

–No puede ser.

–Te lo prometo. Y tres con cincuenta entre semana.

–Qué fuerte. ¿Tienes suficiente dinero?

Me encojo de hombros.

–Para el cine sí. Quería comprar palomitas, pero solo he traído unos quince euros, así que...

–No pasa nada. Yo te invito.

Enrojezco ligeramente.

–¡No! No pasa nada, en serio. Tengo suficiente para comprarme un refresco, así que con eso tengo bastante.

–No digas tonterías. Al cine se va para besarse en la oscuridad y comer palomitas, eso lo sabe todo el mundo. Te invito y ya está.

Me siento cada vez más avergonzado, y también un tanto esperanzado. ¿«Besarse en la oscuridad»? Lo cierto es que la idea no me desagradaba.

–No hace falta, en serio.

–Que sí –insiste con una sonrisa–. Además, es lo justo. Tú tienes que pagarte el billete de tren para venir y para volver, así que lo mínimo que puedo hacer para compensarte es invitarte, ¿no te parece?

Realmente preferiría que me compensara de otra forma, pero no puedo decírselo en voz alta, así que me limito a asentir con la cabeza.

–Está bien.

Una vez en la sala, me sorprende comprobar que está completamente llena: en el cine de mi pueblo rara vez hay más de una docena de personas. Y también

veo unas cuantas parejas del mismo sexo entre el público, tanto de chicos como de chicas. Dos filas hacia delante hay dos chicos besándose, y no puedo evitar quedarme mirándolos. Son la primera pareja de chicos que veo besándose en la vida real, y lo que más me sorprende es que nadie más los mira, aparte de mí mismo. Nadie los insulta, nadie los señala con el dedo, nadie se ríe de ellos. Simplemente pueden limitarse a ser felices sin preocuparse de que alguien vaya a juzgarlos. Son libres. Algo que yo jamás seré mientras siga viviendo en el pueblo.

Las luces se apagan para dar paso a la película y de pronto es como si el resto de la gente se desvaneciera: tan solo estamos Sergio y yo, solos en la oscuridad de la sala. Está sentado a mi izquierda, con las palomitas sobre el muslo derecho, y aunque tengo hambre y me apetece comer, por alguna razón me siento demasiado tímido para hacerlo.

Entonces se inclina hacia mí y me susurra al oído:

–Puedes coger palomitas, que no voy a morderte. A menos que tú quieras, claro.

Su cálido aliento me provoca un agradable cosquilleo en la oreja, y noto un estremecimiento que me recorre todo el cuerpo. Asiento con la cabeza y meto una mano en el paquete de palomitas para coger un puñado, algo cohibido. Cuando la saco, los dedos de Sergio rozan los míos, de modo que se me caen las palomitas encima de él. Nos miramos durante unos segundos, tratando de contener las carcajadas, pero finalmente no podemos evitarlo y rompemos a reír. Unas cuantas personas nos mandan callar y eso hace que nos cueste aún más parar, pero por suerte lo conseguimos antes de que alguien nos eche.

Unos minutos después vuelve a suceder. Esta vez soy yo quien le roza la mano, pero él no la aparta, y yo tampoco lo hago. Permanecemos así durante unos segundos, inmóviles, hasta que se me comienza a dormir el brazo y no tengo más remedio que apartarlo. Tengo los ojos clavados en la pantalla, pero no tengo ni idea de lo que está sucediendo realmente en la película. Veo explosiones y monstruos humanoides, pero apenas soy consciente de lo que significan.

Los minutos pasan sin más roces, hasta que finalmente se acaban las palomitas y Sergio deja el paquete en el suelo. Pone la mano sobre el reposabrazos, y sé lo que debería hacer, lo que probablemente espera que haga, pero por alguna razón no soy capaz de hacerlo. Así que permanezco inmóvil, con las manos sobre las piernas, hasta que finalmente Sergio aparta el brazo tras unos minutos.

Y entonces yo me apresuro a ocupar su lugar con el mío.

Suelta una risita entre dientes, y doy gracias porque la oscuridad del cine le impide verme las mejillas sonrojadas. Me pregunto si me hará esperar, pero apenas unos segundos después sus dedos rozan

(por fin)

los míos con suavidad antes de cerrarse sobre ellos. Trago saliva, tratando de aceptar que esto está pasando de verdad, y giro la cabeza ligeramente para mirarlo. Él también me está mirando, con una sonrisa en los labios, y me da un ligero apretón en la mano que yo me apresuro a devolver. Apoyo de nuevo la cabeza en el respaldo, cierro los ojos y suelto un suspiro, feliz. Me había imaginado muchas veces cómo sería mi primera cita con un chico, pero lo cierto es que no esperaba que fuera a ser tan perfecta como esta.

Tardo más de media hora en conseguirlo, pero al final me atrevo a inclinar la cabeza hacia un lado, para apoyarla sobre su hombro. Él se queda rígido, y durante un segundo pienso que va a apartarme, pero entonces me pasa un brazo por encima de los hombros y lo deja ahí, rodeándome. No puedo evitar desear que este momento dure para siempre, que no termine jamás.

Pero termina, y cuando quiero darme cuenta los créditos ya están subiendo por la pantalla. Aparto la cabeza y me masajeo el cuello con las manos, pues se me ha quedado un tanto entumecido. Sergio me mira con una sonrisa, pero no hace ademán de levantarse, y yo tampoco lo hago. Entonces, sin previo aviso, sin planearlo, acerca la cabeza a la mía, con la clara intención de besarme. Una parte de mí se siente emocionada, pero la otra está completamente aterrorizada. De repente soy consciente de la cantidad de gente que hay en la sala, a nuestro alrededor, quizás observándonos, y noto una violenta oleada de pánico que me recorre el cuerpo ante la perspectiva de que vaya a besarme aquí.

Así que aparto la cabeza en el último segundo.

Sergio se queda inmóvil, con la cara a unos centímetros de la mía, y entonces baja la cabeza y la apoya en la mía.

–Lo siento –susurro, y una lágrima solitaria me resbala por la mejilla. Él niega con la cabeza.

–No. Soy yo quien lo siento. No debería haberlo intentado, sé que es demasiado pronto, pero...

–No, en serio. No es culpa tuya, de verdad. Es solo que... No estoy preparado. Al menos, no aquí. Hay demasiada gente.

Noto que Sergio traga saliva.

–Entiendo.

–No es por ti, de verdad. Pero es que...



–Lo entiendo, tranquilo –asegura, y levanta la cabeza de mi hombro para mirarme–. ¡Eh! ¿Por qué lloras?

Hasta que lo ha dicho no me he dado cuenta, pero cuando me llevo las manos a las mejillas compruebo que están llenas de lágrimas.

–No... no lo sé –digo con un hilo de voz–. Es solo que quería que la tarde fuera perfecta, y ahora la he cagado, y...

–Ha sido perfecta.

–No, no lo ha sido. La he cagado, y...

Me pone una mano sobre la boca para silenciarme, y después me seca las lágrimas de los ojos con la otra mano.

–Escúchame, Óscar. No la has cagado, ¿vale? Para mí ha sido perfecta de verdad.

–¿Me lo prometes?

–Te lo prometo.

–¿Aunque esté llorando como un gilipollas?

–No te preocupes por eso, en serio.

Es mucho más fácil decirlo que hacerlo.

–Está bien.

Nos quedamos en silencio durante unos segundos, mientras la sala de cine se va vaciando poco a poco.

–¿Te molesta que haya intentado besarte?

Niego con la cabeza.

–No. Es solo que hay demasiada gente, y no estoy acostumbrado a estas cosas, y...

–Solo quería asegurarme.

–Lo siento.

–No lo sientas. Quienes deberían sentirlo son los que han hecho que estés así, los que se meten contigo cada día, no tú. Tú no tienes la culpa de nada. –Asiento con la cabeza, sin saber muy bien qué decir–. Voy a encargarme de que vuelvas a estar bien. Te lo prometo.

Trago saliva antes de contestar, consciente de que lo más probable es que solo lo diga por decir, que no vaya en serio. Y aun así, lo único que veo en sus ojos es sinceridad.

–Gracias.

\* \* \*

Ya en la estación, Sergio me abraza antes de que me marche, y yo me aferro a ese abrazo como si fuera aire, aspirando su aroma ya familiar, apoyándome en él para no caer bajo el peso de la culpa que siento.

–Lo siento –susurro contra su oído, contento de que no pueda verme los ojos, otra vez llorosos.

–No pasa nada.

–Sí que pasa.

–Que no, en serio. No te preocupes. Te esperaré, ¿vale? Esperaré hasta que estés preparado.

–Me da miedo que te canses de esperar –confieso con un hilo de voz, incapaz de mirarlo a los ojos.

Me da un beso en la cabeza antes de contestar.

–No lo haré.

\* \* \*

–La cena ya casi está lista –anuncia mi madre desde la cocina en cuanto llego a casa–. ¡Date prisa!

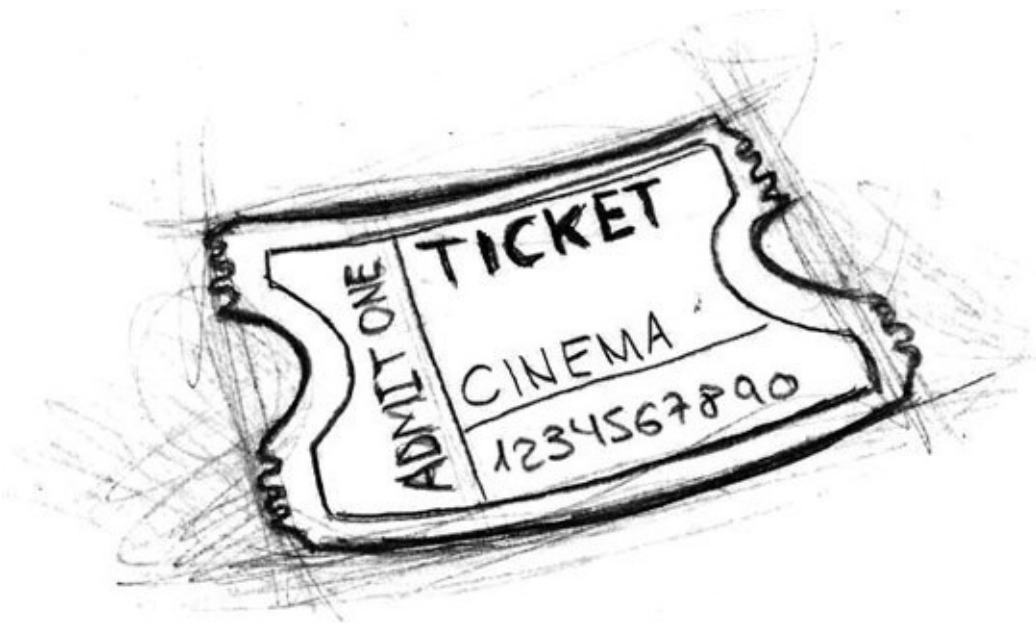
–Ya he cenado –miento, porque sé que sería incapaz de comer nada con el nudo que siento en el estómago.

–¿Seguro? –pregunta mi madre, extrañada, y se asoma por la puerta–. ¿No quieres sentarte con nosotros a picar algo?

–No, en serio, no tengo hambre. Comed vosotros.

–Pero, Óscar...

–Que haga lo que le dé la gana –grita mi padre desde el salón, malhumorado por alguna razón que no comprendo. Quizás es que su equipo va perdiendo, o tal vez sea simplemente que la cerveza no estaba lo suficientemente fría–. Como si quiere morirse de hambre, ya ves tú.



Una vez en la habitación me tumbo en la cama, tratando de no pensar. Pero es imposible no hacerlo, y en mi mente no dejan de aparecer imágenes de la tarde, imágenes de lo que podría haber sido y no fue por mi estupidez. Podríamos haber tenido una tarde perfecta, una cita perfecta, pero tuve que joderlo.

Me doy cuenta de que nunca voy a estar bien, al menos, no del todo. Me han hecho demasiado. Siguen haciéndome demasiado. Puede que tenga el cuerpo lleno de cicatrices, pero las verdaderas, las que más duelen, están por debajo de la piel, por dentro, tan hondo que no puedo alcanzarlas, donde jamás podré curarlas. Esas son las que nunca van a desaparecer, las que no van a dejar de doler.

Qué más dará una cicatriz más.

Metó la mano por debajo del colchón y saco la cuchilla.

## CAPÍTULO 26

*Baby, if I've got you  
I don't need a parachute  
You're gonna catch me  
You're gonna catch if I fall down  
Parachute, Cheryl Cole*

No puedo evitar sentirme un tanto avergonzado mientras camino el martes en dirección al centro deportivo. No sé qué me da más vergüenza: haber estropeado la tarde del sábado o haberme cortado después. En cualquier caso, sé que no debería haber hecho ninguna de las dos cosas.

Aunque hemos seguido hablando con normalidad desde el sábado, una parte de mí casi espera que Sergio no esté en las escaleras cuando llegue, que se haya cansado, que se haya dado cuenta de que no puede arreglarme, de que estoy demasiado roto por dentro, de que no merece la pena seguir perdiendo el tiempo conmigo, con todos los chicos normales que hay.

Pero sí que está.

–Hola –dice cuando me ve, con su sonrisa de siempre. Se pone en pie y hace ademán de darme su abrazo habitual, pero entonces se detiene, y su expresión parece dudosa. Después del otro día, no me extraña. Sin embargo, apenas una fracción de segundo después me rodea con los brazos, y estar entre ellos es casi como volver a respirar después de pasar horas bajo el agua.

–Gracias –digo en voz baja, aunque no sé muy bien por qué lo hago exactamente.

Él no responde, sino que se limita a abrazarme con más fuerza, como si temiera que fuera a caer al suelo hecho pedazos si me suelta. Por supuesto, no voy a quejarme, así que me dejo llevar y disfruto de la sensación, del calor de su

cuerpo y de su familiar aroma. Quiero que este momento nunca acabe, pero no nos queda otra que separarnos y entrar en el edificio para ir a judo.

Una vez terminado el entrenamiento, me apresuro a vestirme después de ducharme para que Sergio no vea el corte del sábado. Me mira con extrañeza cuando se viste, y no sé si es por mi actitud, porque me ha visto sin darme cuenta o porque de algún modo se imagina lo que he hecho. Sin embargo, cuando me ve mirándolo sonrío con la misma calidez de siempre. Una calidez que poco a poco va desterrando todo el frío que siento en el cuerpo.

Pero no puedo quitarme de encima la sensación de que se ha dado cuenta de algo, de que sabe lo que ha pasado. Mientras camino hacia la puerta del vestuario miro hacia atrás, hacia él, y entonces noto un golpe y algo húmedo en el pecho. Vuelvo a dirigir la mirada hacia delante y veo a un chico rubio de unos catorce o quince años en la puerta, con una botella abierta en la mano cuyo contenido acaba de derramarme encima.

–Perdona, tío –se disculpa, azorado–. Estaba bebiendo agua y he entrado sin mirar, y...

–No pasa nada –le aseguro forzando una sonrisa, a pesar de que me ha empapado tanto el jersey como la camiseta.

–Lo siento, en serio –continúa–. Si puedo hacer algo...

–No te preocupes, de verdad.

Vuelvo a dirigirme hacia los bancos y me quito la camiseta y el jersey de espaldas a Sergio, cuyos ojos noto clavados en mi espalda. Me seco el pecho con la toalla, que por suerte no está muy húmeda. Mi ropa, sin embargo, está demasiado mojada como para secarla.

–Joder, está todo empapado.

–Te dejo mi jersey si quieres –me ofrece Sergio al ver que vuelvo a ponerme la camiseta húmeda. Niego con la cabeza.

–No, no pasa nada. Tranquilo.

–No seas idiota. Como vayas con eso con el frío que hace fuera, vas a pillar una pulmonía.

–Bueno, pues puedo ir sin nada debajo del abrigo y ya está. Es bastante calentito, así que...

Alza una ceja antes de contestar.

–Aunque eso parece el inicio de una peli porno y tengo que admitir que no me desagrada la idea, con el frío que hace creo que eso sería aún peor que salir con la ropa mojada. Te presto el jersey y ya está –insiste, y comienza a quitárselo–. Así al menos podrás ponerte algo debajo del abrigo.

Enrojezco ligeramente ante sus palabras, pero al final acabo cediendo y asiento con la cabeza.

–Bueno, vale. –Me da el jersey de color crema y noto un escalofrío que me recorre el cuerpo al ponérmelo, consciente de que Sergio lo ha llevado puesto, de que huele a él, de que voy a poder quedármelo hasta el próximo día–. Gracias.

Me dirige una de sus alegres sonrisas y se encoge de hombros.

–No hay de qué.

–¿No vas a tener frío solo con eso? –pregunto al ver su camiseta de Lobezno–. No quiero que seas tú quien pille una pulmonía por mi culpa.

–No te preocupes. Mi abrigo sí que es muy calentito, no como el tuyo –añade, poniéndoselo por encima de la camiseta–. Estaré bien.

Echamos a andar en dirección a la estación.

–¿Qué harás el fin de semana?

–Bueno, la verdad es que no tenía nada planeado –admite, encogiéndose de hombros–. Pero me gustaría verte.

Bajo la mirada con timidez, sonriendo.

–Ah, ¿sí?

–Pues claro. El viernes no hay judo porque es Navidad, y no pienso pasarme una semana entera sin verte. Si es que tú también quieres quedar.

–Claro que quiero.

–Entonces... ¿el sábado? –pregunta con una sonrisa.

–El sábado –confirmo, todavía mirando hacia el suelo–. ¿Qué quieres hacer?

–Bueno, había pensado que si te apetece podrías venir a mi casa a ver una película o algo así –propone, y me doy cuenta de que también ha preparado estas palabras, al igual que la última vez. Trato de reprimir una sonrisa–. Mis padres no estarán, así que tendremos la casa para nosotros solos.

Enrojezco violentamente al darme cuenta de las posibles consecuencias de lo que está diciendo.

–Eh...

–¡No me refería a eso! No tenemos que hacer nada –se apresura a aclarar, y él también se pone rojo como un tomate. Está adorable, y

(me muero por besarlo)

nuevamente me veo obligado a reprimir una sonrisa al verlo así–. De verdad, lo siento si ha parecido que quería decir eso. No hace falta que hagamos nada, en serio, tan solo quería...

–Me encantaría ver una película en tu casa –aseguro, y él me responde con una de sus anchas sonrisas.

–¿Sí?

–Sí.

Vuelve a sonreír, feliz, pero entonces se pone serio.

–Escucha, Óscar, lo que pasó el otro día... –comienza con voz temblorosa, y traga saliva antes de continuar–. Aunque vayamos a mi casa, no quiero que pienses que quiero... hacer lo que no hicimos el otro día, o lo que sea. Es decir, sí que quiero, pero no tengo prisa, ¿vale?

Asiento con la cabeza, algo cohibido.

–Está bien.

–Solo lo decía para que no hubiera malentendidos. Quiero que vayas a mi casa para poder estar solos, pero si todavía no estás preparado... Pues no pasa nada, ¿vale? Puedo esperar.

–Gracias –digo simplemente, sin saber qué más añadir, y vuelve a dirigirme una sonrisa.

Pasan unos minutos de silencio pero, sorprendentemente, no se trata de un silencio incómodo. Muy al contrario, es un silencio agradable, un silencio teñido de miradas y sonrisas a escondidas. Un silencio mucho más elocuente que cualquier palabra que podamos pronunciar.

Tardamos demasiado poco en llegar a la estación, y cuando me doy cuenta ya está dándome el habitual abrazo de despedida. Odio que el tiempo junto a él pase siempre tan rápido.

–Te lo dije el sábado, y lo mantengo –me susurra al oído, produciéndome un agradable cosquilleo que se extiende por todo mi cuerpo–. Voy a encargarme de que vuelvas a estar bien. Te lo prometo.

## **COSAS BONITAS**

¿Hay forma más bonita de empezar las vacaciones de Navidad que quedarte hablando por teléfono hasta las cuatro de la madrugada?

Yo creo que no.

:)

**Publicado el 23 de diciembre a las 4:11**

**Comentarios: 0**

**¿Te ha gustado? Compártelo**





## CAPÍTULO 27

*Night is young and we're living  
Hands move, moving steady  
And the time is moving slower  
I can feel we're getting closer, closer  
Touch, Troye Sivan*

No puedo decir que me hagan especial ilusión las vacaciones de Navidad, pero al menos puedo estar lejos del instituto durante un par de semanas. La Nochebuena, sin embargo, tiene poco de buena en mi casa. Aunque mi madre se ha pasado semanas tratando de convencer a María para que viniera a cenar con nosotros, sus intentos no han dado resultado, así que al final vamos a cenar los tres solos. Por suerte, tengo el móvil con Sergio al otro lado para ayudar a hacérmelo más llevadero.

Odio las cenas familiares.

Dímelo a mí.

Va muy mal la cosa?

Todavía no hemos empezado.

Estoy en mi habitación.

Q suerte.

No sé yo...

Llevamos 1 hora en la mesa y hasta ahora no van a traer el primer plato.

No puede ser.

Pues si.

Tienes suerte, creeme.

Pues sí, la tengo.

Yo creo que iré bajando ya.

Cuanto antes vaya, antes podré irme.

M abandonas?

9

Es que mi padre no me deja utilizar el móvil en la mesa.

7

No tardaré mucho, tranquilo.

Dudo que llegue siquiera a la media hora.

Te echaré d menos.

Y yo a ti.

–A ver, tú. ¿Se puede saber a qué vienen esas pintas? –pregunta mi padre cuando me ve entrar en el salón–. Es Nochebuena.

Me encojo de hombros. Llevo unos vaqueros no muy viejos y el jersey color crema que me prestó Sergio el martes. No es que vaya muy arreglado precisamente, pero tampoco estoy hecho un asco.

–¿Qué más da? Solo estamos nosotros tres.

Mi padre cruza la habitación con rapidez y, antes de que pueda darme cuenta, me pega un fuerte bofetón en la cara.

–Si la puta de tu hermana estuviera aquí, no seríamos solo tres.

–¡Eh! –grita mi madre, enfadada–. No quiero peleas hoy. Y no quiero que llames así a nuestra hija. –Mi padre refunfuña, pero para mi sorpresa no contesta.

Se ve que el espíritu navideño se ha apoderado de él por completo—. Haya paz hoy aunque sea por una vez. Es Nochebuena.

La cena transcurre casi en absoluto silencio, con alguna pregunta incómoda de vez en cuando por parte de mi madre que nosotros contestamos con monosílabos. Veinte minutos después, nos damos por rendidos y por fin puedo volver a mi habitación, donde me espera el móvil lleno de mensajes de Sergio.

No.

No.

No.

NO.

NO PUEDE SER.

MARISCO

EL PRIMERO ES SOPA D MARISCO

SOCORRO.

MATAME.

ODIO EL MARISCO.

POR EL AMOR DE THOR.

QUE HE HECHO YO

PARA MERECER ESTO.

DIOS.

QUE PUTO ASCO.

HUELE FATAL.

SOCORRO.

TE HE DICHO YA QUE ODIAS LAS CENAS DE  
NOCHEBUENA????

Vale.

Buenas noticias.

Mi abuela ha hecho sopa normal para mi prima  
pequeña.

MILAGRO NAVIDEÑO.

ESTOY SALVADO.

Esto es un coñazo.

T falta mucho?

Al menos ya van a traer el segundo.

VUELVE.

Porfa.

Te echo d menos.

Suelto una carcajada al ver todos sus mensajes. El último es de hace apenas un minuto, así que me apresuro a responder.

Veo que te lo has pasado bien petándome el móvil.

Joder.

Es que

MARISCO.

Tu sabes lo mal q lo he pasado???????

ODIO EL MARISCO.

Me alegra que se haya solucionado.

¿Está mejor el segundo?

Joder, mucho mejor.

Era carne.

Me he hinchado.

Ahora estoy con el postre.

Me alegra.

Tu cena q tal?

Ha ido bien?

Me planteo durante unos instantes la posibilidad de contarle lo del bofetón, pero al final decido no hacerlo. Por mucho que esté quejándose, sé que para él sí que está siendo una buena cena familiar, y no quiero amargársela.

Bueno, a mi padre le molestaba la ropa que llevaba.

Por lo demás, todo bien.

Q llevabas? 1

Mierda. Me ha pillado.

Pues...

Llevaba tu jersey.

Ah.

Y eso?

Porque me gusta.

Y porque huele a ti.



Te gusta q huela a mi?

Me encanta.

"

Sigues con él puesto?

Me lo he quitado.

Ahora estoy abrazado a él.

Por qué?

Porque así noto mejor tu olor.

%

Q más llevas?

Unos vaqueros.

No llevas camiseta?

Nop.

8

¿Y tú qué llevas?

Pues justo ahora acabo d volver a mi habitacion.

Asi que me voy a cambiar.

1 sec

¿Y qué te vas a poner?

Ya estoy.

Pues de momento nada.

1

Ay, Dios.

¿Y eso?

Tengo un poco de calor por la calefacción.

Tu no?

La verdad es que sí que tengo calor, aunque no es por la calefacción precisamente. Cierro los ojos, aspirando el aroma del jersey, y comienzo a bajar una mano por mi torso mientras sigo tecleando con la otra, tratando de imaginarlo en su habitación, desnudo.

Ahora que lo dices, la verdad es que sí.

Pues quítate los pantalones.

Está bien.

Sí? 1

Sí.

#

Dejo los vaqueros tirados en el suelo y comienzo a acariciarme el cuerpo con suavidad, imaginando que es Sergio quien lo hace, cosa fácil con su aroma rodeándome. Ninguno de los dos dice nada durante unos cuantos minutos, pero entonces mi móvil vuelve a vibrar.

Ojala estuvieras aqui.

¿Te gustaría?

Me encantaria.

¿Y qué te gustaría hacer?

Lo mismo que ahora, pero contigo aquí conmigo.

Ay, Dios.

¿Y qué estás haciendo?

Lo mismo que tú.

¿O me equivoco?

Me parece que no.

1

Ninguno de los dos vuelve a decir nada en un buen rato, pero no lo siento lejos de mí. Al contrario, lo siento como si estuviera conmigo, a mi lado, o tal vez encima de mí. Su aroma me embriaga, y no puedo dejar de pensar en cómo será el momento en que sean sus manos las que me hagan sentir esto, el momento en que Sergio me haga sentir mucho más que esto.

# CAPÍTULO 28

*And my heart beats  
Like the empires of the world unite  
We are alive  
You're my wildfire every single night  
We are alive  
And the stars make love to the universe  
And you touch me  
Empire, Shakira*

Decir que estoy emocionado sería un eufemismo.

Si dijera que estoy nervioso, también me quedaría corto.

En realidad, me siento tan alterado que tengo hasta ganas de vomitar. De hecho, estoy a punto de dar media vuelta tres veces de camino a la estación. Pero no lo hago y, tras un trayecto que se me antoja insoportablemente largo a pesar de que el tren llega cinco minutos antes, por fin estoy aquí. Miro a mi alrededor y no tardo en verlo, guapísimo con una sudadera azul bajo el abrigo abierto que hace juego con sus ojos. No puedo evitar sonreír al darme cuenta de que ha estado esperándome con antelación, y el corazón comienza a latirme con fuerza.

Está distraído con el móvil, probablemente porque no me espera hasta dentro de cinco minutos, así que no me ve cuando me acerco a él. Levanta la mirada cuando estoy a un metro de distancia, y sus labios se curvan enseguida en una ancha sonrisa mientras se acerca para abrazarme con fuerza.

–Te echaba de menos –susurra contra mi pelo, embriagándome con su cálido olor.

–Yo también –confieso, dándome cuenta de hasta qué punto es cierto mientras aspiro su aroma.

Caminamos a buen ritmo hasta su casa, que se encuentra a unos veinte minutos en dirección contraria al centro deportivo. Quiero que me

(bese)

coja la mano, pero no lo hace. Al ser todavía de día hay mucha gente en la calle, y sé que no quiere que me sienta incómodo. Al principio, ninguno de los dos habla. Es la primera vez que nos vemos desde lo del jueves por la noche, y desde lo del viernes por la noche, así que los dos nos sentimos un tanto cohibidos, sin saber muy bien qué decir para romper el hielo.

Lo miro.

Me mira.

Sonríe.

Aparto la mirada.

Y así hasta que, cinco minutos después, por fin abre la boca.

–Pues bueno.

–Pues bueno.

–Parece que te ha comido la lengua el gato.

–Yo podría decirte a ti lo mismo –señalo con una sonrisa, y él me la devuelve. Pero ya hemos conseguido comenzar a hablar, así que la conversación continúa fluyendo con naturalidad, tal como siempre ocurre entre nosotros. Me pregunta acerca de mi día (nada interesante, como suele ser habitual), y yo le pregunto acerca del suyo (se ha pasado la mañana limpiando, y sonrío otra vez al pensar que probablemente haya sido por mí).

Cuando llegamos a su edificio, es como si tuviera un nudo en la garganta del tamaño de mi cabeza, a pesar de que la conversación ha conseguido relajarme bastante. El corazón me late cada vez con más fuerza, y temo que vaya a estallar en cualquier momento. Esto está empezando a ser algo habitual cada vez que estamos juntos, y me pregunto cuánto tiempo pasará antes de que me dé un infarto a causa de la tensión.

Sergio vive en un quinto piso, así que nos dirigimos al ascensor para ahorrarnos las escaleras. Durante el corto trayecto, él aprovecha el primer momento de soledad para rozarme la mano con una caricia que me hace estremecer, acompañada de una sonrisa pícaro. Salimos del ascensor y, en cuanto abre la puerta de su casa, unos estridentes ladridos nos dan la bienvenida. Un perrillo negro se acerca correteando y le lame las manos a Sergio cuando este se agacha. Lo imito, y el perro comienza a olfatearme enseguida mientras yo le acaricio la cabeza. A continuación, se levanta sobre dos patas, tratando de

subirse encima de Sergio, y él lo coge en brazos mientras el perro suelta un ladrido de felicidad.

–Por favor, qué monada. Mickey, ¿verdad?

–Mickey –confirma Sergio, sonriendo. Es evidente que adora a su perro–. ¡Eh, Mickey! ¡Mira quién ha venido! Se llama Óscar.

Tras unas cuantas caricias deja a Mickey en el suelo, y este nos acompaña correteando entre nuestras piernas mientras Sergio me enseña la casa. No es muy grande, pero, a pesar de que somos los únicos que hay en su interior, se respira un ambiente muy distinto al de la mía. Huele a algo muy distinto a la mía, algo que siempre he echado de menos, sobre todo desde que se marchó María... huele a hogar.

Unos minutos después, llegamos hasta su habitación. Lo primero que me sorprende son los libros: justo enfrente de la puerta hay una enorme estantería de más de un metro de ancho repleta de libros. Me acerco a examinarla, y sonrío al ver allí muchos de mis favoritos, desde *Jungla de saltamontes* hasta *Antes de morirme...* y también la colección completa de libros de John Green. A pesar de ello, algo me dice que Sergio va a convertirse en mi biblioteca personal. A ambos lados de la estantería hay otras dos, mucho más estrechas, llenas de películas en DVD y Blu-Ray.





–¿Hay alguna que te apetezca?

Recorro los títulos con la mirada, y vuelvo a sonreír al ver que allí también se encuentran algunas de mis favoritas. Sin embargo, hay tantas que adoro y tantas que aún no he visto que no soy capaz de elegir.

–Creo que será mejor que elijas tú.

–¿Seguro?

–Me fío de ti.

Él esboza una sonrisa malévola y se acerca a mí.

–Pues ponte cómodo.

Hace un gesto hacia la cama. Veo que hay un televisor de unas treinta pulgadas delante de ella, e imagino que es allí donde suele ver las películas. Él sigue mi mirada y se da cuenta de lo que estoy pensando.

–Podemos verla en el salón si lo prefieres –señala.

–No –me apresuro a responder, y me parece ver una expresión de alivio en su rostro–. Aquí está bien.

–Vale. Por cierto, ¿quieres palomitas?

Recuerdo los momentos de la semana pasada con las palomitas, así que asiento con la cabeza, y lo sigo de camino a la cocina. Mickey corretea junto a nosotros, frotándose feliz con nuestras piernas, y yo me agacho brevemente para rascarle detrás de las orejas. Cuando llegamos, Sergio mete el paquete en el microondas y pulsa unos botones. El plato comienza a girar, llenando la cocina con el aroma salado de las palomitas.

–¿Te apetece beber algo?

Entonces me percato de que tengo la boca completamente seca a causa de los nervios.

–Agua, por favor.

Saca una botella del frigorífico y llena dos vasos grandes. Me ofrece uno y me bebo casi la mitad de un trago, agradecido cuando el fresco líquido pasa por mi garganta: la necesitaba. Sergio vuelve a llenarme el vaso. Esperamos en silencio hasta que suena el pitido del microondas, y después volvemos a la habitación con las palomitas dentro de un cuenco grande.

–Siempre veo las pelis tumbado –explica Sergio mientras se quita los zapatos. Yo lo imito, algo cohibido y me siento en la cama junto a él–. Es más cómodo. ¿Quieres tumbarte tú también? Cabemos los dos.

Niego con la cabeza.

–No, tranquilo. Estoy bien.

–Como quieras –dice, y se inclina hacia delante para poner la película. Veo que la carátula tiene tonos azules y púrpura, pero no me deja ver el título. Se tumba en la cama, en el lado más alejado a la tele, y yo me siento junto a él con las piernas cruzadas, sintiéndome de pronto muy consciente de mi propio cuerpo.

Entonces aparece el menú en la pantalla y veo el título de la película. Lo primero que pienso es que quizás se trate de una indirecta, y después, que será una cursilada lacrimógena.

–Tienes que estar de coña.

–Me dijiste que eligiera yo, ¿no?

–¿En serio vas a ponerme una que se llama *Quiéreme si te atreves*?

–¿Es que no sabes cuál es?

–Pues no –admito, encogiéndome de hombros.

–Tienes que estar de coña –me imita.

–¿Qué pasa?

Me mira con incredulidad.

–¡Es maravillosa! Es imposible que no la hayas visto.

–Pues no –repito.

–Pues ya verás, te va a encantar.

–No sé yo. No me gustan las moñadas.

–Se siente –replica mientras le da al *play*–. Haberlo pensado antes de dejarme elegir la película.

–Te odio.

–No, en realidad me adoras.

–Bueno, la vemos, pero con una condición.

Me mira con los ojos entrecerrados en actitud de sospecha, como si se temiera lo peor.

–Tú dirás.

–La vemos en versión original.

–Tienes que estar de coña –repite.

–Se siente –lo imito yo a mi vez.

–Pero ¿sabes francés?

–No, pero no me gusta ver las películas dobladas.

–Bueno, y a mí tampoco, pero en francés... Uf.

Le pongo ojitos para tratar de convencerlo.

–Hazlo por mí, anda. ¿Porfa?

Sigue mirándome con los ojos entrecerrados durante unos segundos, pero al final sonrío y sé que he ganado.

–Está bien.

La película comienza, y me sorprende darme cuenta de lo pronto que logro meterme en la historia, a pesar de mis reticencias iniciales. Aun así, no puedo evitar estar más pendiente de Sergio que de la película. Nuestras manos se rozan de vez en cuando al meterlas en el cuenco de las palomitas, produciéndome un escalofrío todas y cada una de las veces. Es como cuando estábamos en el cine, pero con una diferencia muy importante: esta vez estamos completamente solos, y no rodeados de gente. Pero el cuenco no tarda en quedarse vacío: parece que no soy el único que come compulsivamente cuando está

(histérico)

nervioso.

Cuando el reproductor de Blu-Ray marca 37 minutos de película, Sergio mueve la mano lentamente en dirección a mi pie y la deja ahí, junto a él, como

quien no quiere la cosa. El corazón me late con fuerza, pero Sergio no aparta la mano. Seis minutos después comienza a mover el dedo por mi pie, en caricias tan sutiles que casi no las notaría de no estar tan pendiente de él. Lo miro, y mis ojos se cruzan con los suyos. Sonríe, y yo enrojezco.

«Respira.»

Tres minutos y medio después cambio de posición, y por su expresión cautelosa creo que tiene miedo de haberme molestado al tocarme. Sin embargo, lo que hago no es apartarme, sino tumbarme junto a él. Mi brazo queda justo donde antes se encontraba mi pie, y Sergio tarda cuatro minutos enteros en atreverse a tocarlo. Cuando por fin lo hace, lo miro y sonrío, y él me devuelve la sonrisa. No es la primera vez que lo hace, pero ahora es distinto, más cercano... más íntimo.

Hundo la cabeza en la almohada, impregnándome de su olor, preguntándome cómo será dormir allí. Cierro los ojos durante unos instantes, disfrutando de la sensación. Entonces recuerdo las dos noches anteriores y mi cuerpo reacciona de forma automática aun en contra de mi voluntad. Rezo por que no pueda ver bien mis pantalones en la penumbra.

Quiero que me bese.

Pero no lo hace, sino que sigue acariciándome el brazo, provocando que se me erice el vello. Me recorre el brazo lentamente, y después su mano envuelve la mía, temblorosa. No se limita a dejarla ahí quieta; al contrario, sus dedos se dedican a jugar con los míos, como si estuvieran trazando una serie de caminos invisibles que solo él es capaz de ver. Comienzo a mover la mano yo también, acariciando sus dedos, su muñeca, su pulsera. Un agradable cosquilleo me recorre todo el cuerpo, haciéndome estremecer, y me doy cuenta de que no quiero que termine la película, no quiero que este momento acabe.

Me giro ligeramente para que no pueda ver el bulto, y me quedo de espaldas a él.

–Oye, Sergio –digo tímidamente al cabo de un rato.

–Dime –responde él con voz ronca.

–¿Me abrazas?

Suelta una risa nerviosa, pero entonces se mueve para abrazarme y sus brazos me rodean como si estuviéramos hechos para encajar juntos. Acto seguido, apoya la cabeza sobre la mía con suavidad, y comienza a acariciarme los brazos con lentitud. Nos quedamos así mientras seguimos viendo la película, que contra todo pronóstico ha logrado absorberme por completo.

Al cabo de un rato sus manos comienzan a subir por mis brazos, en dirección a mi cara. Se detienen allí durante unos segundos, titubeando, y después sus dedos me acarician la mejilla, haciéndome temblar con el roce. Poco a poco, se van acercando a mis labios. Yo me pongo rígido y él se queda inmóvil, pero no se aparta.

–¿Te molesta? –susurra, y su aliento cálido junto a mi oreja me hace estremecer.

¿Que si me molesta? Estoy tan nervioso que estoy a punto de explotar, pero no, no me molesta en absoluto.

–No –respondo con un hilo de voz.

Comienzo a mover la mano yo también, con timidez, acariciando pelo, orejas y cuello. Cuando reúno el valor para acariciarle la mejilla, sus dedos vuelven a la vida y recorren el contorno de mis labios, lenta, muy lentamente. Al cabo de un rato, me atrevo a depositar un suave beso en sus dedos, tan sutil como una mariposa posándose sobre una flor.

Me atrevo a seguir avanzando y llevo la mano hasta su boca. Noto su aliento en mis dedos y quiero que me los bese, pero no lo hace. En su lugar, sigue jugando con mis labios. El juego se prolonga durante unos cuantos minutos más, hasta que me doy media vuelta y quedamos cara a cara. Sergio estira la mano hasta alcanzar el mando, a tientas, y pone en pausa la película. El corazón comienza a latirme más rápido de lo que habría creído posible, y de pronto soy consciente de lo que va a pasar, de lo que está a punto de pasar.

Y no sé si estoy preparado para ello.

Noto una oleada de terror que me recorre el cuerpo al recordar lo que sucedió el otro día, pero entonces me fijo en sus ojos y sé que no tengo nada que temer, no mientras esté con él.

Me mira con una sonrisa, y yo se la devuelvo. Veo que se humedece ligeramente los labios, y siento un pinchazo de terror durante un instante al no saber si los míos estarán lo suficientemente húmedos o si, por el contrario, lo estarán demasiado. ¿Y si soy un asco besando? ¿Y si le lleno la boca de babas? ¿Y si después no quiere saber nada más de mí?

Pero ya es demasiado tarde para echarme atrás. Comienza a acercar su rostro al mío, lentamente, y noto su cálido aliento en la cara. Seguimos mirándonos a los ojos, como si no existiera nada más en el mundo, y lo cierto es que ahora mismo me resulta difícil creer que realmente pueda existir nada aparte de este momento.

Y entonces

(por fin)  
me besa.

La sensación es extraña. Lo primero que noto es el sabor, un sabor salado, pero agradable, a causa de las palomitas que ambos hemos comido. Pero hay algo más, algo detrás del sabor salado, y me doy cuenta de que se trata simplemente de él: lo estoy saboreando a él. Su sabor es familiar, y resulta un tanto parecido a su olor, ese aroma al que me he acostumbrado. Probablemente jamás me cansaré de él.

Después, noto la humedad de nuestros labios. Sin embargo, no se trata de una sensación desagradable, sino de una humedad placentera, una humedad que ayuda a que nuestros labios se muevan en sintonía, primero con lentitud, después adoptando el ritmo de los latidos frenéticos de mi corazón.

Lo siguiente que noto es el tacto. Sus manos me están acariciando, una el pelo y la otra la mejilla, como si yo fuera lo más preciado que hubieran tocado nunca. Yo también lo estoy tocando, y una de mis manos recorre su brazo mientras la otra se entierra profundamente en su pelo, acercando su cabeza a mí cada vez más. Nos besamos casi con furia, pero no es suficiente. De algún modo, sé que nunca tendría suficiente de él.

Cuando finalmente nos separamos, suelto un suspiro y dejo caer la cabeza sobre la almohada, aturdido.

Mentiría si dijera que nunca había imaginado cómo sería mi primer beso, el primero de verdad. He tenido muchas fantasías al respecto y he imaginado un millar de posibilidades distintas. Durante mucho tiempo, pensé que Darío sería mi primer beso. Más recientemente, durante estas dos semanas he imaginado más de una vez que era Sergio quien me besaba, y en mi mente había decenas de versiones diferentes de ese beso.

Pero nunca me habría imaginado que en mi primer beso tendría puesto mi pijama azul de ovejitas por debajo de la ropa.

Y tampoco me habría imaginado que sería tan perfecto.

(Antes)

*But I set fire to the rain  
Watched it pour as I touched your face  
Let it burn while I cried  
'Cause I heard it screaming your name  
Set Fire to the Rain, Adele*

–Nunca me besas –señalé, mientras yacía a su lado en la cama.

–Óscar... ya hemos hablado de esto.

–Lo sé. Pero es que...

–No, Óscar. Ya lo hemos hablado. Si vamos a seguir haciendo esto, tiene que ser así. Nada de besos, ya sabes que no me gusta nada ese rollo.

–¿Ese rollo?

–Ya sabes lo que quiero decir. Nada de besos. ¿De acuerdo?

Me esforcé por tragarme mis lágrimas.

–Está bien.

## CAPÍTULO 29

*Kiss me too fiercely  
Hold me too tight  
I need help believing  
You're with me tonight  
As long as you're mine, Idina Menzel (Wicked)*

No sé cuánto tiempo pasamos mirándonos a los ojos y acariciándonos, pero cuando nos damos cuenta la pantalla se ha apagado sola, y la habitación se encuentra totalmente a oscuras. No se me ocurre nada apropiado que decir, y me da la impresión de que a él tampoco.

Así que volvemos a besarnos.

Comenzamos con suavidad, como antes, disfrutando de cada segundo, de cada sensación. Al cabo de un rato, el beso se profundiza, y cuando Sergio abre ligeramente la boca yo lo imito. Me

(excito)

tenso durante un instante al notar su lengua, pero enseguida consigo relajarme y me limito a dejarme llevar otra vez. Al cabo de unos instantes el beso se intensifica, volviéndose apasionado, y tanto Sergio como yo movemos los labios con avidez, como si estuviéramos dispuestos a devorarnos el uno al otro. Cada centímetro de su cuerpo está pegado al mío, y puedo notar a la perfección que está sintiendo lo mismo que yo, que quiere más.

Pero entonces separa su boca de la mía.

–Lo siento –dice entre jadeos, apartándose un poco–. ¿He ido demasiado rápido?

Niego con la cabeza apartándome también, tratando de recobrar el aliento. Entonces caigo en la cuenta de que quizás no pueda verme.



–No, no. Tranquilo.

–¿Seguro?

–Seguro. Es solo que esto es muy nuevo para mí. Después de todo, solo hace tres semanas que nos conocemos, y...

–Lo entiendo –dice, y se estira para encender la lámpara que hay en la mesita de noche junto a su cama. Aunque está a contraluz veo que tiene las pupilas muy dilatadas, y me mira con una clara expresión de preocupación en el rostro–. Perdona, me he dejado llevar un poco. Iremos a tu ritmo, ¿vale?

–Vale. –Trago saliva antes de añadir–: ¿No te importa?

–No, no, de verdad. No me importa en absoluto –asegura, y puedo ver en su mirada que me está diciendo la verdad–. Sin presiones, ¿de acuerdo? No tenemos que hacer nada que no quieras, te lo prometo.

No puedo evitar sonreír ante sus palabras.

–Está bien.

Me mira durante unos segundos, pero enseguida aparta la mirada, azorado. Adivino que está tratando de decirme algo.

–¿Ha sido tu primer beso? –pregunta al fin.

Enrojezco levemente ante la pregunta, y maldigo la luz de la lámpara que le permite ver mi cara a la perfección. Recuerdo el beso con Fer: ese fue realmente mi primer beso, y es algo que siempre le agradeceré. Recuerdo también el beso que le di a Darío, ese único beso que llevaba tanto tiempo esperando. Sin embargo, ninguno de los dos puede compararse siquiera a esto. El beso con Fer fue corto, y realmente no había en él ningún tipo de sentimiento más allá del cariño y la amistad. Por otro lado, el beso con Darío...

El beso con Darío fue una puta mierda.

–Bueno... más o menos.

Sergio enarca una ceja.

–¿Más o menos?

–Bueno, había besado a dos chicos antes, pero no había...

Ni siquiera sé cuál es exactamente la palabra que estoy buscando. ¿Amor? No, esa no es la palabra. Ni de coña. Puede que sienta que hace una vida que conozco a Sergio, pero en realidad tan solo han pasado unas semanas. Sin embargo, él comprende a lo que me refiero, y asiente con la cabeza.

–¿Cómo fue el primero?

–Fue con un amigo, pero es hetero.

Pone los ojos en blanco.

–Eso dicen todos.

Suelto una carcajada.

–No, en serio. Es mi mejor amigo, Fer. Ya te he hablado de él.

–¿Y cómo es que os besasteis? ¿Te gustaba?

Me parece detectar un ligero tono receloso en su voz, pero al instante estoy seguro de habérmelo imaginado.

–Qué va, siempre hemos sido solo amigos. En realidad, lo hizo para asegurarse de que mi primer beso fuera con alguien que me quisiera de verdad, alguien que no fuera a hacerme daño.

Se queda pensativo durante unos segundos antes de responder.

–Eso es muy bonito.

Asiento con la cabeza, porque lo es. Realmente lo es. No creo que a nadie se le ocurriera hacer nada parecido, pero él lo hizo. Jamás dejará de sorprenderme lo afortunado que soy por tenerlo como amigo.

Y entonces me doy cuenta de que hace poco he leído una escena muy parecida, y tomo nota mentalmente para preguntarle a Fer al respecto. Recuerdo que mencionó un libro cuando me besó, y me parece que ya sé cuál es. Es curioso que nunca me lo haya mencionado, pero ahora comprendo su sonrisa cuando vimos la película en clase de Inglés.

–¿Cómo fue el segundo? –me pregunta Sergio.

Frunzo el ceño casi sin darme cuenta, recordando el beso con Darío... y lo que pasó después.

–No me apetece hablar de eso –digo bruscamente, y me arrepiento enseguida al ver que parece dolido por mi respuesta.

–Lo siento. No quería molestarte ni meterme en tu vida.

–No es eso –aseguro, y me obligo a sonreír para que no se preocupe–. Es solo que... Bueno, la verdad es que me alegra que el de Fer haya sido el primero, porque así no tengo que recordar el segundo.

–¿Tan mal fue?

–Prefiero no hablar de eso, de verdad –digo, esta vez con más suavidad–. No es porque no quiera contártelo... Es solo que no quiero estropear este momento. Es demasiado perfecto.

Entonces, Sergio sonríe y se inclina hacia mí para besarme otra vez. Me dejo llevar, y la sensación es desconocida y familiar al mismo tiempo, nueva y emocionante de un modo que nunca habría creído posible. Cuando nos separamos, Sergio suelta un suspiro y me mira con una sonrisa de felicidad.

–Podría acostumbrarme a esto –dice, y sonrío al recordar que yo mismo he pensado algo muy parecido hace poco.

–Entonces hagámoslo.

Volvemos a besarnos, hasta tal punto que pierdo por completo la noción del tiempo. Sus manos recorren todo mi cuerpo, y las mías recorren el suyo, atrayéndolo más hacia mí. No tardo demasiado en notar una familiar presión en los pantalones, y de pronto me doy cuenta de que deseo

(necesito)

más, muchísimo más que solo besos. Sergio está pegado a mí, frotándose ligeramente contra mi cuerpo, y puedo notar por la presión contra mi pierna que a él le está pasando exactamente lo mismo. Sin embargo, a pesar de mi deseo, no quiero ir más allá. Hoy no.

Pero no tengo la fuerza de voluntad suficiente para detenerme, así que cuando él mete la mano por debajo de mi camiseta para acariciarme el vientre y el pecho mientras su boca comienza a besarme el cuello, yo me dejo hacer y me abandono a él, notando cómo se me eriza todo el vello del cuerpo y unos escalofríos me recorren por completo. Me doy cuenta de que estoy jadeando un poco, y también de que no voy a parar, de que no puedo parar. De que no quiero parar.

Pero es él quien se detiene.

–Lo siento –dice otra vez mientras se aparta, con la respiración entrecortada y las pupilas dilatadas.

–No pasa nada –aseguro, aunque lo cierto es que no sé muy bien qué es lo que quería en realidad: ¿que parara o que no lo hiciera? En cualquier caso, me alegra que sea él quien haya decidido por mí.

–No, de verdad: lo siento. Te prometí que no tenías que hacer nada que no quisieras, y...

–Y no lo he hecho –señalo, y sonrío al ver su cara de preocupación. Es adorable–. En serio, no te preocupes.

–¿Seguro? Tendría que haber parado.

–Y lo has hecho. Además, yo tampoco te he parado –le recuerdo con una sonrisa mientras él se tumba en la cama, a mi lado. Se coloca en posición fetal, doblando las rodillas hacia delante, y trato de reprimir una sonrisa al fijarme en lo que está tratando de ocultar. Sin embargo, darme cuenta hace que la presión en mis pantalones aumente aún más. Por suerte, los míos son más holgados que los suyos, así que es más fácil ocultarlo.

–Entonces... –comienza, con las mejillas todavía sonrosadas–. Mejor lo dejamos aquí por el momento, ¿no?

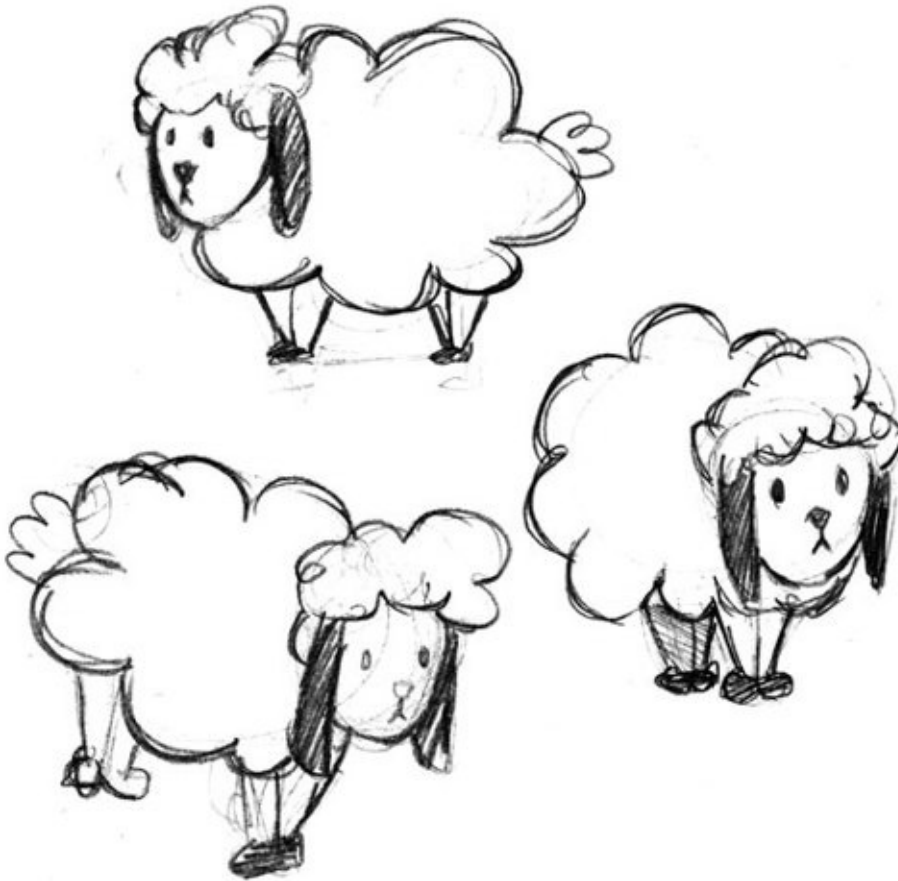
Sé que le encantaría que quisiera continuar, y por eso mismo me hace tan feliz que tenga tan en cuenta lo que siento.

–Mejor. No es que no me apetezca seguir, es solo que...

–Lo sé –asegura con una sonrisa, y se inclina para darme un beso rápido en los labios. Acto seguido, suelta una carcajada.

–¿Qué pasa? –Por toda respuesta señala mi vientre, y me doy cuenta de que mi jersey ha quedado un poco levantado, mostrando un inconfundible trozo de tela azul con dibujos de ovejitas blancas. Yo también me río–. Pues al final has visto el pijama, después de todo.

–No puedo creerme que te lo hayas puesto de verdad.



–Me pediste que lo hiciera, ¿no?

–Me encantas.

Mis labios se curvan en una amplia sonrisa, y me cuesta aceptar la posibilidad de que esto esté pasando, de que de verdad le importe a alguien, de que tenga a un chico genial que me bese y me diga que le encanto.

–Deberíamos terminar de ver la película –señalo tras unos minutos de silencio, y él se ríe.

–Al final te ha gustado, ¿eh? –me pica.

–No exageres.

Alza una ceja.

–Pues entonces podemos terminar de verla otro día, ¿no?

–¡No! Es que estaba en lo más interesante, y quiero saber lo que pasa.

–Vamos, que te ha gustado.

–¡Que no! –insisto, aunque es evidente que sí.

–Lo que tú digas.

Al final vuelve a poner la película, y continuamos por donde nos habíamos quedado. Esta vez, sin embargo, me abraza desde el principio, como si no quisiera que hubiera ni un solo centímetro de separación entre nosotros, y durante unos instantes me parece imposible

(que esto esté pasando)

que sea capaz de sentir tanta felicidad con algo tan tonto. De vez en cuando, lo cual es cada veinte segundos, más o menos, deposita un beso sobre mi pelo, o mi oreja, o mi mejilla, y soy totalmente incapaz de dejar de sonreír mientras centro mi atención en la película.

Al menos, hasta que comienza el drama.

No tardan en escapárseme unas cuantas lágrimas, y Sergio me abraza con más fuerza al darse cuenta de ello. Cuando acaba la película, me seco la cara con la manga y me doy la vuelta para acurrucarme contra su pecho, agradecido por la calidez de sus brazos.

–Entonces te ha gustado, ¿no? –pregunta.

–Déjame.

–Lo sabía.

Pongo los ojos en blanco.

–Bueno, admito que no ha sido tan mala como pensaba.

–Te ha encantado y lo sabes.

–Déjame –repito.

–Qué idiota eres.

Le robo un beso antes de contestar.

–Pero te encanto.

–Me encantas –afirma, y vuelve a besarme en los labios. Después nos quedamos un rato abrazados, yo con la cabeza contra su pecho, escuchando los rápidos latidos de su corazón, y él acariciándome la cabeza lentamente y entrelazando sus dedos en mi pelo.

–No me hagas daño, ¿vale? –digo de pronto tras un par de minutos de silencio, pronunciando las palabras antes de darme cuenta siquiera de que estaba pensándolas. Me arrepiento al instante de haberlas dicho, pero no he podido evitarlo. Sergio frunce el ceño en señal de confusión y se separa un poco de mí, mirándome fijamente a los ojos.

–No pienso hacerlo. ¿Por qué dices eso?

–No lo sé –admito, y es la pura verdad–. Pero tengo miedo.

–Óscar, me gustas mucho...

Sus palabras me hacen sonreír, pero aun así hay algo que me preocupa.

–Solo hace tres semanas que nos conocemos –señalo, consciente de que quizás todo esto está pasando un poco rápido.

–Bueno, tres semanas y un día, en realidad –replica él con seriedad, y yo suelto una carcajada involuntaria–. ¿Y qué? Tampoco te estoy pidiendo que te cases conmigo.

–Lo sé, pero...

–No, escucha. Sé que tienes miedo, y sé que lo has pasado mal, pero solo quiero estar contigo... si tú quieres, claro –puntualiza con voz temblorosa. Asiento con la cabeza, y él sonrío. A continuación, vuelve a ponerse serio antes de continuar–. Y de todos modos, tampoco te estoy pidiendo que sea ya si no es eso lo que quieres. Sé que lo has pasado mal, y si necesitas tomarte tu tiempo, no sé, unos días para pensarlo, o que vayamos más despacio o lo que sea, me parece genial. No tenemos por qué precipitarnos, pero me gustaría que me dieras la oportunidad de hacerte feliz. Sé que puedo conseguirlo.

–Me han hecho demasiado daño ya –digo con un hilo de voz. Noto algo húmedo en las mejillas, y me doy cuenta de que estoy llorando por sus palabras. Sergio acerca una mano a mi cara para secarme las lágrimas.

–Pues yo no tengo la menor intención de hacerte daño, eso te lo prometo. De verdad: tan solo quiero hacerte feliz.

Sé que sus palabras son ciertas, pero no puedo evitar sentir un doloroso pinchazo de miedo en las entrañas. Las cicatrices me quemán bajo la ropa, ardiendo como si se hubieran abierto todas de golpe, recordándome lo mucho que le he ocultado, lo mucho que todavía tengo que confesarle.

–Hay muchas cosas que no sabes acerca de mí.

–Por eso mismo –replica él, y vuelve a mirarme a los ojos con intensidad–. Quiero seguir conociéndote. Quiero saberlo todo sobre ti, o al menos todo lo que quieras contarme. Mientras no seas un vampiro fosforescente, todo irá bien... Eso sería demasiado gay –añade.

Vuelvo a reír, a pesar de las lágrimas, y me doy cuenta de que es por eso por lo que lo necesito. Nadie me hace reír como él. Nadie sabe hacerme reír aunque esté llorando. Sin embargo...

–No son cosas buenas –aclaro.

–Todos tenemos secretos, y muchos no son buenos –señala encogiéndose de hombros–. Ya me los contarás si tú quieres, cuando estés preparado. Y si no, pues no pasa nada. Ya te lo he dicho, y lo mantengo: no voy a obligarte a hacer nada que no quieras hacer. Nunca.

–Quiero hacerlo. Y quiero intentarlo, de verdad. Tú también me gustas mucho. Pero tengo miedo.

–Quiero estar contigo –repite–. Quiero pasarlo bien contigo, quiero ir de la mano por la calle contigo, y quiero hacer el idiota contigo hasta que no podamos parar de reír –declara acaloradamente, con las mejillas sonrosadas–. Soy joven, pero no inconsciente: no te estoy diciendo que estemos juntos toda la vida, tan solo que vivamos el presente.

–Pero...

Me interrumpe con un gesto de la mano.

–Sí, ya sé lo que me vas a decir: que solo hace tres semanas que nos conocemos, que hay muchas cosas que todavía no sé de ti. Pero estas tres semanas y un día me han bastado para darme cuenta de que eres un chico maravilloso, de que me encantas y de que quiero seguir conociéndote y descubrir cada faceta de ti, todo lo que quieras contarme y todo lo que quieras dejarme descubrir. Y ya sé que estoy divagando, y que estoy hablando demasiado, y que a lo mejor te estoy asustando, pero nunca había sentido nada parecido con nadie, y no quiero dejar pasar esta oportunidad. Eres demasiado especial para perderte sin tratar de intentarlo primero.

No puedo evitarlo.

Lo beso en los labios, y es un beso lleno de lágrimas y felicidad.

## **LO RETIRO**

Parece que Ethan se equivocaba.

Después de todo, no son abejas.

Son mariposas. Son grandes, y a veces revolotean con demasiada fuerza, pero sin duda son mariposas.

Y son preciosas.

**Publicado el 26 de diciembre a las 22:41**

**Comentarios: 0**

**¿Te ha gustado? Compártelo**





## **MENUDO MES**

Es raro cómo pasan estas cosas.

El mes empezó siendo una mierda total y, sinceramente, entre tú y yo (y por «tú» me refiero al misterioso anónimo que no ha vuelto a dar señales de vida, porque nadie más me lee), no sabía si iba a ser capaz de soportarlo entero.

No sabía si iba a llegar vivo al final.

Pero lo he conseguido. Y ahora resulta que está terminando el que, a pesar de todo, ha sido el mejor mes de mi vida.

Después de un año lleno de altibajos, pero sobre todo de sufrimiento, por fin parece que las cosas vuelven a su cauce.

No sé qué me deparará el próximo año, pero espero que por lo menos sepa mantener el nivel de estos últimos días.

**Publicado el 29 de diciembre a las 21:53**

**Comentarios: 3**

El misterioso anónimo se alegra de verte tan contento. Puede que no dé señales de vida, pero sigo leyendo desde las sombras todas tus entradas.

**Publicado por Anónimo el 30 de diciembre a las 11:57**

Sigue pareciéndome increíble que alguien que no conozco se preocupe por mí. En cualquier caso, gracias :)

**Publicado por LostBoy el 30 de diciembre a las 14:32**

Para eso estamos :)

**Publicado por Anónimo el 31 de diciembre a las 16:28**

**¿Te ha gustado? Compártelo**



**TERCERA PARTE**  
***LIONHEART***

*And we walk together into the light  
And my love will be your armor tonight  
We are lionhearts  
And we stand together facing a war  
And our love is gonna conquer it all  
We are lionhearts  
Lionheart, Demi Lovato*

# CAPÍTULO 30

*Just one touch and I was a believer  
Every day it gets a little sweeter  
They Don't Know About Us, One Direction*

Estar con Sergio es un nuevo tipo de felicidad antes desconocido para mí. A pesar de las vacaciones, mi padre no me deja salir de casa lo suficiente como para vernos tan a menudo como me gustaría, pero al menos podemos quedar uno de cada dos días. Y aunque pasamos la tarde juntos y no vuelvo al pueblo hasta el último tren, las horas sin él se me hacen increíblemente largas. Empiezo a parecer la protagonista de una de esas novelas románticas que tanto odio, y no puedo evitar sentirme un tanto ridículo y también insoportablemente feliz al mismo tiempo.

Sin embargo, con él voy aprendiendo poco a poco que son las pequeñas cosas las que realmente te llenan por completo: un beso robado viendo un capítulo de alguna serie, un abrazo espontáneo, una simple caricia inesperada. Analizándolo fríamente, no tiene nada que ver con lo que sentía por Darío... o lo que creía sentir. Ahora dudo de que aquello fuera realmente amor. Esto es distinto. No, tampoco es amor todavía, pero desde luego sí que es mucho más de lo que había con Darío.

Es real.

Las mañanas pasan lentas y aburridas, y lo único destacable son los *e-mails* anónimos que sigo recibiendo y los gritos ocasionales de mi padre. Sin embargo, algo ha cambiado: los insultos y los gritos ya no me afectan como antes. Es como si todo esto creara un escudo protector a mi alrededor, un escudo que hace que los insultos duelan menos.

Las tardes que paso junto a él transcurren como envueltas en una especie de nebulosa, una nebulosa emocionante y surrealista. Cinco horas juntos casi parecen cinco minutos. No hemos vuelto a ver ninguna película, tan solo algún capítulo suelto de alguna serie que ni siquiera recuerdo: después del sábado, no seríamos capaces de aguantar dos horas enteras sin

(comernos a besos)

tener que pararla ni una sola vez. En lugar de eso, nos dedicamos a explorar cada centímetro de nuestra piel, empleando manos y labios. Descubrimos solo algunos de los infinitos modos en los que el cuerpo de una persona puede encajar con otra, y me llena de felicidad saber que aún quedan muchos más por descubrir. Muchos más momentos que vivir.

Quitarnos la camiseta se convierte en algo habitual durante nuestras tardes juntos. Al principio me daba un poco de vergüenza, a pesar de que Sergio ya me había visto de reojo en los vestuarios. Lo cierto es que nunca me he sentido muy orgulloso de mi cuerpo, y Darío no es que me hiciera sentirme atractivo precisamente. Pero con Sergio todo es completamente distinto. Me resulta imposible sentir vergüenza junto a él, pues el modo en que sus ojos me recorren me hace sentir como si fuera el chico más guapo del mundo.

Y también el más afortunado.

La primera vez que le quito la camiseta, el lunes después de Navidad, disfruto de la experiencia. Darío nunca me dejaba contemplarlo desnudo, pero con Sergio puedo recrearme todo lo que quiero, y me encanta su cuerpo. No es especialmente musculoso, a excepción de los brazos, pero no le hace falta. Su tripa no es dura ni está llena de abdominales marcados, pero para mí es perfecta, y cuando apoyo la cabeza sobre ella estoy tan cómodo que me gustaría poder quedarme ahí a dormir, con su mano enterrada en mi pelo, que se me engancha un poco en su pulsera. Su pecho tiene el equilibrio perfecto entre duro y blando, y cuando me recuesto sobre él para sentir el latido de su corazón siento que en mi vida todo comienza a encajar de un modo que nunca habría creído posible.

Sin embargo, yo no le dejo quitarme la mía hasta dos días más tarde. Cuando por fin lo hace, me doy cuenta de que se fija en las cicatrices de mis brazos, a pesar de la penumbra de su habitación. Me mira con expresión inquisitiva, invitándome a que le dé alguna explicación, pero yo niego con la cabeza y bajo la mirada. Sé que se ha dado cuenta de lo que son; es evidente. Pero

(no quiero hablar, no, no quiero)

no estoy preparado para hablar de ellas, no todavía.

No hay sexo. Eso también me resulta nuevo: es lo único que quería Darío de mí cuando estábamos juntos. Más de una vez estamos a punto, a tan solo un momento de hacerlo, y, al notar su respiración jadeante y la presión en nuestros pantalones, durante unos instantes estoy a punto de avanzar un paso más. Sin embargo, él se detiene. Siempre él. Y siempre dice lo mismo:

–Lo siento.

Y yo siempre respondo lo mismo:

–No pasa nada.

Después nos miramos y sonreímos, para volver a nuestra deliciosa rutina de besos, abrazos y charlas. Hablamos de todo: desde las cosas más profundas hasta las más absurdas.

–¿Cuál es tu casa de Hogwarts?

–¿Perdón? –pregunto, seguro de no haberlo entendido bien.

–¿Cuál es tu casa de Hogwarts? –repite, y me echo a reír.

–¿En serio, Sergio?

–¿Qué pasa? Es una pregunta de lo más normal.

–Es Hufflepuff –admito en voz baja, algo avergonzado. Durante un breve instante pienso que va a reírse, pero en lugar de eso se limita a evaluarme con la mirada durante unos segundos, como si fuera el Sombrero Seleccionador mirando en lo más hondo de mi alma.

–Te pega –dice simplemente.

–Supongo que sí –replico, encogiéndome de hombros–. La gente dice que es la casa de los marginados.

–¿La casa de los marginados? –Niega con la cabeza–. Qué va. La gente siempre piensa eso de los Hufflepuff. Piensan que son los que agachan la cabeza y se esconden cuando hay problemas, los que no son capaces de luchar por lo que quieren, pero no es así. –Hace una pausa antes de continuar–. Los Hufflepuff sois las personas demasiado buenas para estar en cualquiera de las otras casas. El problema es que hay mucho mortífago camuflado que va de Hufflepuff, y esos son los que os dan mala fama.

Me quedo sin palabras, sorprendido de que lo vea de ese modo, y le doy un beso rápido en los labios.

–¿Y tú?

–Venga. Seguro que puedes adivinarlo.

–¿Gryffindor?

Me mira con una sonrisa.

–Bingo.

No puedo evitar resoplar.

–No se puede ser más típico. Todo el mundo quiere ser de Gryffindor solo porque es la casa de los protagonistas...

–¡Oye, que yo soy Gryffindor de corazón!

–Bueno, en realidad te pega.

–¿Por qué?

Me fijo en su camiseta de Flash, tirada en el suelo, y me doy cuenta de algo: Sergio es mi superhéroe.

–Porque me has salvado.

\* \* \*

Cuando llego a casa por la noche, suspiro aliviado al ver que mi padre no está. Con mi madre puedo ser mucho más yo, pero él... él me

(mata por dentro)

corta las alas.

–Justo estaba terminando de preparar la cena –dice ella cuando entro en el salón–. No has comido todavía, ¿verdad?

Niego con la cabeza, y me acerco para darle un abrazo. Me lo devuelve con cariño, y después la sigo hasta la cocina.

–¿Qué hay para cenar?

–Sopa –dice con una sonrisa, y yo se la devuelvo–. Como tu padre no está...

Es una de las múltiples cosas que me diferencian de él: yo adoro la sopa de mi madre, pero mi padre la odia. Siento algo cálido en el corazón al darme cuenta de que mi madre la ha hecho solo para mí. Probablemente se habrá pasado horas en la cocina solo para mí.

–Estás saliendo mucho estos días –comenta cuando nos sentamos a la mesa. Me encojo de hombros mientras soplo sobre la cuchara humeante, pero no digo nada. Ella tira de las mangas de su camiseta, que se le han subido un poco, y las coloca en su sitio–. Pareces feliz –añade.

Vuelvo a encogerme de hombros, pero sé que no puedo seguir haciéndolo eternamente. Se merece una respuesta.

–Últimamente estoy contento –digo sin entrar en demasiados detalles mientras me llevo otra cucharada de sopa a la boca.

–¿Es que has conocido a alguien? –pregunta con una media sonrisa. Me atraganto y comienzo a toser, salpicando el mantel de sopa, y me pongo rojo como un tomate. Sé que no tiene sentido mentirle, y menos después de haber

tenido una reacción tan obvia, así que asiento torpemente con la cabeza. Su sonrisa se ensancha—. ¿Y te hace feliz esa persona?

Esa persona.

No «ella», ni «esa chica». No. «Esa persona.»

Lo sabe.

Noto una punzada de pánico, pero veo que sigue sonriendo, así que me permito un suspiro de alivio. Sin embargo, no soy capaz de contárselo. Soy demasiado cobarde para hacerlo. Llevo demasiado tiempo ocultando lo que soy como para empezar a confesar mis secretos tan fácilmente.

—Mucho —me limito a decir con un hilo de voz. Ella extiende el brazo para cogerme la mano y me da un suave apretón.

—Puedes contarme lo que sea, cariño. Lo sabes, ¿verdad? Sea lo que sea.

Asiento torpemente con la cabeza, todavía muy rojo.

—Lo sé.

—Estaré aquí siempre que lo necesites, ¿vale? Siempre me tendrás, te lo prometo. No voy a dejar de quererte por nada del mundo.

Me acerco a ella para abrazarla con lágrimas en los ojos, pero no soy capaz de decirle nada. Todavía no. Quiero hacerlo, y sé que ella ya lo sabe, pero las palabras me queman en la garganta y soy incapaz de obligarlas a salir, aun con su mano acariciándome el pelo. Llevo demasiado tiempo

(odiándome)

reprimiendo lo que soy como para cambiar de un día para otro, y sé que aún voy a tardar un tiempo en ser como Sergio, tan abierto con todo y orgulloso de ser como es, si es que alguna vez llego a ser así.

Por lo menos, ahora sé que ella estará ahí para apoyarme cuando llegue el momento.

Al terminar de comer, decido sentarme con mi madre frente a la tele para pasar un rato juntos. Cuando está mi padre no tenemos muchas oportunidades para hacerlo, y ella se alegra de ver que soy yo quien lo ha sugerido, pues sabe que no tengo por costumbre ver la tele. Sin embargo, no tardo ni cinco minutos en sacar el móvil para contarle a Sergio lo que ha pasado.

Tengo la mejor madre del mundo.

??



Lo sabe.

Que soy gay, digo.

!!!

Se lo has dicho???

No, pero me ha dado a entender que lo sabe.

Suele pasar...

Y q tal??

No le importa.

Dice que me seguirá queriendo pase lo que pase.

"

"

M alegre, jo.

Se lo vas a decir?

No lo sé.

¿Debería?

Creo q si.

Para ella sera importante.

Pero si ya lo sabe.

Si, pero no s lo mismo saberlo a q seas tu quien se lo diga.

Le hara ilusion &

No lo sé...

A lo mejor tienes razón.

Pues claro q si.

Sí, supongo que sí.

Tienes miedo, verdad??

Estoy acojonado.

3

Es normal... eres de hufflepuff 1

Gilipollas.

Pero me adoras ,

Sabes que sí.

Te echo de menos :

Y yo a ti 9

Ojala estuvieramos en hogwarts...

¿?

Con caminar 1 rato ya estaria contigo 9

Pero estas muy lejos 8

Idiota.

¿No prefieres a alguno de Gryffindor?

Están más cerca.

Nah

Nadie de gryffindor se puede comparar a mi tejon

,

Idiota.

''

"

Abro la aplicación de Twitter y redacto un tuit con rapidez, sonriendo como un verdadero imbécil mientras mi madre me mira de reojo disimuladamente, fingiendo no darse cuenta.

**@LostBoy\_99**

Lost Boy

Digáis lo que digáis, ser #Hufflepuff mola. ahora

# CAPÍTULO 31

*You can take everything I have  
You can break everything I am  
Like I'm made of glass  
Like I'm made of paper  
Skyscraper, Demi Lovato*

La noche de Fin de Año no podría ser más distinta a la de Nochebuena. Esta vez, mi padre no espera a la cena para beber, sino que se pasa toda la tarde con una cerveza en la mano. Para cuando nos sentamos a la mesa, es evidente que lo mejor será que intentemos no provocarlo. Por suerte, llegamos hasta el postre sin incidentes, pero entonces suena el teléfono.

–Ve a cogerlo, niño –ordena mi padre. Su voz suena tranquila, pero lo conozco lo suficiente como para

(temer)

saber que tan solo se trata de la calma antes de una tempestad que está a punto de estallar.

Me levanto para dirigirme hasta el teléfono del pasillo.

–¿Sí?

–¿Óscar? Soy yo, María. –Su voz suena nerviosa, y sé que probablemente temía que contestara mi padre—. ¿Cómo estás?

–Bueno, bien. Ahí vamos. –Sé que no puedo dar muchos detalles con mis padres cerca—. ¿Y tú qué tal?

–Bien, bien. Tan solo quería ver cómo estabais mamá y tú. ¿Ha ido bien la cena?

Sé lo que está preguntando en realidad sin que tenga que mencionarlo de forma específica.

–Sí, bueno, podría haber ido peor. Ya sabes...

–Sí...

–Pues eso...

Permanecemos en silencio durante unos segundos.

–Siento no haber ido, pero...

–Ya. No pasa nada, lo entiendo.

–¿Quién es? –grita mi padre desde el comedor.

–Creo que será mejor que cuelgue –dice María, que debe de haberlo oído–.

Dale un abrazo a mamá de mi parte, ¿vale?

–Vale.

–Y recuerda lo que te dije hace unas semanas, ¿de acuerdo? Si en algún momento necesitas venir conmigo...

–Está bien.

–¡Eh! ¿Quién coño es?

–Será mejor que cuelgue. Te quiero, Óscar.

–Y yo a ti.

Cuelgo el teléfono justo a tiempo de ver a mi padre saliendo del comedor, seguido por mi madre.

–¿Quién coño era? ¿Es que la gente no respeta ni la noche de Fin de Año?

–Era María –digo con un hilo de voz, temeroso de su reacción.

–Te tengo dicho que no hables con esa voz de maricón –me recuerda bruscamente–. ¿Qué has dicho?

–Era María –repito en alto, y a mi padre le cambia la cara por completo, como si le hubieran echado un jarro de agua fría por encima.

–¿Se puede saber qué quería?

–Nada, tan solo quería desearnos feliz año.

Resopla.

–Pues entonces podría haber venido.

–Ya sabes que no ha podido. Tiene mucho trabajo últimamente, y con las clases... –dice mi madre, recurriendo a la mentira que ha utilizado estos días para suavizar su ausencia.

Mi padre resopla, y entonces veo en su cara que ha bebido mucho más de lo que pensaba.

–¿Trabajo de qué? Ya me imagino lo que estará haciendo esa puta.

–¡No hables así de nuestra hija!

Hay un instante de silencio, y a continuación pasan varias cosas rápidamente. Primero, mi padre se gira hacia mi madre, y ella retrocede, con los ojos abiertos

a causa del

(terror, puro terror)

miedo. Adivino lo que está a punto de pasar y corro hacia ellos para tratar de evitarlo, pero antes de que pueda llegar él le da un sonoro bofetón que reverbera por todo el pasillo.

–¡Déjala en paz! –grito, y entonces él se gira hacia mí, con la mano en alto.

–No le pegues... –susurra mi madre.

Pero es demasiado tarde. No sé qué es lo que más me duele, si la bofetada en sí o la humillación de que me haya pegado.

–A tu habitación –ordena mi padre, y su tono es de advertencia–. ¡A tu habitación! –repite al ver que no me muevo.

–Pero aún falta una hora y media para las doce –señala mi madre, con voz temblorosa–. Cuando tomemos las uvas...

–A tomar por culo las uvas. ¡A tu habitación!

Me apresuro a obedecer, consciente de que lo mejor es no seguir provocándolo. Aun así, una parte de mí no puede evitar sentirse culpable por dejar a mi madre sola con él. Entro en mi habitación, pero antes de cerrar la puerta oigo más gritos amortiguados, y también el sonido de lo que parece otro bofetón. Se me para el corazón, y me debato entre volver al salón y

(matarlo)

enfrentarme a él o cerrar la puerta.

Pero soy cobarde y no soy capaz de volver, así que cierro la puerta y coloco la silla por debajo del picaporte.

Tengo demasiado miedo.

Solo las cuchillas pueden ayudarme.



(Antes)

*Keep me safe inside  
Your arms like towers  
Tower over me  
We Are Broken, Paramore*

–Tranquilo, Óscar –me susurró Darío al oído, acariciándome el hombro con suavidad–. Yo estoy aquí contigo, no te preocupes.

Una nueva arcada sacudió mi cuerpo de forma violenta y noté el sabor fuerte y amargo de la bilis en la garganta, pero no salió nada por mi boca. Ya no me quedaba nada más que vomitar.

–¿Estás mejor? –me preguntó con preocupación mientras tiraba de la cadena. Yo asentí con la cabeza, y alcé la mano para secarme las lágrimas que me humedecían las mejillas. Cuando aparté la manga vi que me la había manchado de vómito–. Espera, te traigo agua. Vuelvo enseguida.

Salió por la puerta con rapidez, y aproveché el momento para apoyar la cabeza sobre la tapa del inodoro. Me daba igual que fuera antihigiénico: estaba frío, y eso era suficiente.

Darío regresó apenas unos minutos después con una botella de agua en la mano y me ayudó a ponerme en pie.

–Enjuágate la boca primero –dijo mientras me conducía hasta el lavabo, y yo lo obedecí. A continuación, me tendió la botella–. Toma, te sentará bien. Bebe con cuidado, no vayas a volver a vomitar.

Bebí unos cuantos sorbos pequeños, tratando de controlarme a pesar de la sed que sentía, aunque no bastaron para quitarme el asqueroso sabor de la boca. Iba a tener que lavarme los dientes durante veinte minutos, por lo menos. Por suerte, el agua hizo que me sintiera un poco mejor.

–No voy a volver a beber en la vida –dije al fin, con voz pastosa–. Recuérdamelo la próxima vez que pida algo que no sea Nestea.

–Tranquilo, te lo recordaré. Y ahora, quítate la ropa.  
Me quedé de piedra.

–¿Qué?

–Tienes que ducharte –explicó–. Tienes la ropa asquerosa, estás hecho un asco y además apesta un poco. Yo te ayudaré, tranquilo.

A pesar de lo pálido que estaba, noté que me ruborizaba ligeramente.

–Darío, de verdad, no hace falta...

–Que sí –insistió con voz firme–. ¿Es que no lo ves? Casi no puedes tenerte en pie tu solo.

Traté de resistirme un poco más, pero él se empeñó en ayudarme y al final acabé dejando que me quitara la ropa. Por suerte, me encontraba lo suficientemente mal como para que mi cuerpo no tuviera reacciones indeseadas, y aun así no podía evitar que se me erizara todo el vello del cuerpo cada vez que las manos de Darío tocaban mi piel desnuda.

Me ayudó a meterme en la bañera, y una vez estuve dentro me dio la impresión de que se quedaba mirándome un segundo más de lo necesario. Pero entonces puso en marcha la ducha, y el agua fría me hizo dar un grito.

–¡Perdona! –dijo, apartando la ducha–. No sabía que iba a salir tan fría.

Aguardó a que el agua se calentara, y entonces comenzó a verter el agua sobre mí, lentamente y con cuidado. Cuando terminó de mojarme por completo y yo me froté las manchas de vómito, se llenó las manos de gel y comenzó a frotarlo por mi cuerpo, empezando por el cuello, hasta llegar a la cintura.

Dudó.

–Eh... –comenzó.

–Mejor eso lo hago yo.

–Sí, mejor.

Noté que se ruborizaba; cosa extraña, porque jamás lo había visto ruborizarse. Uní las manos, y Darío vertió un poco de gel en ellas. Me di la vuelta, porque era un poco extraño hacer eso delante de él, y me apresuré a lavarme por debajo de la cintura. Cuando me di la vuelta vi que estaba mirándome, pero no dije nada y él tampoco lo hizo. Comenzó a lavarme con la ducha, enjuagándome él por encima de la cintura y yo por debajo. Cuando terminó, me ayudó a salir y me envolvió con la toalla. Permaneció así durante unos segundos, abrazándome a pesar de que estaba empapándolo.

–¿Cómo te encuentras? –preguntó junto a mi oído, produciéndome un agradable cosquilleo.

–Mucho mejor.

–Me alegro.

Por eso es por lo que estaba enamorado. Sabía que siempre podría contar con él, pasara lo que pasara.

Hasta que pasó lo que pasó y ya no pude seguir haciéndolo.

## CAPÍTULO 32

*Our home forever is outer space  
Black stars and endless seas, outer space  
New hope, new destinies, outer space  
Forever we'll be in outer space, outer space  
Cosmos (Outer Space), t.A.T.u.*

Me despierta un pitido cerca de mi oreja, y al principio me cuesta un poco reconocer el lugar donde estoy. Unos segundos después, cuando me acostumbro a la escasa luz que emite la pantalla del móvil, me doy cuenta de que estoy en mi habitación, tirado en el suelo. Me he quedado dormido.

Me pongo en pie, frunciendo el ceño ante el dolor punzante que noto en el brazo, y camino hacia el interruptor que hay junto a la puerta para encender la luz. Entrecierro los ojos durante unos instantes para protegerme de la repentina claridad, y entonces me fijo en la cuchilla tirada en el suelo, a unos centímetros del móvil, y en las manchas de sangre sobre las baldosas. A continuación, bajo la mirada hasta mi brazo izquierdo, y siento náuseas al fijarme en todos los cortes recientes que van desde el hombro hasta el antebrazo, rodeados de manchas de sangre seca. Parece una carnicería, y lo peor es que ni siquiera recuerdo claramente habérmelos hecho.

–Mierda...

El móvil vuelve a pitar, así que me acerco a él para ver quién está escribiéndome. Tal como esperaba, se trata de Sergio, que lleva un cuarto de hora mandándome mensajes cada dos o tres minutos.

Feliz año!!

Te has atragantado con las uvas?

Estas?

Eoooo

Oye, ahora en serio, te has atragantado con las uvas?

Estoy preocupado.

Es entonces cuando me fijo en la hora, y veo que ya son más de las doce. El año ha cambiado sin haberme dado cuenta siquiera, y menuda forma de celebrarlo: tirado en el suelo con el brazo lleno de cortes. Aun así, mis labios se curvan ligeramente en una sonrisa al ver su preocupación.

Tranquilo, estoy bien.

Tan solo me había quedado dormido.

WTF

Durante las uvas?

En serio?

Sí, es que ha habido un poco de drama en casa.

Ya sabes... lo de siempre.

Joder.

Estás bien?

Sí, sí, tranquilo.

No te preocupes, ya te contaré.

Seguro?

Que sí, tú tranquilo.

En realidad no es eso lo que quiero. Lo que quiero es hablar con él, llamarle, llorar con él, poder desahogarme después de lo que ha pasado esta noche. Pero no puedo hacerlo, así que me obligo a escribir lo que Sergio necesita leer, y no lo que yo necesito decir.

Pásatelo bien en la fiesta, ¿vale?

#

Vale.

#

Me haces un favor?

Dime.

Me mandas tu ubicacion?

???

¿Para qué la quieres?

[escribiendo...]

[conectado]

[escribiendo...]

Es una tontería...

Anda, dime.

[escribiendo...]

[conectado]

[escribiendo...]

Es que así podré mirar el mapa cuando te eche de menos, y será como tenerte más cerca.

Es una tontería, lo se...

Confirmado: es imposible ser más cuqui.

No es una tontería.

Es adorable.

#

Le mando la ubicación, y después me despido de él para que pueda irse a su fiesta. Aún no son las doce y media, pero para mí la noche de Año Nuevo ya ha terminado. Ni siquiera tengo ganas de ir al baño para lavarme la sangre, así que me meto directamente en la cama y me pongo los auriculares del iPod, esperando que el sueño no tarde demasiado en encontrarme.

No sé cuánto tiempo permanezco dormido, pero apenas parece que hayan pasado unos minutos cuando el móvil vuelve a pitar. Suelto un gruñido y me doy la vuelta, decidido a ignorar el mensaje, pero entonces pita otra vez. Y una, dos, tres veces más. Resignado, tanteo la mesita de noche en busca del móvil. En la pantalla aparece el nombre de Sergio.

Oscar.

Oscar.



Oscar.

Oscar.

Oscar.

Qué.

Oscar.

Qué.

¿Estás despierto?

Qué.

Obviamente.

¿Qué pasa?

Tengo que enseñarte una cosa.

No estarás borracho, ¿no?

Que no, jo.

Mira por la ventana.

¿Qué?

Resulta que hay un cometa pasando por el cielo ahora mismo.

Asómate a verlo, ya verás.

Vale, estás borracho.

¡Que no!

Lo digo en serio.

¿De verdad me has despertado a las tres de la madrugada para que vea un cometa?

Mira, ha sido una noche de mierda, y sinceramente lo único que quiero ahora mismo es dormir.

Sé que estoy siendo demasiado borde y no se lo merece, pero después de lo que ha pasado lo único que me apetece es dormir.

Hazme caso, porfa.

Vale, acabo de mirar.

Muy bonito.

¿Puedo irme a dormir ya?

Mentira.

No has mirado.

Mira por la ventana, anda.

Suelto un gruñido de resignación y me pongo en pie perezosamente para ir hasta la ventana. Una vez allí, subo la persiana y miro al cielo, pero no veo nada. Abro la ventana y saco la cabeza, a pesar del frío, pero sigo sin ver nada más que las estrellas. Entonces oigo una tos y bajo la mirada.

Es Sergio.

Lo miro a los ojos, aturdido, y él me dirige una enorme sonrisa. Después teclea algo en su móvil, y unos segundos después el mío vibra en mi mano.

Sorpresa.

No puede ser.

Pues claro q si.

Es q no me ves?

Estás loco.

Lo se.

Bajas?

Voy.

No me detengo a cambiarme de ropa: después de todo, Sergio ya ha visto mi pijama de ovejitas. Simplemente me pongo un jersey por encima, las botas, y cojo el abrigo. Salgo de mi habitación en silencio y recorro el pasillo, agradecido de que no tengamos lámparas y muebles con los que chocarme en la oscuridad. El corazón me late a toda velocidad cuando llego hasta la puerta de entrada, pero entonces la abro con un movimiento rápido y silencioso y la cierro detrás de mí al salir.

Me cuesta creer que Sergio esté aquí realmente cuando bajo y me abraza con fuerza, pero es él; es su aroma, su cuerpo y sus labios, que me besan con avidez.

–Estás loco.

–Lo sé.

–¿Cómo es que has venido?

Se encoge de hombros.

–Llevaba unos días pensándomelo, y que me dijeras que habías tenido drama era lo que necesitaba para terminar de decidirme –explica–. Ahora debo un par de favores y tengo unos cuantos amigos cabreados por no haber ido a la fiesta, pero merece la pena.

No puedo evitarlo: lo beso con fuerza en los labios.

–Eres increíble.

–No tanto como tú.

–¿Cómo has venido? –Señala un coche que hay aparcado a pocos metros–. No sabía que condujeras.

–Eh... mejor no preguntes –contesta, ruborizándose un poco–. En fin, ¿qué te apetece hacer? Yo no conozco esto.

Miro a mi alrededor antes de responder. Lo bueno de vivir en un pueblo tan pequeño y con tan poca gente es que no hay lugares para salir de fiesta, así que la noche de Fin de Año es tan tranquila como cualquier otra.

–La gente suele hacer botellón en la zona norte, así que lo mejor será evitarla. No hay mucho que podamos hacer por aquí, pero si vamos en coche hacia el sur podremos estar tranquilos.

–Está bien.

Montamos en el coche, que tiene un ligero aroma a cerveza y tabaco. Sergio conduce con cuidado y despacio, muy despacio, confirmando mis sospechas de que ni el coche es suyo ni tiene carnet de conducir. Salimos del pueblo en dirección al sur, y acabamos en un campo en mitad de la nada, vacío salvo por un granero abandonado. Sergio aparca el coche y, cuando salimos de él, abre el maletero y saca unas cuantas mantas de su interior.

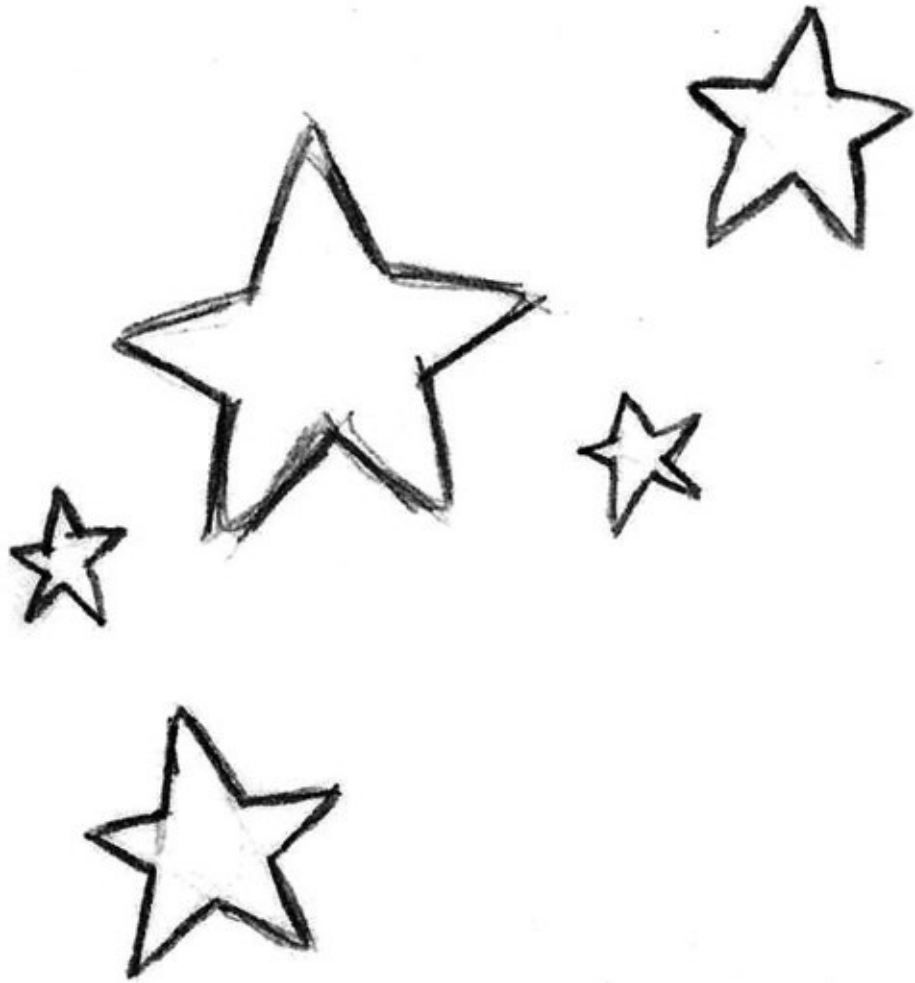
Caminamos hasta el granero, y una vez allí subimos hasta el tejado por la delgada escalera de madera envejecida. Rezo por que no haya ratas, y por suerte no veo ninguna. Cuando llegamos arriba, Sergio extiende un par de mantas por el suelo, una encima de otra, y me invita a tumbarme con un gesto de la mano. A continuación, se tumba junto a mí y nos pone el resto de las mantas por encima. No hace demasiado frío dentro de lo que cabe a pesar de ser invierno, pero aun así y a pesar del abrigo, agradezco la calidez extra.

–Pues bueno –susurra, como si no supiera qué decir.

–Pues bueno –repito yo, sonriendo.

Me devuelve la sonrisa y a continuación se acerca a mí para besarme en los labios. Cuando se aparta, me acurruco junto a él y solo entonces me fijo en el cielo, prácticamente sin ninguna nube y tan repleto de estrellas que casi parece que haya tanta luz como durante el día. La imagen es tan preciosa y siento tanta felicidad ahora mismo que no puedo evitar que se me escape una lágrima.

Las estrellas brillan con fuerza en el cielo, pero también arden en mi pecho y explotan en mis labios cada vez que Sergio me besa. Ese es nuestro hogar, el cosmos, un espacio infinito que nos pertenece tan solo a nosotros.



# CAPÍTULO 33

*La lluvia cae sobre los tejados  
Donde fuimos más que amigos  
Recuerdo que dormimos al abrigo  
Del amanecer  
La lluvia, María Villalón*

Despierto con las primeras luces del amanecer, que lo baña todo de tonos rosados y rojizos. El cielo se ha llenado de nubes durante la noche, y la temperatura ha descendido bastante, pero bajo las mantas y acurrucado a Sergio el frío no me molesta demasiado. Cierro los ojos y me pego más a él, abrazándome a su torso. A una parte de mí todavía le cuesta creer que esto esté pasando realmente, pero su aroma y su tacto son tan reales que es imposible dudarlos.

Un rato después Sergio comienza a moverse, y cuando abro los ojos veo que ya se ha despertado.

–Buenos días –susurro con una sonrisa.

–Buenos días –dice él, frotándose los ojos con las manos. Está tan adorable que no tengo más remedio que besarlo.

–¿Has dormido bien? –le pregunto cuando nos separamos.

–De maravilla. ¿Y tú?

–También.

Esta vez es él quien se acerca para besarme. Continuamos así durante un buen rato, saboreándonos el uno al otro, hasta que el beso comienza a intensificarse y se nos escapan pequeños jadeos contra la boca del otro, jadeos que nos hacen besarnos con más ganas todavía. Cuando me doy cuenta, Sergio está encima de mí, besándome con avidez, saboreando mi boca como si jamás

hubiera probado nada mejor. Sus manos recorren mi cuerpo por debajo del abrigo, y después por debajo del pijama, y cada roce hace que me ardan las terminaciones nerviosas como si estuvieran en llamas.

Apoya su peso sobre mi cuerpo con suavidad, lentamente, asegurándose de que note a la perfección cuánto me desea, las ganas que tiene de mí. Yo me arqueo un poco hacia arriba, para que note las ganas que tengo yo, y entonces comienza a besarme el cuello, haciéndome soltar un gemido prolongado.

Entonces un recuerdo aparece en mi mente. Darío y yo, en un campo muy parecido a este, el calor del verano, sus gemidos en mi oído, el dolor que intento soportar por él a pesar de las lágrimas.

Me quedo paralizado. Una parte de mí  
(necesita)

quiere que Sergio continúe, pero esta no sería la primera vez que tengo sexo en un campo en mitad de la nada, y no quiero que mi primera vez con él sea así. No quiero que tenga nada que ver con Darío.

Me aparto ligeramente.

–Lo siento –susurra, con la voz jadeante.

–No pasa nada –aseguro–. Es solo que... Aquí no, ¿vale?

–Vale.

–¿Estás enfadado?

Suelta una risita.

–Claro que no –me asegura.

–No es que no quiera –me apresuro a aclarar–. Sí que quiero, créeme. Es solo que aquí...

–Lo sé. No te preocupes, lo comprendo.

–Gracias.

Me da un beso rápido en los labios y se acurruca junto a mí. Creo que volvemos a dormirnos, porque cuando me doy cuenta el sol está más alto, y las temperaturas han bajado considerablemente. En el cielo hay unos gruesos nubarrones oscuros, y en la distancia oigo lo que parece un trueno. Lo más probable es que se ponga a llover de un momento a otro.

–Deberíamos marcharnos –dice Sergio.

Lo recogemos todo y volvemos al coche. Justo cuando Sergio lo pone en marcha, una lluvia fina comienza a caer. Miro hacia atrás, hacia el granero, y veo la lluvia cayendo sobre el tejado donde hemos dormido hasta el amanecer. Sonrío al pensar en lo que habría pasado si nos hubiéramos quedado tan solo un par de minutos más: habríamos acabado empapados.



–Déjame aquí –le pido al llegar a la entrada del pueblo.

–¿Seguro? Te vas a emparar.

–Bueno, tampoco está lloviendo tanto. La gente ya estará despierta, y no quiero que nadie nos vea juntos. No es por ti, pero...

–Lo sé. Pues paro aquí entonces.

Tras despedirnos, echo a caminar tan rápido como puedo, con cuidado de no resbalar. Por suerte, la lluvia significa que no hay mucha gente en la calle, de modo que nadie me ve. Además, mi abrigo tiene capucha, así que no me mojo demasiado.

Al llegar a casa entro con cuidado, tratando de no hacer ruido. Pero mi madre ya está despierta, y sale de la cocina con expresión preocupada cuando oye la puerta cerrándose.

–Pensaba que era... ¿Qué estabas haciendo fuera?

Mierda. No se me ha ocurrido pensar en una excusa por si me pillaban.

–Estaba... Eh... Fer me mandó un mensaje para ir a desayunar churros. No quería despertarte, así que...

Sé que no es muy creíble, y en el rostro de mi madre veo que no se lo cree del todo, pero no hace preguntas.

–Pues ve a darte una ducha caliente, que estás empapado. No quiero que cojas una pulmonía.

–Vale.

Echo a andar hasta el cuarto de baño, pero me detengo antes de entrar.

–Mamá, ¿estás bien?

Parece sorprendida por mi pregunta.

–Sí, sí... Tranquilo. Se fue después de la discusión y todavía no ha vuelto, así que...

–No dejes que vuelva a pegarte, ¿vale? –Asiente con la cabeza, con actitud avergonzada. Tiene los ojos húmedos, así que me acerco a ella para darle un abrazo que ella acepta con gratitud–. Te quiero.

–Y yo a ti, Óscar. Anda, vete a la ducha. Te vas a poner malo.

Ya en el cuarto de baño, me apresuro a despojarme de la ropa para meterme en la ducha. Entonces veo los cortes de anoche, de los que ya me había olvidado. Casi siento náuseas al verlos, y me doy cuenta de que no puedo seguir haciendo esto. No puedo seguir así. La sangre está seca y me cuesta un poco lavármela, y el dolor me impulsa a hacerme una promesa.

No voy a volver a cortarme.

No puedo volver a cortarme.

## **FELIZ AÑO**

Y cuando pensaba que mi Fin de Año iba a ser una mierda, resulta que todo cambia.

No habría imaginado una forma mejor de comenzar el año.

**Publicado el 1 de enero a las 12:59**

**Comentarios: 0**

## **INCREÍBLE**

Es increíble lo rápido que pasa el tiempo cuando eres feliz.

**Publicado el 5 de enero a las 21:37**

**Comentarios: 0**

**¿Te ha gustado? Compártelo**



# CAPÍTULO 34

*The way back home is always long  
But if you're close to me I'm holding on  
You're the one I need  
My real life has just begun  
The One, Shakira*

Lo abrazo con fuerza cuando salgo del tren y lo veo ahí esperándome, retorciéndose las manos con impaciencia. En realidad, tan solo hemos estado tres días sin vernos, pero he tenido que pasarlos estudiando para los exámenes y se me han hecho muy largos. Demasiado largos.

Me sorprende darme cuenta de que el sabor de sus labios es aún mejor de lo que recordaba.

–¿Cómo ha ido el examen? –me pregunta cuando terminamos de besarnos–. Se me olvidó preguntártelo antes.

Me encojo de hombros mientras echo a andar.

–Bien, creo. Había una pregunta trampa, pero creo que me ha salido bien. ¿Qué tal tu día?

–Un coñazo. Los profesores no dejan de hablar de la selectividad a todas horas. Selectividad, selectividad, selectividad... No te puedes ni imaginar lo obsesionados que están. Si tanto les gusta la selectividad, que se la tiren o algo, pero que dejen de darnos la lata a nosotros.

Suelto una carcajada.

–Te noto cabreado.

–Lo siento.

–¿Tan pesados son?

–Demasiado –afirma con un suspiro–. Parece que en vez de unos exámenes sea un apocalipsis zombi, joder.

–Será mejor que cambiemos de tema, entonces.

–Pues sí. Cuéntame, ¿qué tal los Reyes? Al final no me contaste nada.

Trago saliva.

–Mejor cambiemos de tema otra vez.

–¿Por qué? –pregunta, mirándome con el ceño fruncido–. ¿Qué pasa?

–En realidad no es para tanto, no te preocupes.

–Pues si no es para tanto, dímelo.

Sé que debería decírselo, así que suelto un suspiro de resignación y me obligo a contárselo.

–A ver, tal como están las cosas en casa, celebrar los Reyes es impensable. Hace unos años hubo una movida con mi hermana, y bueno... Ya te contaré algún día. El caso es que en casa es un día como otro cualquiera, así que no celebramos nada.

Me siento un poco estúpido contándoselo. No me considero una persona especialmente caprichosa, pero escuchar a Fer y a Sergio hablar de sus regalos, y también a mis compañeros de clase, hace que me sienta un poco mal. Nuevamente, deseo haber nacido en una familia distinta a la mía. O, al menos, haber tenido un padre de verdad, alguien que nos quisiera.

–¿No has tenido regalos?

–No.

–Pues eso hay que solucionarlo.

Y sin pensárselo siquiera, se desata la pulsera negra que siempre lleva en la muñeca y me la pone.

–¿Qué estás haciendo?

–Para ti. No es mucho, pero al menos tendrás un regalo.

–Sergio, no puedes darme tu pulsera...

–La compré en Londres cuando fui hace un par de años.

–Pues por eso, no puedes regalármela...

–Déjame terminar. La compré en Londres, así que quiero que la consideres una promesa.

–¿Una promesa?

–Sí. Una promesa de que pronto serás libre, y de que algún día iremos a Londres, los dos juntos. Y entonces me comprarás tú a mí una pulsera para sustituir esta. ¿Te parece bien?

No tengo palabras, así que lo beso sin preocuparme siquiera por la gente. Le doy un beso en público.

Seguimos caminando y, al cabo de un minuto, me coge de la mano tímidamente. Me tenso un poco, mirando a mi alrededor. Desde que empezamos a salir hemos pasado la mayor parte del tiempo en su casa, aislados del mundo, y todavía no estoy acostumbrado a las muestras de afecto en público. Finalmente, me relajo un poco y le acaricio los dedos.

–¿Quieres que te suelte? –dice como quien no quiere la cosa, aunque adivino por su tono que le dolería si dijera que sí. Y, en realidad, lo cierto es que no quiero que lo haga. Ni en un millón de años.

–No. No hace falta. Me gusta esto.

Él sonrío y me da un apretón, envalentonado por mi respuesta. Sin embargo, no puedo evitar sentirme nervioso mientras caminamos. Hay demasiada gente, y me da la impresión de que todos nos

(odian, sí, todos nos odian)

están mirando. A unos veinte metros por delante de nosotros, unos cuantos chicos están saliendo del centro deportivo y caminan en nuestra dirección. Parecen un poco

(gilipollas)

mayores que nosotros, y cuando se ríen sé por sus miradas que es evidente lo que les hace tanta gracia.

Sergio hace ademán de soltarme la mano, pero yo se la aprieto con más fuerza. Cuando pasamos junto al grupo de chicos mantengo los ojos fijos en ellos, retándolos a decirnos algo.

No lo hacen.

–Gilipollas –murmura Sergio cuando los dejamos atrás, girándose para mirarlos.

–Da igual. No merece la pena.

Seguimos caminando en silencio.

–¿En serio tenemos que entrar? –se queja Sergio cuando llegamos a la puerta del centro deportivo.

–Me parece que sí.

–No es justo –se queja–. ¿De verdad voy a tener que pasarme una hora entera sin besarte?

Echo un vistazo a la pantalla del móvil para comprobar cuánto tiempo nos queda y me encojo de hombros.

–Todavía faltan diez minutos para que empiece la clase –comento como quien no quiere la cosa.

Sin perder ni un momento, Sergio me envuelve con sus brazos y comienza a besarme. Durante unos instantes, es casi como si el mundo no existiera... hasta que oigo una tos a mi espalda y me aparto bruscamente de él para encontrarme cara a cara con Alejandro.

–Lo... lo siento –digo con un hilo de voz. Él nos mira con severidad durante unos instantes, y por un momento temo que vaya a ponerse a gritar o a insultarnos. ¿Y si le parece asqueroso lo que estamos haciendo? ¿Y si nos echa de las clases de judo? Después de haber encontrado un lugar donde por fin parece que puedo encajar, no quiero perderlo.

Sin embargo, tras unos segundos de silencio, sus labios se curvan ligeramente y toda la tensión desaparece de golpe.

–No lo sientas. A mí me da igual lo que hagáis, siempre que no interfiera en el entrenamiento. ¿Entendido?

–Entendido –decimos los dos a coro.

–Pues entonces id entrando, que la clase va a comenzar ya. Como lleguéis un minuto tarde, os pongo a hacer flexiones.

Y sin decir una palabra más, entra en el edificio con el paso enérgico que lo caracteriza. Miro a Sergio y suelto un suspiro de alivio. Es la primera vez que alguien me ve besando a un chico, al menos dándome yo cuenta, y la verdad es que no había contado con una reacción tan buena.

–Pensé que iba a sacarnos una *katana* o algo –admito. Sergio suelta una carcajada nerviosa.

–Yo también.

–Será mejor que entremos ya –señalo-. Si no, creo que va a sacarnos la *katana* de verdad.

\* \* \*

–¿Te apetecería ir mañana por la noche a una discoteca de ambiente?

Me pongo tenso de inmediato.

–Cuando dices «de ambiente»...

–Una discoteca gay –aclara, confirmando mis sospechas.

Por mi mente pasan imágenes rápidas de cuerpos sudorosos y cuarentones metiéndome mano en contra de mi voluntad. Lo cierto es que la idea no acaba de hacerme demasiada gracia.

–No lo sé. Me da un poco de mal rollo.

Él suelta una carcajada.

–¡Venga ya! ¿Qué estás imaginando? ¿Un montón de cuarentones sudorosos metiéndote mano?

Me encojo de hombros y tomo un sorbo de mi chocolate con las mejillas ligeramente enrojecidas, tratando de ocultar mi sorpresa por la facilidad que tiene para leerme la mente.

–Más o menos.

–No te llevaría a un sitio así, tonto –asegura, y me da un beso rápido en los labios–. En realidad es una discoteca bastante *light*, te lo prometo, y casi todos los que van son de nuestra edad.

Uf.

–No sé yo...

–¿Por qué no? ¡Será divertido! –insiste, y no puedo evitar sonreír–. Podemos bailar un poco, o sentarnos a charlar si no te apetece, lo que tú quieras. Lo importante es que allí podremos estar juntos sin miedo a que nadie nos mire mal ni nos insulte, con gente como nosotros.

Tengo que confesar que ahora sí que empieza a gustarme la idea.

–¿Por qué tienes tanto interés por ir?

–No sé, me apetece mucho pasar una noche bailando contigo, divirtiéndonos y ya está –replica, encogiéndose de hombros–. Nunca lo hemos hecho.

–Bueno, pero de todos modos, yo todavía tengo dieciséis, así que no voy a poder entrar. Y se supone que tú tampoco.

–No pasa nada. Conozco al portero, así que por eso no hay problema. No tienes excusa.

Hay que reconocer que lo tiene todo pensado.

–Pero el último tren sale a las doce y media. No podría quedarme mucho rato, y para ir solo una hora o así...

–O podrías quedarte a dormir en mi casa.

Lo miro

(emocionado)

arqueando una ceja.

–Si querías que fuera tu *uke* en más sitios aparte del tatami, esa no es una forma muy sutil de pedírmelo –digo para ganar un poco de tiempo, y él suelta una carcajada. En realidad, la perspectiva de quedarme a dormir en su casa me resulta emocionante y terrorífica a partes iguales, y no sé si me parece una idea maravillosa o, por el contrario, un gran error.

–Venga, no seas idiota –replica, dándome un manotazo cariñoso en el hombro–. Ya sabes que no tenemos por qué hacer nada que tú no quieras.

–Lo sé –contesto con una sonrisa, y me inclino para darle un beso por encima de la mesa. Por supuesto que lo sé: me lo ha dejado claro más de una vez. El problema es que no sé lo que quiero yo.

–¿Entonces...?

–Hablaré con mi madre. No prometo nada, pero hablaré con ella, ¿vale?

–¡Genial!

–¿A tus padres no les importará que me quede?

Él niega con la cabeza.

–No creo.

–Genial entonces.

–¿Eso es que sí? –pregunta, esperanzado.

–Eso es que ya veremos. Primero tengo que hablar con mi madre.

Y a pesar de ello, el corazón comienza a latirme con fuerza al pensar en la perspectiva de pasar una noche entera con Sergio.

Y en todo lo que podría ocurrir.



# CAPÍTULO 35

*Take these words  
Don't let them go unheard  
This is me reaching out  
I hope you can hear me now  
As Long As You're There, Charice (Glee)*

–Hola –saludo por costumbre al pasar delante de la puerta del salón. No espero respuesta alguna, pero, para mi sorpresa, mi padre me contesta con su voz gruñona.

–Tu madre quería hablar contigo.

Por suerte, no necesito preguntarle dónde está para saberlo, así que no sigo hablando con él. La encuentro en la cocina, su santuario, el lugar de la casa que mi padre solo pisa para comer; donde mi madre siempre se refugia cuando él está en casa, ya sea cocinando, limpiando o leyendo algún libro. Entro y me acerco para darle un abrazo, pero entonces me fijo en la expresión seria de su rostro. Noto un nudo en la garganta.

–¿Pasa algo?

–Cierra la puerta.

Me apresuro a obedecer.

–¿Pasa algo? –repito, mirándola con preocupación.

–¿Qué es esto, Óscar? –me pregunta, señalando la mesa.

Sigo la dirección de su mano, y entonces

(mierdamierdamierdamierda)

las veo allí, sobre la mesa. Las cuchillas. No hay lugar a dudas: estoy tan familiarizado con ellas que probablemente las reconocería en cualquier parte. Son mis cuchillas. Me quedo helado, sin saber muy bien qué responder.

–Eh...

–Dime que esto no es lo que estoy pensando. Por favor, Óscar –se le rompe la voz al pronunciar mi nombre, y de pronto siento náuseas–, dime que esto no es lo que estoy pensando.

nonononoNoNoNONONONO

–Tiene una explicación.

Suelta un resoplido.

–¿De verdad? Porque yo creo que está muy claro.

–No es lo que parece –insisto, pero mi voz es cada vez más débil–. De verdad, no es lo que...

–Están manchadas de sangre seca. Y no es la primera vez que encuentro manchas de sangre en tu ropa y en tus sábanas.

–Mamá, no...

–Quítate la camiseta.

–¿Qué?

–Que te quites la camiseta ahora mismo, Óscar. No me hagas llamar a tu padre –añade, y noto la advertencia como un puñetazo en el estómago.

Me desplomo sobre la silla y suelto un suspiro. A regañadientes, me quito la camiseta y dejo que me examine los brazos. Son débiles y llevo ya un tiempo sin cortarme a diario, pero las cicatrices resultan inconfundibles, especialmente las de la noche de Fin de Año.

Se me rompe el corazón en mil pedazos cuando mi madre suelta un sollozo estrangulado. El dolor que siento al ver su rostro es peor que mil cuchillas clavándose en mi piel, y es todo por mi culpa.

–¿Por qué, Óscar? –me pregunta con un hilo de voz.

No respondo. No sé qué decir. ¿Por qué lo hacía realmente? Cada vez lo recuerdo menos.

–¿Cómo las has encontrado? –digo tras unos segundos de silencio.

–No he registrado tu habitación –asegura, y me doy cuenta por su tono de que está un poco a la defensiva–. Tan solo he ido a cambiarte las sábanas y he aprovechado para darle la vuelta al colchón.

Siento una punzada de pánico al darme cuenta de que allí también estaba el cuaderno de dibujo, y la hoja arrancada con ese dibujo que hice de Sergio antes de conocerlo... y también muchos otros que hice después. Es evidente que tiene que haberlo visto, aunque no haya mencionado nada al respecto. Me arde la cara al recordar lo explícitos que eran algunos.

Ninguno de los dos habla durante un par de minutos. Me mira a los ojos, pero yo aparto la mirada, incómodo.

–¿Por qué, Óscar? –repite.

–Soy gay –digo finalmente, y mi voz suena más firme de lo que esperaba. Comprendo por primera vez por qué la gente describe la sensación como «quitarse un peso de encima», porque así es exactamente como me siento. Realmente es como si algo grande y pesado que me aplastara hubiera desaparecido de repente, aunque mi cuerpo sigue estando un tanto dolorido a causa de la presión.

Ella cierra los ojos y suelta un suspiro. Siento un instante de terror y temo que me odie, que ya no me quiera, que no sea capaz de aceptar que su hijo es gay. Pero después estira el brazo y pone la mano sobre la mía.

–¿De verdad crees que no me lo imaginaba?

Me encojo de hombros antes de contestar.

–No lo sé. Supongo que sí, no sé. Pero tenía miedo.

–Óscar, soy tu madre. Lo que te dije el otro día era cierto: te querré pase lo que pase y quieras a quien quieras. Para mí sigues siendo el mismo de siempre, y eso no va a cambiar. Lo sabes, ¿no?

–Lo sé.

–Pero ser gay no explica ni justifica que hagas estas cosas –añade, señalando las cuchillas con un gesto de la cabeza, con una evidente expresión de asco en el rostro. Puedo ver que tiene los ojos anegados de lágrimas que amenazan con derramarse de un momento a otro.

–Hace mucho que no lo hago –explico, y mi madre suelta un bufido–. De verdad, llevo por lo menos dos semanas sin cortarme. Tú misma has visto las cicatrices, no hay ninguna reciente.

Ella resopla y niega con la cabeza, incrédula.

–¿Y eso te parece mucho?

–Para mí, sí –replico a la defensiva.

–¿Por qué lo hacías, Óscar? Mucha gente es gay y no va por ahí cortándose. ¿Es que has intentado...?

–¡No! De verdad, mamá, no era eso –aseguro–. Nunca he tratado de suicidarme.

Aunque eso no significa que no lo haya  
(deseado)

pensado más de una vez, claro, pero ella no necesita saberlo. Y menos en este momento.

–¿Entonces?

–En el instituto descubrieron que era gay. Llevan haciéndome la vida imposible desde entonces.

Ella cierra los ojos y reposa la frente sobre la mano cerrada. Cuando los abre y vuelve a levantar la cabeza, de pronto parece varios años más vieja, como si hubiera envejecido durante el transcurso de nuestra conversación. Un doloroso pinchazo de culpabilidad me atraviesa el corazón de un lado a otro, desgarrándolo hasta partirlo en dos.

–¿Cuándo pasó eso? –pregunta finalmente.

–A finales de septiembre, poco después de que empezaran las clases.

Asiente con la cabeza.

–Sabía que pasaba algo. Siempre has sido retraído, pero desde entonces... era como si estuvieras siempre ausente, como si tuvieras la cabeza en otra cosa. Era como... Como si ni siquiera estuvieras vivo.

Siento un escalofrío al escuchar sus palabras: así era exactamente como me sentía. Muerto por dentro.

–Lo sé.

–¿Por qué te cortabas?

–Para sentirme vivo –admito.

Veo un destello de dolor cruzando su rostro, y las lágrimas comienzan por fin a derramarse.

–Pero esa no es la solución, cariño. Hacerse daño nunca es la solución. ¿Qué te hacían?

–De todo. Me insultaban, me pegaban, me rompían las cosas, me amenazaban... Mi vida era un infierno.

Suelta un sollozo y se levanta de la silla para abrazarme, y yo me refugio entre sus brazos aspirando su aroma dulce y familiar, como solía hacer cuando era pequeño y tenía una pesadilla. Durante un instante creo que todo se va a arreglar, que todo va a salir bien. Durante un instante vuelvo a tener cinco años, y el alivio que siento cuando me abraza es instantáneo.

La diferencia es que esta vez la pesadilla ha sido real.

–¿Por qué no me lo habías dicho, cariño?

Me encojo de hombros.

–Porque tenía miedo.

–Tenías que haberme dicho algo. A mí o a algún profesor, pero no tenías que haberte quedado callado tanto tiempo.

–Fer lo sabía. Me ha ayudado bastante... sin él las cosas habrían sido mucho peores.

–¿Y Darío?

Bajo la mirada.

–En realidad, todo esto ha sido un poco culpa suya.

No entro en detalles, pero sé que con eso es suficiente para que se haga una idea aproximada de lo sucedido.

–Por eso te has apuntado a clases de judo, ¿verdad? ¿Para plantarles cara? –pregunta, y yo asiento con la cabeza–. Óscar, está muy bien que quieras aprender a defenderte, pero no quiero que te pelees en el instituto. Podrían expulsarte. Lo sabes, ¿verdad?

–Lo sé.

–Lo que tienes que hacer es decírselo a algún profesor para que puedan tomar medidas.

–Se lo he contado a Ana –digo, aunque omito que no le he dado todavía ningún nombre–. Ella me está ayudando con todo esto.

–¿La profesora de Inglés? –Asiento con la cabeza–. Esa muchacha es maravillosa.

–Lo es.

–En tu próxima clase quiero que le preguntes cuándo puedo ir a hablar con ella. Esto no puede seguir así. Lo entiendes, ¿no?

Suelto un suspiro de resignación. Llevo evitando a Ana en el instituto desde que volvimos de las vacaciones de Navidad, pero sé que ya no voy a poder retrasar más el momento.

–Vale. Lo entiendo.

–Y no vuelvas a cortarte –me advierte con severidad–. Supongo que puedo intentar entender por qué lo hacías, pero si vuelves a hacerlo te llevaré a un psicólogo. ¿De acuerdo?

Justo lo que necesito: hablar de mis problemas con un completo desconocido.

–Vale.

–Así me gusta –dice, y, tras pasarse las manos por la cara para secarse los restos de lágrimas, vuelve a darme un fuerte abrazo–. Y bueno... ¿hay algo más que quieras contarme?

Lo sabe. Es obvio que lo sabe. Pero tengo miedo de contárselo, a pesar de lo bien que se ha tomado el hecho de que sea gay.

Trago saliva varias veces antes de hablar.

–Estoy saliendo con un chico –digo finalmente, y noto un ardor en las mejillas que acompaña mis palabras.

Me mira fijamente y después asiente con la cabeza. Sus labios se curvan lentamente en una sonrisa.

–Ese chico te hace feliz, ¿verdad?

–Muchísimo –admito, y temo que mis mejillas vayan a comenzar a humear de un momento a otro.

–Me lo imaginaba.

–Ah, ¿sí?

Ella suelta una carcajada nerviosa.

–Pero ¿es que no has visto cómo estás últimamente? ¡Pareces un Óscar completamente nuevo! –señala–. Nunca te había visto tan contento, ni siquiera antes de... antes de septiembre.

–¿No te importa?

–¿Por qué iba a importarme? Eres mi hijo, Óscar, y lo único que quiero es que seas feliz. Y si ese chico te hace feliz, tenéis todo mi apoyo. Supongo que será de tu curso, ¿verdad? –añade con suspicacia.

–Bueno, en realidad va a segundo de bachillerato.

Frunce el ceño.

–Es un poco mayor, ¿no?

–Mamá, que solo tiene un año más que yo. Relájate, ¿vale? Es un chico maravilloso, de verdad –añado, notando cómo mi rubor se intensifica al hablar de Sergio. Ella suelta un suspiro.

–Bueno, si te hace feliz... Pero no tardes mucho en presentármelo, ¿vale? Me gustaría conocerlo.

Suelto una carcajada. Es típico de mi madre.

–Bueno, vale. Algún día. Por cierto, ya que estamos hablando de Sergio... ¿Podría quedarme mañana a dormir en su casa?

Me mira enarcando una ceja

(mierda)

antes de contestar.

–Óscar, no sé yo si...

–Estarán sus padres –le aseguro, consciente de que esto tiene que ser difícil para ella por muy bien que se lo haya tomado todo–. Te lo prometo. Puedes hablar con ellos por teléfono si quieres, seguro que a él no le importa.

–Sí, pero... –Hace una pausa, como si no encontrara las palabras para expresar lo que quiere decir, y me doy cuenta de que se siente tan incómoda

como yo con esta conversación—. ¿No te parece que eres un poco joven para esas cosas, Óscar?

Reprimo un bufido al darme cuenta de lo que está pensando, y cierro los ojos durante unos instantes. Noto las mejillas tan calientes que temo que vayan a explotar en cualquier momento.

—Mamá, quedamos casi todos los días. Por eso es por lo que estoy saliendo tanto últimamente. Paso bastante tiempo en su casa. Créeme, si quisiéramos... hacer algo, no necesito la excusa de quedarme a dormir en su casa —explico, tratando de que mis argumentos suenen lógicos y coherentes.

Ella se queda pensativa durante unos segundos. Echa un vistazo a las cuchillas y suelta un suspiro.

—Ese chico te está haciendo mucho bien, ¿verdad?

—Muchísimo.

—¿Me prometes que no vas a volver a cortarte?

—Te lo prometo.

—Bueno... En ese caso, supongo que no pasa nada porque te quedes con él. Pero quiero hablar con sus padres primero.

Sonrío de oreja a oreja y la abrazo con fuerza.

—Gracias, mamá. Eres la mejor.

—Pero, Óscar, espero que estés teniendo cuidado...

—¡Mamá! —me quejo, cerrándome en banda completamente a tener «la charla» con ella. Las mejillas comienzan a arderme—. Ni siquiera te he dicho si hemos hecho nada todavía.

Ella permanece en silencio durante unos segundos.

—¿Eso significa que no?

—¡Mamá! —grito otra vez, y no entiendo cómo es posible que mis mejillas no estén echando humo—. De verdad, no hace falta que hablemos de esto.

—Escucha, Óscar, tan solo quiero que seas consciente de lo que haces. Obviamente, ninguno de los dos va a quedarse embarazado, pero aun así es importante que toméis una serie de precauciones...

Oh, oh. La conversación empieza a moverse por terrenos peligrosos, y no estoy dispuesto a atravesarlos con ella.

—Mira, mamá. Estamos en el siglo veintiuno, ¿recuerdas? Internet y esas cosas, ya sabes. Créeme, no hay nada que puedas decirme acerca de... acerca del sexo gay que no sepa ya.

El historial de mi portátil es prueba de ello.

Dios. No puedo creerme que acabe de pronunciar las palabras «sexo gay» delante de mi madre.

Ella asiente con la cabeza, resignándose.

–Está bien. Ya sabes que mi trabajo es preocuparme por ti. Tan solo quiero que tengas cuidado, ¿vale?

–Lo tendré. No te preocupes.

–Y quiero conocerlo.

La miro con el ceño fruncido.

–Es coña, ¿no?

–¡Lo digo en serio! Quiero saber cómo es ese chico.

–Mamá...

–Ni mamá ni mamá –replica ella, en modo madre total–. Tengo derecho a conocer al novio de mi hijo, ¿no?

Suelto un resoplido.

–Pero es que aún no llevamos saliendo oficialmente ni dos semanas –señalo–. Todavía es un poco pronto para presentártelo.

–Ni pronto ni pronta –insiste.

–¡Mamá! Dos semanas es muy poco tiempo. Sería muy extraño, y Sergio iba a sentirse muy incómodo...

–Si no me lo presentas, olvídate de quedarte a dormir con él –replica, tajante.

Jaque mate. Parece que no me queda más opción que aceptar si quiero que me dé permiso.

–Bueno... vale –cedo finalmente, a regañadientes. Acto seguido, trato de regatear, aun a sabiendas de que no va a servir de mucho–. Si te parece, en dos o tres semanas puedo traerlo a casa un día.

Ella niega con la cabeza.

–Ni hablar. La semana que viene.

–Mamá...

–Te he dicho que nada de mamá. Tengo que asegurarme de que es lo bastante bueno para ti.

No puedo evitar sonreír ante sus palabras.

–Lo es. Es eso y más.

–Más le vale.

Me acerco a ella para abrazarla, y nos quedamos así durante un buen rato, disfrutando, a pesar de todo, del momento de cercanía. No compartíamos uno desde hace tanto tiempo que ni recuerdo cuándo fue el último. El sonido de la



televisión se cuela por la puerta cerrada, pero es casi como si estuviéramos los dos solos en la casa, a salvo de todo. Y de todos.

Cuando me separo de ella, cojo las cuchillas. Las observo en la palma de mi mano y miro el resplandor mortecino que emiten bajo la luz del fluorescente. Ya no son como antes. Algo ha cambiado en ellas, o, tal vez, algo ha cambiado en mí. El metal, que antes me parecía amistoso y agradable, es ahora frío. Simplemente eso: frío. Antinatural contra mi piel cálida.

Camino hacia el cubo de basura con paso decidido y las tiro dentro sin pensarlo mucho, sonriendo de oreja a oreja.

Ya no las necesito.

## **TENGO LA MEJOR MADRE DEL MUNDO**

Y ya no hace falta añadir nada más.

**Publicado el 8 de enero a las 22:59**

**Comentarios: 0**

## **ABEJAS ASESINAS**

Como sigan así, me van a agujerear el estómago.

**Publicado el 9 de enero a las 17:25**

**Comentarios: 0**

**¿Te ha gustado? Compártelo**



## CAPÍTULO 36

*Do you know the way that I should turn?  
Do you know that I have learned  
I'm lost in this dance with you?  
Lost In This Dance, Lena Katina*

–Tengo miedo.

–No digas tonterías –replica Sergio.

–¡Lo digo en serio! ¿Y si intentan violarme?

–Nadie va a intentar violarte.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque no estás tan bueno.

Le doy un manotazo en el brazo, pero suelto una carcajada.

–Imbécil.

–Es broma, tonto –dice, y me da un beso rápido en la mejilla–. No van a violarte porque estaré yo ahí para defenderte.

–¿Y si nos echan algo en la bebida?

Pone los ojos en blanco.

–Nadie va a echarnos nada –asegura.

–¿Cómo lo sabes? ¿Y si nos drogan? ¿Y si nos secuestran? ¿Y si nos despertamos en coma?

Sergio se detiene en mitad de la calle y me mira fijamente durante unos segundos. Después, suelta una carcajada.

–¿Te das cuenta de lo que acabas de decir?

–Es que tengo miedo.

–¿De qué?

Buena pregunta.

–De que nos violen, y nos secuestren, y nos droguen.

–Mentira. Dime la verdad. ¿De qué tienes miedo en realidad?

–De despertar en coma.

–En serio.

Trago saliva y me miro los pies antes de contestar.

–Tengo miedo de ser yo mismo.

Suelta un suspiro y me pone una mano bajo la barbilla para hacerme levantar la mirada con delicadeza. Me mira fijamente, y noto que el miedo comienza a desvanecerse al ver sus brillantes ojos azules.

–Óscar, no va a pasar nada –me asegura–. No será como en el instituto, te lo prometo.

–Ya, pero...

–No. Escucha. Mira, sé que tienes miedo, y lo entiendo. De verdad. Pero allí todos son como tú y como yo, ¿vale? Nadie va a mirarte raro, ni a insultarte ni nada parecido. Te lo juro.

Asiento con la cabeza, pero vuelvo a bajar la mirada.

–Es que...

–¿Qué pasa?

No contesto enseguida, sino que me tomo unos segundos para tratar de buscar las palabras adecuadas. Suelto un suspiro antes de hablar.

–Llevo mucho tiempo ocultándome.

–Pues ya es hora de que dejes de hacerlo, ¿no te parece? Allí solo tienes que ser tú mismo.

–El problema es que me he olvidado de cómo ser yo mismo –admito, pero él niega con la cabeza.

–Eso es una tontería. Conmigo sí que lo eres, ¿no?

–Sí.

–Pues entonces no hay problema, porque estarás conmigo. No voy a dejarte solo ni un momento, ¿vale?

Finalmente, sonrío.

–Vale.

Le doy un beso en los labios y seguimos caminando.

Llegamos a la discoteca al cabo de unos diez minutos. Por suerte para mis nervios, tiene un aspecto de lo más normal. No veo cuarentones al acecho en busca de víctimas jóvenes, y eso siempre es un punto a favor.

–¡Hola! –saluda Sergio al portero cuando entramos, con tono alegre–. ¿Qué tal, tío?

–¡Hombre! Pero ¡si es Sergio con su chico!

El portero, que aparenta unos veinte años o así, lo saluda con unos besos en ambas mejillas que me resultan un tanto chocantes. Después se acerca a mí para hacer lo mismo, y yo me quedo paralizado, un tanto aturdido. No estoy acostumbrado a tener trato tan cercano con un chico, y mucho menos en público.

–Hola –digo tímidamente.

–Encantado de conocerte, guapo. Pablo dice que Sergio no deja de hablar de ti a todas horas.

Enrojezco violentamente, y él suelta una carcajada. Después nos da unos *tickets* con un guiño.

–Os invito a la primera copa.

–Eh, ¡gracias! –dice Sergio.

–Venga, venga, ahora entrad a pasarlo bien.

Entramos en la sala y, para mi sorpresa, me  
(gusta)

encuentro con un ambiente mucho más relajado de lo que esperaba, casi familiar... Hay mucha gente bailando en la pista, sí, pero nada que ver con los desenfadados bailes repletos de lujuria que había imaginado. De hecho, la mayoría simplemente está pasando el rato tranquilamente, cerca de la barra o en una zona apartada llena de sofás y sillones.

–No es como me esperaba –admito a regañadientes.

–Te lo dije. ¿Qué te apetece tomar? –pregunta Sergio cuando nos abrimos paso hasta llegar a la barra.

–Eh... Pues no lo sé.

–¿Es que nunca has bebido alcohol?

Lo he hecho, aunque el resultado fue tan desastroso que no he vuelto a repetir. La mayoría de las veces Darío solo se acostaba conmigo después de haber bebido y casi siempre me ofrecía, supongo que para sentirse mejor consigo mismo, aunque yo no lo aceptaba. En cualquier caso, nunca había estado en una discoteca, así que no sabía qué era lo que se suponía que tenía que pedir.

–Alguna vez –respondo sin entrar en detalles–. Pero no tantas como para saber qué me gusta.

–¿Confías en mí? –Asiento con la cabeza, y, sonriendo, él se gira hacia el camarero que hay tras la barra y le entrega los dos *tickets*–. Dos de vodka negro con lima, por favor.

–¿Vodka negro con lima? –repito mientras el camarero nos prepara rápidamente las bebidas–. Eso no puede estar bueno.

–¿Que no? –pregunta, alzando las cejas–. Ya verás: es la bebida de los dioses.

–Aquí tenéis, guapos –dice el camarero con un guiño, y empuja los vasos hacia nosotros. Tomo el mío con recelo y doy un sorbito.

–¿Qué tal? –inquieta Sergio, expectante.

–Creo que acabo de tener un orgasmo.

Él suelta una carcajada y me besa en los labios.

–Pues espero que no sea el último de la noche –susurra junto a mi oreja, provocándome un escalofrío que me recorre entero.

Lo beso para ocultar el intenso rubor que noto en las mejillas, aunque con cuidado de no pegarme demasiado a él para que no note la reacción que han provocado sus palabras en mi cuerpo.

\* \* \*

La verdad es que estar en la discoteca resulta no ser tan terrible como me lo había imaginado. Pasamos un buen rato en la barra hablando, y poco después llega Pablo, el mejor amigo de Sergio, acompañado por unos cuantos amigos más. Nos quedamos un rato con ellos, charlando, pero tras unos minutos Sergio me saca a bailar tras darse cuenta de mi incomodidad al estar con tanta gente desconocida.

*With the sun going down*

*Behind buildings around*

*It's like a tomb*

–Adoro esta canción.

–No la conozco –admito. La voz me resulta ligeramente conocida, aunque no termino de ubicarla.

*I'm not giving up till*

*I find what I'm looking for tonight*

–¿No conoces a Lena Katina? Es maravillosa.

–Ni idea –respondo con sinceridad.

–Pues búscala en YouTube o algo, porque es increíble. Venga, ¡vamos a bailar!

*You and I must find each other*

*Even if I'm blind from glaring lights*

Comienzo a moverme torpemente y tengo la sensación de que todos en la discoteca están mirándome, riéndose de mí. Pero entonces Sergio me besa en los

labios, consiguiendo con un gesto tan simple que me olvide de todo. No sé cuánto tiempo permanecemos así, besándonos con los ojos cerrados mientras nos mecemos al ritmo de la música, pero no quiero que el momento termine nunca. Es como si me hubiera perdido en el baile y no quisiera encontrar el camino de vuelta.

*Even if it takes all night  
I'm lost in love with you*

Pero finalmente termina la canción, así que volvemos a la zona de sillones donde están Pablo y sus amigos.

–Voy al baño –dice Sergio al cabo de un buen rato–. Como me aguante más voy a mearme encima, y creo que va a haber cola para entrar.

–La culpa es tuya –le riño–. Te has tomado tres vodkas.

–Cállate y bésame, anda.

Lo obedezco, y después lo observo desaparecer entre el gentío. A continuación, me arrellano en mi asiento y examino el lugar, más contento de estar ahí de lo que habría creído posible.

De pronto me encuentro con un par de ojos muy familiares clavados en mí, y doy un respingo involuntario.

Los reconocería en cualquier parte.

Es Darío.

Sin embargo, en cuanto se da cuenta de que lo he visto, se apresura a mezclarse entre la gente y desaparece.

–¿Es que conoces a ese tío? –pregunta Pablo con el ceño fruncido, siguiendo la dirección de mi mirada. Sus ojos verdes parecen furiosos.

Me encojo de hombros.

–Digamos que tuvimos algo hace algún tiempo, pero resultó no ser como yo creía.

–No me gusta –sentencia.

–¿Es que lo conoces? –le pregunto con curiosidad, todavía extrañado de haber visto aquí a Darío. Él niega con la cabeza, y sus rizos pelirrojos se balancean con el movimiento.

–No, al menos, no personalmente. Pero viene mucho por aquí, y podría decirse que aprovecha bien el tiempo. No es un buen tío.

–No es eso –digo sorprendiéndome a mí mismo.

Pablo me mira con escepticismo.

–¿Que no? Ha tratado bastante mal a varios amigos míos. Se los liga con palabras bonitas, se los folla y después los manda a la mierda.

Sí. La verdad es que eso me resulta muy familiar.

–Puede que sea un poco cabrón, no te lo voy a negar. Pero en el fondo no es un mal tío.

–¿No? Y entonces, ¿qué coño le pasa?

–Está perdido –explico, comprendiéndolo al fin.



(Antes)

*When you're in my bed  
All you give me is a heartbeat  
I've turned into a statue  
And it makes me feel depressed  
'Cause the only time you open up  
Is when we get undressed*  
Starring Role, Marina and the Diamonds

–Es una putada que Fer no haya podido venir –comenté al sentarme en la cama, tratando de parecer sincero a pesar de estar pensando exactamente lo contrario. En realidad, me alegraba poder estar a solas con Darío, cosa que no sucedía con demasiada frecuencia, así que la gripe veraniega de Fer me había venido muy bien. Era la primera vez que nos quedábamos a dormir juntos los dos solos.

–Supongo –dijo él, encogiéndose de hombros mientras cerraba la puerta de su habitación. Después se giró para mirarme—. Pero bueno, siempre podemos pasarlo bien nosotros dos solos, ¿no?

Tragué saliva, repentinamente nervioso por sus palabras. ¿Significaban lo que creía que significaban? ¿O tan solo eran imaginaciones mías, producto de mis deseos y de mis anhelos, pero sin ninguna base real?

Me esforcé por fingir una sonrisa.

–Claro. No todos los días cumple uno dieciséis años.

–Todavía no me has regalado nada –me reprochó, comenzando a desvestirse lentamente—. Menudo amigo estás hecho...

–Ya te lo he dicho –respondí, tratando de controlar el nerviosismo de mi voz al ver cómo se desnudaba—. Fer tiene nuestro regalo.

–Pues me parece fatal, que lo sepas –señaló con una sonrisa mientras se deshacía de los vaqueros y los dejaba tirados en el suelo—. Tendrías que compensármelo... ¿no te parece?

Y entonces, se quitó la ropa interior y quedó completamente desnudo frente a mí, sin dar muestras de sentir ningún pudor. Sin embargo, en lugar de ponerse el pijama, se quedó ahí inmóvil, mirándome. Sabía que debía apartar la mirada, pero era incapaz de hacerlo.

–¿Qué pasa? –preguntó–. ¿Ves algo que te guste?

Me apresuré a negar con la cabeza, y aparté la mirada con brusquedad. Sin embargo, mis mejillas se sonrojaron violentamente, y comencé a notar esa presión en los pantalones que no era capaz de controlar. Pero tenía que hacerlo. No podía estropear las cosas entre nosotros.

Entonces se acercó hasta quedar a unos pocos centímetros de mí, y me di cuenta de que él también estaba excitado.

–¿Estás seguro? –insistió con voz melosa, y yo me encogí de hombros sin saber qué responder–. Venga. Sé que lo estás deseando.

–Darío, yo... No sé si es buena idea.

Sonrió y bajó la mano para acariciarme la cabeza, aunque al mismo tiempo me acercó más a él.

–Venga ya, no digas tonterías. Solo es un poco de diversión entre amigos, ¿no? ¿Qué tiene de malo?

Solté un suspiro.

Amigos. Solo amigos.

–No sé si...

«No sé si eso es suficiente para mí.» Pero no era capaz de pronunciar las palabras, de confesarle todo lo que sentía.

–Lo estás deseando –repitió, y tenía razón. Tenía muchísima razón. Lo miré a los ojos durante unos instantes, y después bajé lentamente la mirada. Sí, lo estaba deseando. Sin embargo, no era así como quería que fueran las cosas entre nosotros. No quería que fuera tan solo «un poco de diversión entre amigos». Yo quería más que eso. Muchísimo más.

Necesitaba más.

Sabía que si lo hacía acabaría arrepintiéndome. Sabía que él no era capaz de darme lo que necesitaba, que no buscaba lo mismo que yo. Lo que para mí era amor, para él no era más que diversión, una forma como cualquier otra de pasar el rato, de... de desahogarse.

Pero era mejor tener eso que no tener nada.

Así que abrí la boca y me dejé llevar.

# CAPÍTULO 37

*When you touch me I die  
Just a little inside  
I wonder if this could be love?  
Venus, Lady Gaga*

No salimos de la discoteca hasta cerca de las cuatro de la madrugada. Pocas veces me he quedado despierto hasta tan tarde, pero por algún extraño motivo hoy no tengo nada de sueño, a pesar de lo mucho que hemos bailado. De hecho, ni siquiera me siento cansado en absoluto.

Nunca había estado tan despierto.

Caminamos con rapidez, y es evidente que los dos tenemos las mismas ganas de llegar

(necesitamos llegar)

a su casa. Sé lo que va a pasar, y por alguna razón no estoy nervioso en absoluto al pensar en ello. Ni siquiera tengo miedo, a pesar del temor que había sentido todos estos días. Al contrario: me muero de ganas.

En cuanto llegamos, caminamos hasta su habitación con cuidado de no hacer ruido y nos tumbamos en la cama sin decir palabra. Antes de que pueda darme cuenta, estamos besándonos apasionadamente, como nunca lo habíamos hecho. Por suerte, la habitación de sus padres se encuentra en el otro extremo de la casa, de modo que es imposible que oigan nada.

Las manos de Sergio recorren mi cuerpo, primero con suavidad y después con deseo, explorándolo por dentro de la camiseta, y sus labios se deslizan por mi cuello y mi garganta, haciéndome jadear suavemente y sentir un torrente de sensaciones hasta ahora desconocidas que inundan mi cuerpo. No tardo en excitarme, y él, al notarlo, se aprieta contra mí. Está claro que siente lo mismo, y

me gusta notarlo. De hecho, me encanta notarlo. Me susurra algo al oído mientras me mordisquea con suavidad el lóbulo de la oreja, pero no lo escucho, concentrado como estoy en el constante roce de su cuerpo contra el mío.

Sin dejar de abrazarlo, doy media vuelta y me coloco encima de él. Sonríe: le gustan los escasos momentos en los que soy yo quien lleva la iniciativa. Lo beso de lleno en los labios, y él responde con entusiasmo, tan deseoso de mí como yo de él. A continuación, paseo mi boca por su cuello y, además de besárselo, le doy pequeños mordisquitos que lo vuelven loco, y él me aferra las nalgas con las manos. Me aprieto contra su cuerpo, asegurándome de que note bien lo excitado que estoy, y eso le hace soltar un gemido bajo. Entonces, me mete la mano por dentro del pantalón. Yo me quedo inmóvil un segundo, sorprendido.

—¿Me he pasado? —pregunta, preocupado al notar mi instante de vacilación. Yo niego con la cabeza y sonrío.

—No te preocupes. Tan solo me has pillado desprevenido. No estoy acostumbrado a estas cosas, ¿recuerdas?

—¿Prefieres que paremos?

Sonrío más aún y lo beso en los labios.

—Tranquilo. Así está bien.

—¿Quieres que saque la mano?

—No hace falta, en serio. Puedes seguir tocando —añado, y mi sonrisa se vuelve pícaro—. Es todo tuyo.

Él también sonrío, y me aprieta una nalga con suavidad, mirándome fijamente a los ojos. Me gusta

(encanta)

la sensación. Vuelvo a besarlo y seguimos así, yo besándolo y apretándome contra su cuerpo mientras él se familiariza con mis nalgas y jadea contra mi oído. Al cabo de un rato se coloca encima de mí, y soy yo quien le mete una mano dentro del pantalón. Me gusta el tacto. Es... diferente. Suave, pero firme. Aprieto un poco, y él gime y se aprieta contra mí. No puedo evitar gemir yo también.

Entonces me quita la camiseta, tan rápido que casi no me doy cuenta. Se incorpora un poco para besarme por el cuello, y después comienza a bajar lentamente por la clavícula, hasta llegar al pecho. Me dejo caer hacia atrás, y él se coloca nuevamente encima de mí. Sus labios recorren mi pecho provocándome escalofríos, y cuando llega a los pezones los lame y los mordisquea suavemente. Comienzo a jadear sin poder evitarlo, pero él es cruel y continúa bajando por mi pecho hasta llegar al ombligo. Lame a su alrededor, y

después continúa bajando por la fina línea de vello que se esconde bajo la cinturilla del pantalón...

Y se detiene.

Suelto un gruñido de frustración.

–¿Estoy yendo demasiado rápido? –pregunta, malinterpretando mi gruñido. La preocupación es evidente en sus ojos cuando levanta la cabeza hacia mí, acalorado y sudoroso.

–En absoluto. Sigue.

–¿Estás seguro? –insiste–. No quiero que hagamos nada de lo que luego te arrepientas.

–Créeme, no voy a arrepentirme de nada. Tan solo... tomémoslo con calma, ¿vale? No quiero llegar a hacerlo todo hoy.

Sergio asiente con la cabeza, comprendiendo, y cuando por fin mete la mano por dentro de mi pantalón suelto un gemido de satisfacción.

La sensación me resulta extraña y desconocida. Darío se limitaba a ponerse encima de mí o a sujetarme la cabeza, sin preocuparse siquiera por el placer que yo pudiera sentir. Tan solo importaba él, su propio placer, y yo no era más que el instrumento que utilizaba para conseguirlo.

Pero esto... esto es muy distinto. Sergio no solo me está dando placer, sino que se nota que lo está haciendo porque quiere, porque de verdad desea dármele, y la sensación es maravillosa. Su mano se mueve con un ritmo regular, firme pero delicada, deteniéndose cada pocos minutos cuando nota que se me empieza a acelerar la respiración, que estoy cada vez más cerca.

Poco después me besa con decisión, saboreando mi boca con la lengua, y a continuación baja la cabeza con lentitud, recorriendo mi pecho y mi vientre con los labios, bajando cada vez más. Cuando me quita los pantalones y por fin noto la humedad y la calidez de su boca, y el roce juguetón de su lengua, siento algo que nunca había sentido. Ya ni siquiera es solo el placer que experimento, sino todo lo demás. Me siento deseado. Me siento anhelado. Me siento querido.

Creo que podría seguir así eternamente.

# CAPÍTULO 38

*When the evening shadows and the stars appear  
And there is no one there to dry your tears  
I could hold you for a million years  
To make you feel my love  
Make You Feel My Love, Bob Dylan*

**@LostBoy\_99**

Lost Boy

A veces la vida es maravillosa. ahora

Ver dormir a Sergio es extraño. A excepción de la noche de Año Nuevo, nunca había tenido tan cerca a un chico durmiendo, ni siquiera cuando dormía con Fer o con Darío, y no puedo evitar observarlo fascinado mientras suelta aire por la boca y su pecho desnudo sube y baja lentamente. Recuerdo la noche anterior y sonrío, feliz de haber encontrado a alguien que me haga sentir lo que Sergio me hace sentir.

Al cabo de un rato, echo un vistazo al móvil. Compruebo con sorpresa que no son más que las once de la mañana, pero no tengo nada de sueño a pesar de no haber dormido ni cinco horas. Decido enviarle un mensaje a Fer, consciente de que tiene que estar esperando noticias con impaciencia.

OMG.

???

Habeis...?

Ajá.

OMG!!!

Y q tl???

¿Sinceramente?

Maravilloso.

OMG

T ha dolido?

Típico de Fer. Mucho estaba tardando ya en pedir detalles escabrosos.

No hemos llegado a eso todavía.

X?

Es un poco pronto.

No estoy preparado todavía.

No lo habías exo ya cn dario?

Sí.

Pero esto es distinto.

Alguien sta enamorado...

Gilipollas.

Xro tngo razon.

No digas tonterías.

No hace ni un mes y medio que nos conocemos, y tan solo llevamos dos semanas saliendo.

Es muy pronto para estar enamorado.

Si, xro tmpoco t falta muxo



---

A q no?

...

Eso es q tngo razon.

Bueno, no sé.

Tal vez.

OMG!!!

Cuentame, anda

Q habeis exo?

Eh...

¿De verdad quieres que te lo cuente?

Claro!!

No quiero traumatizarte.

Venga!!

Bueno, en realidad no hay mucho que contar.

No hemos pasado del oral.

Vale, spera

Tnias razon

No quiero saber nada mas

Lo sabía.

Cambiemos d tema

Ayer vi a Darío.

No jodas

N la disco???

Ajá.

Hablasteis?

No.

Me estaba mirando, pero cuando vio que me daba cuenta desapareció.

Gilipollas

No sé.

Yo creo que se siente solo.

Q se joda

Despues d lo q t hizo...

No merece otra cosa

También es tu mejor amigo, ¿recuerdas?

Ya no

Después de lo que hizo, ni de coña.

Yo no soy amigo de un cabrón así.

Eres el mejor amigo del mundo.

¿Te lo he dicho alguna vez?

Alguna u otra

Xro no viene mal que lo repitas.

Imbécil.

Lo se.

—¿A quién estás mandando tantos mensajes? —pregunta Sergio, receloso, con la voz ligeramente ronca. Me sobresalto un poco; ni siquiera me había dado cuenta de que estaba despierto. Le echo un vistazo y veo que se está frotando los ojos con las manos, todavía soñoliento.

Es adorable.

—A Fer —respondo, y me despido rápidamente de mi amigo. Después, me inclino para besar a Sergio—. ¿Has dormido bien?

Él bosteza.

—Estoy muerto de sueño. ¿Qué hora es?

—Las once y media.

–¿No podemos dormir un rato más?

Me acurruco junto a él, sonriendo de oreja a oreja, y dejo que me pase el brazo por encima.

–Mientras no ronques tanto como anoche...

Frunce el ceño, preocupado.

–¿He roncado?

–No demasiado –le aseguro.

Nos quedamos así durante un rato, los dos abrazados en silencio, sin decir nada. Sin embargo, al cabo de unos pocos minutos me doy cuenta de que hay algo que no puedo

(no debo)

seguir retrasando.

–Oye, Sergio. Tengo que contarte una cosa.

Él me mira fijamente, con seriedad.

–No serás hetero, ¿no?

Le doy un golpe cariñoso en el hombro.

–Idiota.

–Cuéntame, anda.

Trago saliva antes de hablar.

–Bueno, sé que ya te has fijado en mis cicatrices –digo finalmente, y él asiente con la cabeza y comienza a acariciarme el pelo con lentitud–. También sé que no has querido preguntarme nada para darme tiempo, y te lo agradezco. Pero me imagino que ya sabes de qué son, ¿verdad?

Vuelve a asentir y veo que está completamente serio, lo cual contrasta mucho con su sonrisa casi permanente.

–Creo que no es muy difícil de imaginar. Supongo que es lo que estoy pensando, ¿verdad?

Esta vez soy yo quien asiente con la cabeza.

–No tienes ni idea del infierno que me han hecho pasar. Los insultos, los golpes, las humillaciones... Era demasiado.

–¿Por eso te cortabas? –pregunta con un hilo de voz, y me doy cuenta de que está tratando de reprimir las lágrimas, tratando de ser fuerte por mí.

–Sí. Y sí, ya sé lo que debes de estar pensando. Sé que los cortes no son la forma de ocuparme de los problemas, y sé que no eran la solución. Pero a mí me hacían sentirme mejor... Me hacían sentirme vivo, ¿entiendes?

Se encoge de hombros.

–Supongo que puedo llegar a entenderlo.

–Pasaba cada día como si ya estuviera muerto, sin ganas de seguir adelante... sin ganas de seguir viviendo. No, tranquilo –me apresuro a añadir al ver la alarma en sus ojos–. Nunca traté de suicidarme.

–¿De verdad?

–Te lo prometo. Pero intenté crearme una coraza para sobrevivir, y me obligué a reprimir lo que sentía para que los insultos no dolieran tanto. Los cortes eran la forma de volver a sentir cuando la coraza se resquebrajaba, cuando no encontraba la forma de sentirme vivo.

Sergio levanta la mano y la lleva a mis mejillas para secarme las lágrimas. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba llorando.

–Pero ya no lo haces, ¿verdad? –susurra, también con los ojos un tanto húmedos.

–No –confirmo, obviando mi recaída de Fin de Año, y me obligo a sonreír a pesar de las lágrimas que no dejan de deslizarse por mis mejillas–. Y quiero que sepas que es todo gracias a ti. Me has enseñado a ser fuerte, a sentirme... no sé, especial, supongo. Gracias a ti, ya no necesito las cuchillas.

–Ven aquí, anda.

Abre los brazos y me cobijo en ellos, feliz de poder hacerlo. Me abraza con fuerza y continúa acariciándome el pelo con lentitud, besándome la cabeza una y otra vez hasta que las lágrimas dejan por fin de salir. Después nos quedamos así, abrazados y acariciándonos en silencio.

–Te quiero –dice inesperadamente al cabo de unos minutos, y yo me quedo boquiabierto.

–Eh... ¿qué has dicho? –logro preguntar, seguro de no haberlo oído bien. Él enrojece y aparta la mirada, cerrando los ojos.

–Dios, Dios, Dios. Lo siento. De verdad, Óscar, lo siento mucho. La he cagado, ¿verdad?

–Para nada –respondo con una sonrisa.

–Joder... he hecho un puto Ted Mosby. Lo siento, de verdad. No tendría que haberlo dicho, pero se me ha escapado.

–No te preocupes, en serio. No pasa nada –le aseguro–. Es solo que no me lo esperaba. ¿Podrías repetirlo?

Permanece en silencio, con los ojos clavados en la mesita de noche, así que le cojo la barbilla y giro su cabeza hacia mí con suavidad. Él, todavía colorado, me mira fijamente a los ojos.

–Te quiero –murmura.

Suelto un suspiro antes de contestar.

–Te quiero –digo yo también, sin pensarlo siquiera: las palabras salen solas. Y, en el instante en que las pronuncio, me doy cuenta de que son totalmente ciertas. Lo quiero. No sé cómo ha pasado, pero lo quiero. Y él también me quiere a mí, y no sé por qué lo hace, pero no podría ser más feliz.

No es un «te amo». Puede que en el fondo sea un romántico empedernido, pero tampoco soy estúpido. Es un «te quiero», no un «te amo», y soy muy consciente de la diferencia. Al fin y al cabo, solo hace

(una vida)

un mes que nos conocemos, y no estamos en una novela de Nicholas Sparks. Al menos, hasta donde yo sé ninguno de los dos es una chica ultrarreligiosa con un serio problema a la hora de elegir la ropa.

Sin embargo, lo que siento está ahí, y es completamente real. No tiene sentido ocultarlo. La vida es demasiado corta y dolorosa como para callar las cosas que realmente nos hacen felices, y yo nunca he tenido demasiadas.

Hasta ahora.





## CAPÍTULO 39

*And if you don't quit, you'll never get over  
If you don't quit, you'll never get out  
And you're always gonna be an addict  
The heart breaks way before the habit  
The Habit, Lissie*

Un par de horas después de comer, estando ya en casa, noto que el móvil me vibra en el bolsillo. Aparto la mirada del ejemplar de Sergio de *Croquetas y wasaps* y saco el teléfono. Estoy seguro de que se trata de un mensaje suyo, pero cuando miro la pantalla me encuentro con el nombre de Darío. Pestañeo varias veces, incrédulo, pero no hay confusión posible. Su nombre aparece claramente escrito, aunque había pensado que jamás volvería a verlo allí.

Hola

Espero que tengas una buena razón para interrumpirme.

Podemos hablar?

No.

Óscar, por favor...

No tengo nada de qué hablar contigo.

Es importante

¿Más que la Oro?

Eh?

Que no.

Óscar, de verdad.

Tenemos q hablar.

¿Y dices que es importante?

Si

Pues no me interesa.

Oscar, por favor...

Lo digo en serio.

Lo siento, pero no me interesa nada que puedas decirme.

Te lo estoy pidiendo por favor

Yo también te he pedido cosas por favor y no me hiciste mucho caso.

Mira, lo siento, vale?

Eso ya no me sirve, Darío.

Llegas un poco tarde.

Ya se q he sido un gilipollas

Lo has sido, sí.

Dime algo que no sepa.

Tengo cosas q explicarte

¿Me vas a explicar lo del día que fuimos a casa de Fer?

¿Me vas a explicar por qué has sido tan cabrón conmigo todo este tiempo?

¿Me vas a explicar por qué te has empeñado en joderme la vida?

[escribiendo...]

[conectado]

[escribiendo...]

Si

Pues no me interesa.

Joder, Oscar, lo siento!

He sido un gilipollas, y un cabron, y un puto egoista, ya lo se.

Pero lo siento

¿Darío reconociendo sus errores y disculpándose? Esto sí que es nuevo, y tengo que admitir que en el fondo  
(muy en el fondo)

me gusta el cambio. Por un lado me hierve la sangre de rabia al ver que se atreve a hablarme con tanto descaro tan de repente, como si nada de estos últimos meses hubiera sucedido, pero algo en mi corazón se ablanda en contra de mi voluntad cuando me pide perdón.

A ver.

¿Qué quieres?

Quiero verte

Tenemos q hablar en persona

Ni de coña.

Lo que quieras decirme, puedes hacerlo por aquí.

Su arrepentimiento parece sincero, pero no puedo arriesgarme a quedar con él y que el resto de los gilipollas del instituto lo acompañen para pegarme una paliza lejos de los profesores. No soy tan estúpido.

Se lo q estas pensando

Podemos quedar en tu casa si quieres

Olvídalo.

A mi madre no le hará ninguna gracia volver a verte por aquí.

¿Y en la mía?

Me estás vacilando, ¿no?

Joder, Oscar...

Sé que estoy siendo muy terco, y sé que probablemente no pasaría nada si cediera y fuera a su casa, o si quedáramos en algún sitio público. Sin embargo, una parte de mí disfruta al ver cómo se arrastra, cómo se humilla él para variar. La verdad es que está bien el cambio.

Mira, si quieres, podemos ir a casa de Fer, si es que a él le parece bien.

Terreno neutral.

¿Te parece?

Después de lo del otro día?

No creo que le haga mucha gracia

La culpa es tuya.

¿Aceptas o no?

Acepto

Y si dice q no?

Entonces te jodes y me lo cuentas por aquí o me  
dejas en paz y te vas a tomar por culo.

Tú eliges.

\* \* \*

–Pues nada –dice Fer, dejando pasar a Darío a su habitación–. Os dejo solos. Pero no quiero líos, ¿eh? –advierte con seriedad–. Si pasa algo como lo del otro día, te saco de la casa a hostias –añade mirando a Darío, y él asiente con aire avergonzado. Da la impresión de que se arrepiente de verdad de lo que pasó la última vez, y me pregunto de nuevo qué será lo que ha cambiado en él para que haya adoptado tan de repente esta actitud.

Nos miramos incómodos, sin saber qué decir, y ninguno de los dos habla durante unos minutos. Darío se sienta en la cama de Fer, a mi lado, pero evita cuidadosamente mirarme a los ojos y pone unos cuantos centímetros de distancia entre nosotros.

–Tú dirás –digo finalmente, cansado del silencio–. Querías que habláramos, ¿no? Pues venga. Habla.

–No sé por dónde empezar.

Pongo los ojos en blanco con un resoplido.

–Pues, chico, si no lo sabes ni tú...

–Joder, Óscar. Esto es muy difícil para mí, ¿vale?

Vuelvo a resoplar, exasperado.

–No tienes ni idea de lo que es tener las cosas difíciles.

–No me estás ayudando, ¿sabes?

–¿Y qué es lo que quieres, Darío? ¿Que te haga un interrogatorio? Tú sabrás por dónde empezar, eres el que me ha citado, ¿no? Di lo primero que se te pase por la cabeza.

Y entonces, cuando menos me lo espero, me besa. Una parte de mí, la parte que lo quería, se da cuenta de que

(por fin)

es la primera vez que lo hace de forma voluntaria, y trata de responder al beso. La otra, sin embargo, está furiosa, así que le doy un empujón para quitármelo de encima y me aparto de él, enfadado.

–¿Se puede saber qué coño estás haciendo?

Titubea durante unos segundos antes de contestar.

–Pero esto es lo que tú querías, ¿no? –pregunta con un hilo de voz, y me doy cuenta de que esto es probablemente lo más difícil que ha hecho en toda su vida. Casi siento lástima por él, porque comprendo perfectamente cómo debe de sentirse. Pero solo casi–. Me dijiste que estabas enamorado de mí. Pues ya está, aquí estoy. Yo... yo también te quiero.

Lo miro con incredulidad, incapaz de creer que haya pronunciado esas palabras. He pasado años imaginando que las decía, soñando que lo hacía, y ahora que por fin lo ha hecho después de tanto tiempo... no significan nada.

Absolutamente nada.

–No, Darío. Ya no. Es demasiado tarde.

–Pero me dijiste que me querías –dice extrañado, frunciendo el ceño en señal de confusión.

–¡Y tú me mandaste a la mierda! –le recuerdo–. Me dijiste que te daba asco y me escupiste en la cara. Lo siento, pero ahora ya es tarde. Tú mismo te encargaste de matar todo lo que sentía por ti.

–Pero...

–No –lo interrumpo, alzando la voz–. Nada de «peros». Lo siento, pero ya no soy el mismo Óscar que era antes. Yo te quería, ¿vale? Te quería muchísimo, y lo sabes. Yo mismo te lo dije, ¿recuerdas? Me costó un mundo hacerlo, pero lo hice. Y tú no supiste valorarme, y ahora he encontrado a alguien que sí lo hace. Alguien que no se avergüenza de estar conmigo.

–Es ese chico, ¿verdad? –pregunta con una mirada recelosa–. El de la discoteca.



En realidad, no sé durante cuánto tiempo estuvo observándome, así que no tengo forma de saber si se refiere a Sergio o a Pablo.

–Eso no es asunto tuyo.

–Eres un gilipollas –me ataca, evidentemente frustrado por mi actitud. Una parte de mí se alegra al verlo así–. Lo sabes, ¿no?

Suelto una carcajada amarga.

–¿Sabes cuál es tu problema, Darío? Eres tú mismo. No eres más que un niño. Un niño cobarde y asustado –añado, asegurándome de recalcar bien las palabras–. Lo tenías todo, joder. Podías haberlo tenido todo al alcance de la mano. Yo estaba dispuesto a dártelo, pero lo dejaste escapar. Eras mi mejor amigo, y cuando me enamoré de ti pensaba que sería capaz de hacerlo todo por ti. Lo habría hecho sin dudar si tú me lo hubieras pedido.

–Para.

–No. Eras tú quien quería hablar, así que ahora no pienso parar. ¿Sabes qué es lo que te jode? Darte cuenta de lo que has perdido. Me viste con Sergio y te pusiste celoso, y a eso ha venido toda esta charla. Pero lo siento: por mucho que te joda, lo has perdido todo, y ya es tarde para recuperarlo.

Resopla, y noto que está empezando a cabrearse.

–Ni que fueras tan importante.

–¿Ves lo que decía? Ese es tu puto problema, tío –replico–. No estoy hablando solo de lo que sentía por ti, gilipollas. Estoy hablando de mi amistad, y de la de Fer. Nos has perdido a los dos.

–Fer todavía...

Suelto un resoplido.

–¿Es que te has vuelto ciego además de gilipollas? Fer no te soporta. Puedes creer lo que quieras, pero lo perdiste a él el mismo día que me perdiste a mí. Y también te perdiste a ti mismo.

–Yo no... –comienza, pero no le dejo continuar.

–Eres un niño –repito, y la palabra sabe a satisfacción en mi boca–. Un niño perdido y llorón que no sabe lo que quiere, que no es capaz de aceptarse a sí mismo. Estás amargado. Te rechazas a ti mismo porque tienes miedo, tienes miedo de... de tirarte a la piscina para ser feliz.

–Vete a la mierda –suelta de sopetón, y se levanta de la cama para marcharse. Lo sujeto por el brazo y él me mira con furia. Nuestros ojos se cruzan echando chispas durante unos instantes, y por un momento no estoy seguro de lo que va a pasar a continuación.

Por un momento, creo que va a besarme.

Por un momento, creo que yo voy a besarle a él.

Pero entonces lo suelto, y él se gira para marcharse sin mirar atrás. Cierra la puerta sin decir adiós.

Al cabo de unos segundos aparece Fer, con una evidente expresión de preocupación en el rostro.

–¿No te habrá...?

–No. Me parece que le he dado una lección.

Le cuento lo ocurrido, y cuando acabo suelta un largo suspiro y niega con la cabeza.

–Cuesta creer que sea el mismo Darío con el que crecimos, ¿eh? Es decepcionante lo mucho que puede llegar a cambiar la gente.

Me encojo de hombros.

–Supongo.

–Un día crees que los conoces, y al día siguiente... Se convierten en personas totalmente distintas.

–En realidad, no creo que Darío sea tan distinto ahora.

Él levanta una ceja con incredulidad.

–¿Que no? Antes no era así. El Darío de antes nunca habría sido tan gilipollas contigo.

–Supongo, pero ha pasado por una etapa muy difícil. Tú no lo comprendes, Fer, pero darte cuenta de algo así viviendo en un pueblo como este... no es tarea fácil, la verdad.

–Tú confiaste en mí –señala.

–Sí, pero no todos somos iguales. El Darío de siempre sigue ahí escondido, en algún lugar. El problema es que cree que está a salvo bajo su coraza, y tiene demasiado miedo para salir.

En realidad, no le he dicho a Darío todo lo que le he dicho simplemente para vengarme, ni tampoco para ser cruel con él. Al menos, eso creo. No me gusta serlo. Sin embargo, a veces la crueldad es necesaria en según qué ocasiones. No por el mero hecho de ser cruel, sino para hacer reaccionar, para provocar cambios que de otro modo no se darían. A veces la crueldad es necesaria para sacar lo mejor de las personas.

Quise mucho a Darío no hace demasiado tiempo, y sé que muy en el fondo hay una pequeña

(creo)

parte de mí que todavía sigue queriéndolo, aunque ya no sea de la misma manera. Tan solo deseo que piense en lo que le he dicho y que reaccione, que

aprenda a querer a sí mismo un poquito más y a rechazarse un poquito menos. Que aprenda a aceptarse. Si no lo hace, nunca logrará ser feliz.

A veces, las palabras que más necesitamos no son precisamente las que queremos oír, sino todo lo contrario.

(Antes)

*Kiss me hard before you go  
Summertime sadness  
I just wanted you to know  
That, baby, you're the best  
Summertime Sadness, Lana del Rey*

–No lo sé, Darío... No sé si estoy preparado.

Era mentira. En realidad, sí que lo estaba. Por supuesto que lo estaba: llevaba meses deseando que llegara ese momento. Sin embargo, tenía miedo. Sabía que iba a doler y, aunque por él no me importaba, no podía evitar preguntarme si estaba haciendo lo correcto.

–Me lo habías prometido –me recordó él, y me dolió ver su mirada de decepción.

–Lo sé.

–Me dijiste que hoy... que hoy lo haríamos.

–Lo sé –repetí.

–¿Entonces?

Tragué saliva y asentí con la cabeza, enrojeciendo.

–Está bien.

Nos desnudamos rápidamente, sin detenernos demasiado en preliminares, y mucho menos en ninguna clase de besos ni caricias. Nunca lo hacíamos, así que no fue nada nuevo. En realidad, no había nada de amor en los ratos que pasábamos juntos, al menos, no por su parte. Ya me lo había dejado claro: lo nuestro no era más que diversión.

Diversión entre amigos.

Tenía la esperanza de que cambiara, de que con el tiempo sus sentimientos fueran diferentes, o tal vez su forma de ver las cosas. Sin embargo, no había sido así, y todo continuaba siendo simplemente un rato de diversión hueca, seguido de un vacío horrible y sordo en mi corazón cada vez que me iba de su casa.

Sin embargo, si finalmente íbamos a dar un paso más, yo necesitaba un poco más que eso. Pero él no estaba dispuesto a dármelo.

Me esforcé por hacerle disfrutar, primero con la boca, y después comencé a subir lentamente por su cuerpo. Cuando llegué hasta su cara y comencé a besarle el cuello, él no me rechazó, y eso me dio ánimos. Bajé la cabeza lentamente, acercando mis labios a los suyos... y entonces giró la cara y yo solté un suspiro de resignación.

–Ya te lo he dicho, Óscar. Nada de besos.

## **WTF?**

Declaro oficialmente este fin de semana como el más extraño de toda mi vida.

**Publicado el 10 de enero a las 23:25**

**Comentarios: 0**

**¿Te ha gustado? Compártelo**



# CAPÍTULO 40

*Como dos gotas de lluvia que caen por nuestra piel  
Tan impacientes por verse que olvidan su papel  
Todo lo que quiero en la vida  
Todo lo que quiero contigo es caer a la vez  
Antes, María Villalón (con Susi de A por ella Ray)*

–Pedazo de gilipollas –dice Sergio, enfadado, mientras entramos en mi edificio–. ¿Te trata como la mierda durante meses, se dedica a hacerte la vida imposible, y después se cree que con pedirte perdón es suficiente? ¿Después de todo lo que has pasado? Te juro que como lo vea, me lo cargo.

–Calma, calma. Está perdido, Sergio. Eso es todo. Sí que ha sido un gilipollas, pero ya sabes cómo son estas cosas.

Se encoge de hombros.

–Sí, supongo que sí. En realidad es que estoy nervioso. Explícame por qué tengo que conocer a tu madre tan pronto.

–Porque se lo prometí a cambio de quedarme a dormir en tu casa –le recuerdo mientras presiono el botón del ascensor.

–Si llego a saberlo...

–¡Oye! –digo fingiendo indignación, con el ceño fruncido–. ¿Es que acaso te arrepientes de esa noche?

–Claro que no, idiota –asegura, y me besa lentamente antes de continuar–. Fue la mejor noche de mi vida.

No puedo evitar enrojecer un poco.

–Pues ya está, esto es lo que toca ahora. Además, yo conocí a tus padres hace dos semanas, ¿recuerdas?

–Sí, pero esto es distinto. No les dije que eras mi novio –añade entre susurros–. Además, no hablaste con ellos ni cinco segundos. Yo voy a merendar con tu madre.

–Es lo que hay.

–¿Y por qué tiene que ser hoy? Tu madre dijo que esta semana, pero podíamos haber esperado al viernes... o al domingo... O a la semana que viene, no sé. Pero no ahora.

–Porque hoy es el único día que mi padre no estará en casa después del entrenamiento de judo. No tengas miedo, anda.

–No tengo miedo –asegura, dándome la espalda para entrar en el ascensor con más rapidez de la necesaria.

–Mentiroso.

–Bueno, vale. A lo mejor un poquito –confiesa cuando las puertas se cierran, todavía de espaldas a mí.

–Qué tonto que eres. Anda, ven aquí. –Abro los brazos para que se meta entre ellos. Lo beso en la cabeza, y después en los labios, abrazándolo con fuerza por detrás–. ¿De qué tienes miedo?

–De caerle mal.

Presiono el botón del cuarto piso.

–No le vas a caer mal.

–¿Y tú cómo lo sabes? Soy el tío que se ha llevado a su hijo al lado oscuro, ¿recuerdas? Seguro que me odia.

–Nadie podría odiarte. Eres demasiado perfecto.

–Y tú eres demasiado idiota.

–Puede. ¿Sigues nervioso?

El ascensor se detiene y las puertas se abren, pero nos quedamos dentro, inmóviles.

–Mucho.

–Todo irá bien –aseguro, y le doy otro beso en la cabeza, todavía abrazándolo–. Te lo prometo.

–Pues venga, vamos allá antes de que me arrepienta.

Salimos del ascensor y saco la llave del bolsillo mientras caminamos hasta mi puerta, al fondo del pasillo. Le doy un beso rápido en los labios y un apretón en la mano antes de abrir.

–¿Mamá? ¡Ya estoy en casa!

Ella no tarda en aparecer, sonriendo. Me alegra ver que no se ha puesto ropa demasiado formal; me habría dado un poco de vergüenza si se hubiera arreglado



demasiado. Después de todo, solo vamos a merendar: no es como si fuéramos a celebrar nuestra boda.

–¡Hola! –dice, y se acerca para darnos un abrazo a cada uno–. Sergio, ¿verdad?

–Encantado de conocerla –murmura él, y yo le doy un codazo disimulado. Él suelta un gemido bajo y se frota el costado.

–¡No me hables de usted, hombre! –lo reprende mi madre con una sonrisa–. Que no tengo sesenta años.

Sergio comienza a enrojecer, y no puedo evitar reírme entre dientes al ver lo adorable que está.

–Perdón.

–Anda, anda –dice ella, quitándole importancia al asunto con un gesto de la mano–. Venid al comedor, que he hecho un bizcocho.

–No hacía falta que te molestaras –replica Sergio, algo incómodo al ver que se ha tomado tantas molestias por él.

–No ha sido nada, tranquilo –asegura mi madre, cuando en realidad se ha pasado el día entero en la cocina para hacer el mejor de sus bizcochos–. Te gusta el chocolate, ¿verdad?

Pongo los ojos en blanco. Como si no me lo hubiera preguntado a mí al menos veinte veces.

–Mucho.

Llegamos al comedor, y me encuentro con que ha puesto la mesa antes de que llegáramos de la estación. En el centro hay un gran bizcocho de chocolate, redondo y perfecto, cubierto de glaseado blanco. Se me hace la boca agua al olerlo y noto que me rugen las tripas: el entrenamiento siempre me deja agotado, y hoy no hemos ido a nuestra cafetería.

–¿Qué os apetece beber?

–No te preocupes por eso, mamá –digo, tratando de reprimir una sonrisa maliciosa–. Yo me encargo, vosotros quedaos aquí.

Me dirijo hacia la puerta del comedor, con la intención de dejarlos solos para que se conozcan un poco. Sergio me lanza una mirada envenenada mientras salgo, y yo le respondo con una sonrisa malvada. Una vez en la cocina, me tomo mi tiempo para preparar el café soluble de mi madre y las dos tazas de cacao para Sergio y para mí. Cuando vuelvo, los dos se encuentran ya sentados a la mesa, y mi madre está cortando el bizcocho.

–Cuéntame, Sergio. ¿Qué estudias? –pregunta, tendiéndole el plato con el trozo más grande.

Pongo los ojos en blanco una vez más mientras me siento en la silla junto a Sergio. Sabe perfectamente lo que estudia, porque yo mismo se lo he dicho las tres veces que me ha preguntado.

–Segundo de bachillerato.

–¿Y cómo lo llevas? ¿Eres buen estudiante?

Él se encoge de hombros, un tanto incómodo. Busco su mano por debajo de la mesa y le doy un apretón. En general saca muy buenas notas, pero no es de los que van presumiendo.

–Sí, supongo que sí –responde vagamente, sin explicar que su media es de nueve–. Quiero asegurarme de tener buena nota en selectividad.

–¿Qué vas a estudiar?

–Comunicación Audiovisual.

Siguen hablando de los estudios durante unos minutos, y me alegra ver que Sergio parece cada vez más cómodo, menos nervioso. El plan de dejarlos un rato a solas ha funcionado.

–Os conocisteis en clases de judo, ¿verdad?

Reprimo las ganas de soltar un bufido. ¿Por qué no deja de preguntar cosas que ya sabe?

La conversación continúa del mismo modo durante un buen rato, hasta que Sergio termina de soltarse y puede por fin hablar y reír con naturalidad. Yo no intervengo mucho, sino que me limito a dejarlos hablar entre ellos para que se conozcan. Congenian enseguida, y noto una sensación cálida en mi interior al ver que dos personas tan importantes para mí se llevan tan bien.

Para cuando me doy cuenta, ha pasado más de una hora, y fuera está ya bastante oscuro. Mi madre también se percata de ello, porque se pone en pie y comienza a recoger los platos y las tazas.

–Bueno, será mejor que recoja esto antes de que...

Deja la frase inconclusa, pero sé perfectamente lo que quiere decir sin necesidad de que lo haga: antes de que llegue mi padre. No puedo evitar fruncir el ceño a causa de la frustración. Incluso cuando no está, su sombra siempre planea sobre nosotros, dispuesta a estropear cualquier momento de felicidad.

–Te ayudo –se ofrece Sergio, poniéndose también en pie, pero mi madre niega con la cabeza.

–No, no. No hace falta –insiste ella–. Yo me encargo, seguro que vosotros querréis estar solos.

Me encojo de hombros y conduzco a Sergio hasta mi habitación. No puedo evitar sentirme

(emocionado)

un tanto avergonzado cuando entra y la examina, pues la suya es mucho más bonita y espaciosa. Sin embargo, a él no parece importarle, porque enseguida se gira para besarme en los labios.

–Joder, no sabes las ganas que tenía de besarte –me dice cuando nos separamos, y yo suelto una carcajada.

–Venga ya. Tampoco ha sido para tanto.

–Bueno... supongo que no –admite tras una breve pausa–. ¿Crees que le habré caído bien?

–Le has encantado.

–Idiota.

–¡Lo digo en serio! Te ha adorado, estoy seguro. En cuanto te vayas le pregunto, ¿vale?

–Vale.

–Y ahora, ven aquí. Llevo mucho tiempo queriendo hacer esto.

Lo conduzco a mi cama y lo tumbo sobre ella, como llevo

(deseando)

soñando con hacer desde hace ya unas cuantas semanas. Me coloco sobre él con cuidado y después comienzo a descender lentamente hacia él para besarlo. No sé durante cuánto tiempo estamos así, pero, como siempre que nos besamos, los minutos vuelan con rapidez mientras permanecemos completamente ajenos al mundo que nos rodea.

Al cabo de un rato, oigo el picaporte de la puerta y me incorporo sobresaltado. Una cosa es que mi madre se tome bien la situación y acepte mi relación con Sergio, y otra muy distinta es que me vea enrollándome con mi novio como si no hubiera mañana el primer día que lo traigo a casa, apenas unos pocos minutos después de haber estado de merienda familiar en el salón.

Pero no es mi madre.

Es mi padre.

# CAPÍTULO 41

*You shoot me down  
But I won't fall  
I am titanium*  
*Titanium, David Guetta y Sia*

El corazón me late con tanta fuerza que temo que vaya a explotarme dentro del pecho de un momento a otro.

No puede ser.

No.

No puede ser.

Tiene que ser un sueño, una pesadilla, esto no puede

(nononono)

estar pasando.

nonononoNoNoNoNoNONONONONONONONO

Pero la voz de mi padre es muy real cuando habla, y suena tan gélida que siento un escalofrío.

–¿Qué coño está pasando aquí?

–Papá, puedo explicarlo –digo mientras me levanto de la cama, aunque es mentira. ¿Cómo voy a justificar lo que ha visto? Lo observo aterrorizado: tiene el rostro rojo de ira, y una vena hinchada le late en la sien. Él también parece que vaya a explotar en cualquier momento, y una parte de mí no puede evitar desear que eso suceda, que explote y nos deje tranquilos.

El problema es que, aunque lo hiciera, la onda expansiva inevitablemente nos alcanzaría.

–¿Qué vas a explicarme? –pregunta, y su voz suena ahora furiosa–. ¿Que mi hijo es un maricón?

Me acerco a él con cautela, consciente de que las cosas están a punto de ponerse muy feas.

–No es eso –comienzo, tratando de ganar un poco de tiempo–. De verdad, papá. Puedo explicar...

Pero me interrumpe a mitad de la frase con un sonoro bofetón que retumba en la habitación, como el estallido de un trueno. El golpe me deja aturdido, y retrocedo unos cuantos pasos con los ojos repentinamente llenos de lágrimas. Veo unas manchas a mi alrededor mientras trato de enfocar la mirada.

–¡No lo toques! –grita Sergio.

A través de mi visión emborronada puedo ver que se ha levantado, y me invade una oleada de vergüenza. Odio que esté presenciando esta bochornosa escena, pero no tengo forma de evitarlo.

–¿Se puede saber quién coño eres tú? –le pregunta mi padre, con la voz impregnada de odio–. ¿Es que tú también quieres recibir?

–Soy su novio –dice Sergio con fiereza. Sé que tiene que estar muerto de miedo, pero a pesar de ello su voz suena firme y segura. Orgullosa. Está orgulloso de decir que es mi novio–. Y no voy a dejar que vuelvas a tocarlo.

–¿Su novio? –repite mi padre, escupiendo la palabra con asco, como si se tratara de algo nauseabundo y desagradable–. Pues tú también te vas a llevar una buena hostia.

–¡Déjalos en paz! –interviene mi madre, que ha aparecido detrás de él sin que me diera cuenta. Entonces, oigo otro sonoro bofetón seguido de un golpe sordo. Pestañeo un par de veces, todavía algo mareado y con la visión borrosa, y veo que el golpe la ha tirado al suelo.

Me arrepiento de haberme quitado la costumbre de llevar una cuchilla en el bolsillo.

–¡No vuelvas a tocarla, hijo de puta!

–Tranquilo, Óscar... estoy bien –dice ella con un hilo de voz–. Sergio, márchate, por favor. Vete a tu casa.

–No voy a irme a ninguna parte –replica él, ceñudo. Por su expresión queda claro que no son solo palabras: no está dispuesto a hacerlo.

–O te largas o te doy a ti también, chaval –advierte mi padre, que me está dando cada vez más miedo–. Tú decides.

Sergio no se mueve. Sé que mi padre está más que deseoso de cumplir sus amenazas, de modo que tendré que intervenir si quiero evitar que le haga daño.

–Sergio, vete –le suplico yo, cada vez más atormentado porque esté presenciando esta situación–. Por favor, vete. Luego te llamo.

–No pienso irme.

–Joder, Sergio. Hazme caso, ¿vale? –insisto, comenzando a enfadarme–. Si de verdad me quieres, lárgate de aquí ahora mismo.

Sé que ha sido un golpe bajo, y puedo ver claramente el dolor en sus ojos azules cuando asiente con la cabeza. Me odio por ello.

–Está bien –susurra al fin, claramente herido. Se dirige hacia la puerta y cuando pasa junto a mi padre este le da un fuerte golpe con el hombro, pero al menos no le pega. Sergio se apresura a salir frotándose el hombro y, una vez fuera, se arrodilla junto a mi madre para ayudarla a levantarse. Sin perder un segundo, mi padre cierra la puerta y coloca una silla debajo del picaporte, tal como yo he hecho mil veces, encerrándome con él dentro de la habitación. Trago saliva, cada vez más aterrorizado, y oigo unos golpes en la puerta.

–¡Abre ahora mismo, hijo de puta! –grita Sergio, forcejeando para mover el picaporte.

–Sergio, ¡vete! –grito yo a mi vez–. En serio, hazme caso. ¡Vete!

Oigo que dice algo, pero su voz suena amortiguada y no logro entender sus palabras. A continuación, mi madre dice algo que tampoco logro comprender.

–No vuelvas a tocar a mamá –advierdo a mi padre, reuniendo valor a pesar de no creerlo posible.

Me mira con frialdad y una mueca de asco.

–Tú a mí no me digas lo que tengo que hacer o te reviento, niño.

–No soy un niño –replico, y él suelta una carcajada burlona al oír mis palabras.

–Ah, claro, que ahora eres una niña.

–Tampoco soy una niña –digo, enfadado.

–No, tampoco. Una niña al menos no sería tan cerda como tú. Tú eres un maricón.

–No me llames así.

Me da otro bofetón, aunque no tan fuerte como el de antes, pero retrocedo unos pasos igualmente.

–¡Que no me contestes, coño! –Oigo que mi madre, o Sergio, trata de abrir la puerta, pero la silla bajo el picaporte no cede–. Escúchame bien, niña. Mientras vivas bajo mi techo, vas a hacer lo que yo te diga. Y yo no pienso tener a un maricón en mi casa, ¿me has entendido?

–¿Y qué quieres que haga? Esto no es culpa mía, no puedo cambiar lo que soy. Nací así –añado, echando un vistazo al póster de *Born This Way* que tengo colgado frente a la cama.

–No digas gilipolleces. Si es que lo veía venir. Sabía que estábamos siendo demasiado blandos contigo... tanto dibujito, tanto librito, tanta Lady Gaga y tanto mariconeo.

Levanta el brazo y creo que va a darme otro bofetón, pero en lugar de eso se gira hacia la pared, arranca el póster y lo rompe por la mitad. Después comienza a arrancar los dibujos que tengo pegados en la pared y los hace pedazos sin miramientos. Noto una punzada de hielo en el estómago al ver cómo los hace trizas sin que pueda hacer nada por evitarlo.

–Papá, ¡no!

Pero me da un empujón y no se detiene hasta que termina de cargarse todos y cada uno de mis dibujos, destrozando así

(mi corazón)

horas y horas de trabajo e ilusión. Cuando acaba, tengo los ojos llenos de lágrimas. Soy incapaz de procesar lo que acaba de suceder. Que haya roto mis dibujos duele más que cualquier paliza que pudiera haberme dado.

–Escúchame bien, niña. A partir de ahora vas a hacer las cosas como yo quiero, así que se acabaron los libritos y se acabaron los dibujitos.

–No.

–¡Te he dicho que no me contestes! ¿Es que no te enteras? –grita, y me suelta otro bofetón que me deja tambaleándome. Noto un dolor sordo en la cabeza, y temo que vaya a desmayarme de un momento a otro–. Soy tu padre, y si quieres seguir viviendo bajo mi techo...

–No quiero –logro decir a pesar del mareo.

–¿Qué has dicho?

–¡Que no quiero, joder! –grito, incapaz de contenerme durante más tiempo–. Estoy hasta los cojones de ti. Me largo.

Pienso que va a volver a pegarme, pero en lugar de eso suelta una desagradable carcajada. Sin perder tiempo, abro la mochila y meto dentro el portátil, el cargador del móvil y la ropa que veo más cerca.

–No digas gilipolleces, niño. No tienes adónde ir.

–Me da igual –replico, tajante–. Cualquier sitio es mejor que seguir viviendo contigo.

Temo que vaya a volver a pegarme, pero en lugar de eso se limita a encogerse de hombros, como si no le importara en absoluto. Siento una punzada de dolor al darme cuenta de que realmente es así, de que realmente no le importo una mierda. Y nunca le he importado.

–Bueno, pues lárgate –replica con indiferencia–. Yo no quiero maricones en mi casa.

–Pues muy bien. No los tendrás.

–Pero escúchame bien, niñita: como vuelva a verte por aquí, te reviento la cara a hostias. ¿Queda claro?

–Clarísimo –digo, y, tras echarme la mochila a la espalda, tiro la silla al suelo de una patada para poder abrir la puerta y salgo al pasillo. Mi madre está ahí, con los ojos llenos de lágrimas y la cara tensa por la preocupación, pero no me detengo y echo a caminar hacia la entrada.

–¿Adónde vas?

–Me largo de casa.

–¿Qué? ¿Qué estás diciendo?

–Lo que oyes. No quiero seguir viviendo con ese hijo de puta.

–¡Óscar! Óscar, cariño, no puedes irte.

No logro evitar soltar un resoplido antes de contestar.

–Claro que puedo. Y tú también deberías.

–Cariño, no digas tonterías...

–Lo digo en serio –insisto, llegando hasta la puerta de la casa–. Ven conmigo. Podemos arreglárnoslas juntos.

–Cielo, no puedo. Ya sabes que no puedo.

Me duele oírlo, pero no soy capaz de quedarme más tiempo aquí, ni un segundo más.

–Pues yo me voy.

Comienza a sollozar.

–Hijo, por favor... Quédate y lo hablamos.

–¡Que se vaya, coño! –grita mi padre desde el otro lado de la casa–. Que se vaya con el otro maricón. Yo no quiero nenazas en mi casa.

Mi madre hace caso omiso y me coge las manos.

–Óscar, cariño...

–Mamá, no insistas. Me voy. Ya hablaremos, llevo el móvil. Te quiero, ¿vale? Eres la mejor madre del mundo.

Ella se echa a llorar, y yo me acerco para abrazarla con fuerza, tratando de transmitirle con ese abrazo la fuerza necesaria para que tome la decisión que tantos años lleva evitando. No hay nada más que pueda decirle: por mucho que quiera, no puedo obligarla a hacer lo que debe hacer. Tiene que ser ella quien decida.



–Pero ¿tú no tenías tanta prisa, niñita? –gruñe mi padre, asomando su cara hinchada y enrojecida por el pasillo–. ¡Venga, coño! ¡Lárgate de una puta vez! ¿A qué estás esperando?

Y eso hago.

Justo al otro lado de la puerta se encuentra Sergio, con cara asustada, y me abraza con fuerza en cuanto salgo. Cuando me encuentro por fin entre sus brazos, toda la entereza que había logrado mantener en el interior de la casa se desmorona de golpe, y rompo a llorar como un niño pequeño. Él me abraza durante lo que parecen horas, hasta que finalmente termino de desahogarme y saco todo lo que llevo dentro.

–¿Te ha pegado? –me pregunta cuando me separo de él, y yo niego con la cabeza–. Mentiroso. Tienes sangre en la nariz.

Me toco la barbilla y veo que tiene razón: está manchada de sangre seca.

–Ha sido solo un golpe.

–Tienes que denunciarlo, Óscar.

Me apresuro a negar con la cabeza.

–No puedo hacerlo. Es mi padre.

–¡Podría haberos hecho daño de verdad!

–Escucha, Sergio, no quiero tener esta conversación ahora mismo, ¿vale? Tengo que pensar qué hacer ahora.

–Te vienes a mi casa –decide–. A mis padres no les importará.

Niego con la cabeza mientras saco el móvil.

–No puedo hacer eso, Sergio. Mi instituto está aquí, y mi madre también. No puedo marcharme sin más a la ciudad.

–Pero...

–No, Sergio. No puedo dejarla sola en el pueblo.

–¿Y qué vas a hacer entonces?

–Tengo que hablar con Fer –respondo mientras comienzo a teclear un mensaje rápido.

–Hoy hace tres semanas que te presté el jersey –murmura Sergio, apenado–. ¿Te acuerdas?

–Claro que me acuerdo.

–Ese día fue cuando me di cuenta de que no quería que te ocurriera nada malo –continúa–. Sabía que lo estabas pasando mal, y sabía que no eras feliz, y quería que eso cambiara. Que no volvieras a estar mal, aunque fuera empezando por algo tan tonto como prestarte un jersey. Y ahora...

–Sergio, esto no es culpa tuya.

–Lo sé, pero aun así... me jode. Y en realidad sí que tenía muchas ganas de conocer a tu madre. ¿Por qué ha tenido que salir todo así de mal?

–No lo sé, Sergio. No lo sé.

Ojalá lo supiera.

...

No entiendo por qué tiene que joderse todo cuando por fin comenzaban a salirme bien las cosas.

¿Qué se supone que he hecho para merecer esto?

**Publicado el 12 de enero a las 22:15**

**Comentarios: 0**

**¿Te ha gustado? Compártelo**



(Antes)

*She wants to go home  
But nobody's home  
That's where she lies  
Broken inside  
Nobody's Home, Avril Lavigne*

–No te vayas.

–Ya hemos hablado de esto.

–Por favor, no te vayas.

–Óscar, tengo que hacerlo.

–No tienes por qué. Puedes seguir viviendo aquí, puedes ir en tren a clase. Es solo media hora, y podrías estar con nosotros... conmigo.

–La universidad es distinta, cariño. No puedo perder tanto tiempo viajando. Es mejor que esté allí.

Miré a María con el ceño fruncido, tratando de controlar las lágrimas que se acumulaban en mis ojos.

–Te perderás mi cumpleaños.

–¡Claro que no!

–¿Me lo prometes?

–Te lo prometo.

Nos quedamos en silencio durante unos segundos, abrazados.

–Escucha, Óscar. Ten... ten cuidado con papá. Pórtate bien, ¿vale?

–Voy a cumplir quince años –señalé.

–Lo sé. Estás hecho un hombretón –añadió con una sonrisa cariñosa–. Y por eso sé que puedo confiar en ti. Pero no lo hagas enfadar, ¿vale? Papá es peligroso cuando se enfada.

Asentí con la cabeza. No sabía exactamente a qué se refería, pero una parte de mí era consciente de que tenía razón.

–Vale.

–Y cuida de mamá. ¿Me lo prometes?

–¿Por qué no te quedas y la cuidamos entre los dos? Así podremos estar todos juntos.

Soltó un largo suspiro.

–No puedo, Óscar. No puedo seguir viviendo con ese cabrón. Cuida de mamá, ¿vale? Y por favor, pórtate bien. Pase lo que pase, no le laves la contraria. ¿Me lo prometes?

Tragué saliva antes de contestar.

–Te lo prometo.

## CAPÍTULO 42

*Life is ours, we live it our way  
All these words I don't just say  
And nothing else matters  
Nothing Else Matters, Metallica*

Cuando salgo del ascensor tengo el corazón en un puño, y siento tantas náuseas que temo estar a punto de vomitar.

–Estás seguro de que no estará tu padre, ¿verdad? –pregunta Fer, con el ceño fruncido por la preocupación.

–Cien por cien. A esta hora trabaja, y le he mandado un mensaje a mi madre antes de salir para asegurarme.

–Si está, voy a partirle la cara.

–No va a estar.

–Más le vale –continúa él, enfurecido–. Como lo vea, lo reviento. Te lo juro.

–Fer, de verdad, no hace falta que la liemos todavía. Nadie va a reventar a nadie. Y, de todos modos, ya te he dicho que no está.

–Pues vamos allá.

Hago girar la llave en la cerradura y abro la puerta, con el corazón martilleándose en el pecho a pesar de mis palabras. Enseguida oigo unos pasos rápidos y aparece mi madre por el pasillo, corriendo hasta lanzarse a mis brazos. La abrazo con fuerza mientras rompe a llorar, y le acaricio el pelo torpemente para tratar de calmarla, a pesar de que yo mismo estoy tratando de contener las ganas de echarme a llorar también. Nos quedamos así durante un rato y, cuando nos separamos, cierro el pestillo de la puerta antes de seguirla hasta la cocina.

–No puedes irte de casa, Óscar –dice en voz baja, con ojos suplicantes–. Es una locura.

–Lo siento, mamá. Ya te lo he dicho. Está decidido, y no vas a hacerme cambiar de idea.

Ella suspira y cierra los ojos, y de repente  
(me odio)

parece veinte años más vieja. Sé que le duele que quiera marcharme, pero también sabe que no puede obligarme a vivir con alguien que me pega simplemente por ser lo que soy. Hemos pasado toda la tarde hablando por teléfono, y sé que en el fondo lo comprende, aunque le resulte casi imposible aceptarlo. Sabe que es necesario si quiere que esté bien. Y, después de todo, ella es mi madre, y lo único que quiere es precisamente eso: que esté bien.

–¿Adónde vas a ir, hijo?

–De momento, con Fer.

–¿No les importará a tus padres? –pregunta dirigiéndose a él, que niega con la cabeza.

–Para nada –le asegura con una sonrisa, pues sus padres siempre me han adorado–. Dicen que estarán encantados de tenerlo con nosotros.

Ella suspira, y puedo ver claramente en su rostro el dolor y la vergüenza que le produce toda esta situación.

–No sé... Óscar, no sé si es una buena idea.

–Mamá, no pienso quedarme con ese hijo de puta ni un día más. Lo siento, pero no voy a cambiar de opinión.

Suelta un suspiro y cierra los ojos durante unos segundos antes de contestar. Cuando vuelve a abrirlos, me doy cuenta de que algo en ellos ha cambiado. Como si lo hubiera aceptado.

Asiente con la cabeza.

–Es tu decisión.

–Ven conmigo.

Me mira fijamente, como si no hubiera entendido mis palabras, como si no se lo hubiera dicho ya mil veces.

–¿Qué estás diciendo, Óscar?

–Que te vengas conmigo. Podemos alquilar un piso para los dos, no importa que sea pequeño. Podemos arreglárnoslas.

Suelta un suspiro.

–Óscar, cariño, no puedo hacer eso.

–¿Por qué? No me creo que sigas queriendo a ese cabrón –señalo, poniendo voz a algo que llevo años pensando.

–No se trata de eso, hijo.

–¿Entonces? ¿Qué te ata a él? –pregunto airadamente–. ¿Es que quieres seguir viviendo amargada?

–Cariño, llevo casi veinte años casada con él. No puedo irme y ya está, ¿tú sabes lo que dirían en el pueblo? ¿Lo que dirían tus abuelos?

Suelto un bufido.

–¿Eso es todo lo que te importa? ¿Lo que dirá la gente?

–Claro que no, hijo. Pero sabes que no es tan sencillo.

–Tú no lo quieres –afirmo. Espero unos segundos antes de continuar, pero ella no me lo niega–. Entonces, ¿qué sentido tiene? Podemos irnos a un piso los dos y arreglárnoslas solos.

–Pero es que yo no podría pagar un piso sola, cariño –me explica con la voz quebrada–. Ni siquiera aunque fuera barato. No podría mantenerte ni pagarte las clases. Necesitamos a tu padre.

Suelto un suspiro.

–Puedo buscar trabajo, como ha hecho María –sugiero–. No me importa, de verdad. Solo quiero que estemos lejos de él.

–De eso ni hablar. Tienes que centrarte en estudiar, Óscar. Eres muy joven para ponerte a trabajar.

–Pero María...

–María acabó el bachillerato primero. Cuando lo acabes, entonces hablaremos, pero no antes.

–Pero quiero ayudar, mamá –insisto, cada vez más frustrado–. No quiero que te quedes sola con ese cabrón.

Niega con la cabeza.

–No te preocupes por mí –me pide–. Cuando acabes el bachillerato hablaremos, de verdad, pero ahora no puedes centrarte en eso.

–Pero ¡es que te ha pegado!

Se encoge de hombros, incómoda.

–Solo fue un golpe. No es para tanto.

–Pero ¿cómo que solo...?

Me doy cuenta de que se está tirando de las mangas, tal como suele hacer cada vez que se pone nerviosa.

Y entonces lo comprendo.

No lo hace porque esté nerviosa.

Lo hace para que no le vea los brazos.

–No es la primera vez, ¿verdad?

–Óscar...



–Mamá, por favor, contéstame.

–Hijo, de verdad...

Pero estiro el brazo con rapidez y, antes de que tenga ocasión de apartarse, le subo bruscamente la manga. Veo varios moretones, y sé por su aspecto que no son de ayer.

–No me lo puedo creer.

–Tienes que denunciarlo –interviene Fer.

–¡No puedo hacer eso! No me maltrata, de verdad.

Enarco una ceja y la miro fijamente a los ojos.

–Es curioso que seas tú quien haya utilizado esa palabra.

–De verdad, Óscar. No lo hace.

–Pues no lo parece –replico.

–Mira, Óscar, sé que tienen mala pinta, pero no es para tanto. No me maltrata. Es solo que a veces...

–¿Que a veces se le va un poco la mano? –adivino, y ella asiente con la cabeza–. Mamá, ¿tienes idea de cuántas mujeres han muerto porque a sus parejas se les iba un poco la mano?

Asiente con la cabeza, visiblemente avergonzada. Yo suelto un gruñido de pura frustración. No puedo creer que de verdad haya estado tan ciego durante tanto tiempo. ¿Cómo es posible que no me diera cuenta antes? Ella siempre se ocultaba los brazos, al igual que hacía yo, y en ningún momento me fijé en que estábamos haciendo exactamente lo mismo.

La diferencia es que sus heridas no se las causaba ella. Yo elegía mi dolor, al menos el físico, pero el suyo era impuesto.

–No puedo irme.

Suelto un suspiro de resignación, sabiendo que no voy a lograr convencerla. Al menos, no hoy.

–Tengo que hacerlo de todos modos. Lo entiendes, ¿verdad?

Asiente con la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas, y me acerco a ella para abrazarla.

–Lo entiendo –murmura contra mi pelo–. Lo siento, Óscar. De verdad que lo siento.

–Lo sé.

La siguiente hora pasa como envuelta en una espesa neblina. Recojo todas las cosas que puedo gracias a las dos maletas que me ha prestado Fer, y después me despido de mi madre. Sé que no voy a irme muy lejos, y que probablemente

podremos vernos casi todos los días, pero es duro de todos modos. Aun así, logro contener las lágrimas hasta que llego a casa de mi amigo.

Una vez allí, me siento en la cama y me quedo mirando al infinito. Tengo ganas de llorar, pero por alguna razón no me sale ninguna lágrima, así que me quedo inmóvil. Fer me abraza y permanecemos así hasta que pierdo la noción del tiempo.

## **¿VOLANDO SOLO?**

Parece que ha llegado la hora de remendar estas alas de papel y tratar de volar.

Tan solo espero no caer en el intento.

**Publicado el 13 de enero a las 21:59**

**Comentarios: 0**

## **ANCLA**

Tengo claro que sin él no habría sido capaz de superar esta semana.

Es bueno tener un ancla que te impida ir a la deriva.

**Publicado el 17 de enero a las 19:45**

**Comentarios: 0**

## **HASTA LOS HUEVOS**

Empiezo a estar un poco hasta los huevos ya de los correos y de los mensajitos.

¿Tan difícil es dejarme en paz?

¿Tanto cuesta?

No creo que sea pedir demasiado.

Publicado el 20 de enero a las 20:17  
Comentarios: 0

**¿Te ha gustado? Compártelo**



## CAPÍTULO 43

*My demons are begging me to open up my mouth  
I need them mechanically make the words come out  
They fight me, vigorous and angry, watch them pounce  
Ignite me, licking up the flames they bring about  
Hold Me Down, Halsey*

–¿Hoy tampoco lo has visto? –me pregunta Sergio.

–No.

–No puedo creerme que de verdad maltrate a tu madre –repite por enésima vez en los últimos días.

Me encojo de hombros.

–A mí no me extraña, la verdad.

–¿Por qué no lo denunciáis? –me pregunta, también por enésima vez.

–Ya te lo he dicho... mi madre no quiere.

Suelta un suspiro y niega con la cabeza, incrédulo.

–Ya han pasado diez días.

–Lo sé.

No le digo que he contado todos y cada uno de los días cuidadosamente, con la esperanza de que mi madre entrara en razón por fin uno de ellos.

–¿Irás al final con tu hermana?

Asiento con la cabeza. Sé que no puedo quedarme eternamente en casa de Fer por mucho que insistan sus padres en que no hay problema, así que ya he hablado con María para irme a vivir con ella, tal como me había ofrecido. No tengo más remedio que quedarme en el pueblo hasta que el curso acabe, pero después podré mudarme con ella. Voy a tener que buscarme un trabajo durante el

verano para contribuir con el alquiler y los gastos, pero al menos podré estar lejos de ese lugar.

–Tranquilo, ¿vale? –dice Sergio, rodeándome con los brazos–. Todo va a salir bien, ya lo verás.

–¿Me lo prometes?

–Te lo prometo.

Y sella la promesa con un beso.

\* \* \*

Llego a casa de Fer unos pocos minutos antes de las nueve. Desde que vivo con él procuro regresar lo antes posible los días que quedo con Sergio, para así poder ayudar a sus padres con la cena. Me están haciendo un favor enorme al dejar que me quede con ellos y me sentiría muy culpable si no los ayudara en todo lo posible, así que trato de limpiar y cocinar todo lo que puedo, para que mi presencia suponga una ayuda y no una molestia. Siempre me dicen que no hace falta que lo haga, que me acogen sin esperar nada a cambio, pero aun así no puedo evitarlo.

Pero hoy no hay nadie en casa. Es normal que Fer llegue tarde cuando sale con Laura, pero me extraña que sus padres tampoco estén. Se me ocurre que podría preparar una cena especial, por ser fin de semana y esas cosas: seguro que se pondrán muy contentos al llegar y encontrarse con la cena preparada, para variar. Voy a la cocina y tras revisar los armarios veo que en realidad no tengo demasiadas opciones donde elegir, así que decido hacer pasta y pongo agua a hervir. Después saco el móvil y le mando un mensaje a Fer para hacerme una idea del tiempo con el que cuento antes de que lleguen.

¿Sabes cuándo llegarán tus padres?

Tarde

Han salido a cenar por su aniversario.

Genial. Parece que mis planes de preparar una cena especial acaban de joderse oficialmente.

Ah.

Vale.

¿Tú comerás aquí?

No

Ire a cenar cn Laura

Por?

No, nada.

Puedes coger lo q quieras de la nevera

Estas n tu casa, vale?

Vale.

No volvere tarde

Vemos alguna peli luego?

Vale &

%

A veces pienso que el mundo se ríe en mi cara: mi cena especial para cuatro acaba de convertirse en una cena rápida para uno.

Tras retirar el agua del fuego, me preparo rápidamente un sándwich de jamón y queso y voy a la habitación de Fer para encender mi viejo portátil. Tarda tanto en iniciar que ya me he comido el sándwich para cuando aparece mi escritorio en la pantalla, así que aparto el plato y tecleo la dirección de mi blog. Me encuentro con que hay un nuevo comentario en mi última entrada, así que lo abro con una sonrisa para ver qué tiene que decirme esta vez mi misterioso anónimo.

Preparate maricón. Te hemos encontrado. Vamos a por ti.

**Publicado por Anónimo el 22 de enero a las 18:13**

Me quedo helado.

No.

NO.

**NO.**

No puede ser.

No.

No puede ser que lo hayan encontrado.

Pero así es. Las palabras están ahí, inconfundibles, negras contra el fondo blanco del blog. Han encontrado mi

(santuario)

blog, el único refugio seguro que me quedaba ya. El único lugar donde podía desahogarme sin tapujos siempre que lo necesitaba, donde sabía que nadie me juzgaría. Ni siquiera le había hablado a Sergio de él, y ahora ya no me queda ni ese pequeño rincón.

Me lo han arrebatado.



Noto un familiar picor que me recorre los brazos, y sé exactamente lo que necesito hacer. Me palpo el bolsillo, pero lo único que encuentro allí es mi móvil. Entonces recuerdo que hace ya dos semanas que tiré mis cuchillas, y soy consciente de que no puedo volver atrás. Después de todo lo que he conseguido avanzar gracias a Sergio y a mi madre, no puedo volver a caer en ese agujero.

No sé si sería capaz de salir de él si lo hiciera.

Una vez superado mi primer impulso, el segundo es eliminar el blog, hacerlo desaparecer por completo, pero cambio de opinión cuando estoy a un clic de hacerlo. No puedo borrar mi

(santuario)

blog después de lo mucho que me ha servido durante estos últimos meses. En lugar de eso, comienzo a trastear entre las opciones de configuración hasta que por fin encuentro la forma de hacerlo privado, de modo que solo yo pueda acceder a su contenido. A continuación, borro el comentario.

Ahora el blog será solo mío. Por una parte me duele saber que no voy a recibir más comentarios de mi anónimo misterioso, pero no puedo permitir que utilicen en mi contra algo que me resulta tan preciado.

Tras asegurarme de que el blog ha quedado completamente privado, entro en mi correo electrónico. Ya sé lo que me voy a encontrar, pero aun así quiero comprobarlo de todos modos. Tal como esperaba, hay un mensaje en mi bandeja de entrada con un asunto muy elocuente: «Maricon». Fue enviado a las 18:15, apenas un par de minutos después que el comentario, por lo que queda claro que se trata de la misma persona o, por lo menos, de que están compinchados.

El texto en sí no es más que una copia del mismo mensaje que llevo recibiendo cada día desde hace ya una semana.

Preparate, maricón. Te vamos a joder la vida. No sabes lo que te espera.

Suelto un suspiro. No sé quién puede hallarse detrás de los correos, y la dirección tampoco me da ninguna pista: está claro que la han creado específicamente para esto. Supongo que debe de haber métodos para rastrear la IP del ordenador desde el que se envió, pero mis conocimientos informáticos son tan escasos que lo único que puedo hacer son suposiciones.

Está claro que lo más probable es que los mensajes los haya escrito Carlos, que ha vuelto a envalentonarse conmigo en los pasillos después de nuestro último encontronazo y ha retomado la dinámica de insultos desde que regresé al instituto, unos días después de haberme marchado de casa. Durante un instante

se me pasa por la cabeza que tal vez pueda tratarse de Darío, pero enseguida desecho la idea. No creo que fuera capaz de caer tan bajo después de todo lo que me dijo la última vez, ni siquiera por despecho.

Al menos, eso espero. No tanto por mi bien, sino por el suyo.

El sonido del móvil me saca de mis pensamientos, y veo en la pantalla que se trata de un mensaje de mi madre. El corazón me da un vuelco desagradable: siempre que me llega algún mensaje suyo, temo que pueda tratarse de algo grave, que a mi padre se le haya ido la mano una vez más.

hola

como.estas hijo?

Bien.

Acabo de llegar a casa de Fer.

¿Y tú?

No le he contado nada acerca de los correos que he estado recibiendo, y no voy a empezar a hacerlo ahora. Ya tiene demasiadas preocupaciones por mi culpa como para añadirle una más.

como.siempre

mucho.trabajo...pero es lo.que hay

estoy haciedno turnos.dobles ultimamente

---

si hay suerte.a.lo mejor.em contratan

a jornada.completa

El corazón comienza a palpitarme con fuerza en el pecho, pues sé cuáles podrían ser las consecuencias de eso: una jornada completa significaría que podríamos pagar el alquiler de un piso pequeño para irnos a vivir los dos solos. De todos modos, no me permito hacerme ilusiones. Todavía no. Estoy cansado de tener que recoger los pedazos de mis sueños rotos.

Eso sería genial "

[escribiendo...]

[conectado]

[escribiendo...]

si me.contratan a.lo mejor

podriamos.buscarnos algo

un pisito para.los dos

¿De verdad?

lo.intentare

te.lo prometo

Te quiero.

y yo.a ti.Oscar

te echo d.menos

Y yo a ti, mamá.

Muchísimo.

No sabes cuánto.

## **VIOLACIÓN**

Y así es como el blog ha pasado a convertirse en un diario.

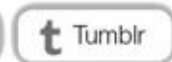
Supongo que es de estúpidos hablar conmigo mismo por internet, pero necesito algún sitio donde desahogarme por escrito.

De lo contrario, creo que me volveré loco.

**Publicado el 22 de enero a las 21:37**

**Comentarios: 0**

**¿Te ha gustado? Compártelo**



# CAPÍTULO 44

*In the land of Gods and Monsters  
I was an angel  
Living in the Garden of Evil  
Screwed up, scared, doing anything that I needed  
Shining like a fiery beacon  
Gods and Monsters, Lana del Rey*

Paso todo el fin de semana en casa de Sergio. Sus padres están fuera en un viaje de trabajo y sé que los de Fer agradecerán que los deje pasar solos el fin de semana de su aniversario, así que todos salimos ganando. Sobre todo yo: necesitaba un descanso, algo de paz y desconexión entre tanta mierda.

Pero el lunes llega increíblemente rápido, y con él, un nuevo día en el instituto. Por suerte, las últimas semanas he aprendido a estar mejor a pesar de todo. Por un lado, estar con Sergio me ha enseñado a

(ser feliz)

no avergonzarme de lo que soy, y me he dado cuenta de que si ignoro los insultos, haciendo como si no los oyera en lugar de agachar la cabeza como solía hacer antes, ellos pierden un poco el interés. Además, con todo lo que ha pasado con mis padres, cualquier gilipollez que puedan decirme pierde una buena parte de su importancia.

Sin embargo, hoy hay algo distinto en el ambiente.

Lo cierto es que las cosas en el instituto han estado algo más calmadas desde mi encontronazo con Carlos; y no solo a causa de mi cambio de actitud. Algunos no han dejado de insultarme en los pasillos, eso por descontado, pero la mayoría son alumnos que no conozco, gente que sabe de mí tan solo de oídas y se mete

conmigo simplemente por subirse al carro, porque es lo que se supone que tienen que hacer. Insultar al maricón es el deporte oficial de este instituto.

Pero hoy es como si el tiempo hubiera retrocedido dos meses, y los insultos me reciben nada más cruzar la puerta del instituto, como un manguerazo de agua fría que trato de ignorar con todas mis fuerzas. Por suerte voy con Fer, así que en cuanto se dan cuenta de que no estoy solo me dejan en paz y puedo volver a respirar tranquilo, al menos durante un rato.

Sin embargo, en la clase de Educación Física estoy solo porque Fer se salta la clase para hacer los deberes de la hora siguiente, de modo que cuando apenas faltan diez minutos para que termine alguien me pone la zancadilla mientras corro y caigo al suelo.

Miro a mi alrededor, pero, como siempre, ya no hay nadie cerca a quien pueda culpar. Me levanto trabajosamente,

(humillado)

dolorido, y me sacudo el polvo de las rodillas y manos, que han quedado desolladas. Aunque Carlos y su grupito están a unos diez metros riéndose disimuladamente, sé que no tengo forma de demostrar que han sido ellos, y también que nadie me apoyaría si lo intentara. Me observan con idénticas expresiones burlonas en la cara, y después alzan unas botellas de agua en mi dirección, como si brindaran por mi salud, y dan un buen trago.

Todas las asignaturas de este instituto suponen para mí un infierno, pero la peor de todas es, sin duda alguna, Educación Física. No por la clase en sí, que no se me da demasiado mal, sino por lo que ello implica: cincuenta minutos de movimiento continuo y contacto físico, lo cual, en las mentes de mis compañeros, equivale a la hora de torturar a Óscar.

Y lo peor es que la tortura no acaba cuando el profesor da por finalizada la clase y nos deja marcharnos, sino que después tengo que enfrentarme a una muy diferente: los vestuarios.

Es curioso, porque antes de que todo pasara la hora de las duchas era en realidad mi momento favorito de la semana. Al fin y al cabo, tenía la excusa perfecta para ver a todos mis compañeros de clase desnudos, y la verdad es que hay que reconocer que muchos de ellos están bastante bien. Los miraba de reojo y con disimulo, procurando controlarme para evitar reacciones en mi cuerpo que pudieran delatarme, pero los observaba igualmente. Lo cierto es que me lo pasaba bien, aunque normalmente salía de los vestuarios con las hormonas totalmente revolucionadas y no veía el momento de llegar a casa para ponerlas

bajo control en la soledad de mi habitación. A veces ni siquiera era capaz de aguantar, y acababa haciéndolo en los lavabos.

Sin embargo, ahora es con diferencia el peor momento de la semana. Desde que pasó lo de Darío, jamás me ducho en el instituto después de Educación Física: no quiero estar con ellos más tiempo del imprescindible. No obstante, eso no evita que los dos o tres minutos que tardo en cambiarme los dediquen a insultarme con saña. Son los únicos momentos que pasan a solas conmigo sin ningún adulto cerca, pues el profesor jamás entra en los vestuarios.

Y ellos se aprovechan.

Pero hoy tengo que ducharme. Tengo tres cortes grandes en la rodilla y el brazo derecho bastante magullado a causa de la caída, así que necesito lavármelos bien si no quiero que se infecten.

No voy a negarlo: después de la mañana de insultos, al caer casi he disfrutado del dolor lacerante, familiar y desconocido al mismo tiempo. Ya me había acostumbrado a los cortes como salida de mis problemas, y aunque llevo casi un mes sin hacerlo, lo cierto es que agradezco la sensación.

Sin embargo, este dolor no me gusta tanto. Prefería el mío, el de mis cuchillas, y ahora que ya no las tengo me cuesta mucho enfrentarme a las cosas de otra manera.

El profesor quería que fuera a la enfermería a que me limpiaran y desinfectaran las heridas, pero me negué rotundamente. Sé que si lo hago corro el riesgo de que la enfermera vea las cicatrices de mis cortes y descubra lo que hacía, y eso me metería en serios problemas: aunque todas las heridas han sanado ya, las marcas siguen siendo perfectamente visibles. Así que no me queda más remedio que meterme en la ducha, aunque sea rápido, para lavarme la sangre y la suciedad.

Me desvisto, pero sin quitarme la ropa interior. En parte lo hago porque no quiero que me vean completamente desnudo, y en parte, porque es un hábito de cuando me duchaba con ellos. Si lo hacía en calzoncillos, ocultaba un poco las  
(habituales)

posibles reacciones de mi cuerpo al verlos sin ropa. Aun así, eran pocos los que se duchaban totalmente desnudos: solo lo hacían los más desinhibidos y los que querían presumir de cuerpo en todo su esplendor. Por supuesto, yo no podía quejarme: para mí era como estar en el paraíso.

Pero ahora las cosas han cambiado.

–Eh, ¡que el maricón se quiere duchar con nosotros! –dice uno cuando me ve acercarme a ellos en ropa interior, con la cabeza gacha y tratando en vano de



pasar desapercibido.

Es evidente que no he tenido mucho éxito.

–A lo mejor espera que alguno se la metamos por detrás si se le cae la pastilla de jabón –comenta Carlos, y todos rompen a carcajadas.

–Ya te gustaría a ti –murmuro en voz baja.

–¿Qué has dicho, marica? –pregunta él con voz amenazadora, pero sé que me ha oído perfectamente. Su pregunta es en realidad un reto, una forma de vengarse por nuestro encontronazo. Si me atrevo a repetirlo, saldré mal parado, así que respondo lo único que puedo decir.

–Nada.

Levanto un poco los ojos para mirarlo, y me cuesta reprimir una sonrisa. No solo se encuentra totalmente desnudo, sino que además está algo excitado, posiblemente a causa del hecho de estar metiéndose conmigo.

Es enfermizo.

En serio, ¿cómo es posible que los demás no se den cuenta? ¿Cómo pueden estar tan ciegos, cómo pueden llegar a ser tan gilipollas? Tienen a un tío cachondo entre ellos que probablemente se les restregará a la menor oportunidad, pero aun así prefieren meterse conmigo, que ni siquiera les he hecho nunca nada. Claro que en realidad él no es el único: la mayoría espera a que su segundo cerebro despierte en todo su esplendor antes de meterse en la ducha, para así poder presumir.

Son como animales.

Por suerte, hoy parecen estar de un buen humor muy poco habitual, así que me dejan en paz después de eso. Empiezo a pensar que me he imaginado su cambio de comportamiento de esta mañana.

Como nunca me ducho en el instituto no he traído gel ni champú, por lo que me veo obligado a lavarme únicamente con agua. No quiero pedirles nada a ellos, y de todos modos sé que no me lo darían. Me froto a conciencia las heridas para evitar posibles infecciones, disfrutando patéticamente del escozor y, tras terminar, me quedo bajo el chorro de agua, tratando de relajarme. Está helada, otra vieja costumbre destinada a evitar reacciones indeseadas que logro recordar a tiempo, y la sensación es agradable a pesar de estar en enero. Durante un instante, todo está en paz.

Sin embargo, al cabo de unos segundos oigo un sonido similar a un chapoteo y comienzo a notar algo caliente que me baja por las nalgas y la parte trasera de la pierna. Abro los ojos, llevo una mano hasta el grifo y después al chorro de agua. Frunzo el ceño al comprobar que está fría, pero entonces tengo un horrible

presentimiento. Bajo la mirada lentamente hasta el suelo y entonces veo que el agua está mezclada con un líquido amarillento.

No.

No.

No.

No puede ser.

Horrorizado, me doy la vuelta, pero antes de hacerlo ya sé con lo que voy a encontrarme.

Me están meando.

Tres de ellos, entre los que obviamente se encuentra Carlos, me están meando.

–¿Se puede saber qué coño hacéis? –grito, tratando de apartarme, pero uno de ellos, que ya ha acabado, me sujeta por los brazos para mantenerme inmóvil–. Por favor... ¡Parad!

–Cierra la puta boca, marica –ordena mientras trato de librarme de él, sin éxito–. Si sabemos que te gusta. ¿No se supone que a vosotros os ponen todas estas guarradas?

–¡Parad ya, joder!

Aunque forcejeo, él es mucho más fuerte que yo, y todavía no sé lo bastante de judo como para defenderme. Carlos y el otro chico dirigen los chorros más hacia arriba, y yo trato de zafarme con más fuerza, pero entonces me resbalo sobre las baldosas llenas de agua y caigo al suelo.

–Por favor...

–Eso, eso, colócate bien –dice Carlos, y dirige el chorro directamente hacia mi cara. Giro la cabeza rápidamente, asqueado, pero eso no evita que el repugnante líquido corra por mi rostro,

(nonononoNoNoNoNoNONONONONONONONO)

uniéndose a mis lágrimas, antes de desaparecer por el desagüe para unirse a mi dignidad.

Por suerte, a ninguno se le ha ocurrido cerrar la ducha que tengo justo encima, de modo que el líquido enseguida queda diluido, pero a mí me entran ganas de vomitar igualmente. Apenas soy capaz de reprimir las fuertes arcadas que sacuden mi cuerpo con violencia. Humillado y herido, comienzo a gritar y sollozar al mismo tiempo, aun a sabiendas de que no va a servir de nada. Trato de levantarme, pero resbalo en el agua, la orina y la espuma y vuelvo a caer.

–Por favor –suplico una y otra vez mientras me atraganto con el agua–. Por favor, parad...

Pero no lo hacen. Los dos chicos no tardan en terminar, los dos en mi cara, pero para entonces ya se han unido otros tres entre carcajadas. Carlos me planta el pie en el pecho, para impedir que me levante, y sus amigos hacen lo mismo con mis piernas. Forcejeo para liberarme una vez más, pero Carlos me da una brutal patada en las costillas que me deja sin aliento. Dolorido y medio ahogado, me resigno a esperar a que acaben, pues sé que no servirá de nada tratar de suplicar.

Sin embargo, no puedo parar de llorar.

De pronto, echo de menos no haberme traído una cuchilla al instituto, tal como solía hacer hasta no hace demasiado tiempo, antes de conocer a Sergio. Pero esta vez no estoy pensando en cortarme. Esta vez lo que quiero es utilizarla contra ellos. Hacerles daño. Que su sangre corra por el suelo de las duchas igual que su orina mezclada con mis lágrimas.

# CAPÍTULO 45

*Even when the world tries to pull me down  
Tell me that I can't, try to turn me around  
I won't let them put my fire out  
Believe, Dima Bilan*

No sé cuánto rato paso tirado en el suelo lleno de agua de las duchas, pero cuando finalmente consigo dejar de llorar y me levanto, ya no queda nadie dentro del vestuario. Y tampoco está mi ropa: se la han llevado toda, al igual que se han llevado mi dignidad, para alargar mi humillación

(los odio los odio los odio)

lo máximo posible.

Mojado y desnudo, me asomo cuidadosamente por la puerta, y una ráfaga de aire helado del exterior me eriza todo el vello del cuerpo. Tras comprobar que no hay nadie cerca, corro hasta el despacho del profesor de Educación Física, que afortunadamente se encuentra al otro lado de los vestuarios, a apenas unos metros. Está vacío, pero por suerte la puerta está abierta, así que me cuelo dentro y robo un chándal que veo sobre una silla. Me queda enorme, pero es mejor que nada, de modo que me lo pongo y salgo del instituto, todavía tiritando de frío.

Necesito mis cuchillas.

Aunque tiré a la basura todas las que utilizaba para cortarme el día que hablé con mi madre del tema, todavía me queda una. La primera de todas, y tal vez la más fiel. No tardo más que unos pocos minutos en llegar a casa de Fer, y por suerte estoy solo, así que voy rápidamente a su habitación en busca de mi neceser. Allí está mi maquinilla de afeitar.

Mi vieja amiga.

Mi nueva aliada.

Me encierro en el cuarto de baño y, una vez dentro, me miro al espejo tratando de serenarme. No me reconozco.

En estas últimas semanas he cambiado, no solo mental sino también físicamente, pero ahora es como si hubiera retrocedido en el tiempo. El rostro que me devuelve la mirada es similar al de un cervatillo asustado; la expresión es la de un cachorrillo apaleado. Es la misma cara que tenía antes de conocer a Sergio, antes de ser capaz de plantarles cara.

Sé que no puedo volver atrás, que si vuelvo a cortarme ellos habrán ganado... Pero no puedo evitarlo. Necesito hacerlo.

No importa lo que pase, parece que siempre seguiré siendo el mismo Óscar que se deja humillar por todo el mundo, la misma víctima fácil. Sin importar lo mucho que lo intente, la historia siempre se repite, una y otra vez, como una rueda sin fin que me arrolla sin piedad. Es como si fuera un monstruo que me traga y me escupe para después volver a devorarme.

No puedo huir del pasado.

Así que entro en la ducha con la cuchilla.

La observo durante unos segundos, dubitativo, hechizado por el destello que emite la luz reflejándose en su hoja, familiar y extraño al mismo tiempo. Una parte de mí es consciente de que no debo hacerlo. Llevo mucho tiempo sin cortarme, demasiado tiempo, y cada día que he pasado sin hacerlo ha sido muy duro, pero finalmente me he acostumbrado. Sé que si me rindo, si me corto ahora, todos mis esfuerzos habrán sido en vano. Si vuelvo a caer en la tentación, ellos habrán ganado y yo habré perdido una vez más.

Si la vida fuera justa, el profesor de Educación Física habría entrado en el vestuario a tiempo de evitar mi humillación y los habría detenido antes de que pudieran hacerme nada. Si esto fuera una película, ahora alguien entraría por la puerta, Fer, o tal vez Sergio, e impediría que la cuchilla rozara mi piel. Si esto fuera una historia con un final feliz, no sentiría la necesidad de hacerlo.

Pero la vida no es justa, y me lo ha demostrado continuamente los últimos meses. Y esto tampoco es una película, ni mucho menos una historia con un final feliz. Esto es la realidad, y mi realidad es un infierno. He sido un completo iluso por pensar lo contrario.

Así que presiono la cuchilla contra la carne de mi antebrazo hasta que brota la sangre.

El dolor agudo resulta molesto al principio, pero también familiar y agradable, como el reencuentro con un viejo amigo casi olvidado. Lo echaba (muchísimo)

de menos, y no me había dado cuenta de cuánto hasta ahora. Observo las gotas de sangre que se deslizan por mi mano, rojo sobre blanco, cálidas sobre mi piel, y que resbalan hasta caer en el suelo de la bañera.

Sin embargo, esta vez hay algo distinto; algo no es como antes. El dolor ayuda, sí, pero no se lleva el otro dolor como solía suceder. Así que vuelvo a cortarme, una vez, dos, tres veces más, sin fijarme en el destrozo que me estoy haciendo en el brazo. Pero no funciona.

Algo va mal. La sangre se desliza por mi piel, y el dolor resulta agradable, pero ya no... ya no funciona. Ya no funciona como antes. Desesperado, vuelvo a cortarme, esta vez hundiendo más la cuchilla, ahogando un grito a causa del dolor intenso, y la mano que la sujeta se tiñe de rojo cuando la sangre la salpica. Pero sigue sin funcionar, y no puedo evitar comenzar a llorar, asustado. Más que asustado, aterrorizado. Si esto no funciona, ¿qué lo hará? ¿Cómo voy a poder seguir aguantando el dolor? ¿Cómo voy a seguir adelante después de lo de hoy, después de que hayan vuelto a decidir convertir mi vida en un infierno?

La luz se refleja en la hoja de la cuchilla y emite un resplandor burlón que parece invitarme a que siga adelante, a que lo haga, a que me atreva a ponerle fin de una vez a todo esto. Trago saliva. Sé que no debo hacerlo, que no puedo permitir que me venzan, que no puedo hacerle algo así

(a nadie, no tengo a nadie)

a mi madre ni a Sergio, y tampoco a Fer.

Pero no tengo otra salida.

Sujeto bien la maquinilla y recorro con ella mi brazo, deteniéndome brevemente en las cicatrices, hasta llegar a la muñeca. Soy consciente de que no puedo pensarlo más, de que si sigo retrasándolo no me atreveré, así que cierro los ojos, respiro hondo y me obligo a hacer lo que sé que tengo que hacer.

La cuchilla se encuentra a unos milímetros de mi muñeca cuando oigo unos golpes en la puerta.

—¿Óscar? ¿Estás bien?

Es Fer. Me planteo rápidamente qué hacer, con el corazón latiéndome con fuerza. Estoy lleno de sangre, y la bañera también. Si entra, no me dará tiempo a limpiarlo todo. Llevo la mano hasta el grifo, pero la tengo resbaladiza por la sangre y no consigo abrirlo. Suelto una maldición entre dientes.

—Te he oído llorar —añade—. Voy a entrar.

Ni siquiera me había dado cuenta de que estuviera llorando. Grito para que no lo haga, para que no entre, pero ya es demasiado tarde. La puerta se abre, y

Fer entra en el cuarto de baño. Con el ceño fruncido, avanza hasta la bañera, y entonces se detiene en seco cuando me ve lleno de sangre.

Transcurre un segundo de silencio en el que casi puedo ver su mente procesando lo que está presenciando, y después corre hacia mí.

–¡Óscar! Óscar, ¿estás bien?

–Tranquilo... –digo con un hilo de voz, moqueando, y me llevo las manos a la cara para secarme las lágrimas con el dorso—. Estoy bien.

–¿Qué te ha pasa...? –comienza, pero se detiene en seco al ver la maquinilla de afeitar que sigo aferrando con fuerza en la mano—. Óscar, dime que no has hecho lo que creo.

Comienzo a llorar con más intensidad, tratando en vano de ocultar mis heridas. Una parte de mí es vagamente consciente del hecho de que me encuentro completamente desnudo delante de él, pero no me importa.

Nada importa ya.

–Lo... lo siento, Fer –me esfuerzo por decir entre hipidos, incapaz de parar de llorar. Las lágrimas se derraman por mis mejillas hasta caer en el fondo de la bañera, donde se mezclan con mi sangre.

Él se queda mirándome con incredulidad durante unos segundos, como si no fuera capaz de asimilar lo que está presenciando. Sin embargo, enseguida se sobrepone y me da un fuerte bofetón que me corta el llanto de golpe.

–¿Se puede saber qué coño haces? –suelto, indignado.

–¿Perdona? –grita furioso—. ¿Se puede saber qué coño haces tú? ¿Qué cojones haces cortándote en la puta bañera?

–Yo...

–No es la primera vez que lo haces, ¿verdad?

–Fer, yo...

–No quiero excusas. Dime la verdad, Óscar.

–No. No es la primera vez.

Suelta un largo suspiro.

–¿Y se puede saber por qué lo haces?

–Llevaba mucho tiempo sin hacerlo –me defiendo—. De verdad, Fer, llevaba cerca de un mes sin cortarme.

–¿Y por qué coño has vuelto a hacerlo hoy?

Esta vez soy yo quien suelta un suspiro. Cierro los ojos, tratando de calmarme y de ordenar un poco mis ideas. Ni siquiera sé cómo comenzar a contarle todo lo que ha ocurrido hoy.

–Me han meado en el vestuario –suelto sin más preámbulos. Después de todo, no tiene sentido andarse con rodeos, y menos después de que me haya visto cortándome. Empalidece de golpe.

–¿Qué... qué quieres decir? –pregunta, como si no fuera capaz de procesar mis palabras. No lo culpo: a mí mismo me cuesta creer que hayan sido capaces de hacerme eso, pero así ha sido.

Me encojo de hombros.

–Pues eso. Carlos y los suyos me pusieron la zancadilla en Educación Física y al caerme me hice daño, así que no tuve más remedio que ducharme para lavarme bien las heridas. Ahí aprovecharon para mearme.

Una expresión peligrosa contorsiona su rostro.

–Los mato. Te juro que los mato –dice, y en sus ojos brilla una furia asesina–. ¿Quiénes han sido?

–No hagas ninguna locura, Fer –le advierto, tratando de ser razonable, aunque una parte de mí desea verlos

(muertos)

sufrir.

–Dime quiénes han sido. ¿Quién más aparte de Carlos?

–No sé, los de siempre. Carlos, Aitor y alguno más. Ah, y Jorge.

–Me los voy a cargar.

Suelto un suspiro.

–No vas a hacer nada, porque entonces te echarán del instituto. No puedes jugártela así.

–Algo hay que hacer. Algo tienes que hacer. No puedes quedarte de brazos cruzados.

–No pienso hacerlo –aseguro–. Voy a hablar con Ana.

–Sabes que después te harán la vida imposible, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

–Lo sé. Por eso voy a irme del instituto.





## **RESPIRA**

Nunca creí que llegaría a pensar seriamente en el suicidio.

Sí, puede que me cortara a menudo, y supongo que en esos casos es inevitable planteárselo alguna vez, pero nunca había llegado a considerarlo realmente una opción a tener en cuenta.

Hoy ha sido el día.

No sé qué habría hecho si él no hubiera llegado.

De verdad que no lo sé.

**Publicado el 25 de enero a las 22:19**

**Comentarios: 0**

## **OTRA VEZ**

Otro mes que termina.

Otro comienzo.

No sé qué pasa últimamente en mi vida, pero parece que cada dos días todo da un giro de 180 grados.

**Publicado el 31 de enero a las 23:17**

**Comentarios: 0**

**¿Te ha gustado? Compártelo**



## CAPÍTULO 46

*You don't even know the meaning of the words «I'm sorry»  
You said you would love me until you die  
And as far as I know you're still alive  
Illegal, Shakira*

–¡Ya he llegado!

María sale del salón y va hasta la puerta para recibirme, con una amplia sonrisa en los labios. Aún no me he acostumbrado a verla sonreír, así que sigue resultándome una imagen un tanto extraña. Durante los pocos días que llevo viviendo en su casa, la he visto hacerlo más que en todos los años que vivimos con nuestros padres. Por primera vez desde que tengo memoria veo feliz a mi hermana, algo que antes nunca hubiera creído posible.

Por supuesto, ahora sé perfectamente cuál es la razón.

–Ya era hora, ¿no? –me regaña, aunque por su tono de voz y su sonrisa sé que no lo dice en serio—. Estaba comenzando a pensar que tu novio te había secuestrado.

Yo también sonrío, contento de poder hablar de una forma tan natural de algo que me hace tan feliz. Todavía me resulta un tanto extraña la situación, pero a decir verdad está siendo fácil acostumbrarse. Mucho más fácil de lo que pensaba, de hecho.

–Tranquila. Si me secuestra, te avisaré antes.

–¿Y cuándo piensas presentármelo?

Pongo los ojos en blanco.

–Ya estás tú también como mamá.

–¡Pues claro que sí!

–María...

–¡Déjate de María! No es justo que mamá lo conozca y yo no. ¡Tengo derecho a conocer a mi cuñado!

Siento el impulso de volver a poner los ojos en blanco, pero me esfuerzo por controlarlo y en su lugar me obligo a sonreír.

–Bueno, pues un día de estos lo traigo a merendar. ¿Te parece? Fue lo mismo que hice con mamá.

–Bueno, vale –acepta a regañadientes.

–Sois tal para cual –refunfuño, aunque no puedo evitar sonreír.

–Es lo que hay. Por cierto, ya que mencionas a mamá, ha llamado antes. Quería saber cómo estabas... deberías llamarla.

Asiento con la cabeza. Me llamó mientras estaba con Sergio, pero no había visto su llamada perdida hasta que salí de su casa. Saco el móvil y marco su número. Tarda un poco en responder, pero finalmente contesta al sexto tono, cuando ya estoy a punto de colgar.

–Perdona. Estaba con...

Deja la frase inconclusa, pero no necesito que termine. Ya sé con quién estaba, y me arden las entrañas al pensar que lleva todo este tiempo a solas con él. Tan solo espero que no haya vuelto a hacerle nada.

–¿Qué tal las cosas en casa? –pregunto, tratando de mantener la voz lo más neutra posible.

Oigo un suspiro al otro lado de la línea.

–Como siempre, ya sabes –contesta con voz cansada–. Mientras no lo moleste, me deja tranquila.

Suelto un bufido. En ese instante, el móvil emite un pitido y veo en la pantalla que tengo una llamada en espera de Fer, pero la ignoro.

–De verdad, mamá, pero ¿tú te estás oyendo? –suelto airadamente, perdiendo lo que me quedaba de paciencia, y María me echa un vistazo desde el otro lado del salón–. ¿Cómo puedes seguir con ese cabrón?

–Ese cabrón es tu padre –me recuerda ella, aunque su voz suena débil, como si le costara defenderlo. Supongo que eso es buena señal–. No deberías hablar de él de ese modo.

Me encojo de hombros un segundo antes de darme cuenta de que no puede verme. Vuelvo a oír un pitido en el móvil.

–Que sea mi padre no lo hace menos cabrón.

–No puedo irme, Óscar –dice, adivinando lo que estoy a punto de decirle por millonésima vez–. No insistas, ya lo hemos hablado muchas veces. Comprendo que tú lo hicieras, pero si me voy olvídate de que tu padre siga pagándote las

cosas del instituto. Bastante me ha costado convencerlo para que siga haciéndolo después de todo lo que ha pasado.

–Me da igual. Podemos arreglárnoslas; me pondré a trabajar para ayudar. De hecho, ya estoy buscando trabajo.

–Óscar...

–Mamá, ¿tú lo quieres?

Hace una pausa.

–¿Qué?

–Ya me has oído. ¿Tú lo quieres?

–Hijo, eso no...

–Sí que importa. Si no...

–Óscar, déjalo –interviene María, acercándose a mí con una expresión seria en el rostro. Puedo oír claramente la amargura que tiñe su voz–. Llevo años tratando de hacerla entrar en razón. No va a abrir los ojos hasta que la mande al hospital de una paliza.

Oigo el pitido que indica la tercera llamada de Fer, y comienzo a preocuparme. Sé que no insistiría tanto si no fuera importante.

–Mamá, tengo que colgar ya. Mañana hablamos, ¿vale?

–Vale.

–Piénsatelo al menos, por favor. ¿Lo harás?

Tarda unos instantes en responder.

–Está bien –dice finalmente.

–Es lo mejor, mamá. Sabes que es lo mejor. Te quiero, ¿vale?

–Y yo a ti, hijo.

Estoy a punto de llamar a Fer cuando entra su cuarta llamada. Me apresuro a descolgar, preocupado.

–¿Podemos quedar? –dice simplemente cuando contesto, y me doy cuenta al instante de que está mal. Lo noto por su voz apagada, por su tono ausente y carente de toda emoción. Me alejo el móvil de la cara para ver la hora: son casi las once de la noche.

–Eh... ¿has visto la hora que es? Estoy en la ciudad –le recuerdo. Ni de coña pienso volver al pueblo.

–¿Puedo ir a verte a casa de tu hermana? –me pregunta con tono suplicante–. No me apetece estar aquí.

–Pues... No lo sé. ¿Te dará tiempo a coger el tren?

–Estoy a punto de cogerlo –confiesa–. Acabo de comprar el billete... estaré ahí en unos cuarenta minutos.

No puedo evitar soltar una risita: típico de Fer.

–Te recojo en la estación, ¿vale?

–Vale.

Pasan unos segundos de silencio.

–¿Estás bien? –me atrevo a preguntar, a pesar de que ya sé la respuesta, más para decir algo que por otra cosa.

–No.

–¿Puedo saber qué ha pasado?

–Luego, ¿vale? –dice con voz estrangulada, y sé que se está aguantando las ganas de llorar–. Estoy en la estación y hay gente... No quiero hablar de esto aquí.

–De acuerdo –digo, preocupado–. Oye, Fer...

–¿Sí?

–Te quiero, ¿vale?

Puedo oír su sonrisa a través del teléfono.

–Yo también te quiero.

Suelto un suspiro tras colgar. Me he pasado todo el día con la misma ropa, que ya empieza a apestar a sudor, así que decido darme una ducha rápida antes de irme. Salgo muy justo de tiempo y me veo obligado a correr un poco, pero finalmente llego a la estación justo cuando aparece el tren de Fer.

Mi primera impresión al verlo salir del tren es que no se trata de él: jamás había visto a mi mejor amigo con esa cara. Su sonrisa permanente ya no está. En su lugar, lo único que queda es una expresión vacía. Como si su alma hubiera desaparecido y él no fuera más que

(yo hace unas semanas)

el cascarón vacío de lo que antes era mi amigo.

Sin embargo, cuando alza la vista y me ve caminando hacia él, esboza una pequeña sonrisa. Apenas resulta perceptible, pero al menos se encuentra ahí. No todo está perdido.

–Hola –saludo.

–Laura me ha dejado.

Me quedo con la boca abierta, aturdido como si acabara de darme un bofetón. Con las prisas no he tenido tiempo para pensar qué es lo que ha sucedido, pero esto es lo último que podría haber imaginado. No sé qué decir, así que simplemente lo abrazo.

–Lo siento –digo finalmente al cabo de un minuto, con un nudo en la garganta. No contesta, pero noto que tiembla ligeramente: está llorando,

aprovechando el abrazo para ocultarme sus lágrimas.

No sé cuánto rato seguimos de ese modo, abrazados en medio de la estación mientras llora, pero permanecemos así el tiempo suficiente como para que la gente comience a mirarnos raro. Pero él no se separa de mí y yo tampoco lo hago: sé que me necesita, así que sigo abrazándolo con fuerza.

–Tranquilo. Estoy aquí.

Al cabo de unos minutos tengo el hombro completamente empapado, pero él ha logrado dejar de temblar. Al final, se separa de mí. Puede que haya intentado ocultarme sus lágrimas, pero no puede ocultar el rastro que han dejado en sus mejillas ni sus ojos enrojecidos.

–La vida es una mierda, ¿eh?

–Nah. Solo nos putea un poco de vez en cuando –replico, tratando de quitarle importancia al asunto.

–Siento estar dándote la lata con esto. Como si tú no tuvieras ya bastante con lo tuyo...

–No te preocupes. Eres mi mejor amigo, ¿no? Para eso estamos.

Suelta un suspiro, casi de resignación.

–No sé qué es lo que he hecho mal...

Comprendo perfectamente cómo se siente: yo tampoco sabía qué había hecho mal cuando comenzaron los insultos.

Lo cierto es que me cuesta asimilar que esto esté sucediendo. Llevan juntos tanto tiempo que jamás me había planteado que pudieran romper, pero ha sucedido. Incluso habían comenzado a hacer planes para irse a vivir juntos cuando empezaran la universidad, y ahora...

–Sé que yo no soy la persona más indicada para hablar de relaciones... –digo al cabo de unos minutos–. Pero estas cosas pasan, Fer... Es normal. Ahora estás mal, pero encontrarás algo mejor. Ya lo verás.

Se encoge de hombros.

–No lo sé. Laura era demasiado perfecta.

–No digas tonterías. Nadie es perfecto, lo que pasa es que no estás siendo objetivo.

–Si tú lo dices...

–Venga ya, Fer. ¿Tú crees que en un mundo con millones de personas no hay ninguna con la que encajes perfectamente?

–Encajaba con Laura.

–Pero ya no estáis juntos –le recuerdo, tratando de decirlo con todo el tacto posible–. Encontrarás a alguien, ya lo verás.



–No sé yo...

–Pues yo sí que lo sé. Míralo por el lado positivo: yo lo tengo mucho peor que tú, ¿no? Tienes a un montón de chicas heteros como posibles candidatas. Alguien tiene que haber, te lo aseguro.

–Empiezo a dudarlo. Laura era la mujer de mi vida, tío. Nunca había estado tan seguro de algo, y ahora...

–Bueno, pues quizás tampoco estés destinado a estar con alguien. Quizás funciones mejor solo.

Él niega con la cabeza.

–Yo no sirvo para estar solo.

–Tampoco es bueno estar con alguien simplemente por no estar solo.

–Lo sé, pero lo nuestro no era así. Era distinto, era... real. Y ahora ya no sé qué puto sentido tiene creer en el amor.

Siento un pinchazo de dolor al pensar en Sergio. ¿Será nuestra historia como la de Fer y Laura? ¿Está condenada a terminar desde el principio aunque ahora parezca tan perfecta? Puede ser, pero también sé que no tiene sentido pensar en eso. ¿Por qué estropear el presente pensando en lo que pueda suceder en el futuro?

–Te entiendo –digo finalmente–. Créeme, te entiendo. Pero viviste ese gran amor y fuiste muy feliz. Luego se acabó, sí... pero valió la pena mientras duró. Y después vendrá otra. Y volverás a ser feliz.

# CAPÍTULO 47

*Once I'm transformed  
Once I'm reborn  
You know I will rise like a phoenix  
But you're my flame  
Rise Like a Phoenix, Conchita Wurst*

–¿Estás seguro de que no quieres dar nombres? –me pregunta Ana, con los brazos cruzados por delante del pecho.

Asiento decididamente con la cabeza, sabiendo que ya no hay vuelta atrás. Me ha costado mucho tomar esta decisión, pero sé que en el fondo es lo mejor. Quizás no sea la decisión correcta, pero sé que es la más adecuada dada la situación. Si diera nombres, Darío se vería involucrado, y no quiero que él también tenga que pasar por eso, a pesar de todo. Sé que

(ha sido un cabrón)

no ha actuado bien y que me va a costar mucho perdonarlo, si es que alguna vez llego a hacerlo. Pero puedo comprender su miedo, porque yo lo he vivido también en mi propia piel. Delatarlo sería la opción más sencilla dadas las circunstancias, pero sé que eso no le haría ningún bien.

Supongo que en el fondo sigo siendo gilipollas.

–Bueno, es tu decisión –acepta, y suelta un suspiro–. Si no quieres seguir en el instituto, no puedo obligarte. Terminarás el curso al menos, ¿verdad? No deberías dejarlo ahora que está a punto de terminar.

–Lo terminaré, sí. Por eso no te preocupes.

Lo único que quiero es marcharme de una vez de este pueblo de mala muerte, dejarlo muy atrás, olvidarlo para siempre y no volver nunca. Todavía no sé si continuaré estudiando después del verano. De momento, me quedaré con

María y acabaré el curso, pero después trataré de encontrar trabajo: no quiero suponer una carga para ella. Además, vive con su novio, y aunque Dani es un encanto, no me siento cómodo imponiendo mi presencia en su casa.

No sé qué me espera en los próximos meses, pero sé que será mejor que lo que dejo atrás.

\* \* \*

De camino a la estación, me entra un impulso repentino y decido pasarme por casa. Sé que tal vez no sea lo más prudente, pero... ¿por qué no? Si las cosas van a cambiar, lo mejor será dejarlo claro cuanto antes. Ya he tomado una decisión, y necesito convencer a mi madre para que también lo haga.

Me tiemblan las manos mientras trato de abrir la puerta, pero finalmente consigo meter la llave en la cerradura. Dudo durante unos instantes, inmóvil, pero finalmente la hago girar y entro en la casa.

No oigo el rumor constante del televisor, así que doy por hecho que mi padre todavía no ha vuelto del trabajo, aunque lo más probable es que no tarde mucho. Cuando llego al salón y veo a mi madre allí sola, limpiando el polvo, mis sospechas quedan confirmadas. La miro en silencio durante unos instantes, sin saber qué decir, hasta que se da cuenta de mi presencia y corre a abrazarme, todavía con el plumero en la mano.

—¡Óscar! No deberías haber venido, hijo, tu padre está a punto de llegar. Como te encuentre aquí...

—Pues que me encuentre —replico—. Me da igual que se avergüence de mí, porque yo también me avergüenzo de él. Pero quiero dejar las cosas claras de una vez por todas.

—¿Las cosas claras?

—No necesito su dinero. En cuanto acabe el curso, voy a ponerme a buscar trabajo para no ser una carga para María.

Ella me mira a los ojos, consternada. Aparto la mirada sin atreverme a mirarla.

—¿Y qué pasa con los estudios? El año que viene haces segundo de bachillerato, hijo, no puedes dejarlo ahora.

—Si no consigo dinero para pagarme la matrícula, no lo haré. Puedo hacerlo el curso siguiente si ahorro durante este. Y no hace falta que me des nada —añado rápidamente cuando veo que abre la boca para contestar—. Sé que sería dinero de pa... de él, y no quiero nada suyo.

–Cariño, no puedes tirar tus estudios por la bor... –Se queda en silencio de golpe cuando ambos oímos el sonido inconfundible

(nonononono)

de la llave girando en la cerradura. Se me hiela la sangre en las venas al oír que la puerta se abre, pero ya es demasiado tarde para echarme atrás—. Vete a tu habitación, Óscar.

–No. Voy a quedarme aquí.

–¡Óscar! Si tu padre te ve...

–Me da igual.

Noto unos pasos acercándose cada vez más al salón, aunque apenas puedo oírlos a causa del latido frenético de mi corazón, que parece martillearme en los oídos. Mi padre entra en el salón y se queda paralizado al verme dentro, con la boca ligeramente abierta en señal de sorpresa.

–¿Qué coño estás haciendo tú aquí?

–Tranquilo, que ya me voy –digo, tratando de hablar con un valor que no siento realmente—. Solo he venido a recoger mis cosas.

Él se acerca peligrosamente a mí, pero permanece a un par de metros de distancia.

–¿Y adónde vas a ir? ¿Con el maricón del otro día?

Siento un pinchazo de dolor al oír que llama así a Sergio, pero intento no perder los nervios.

–El maricón del otro día es mi novio, y ha hecho por mí mucho más de lo que tú has hecho jamás. Y no me voy con él. Me voy con María.

–¿Con María? –repite con una mueca de asco—. Pues dile a la puta de tu hermana que tampoco quiero verla por aquí.

Noto otra punzada de dolor en el corazón al oír que se refiere así a su propia hija, y mi madre ahoga un gemido.

–Tranquilo, que ella tampoco tiene intención de volver a verte el pelo.

–Mejor. No quiero saber nada de esa puta.

–¡No llames así a tu hija! –interviene mi madre con voz débil. Antes de que pueda reaccionar, mi padre cruza la escasa distancia que los separa y le da un fuerte bofetón que resuena en toda la habitación. Ella retrocede, pero logra sujetarse a la pared antes de caer al suelo.

–Esa zorra tampoco es hija mía.

–¡Déjala en paz, hijo de puta! –grito.

Como respuesta recibo también un fuerte bofetón que me alcanza en un lateral de la cara, y retrocedo unos cuantos pasos con un estridente pitido en los

oídos.

–¡Tú cierra la boca, maricón!

–¡No vuelvas a tocar a mi hijo! –chilla mi madre.

–¿Qué pasa? ¿Es que queréis volver a recibir?

Se acerca y levanta la mano para golpearla de nuevo, pero yo le doy un empujón con todas mis fuerzas antes de que pueda hacerlo. Sin embargo, no logro moverlo demasiado, y enseguida se recupera y me lanza un puñetazo directo a la nariz. Consigo apartarme en el último segundo, pero aun así su puño me golpea en la sien. Suelto un grito y veo una serie de estrellitas bailando ante mis ojos. Me llevo una mano a la cabeza, aturdido.

–¡Déjalo en paz! –grita mi madre.

Pero él no lo hace, y en lugar de eso me suelta un bofetón que restalla contra mi mejilla con un ruido sordo. El dolor es ardiente e intenso, y sé que no se está conteniendo: en cada golpe va impreso todo su odio, todo el asco que siente por lo que soy. Se me escapan unas lágrimas traicioneras, pero

(no llores no Óscar no no llores)

logro contenerlas mientras aguardo el siguiente bofetón.

No obstante, antes de que pueda volver a pegarme, suenan unos fuertes golpes en la puerta. Mi padre se queda inmóvil, y no me resulta difícil imaginar lo que debe de estar pensando: algún vecino habrá oído los golpes o los gritos, y habrá venido a comprobar si todo está bien.

–Como digáis algo, os reviento a hostias –advierte en voz baja.

Aguardamos unos instantes en silencio, solo roto por el atronador latido de mi corazón y el tenue pitido que todavía noto en los oídos. Me planteo la posibilidad de gritar, de pedir ayuda, pero la perspectiva de que haga daño de verdad a mi madre antes de que puedan ayudarnos resulta demasiado aterradora.

Vuelven a llamar a la puerta, y apenas unos segundos después oigo una voz que reconozco como la de Fer, aunque suena algo amortiguada.

–¡Abre la puerta!

–¿Qué coño quiere este ahora? –murmura mi padre.

–¡Estoy a punto de llamar a la policía! –continúa mi amigo–. Si no abres la puerta ahora mismo, voy a llamar.

Veo una expresión de terror en el rostro de mi padre, que se dirige de mala gana hacia la puerta de entrada. La abre, y veo a Fer en la entrada, con el móvil encendido en la mano.

–Estoy a punto de llamar a la policía –repite.

–¿Qué cojones dices? –pregunta mi padre tratando de no alzar la voz, y avanza un paso hacia Fer, que retrocede un par de metros. Mi corazón, mientras, está a punto de estallar de la tensión.

–¡Atrás! Solo tengo que darle a un botón para llamar.

–Lárgate a tu casa, niño. Esto no es asunto tuyo.

En ese momento se abre una puerta al otro lado del pasillo, y sale por ella una mujer algo mayor, con el pelo corto y grisáceo, a quien reconozco por habérmela cruzado a menudo en las escaleras.

–¿Qué está pasando?

–No pasa nada, señora –asegura mi padre, aunque no logra camuflar del todo en su voz la furia que siente. La mujer se encoge de hombros y vuelve a meterse en su casa–. Vamos dentro.

–Yo también voy a entrar –se apresura a decir Fer.

Mi padre lo mira con desprecio, pero entonces sus ojos caen sobre el móvil de mi amigo y asiente bruscamente con la cabeza. Una vez todos dentro de la casa, transcurren unos segundos de silencio en los que nadie sabe qué decir.

–¿Qué coño haces tú aquí? –pregunta finalmente mi padre, rompiendo el silencio.

–Estaba preocupado, así que he seguido a Óscar hasta aquí –explica Fer–. Iba a marcharme cuando te he visto entrar en el edificio y me he colado detrás de ti. Y parece que he hecho bien.

–Mira, niño... Esto no es asunto tuyo. Será mejor que te vayas a tu casa ahora mismo.

–¿Te crees que soy gilipollas? –pregunta Fer, airado–. Sé perfectamente lo que estaba pasando aquí.

–Tú no sabes nada –replica mi padre, y no se me escapa el matiz amenazador de su voz.

–Sé que maltratas a tu mujer y a tu hijo.

–Ese maricón no es hijo mío. No es más que un trozo de mierda.

–¡Se acabó! –grita mi madre, sobresaltándonos a todos–. Me largo de aquí. Me voy con Óscar.

Él se queda inmóvil durante unos instantes, claramente sorprendido por su reacción. Por su lenguaje corporal queda claro que quiere volver a pegarle, pero no se atreve a hacerlo con Fer delante.

Miro a mi madre, sorprendido, y me doy cuenta de algo: ha estado acumulando cosas durante tanto tiempo que finalmente ha estallado. Por fin ha reunido el valor para tomar la decisión que tanto le costaba.

–No tienes adónde ir –señala mi padre–. Y no pienso darte ni un céntimo para mantener a ese maricón.

–No necesito tu dinero. Y no quiero que vuelvas a hablar así de mi hijo –añade con voz gélida–. ¿Está claro? Como vuelvas a hacernos daño a cualquiera de los dos, te denunciaré.

## **VOLVER A EMPEZAR**

Todavía no sé si creer que esto ha sucedido de verdad. Parece irreal, parece mentira que por fin haya acabado todo después de tanto tiempo.

Pero ha sucedido.

Parecía imposible, pero ha sucedido.

**Publicado el 3 de febrero a las 23:49**

**Comentarios: 5**

Después de la tormenta siempre sale el sol, ¿no?

P. D.: ¡Por fin has vuelto! Tenía miedo de que hubieras cerrado el blog para siempre :(

**Publicado por Anónimo el 4 de febrero a las 19:27**

No podía hacer eso :)

**Publicado por LostBoy el 5 de febrero a las 15:34**

Eh... ¿hola? ¿Sigues vivo?

**Publicado por Anónimo el 21 de febrero a las 18:21**

No, ahora en serio. ¿Estás vivo?

**Publicado por Anónimo el 25 de febrero a las 19:09**

¡Sigo vivo! Perdón. Las cosas son una locura últimamente, pero todo va genial. Gracias por preocuparte :)

**Publicado por LostBoy el 27 de febrero a las 17:34**



**¿Te ha gustado? Compártelo**



## **QUERIDO ANÓNIMO:**

Sé que llevo muchísimo tiempo sin actualizar esto, pero la verdad es que apenas he tenido tiempo para respirar últimamente. Desde luego, es sorprendente lo mucho que ha cambiado mi vida estos últimos meses.

Hemos encontrado un piso pequeño de tres habitaciones, con salón y cocina en un único espacio, y ahora mamá, María y yo volvemos a vivir juntos. Dani se ha mudado con nosotros, y entre los tres pueden pagar el alquiler sin dificultades. Además, en cuanto acabe el curso comenzaré a trabajar en la cafetería de enfrente del centro deportivo, para poder contribuir un poco y, al menos, seguir pagándome las clases de judo. Aunque ya no necesite defenderme, no quiero olvidar todo lo que me han traído.

Ahora es cuando comienza mi vida de verdad.

Después de diecisiete años, por fin tengo un hogar.

**Publicado el 1 de marzo a las 16:17**

**Comentarios: 1**

Como vuelvas a pasar tanto tiempo sin actualizar, te mato.

**Publicado por Anónimo el 4 de marzo a las 12:34**

**¿Te ha gustado? Compártelo**



# CAPÍTULO 48

*You are the best thing  
That's ever been mine  
Mine, Taylor Swift*

No puedo evitar sentir un nudo en el estómago mientras espero. Incapaz de quedarme inmóvil, no dejo de pasearme de un lado a otro, nervioso. Tras unos minutos, veo por fin que Darío se acerca con paso inseguro. Nada más verlo tengo claro que algo ha cambiado en él. Físicamente sigue teniendo el mismo aspecto, pero hay algo claramente distinto en su expresión, algo diferente en su actitud que enciende una chispa de esperanza en mi interior.

Pero sé que no puedo confiar en él, al menos, no del todo. No después de todo lo que me ha hecho.

–Me he enterado de que te vas del instituto –dice simplemente cuando llega hasta mí. Yo me limito a encogerme de hombros.

–Eso no es asunto tuyo.

–También me he enterado de que no me has acusado –continúa como si no me hubiera oído, cambiando el peso de una pierna a otra. Me encojo de hombros una vez más antes de contestar.

–Es mucho más de lo que te merecías.

Suelta un suspiro.

–Lo sé.

–¿Y qué es lo que quieres?

–Pedirte perdón.

No puedo evitar poner los ojos en blanco al oír sus palabras, consciente de que no es la primera vez que parece arrepentido.

–Ya hemos tenido esta conversación, Darío. No estoy interesado en volver a hacerlo.

Me giro para marcharme, pero él me sujeta el brazo.

–Suéltame ahora mismo.

–Espera, Óscar. Por favor. Necesito hablar contigo.

Lo fulmino con la mirada.

–¿Para que vuelvas a hacer lo mismo que la otra vez?

–No voy a hacerlo. Te lo prometo.

Lo miro a los ojos, y veo algo que no habría esperado ver en ellos; algo muy parecido al arrepentimiento. Recuerdo

(las lágrimas)

nuestra última conversación y me pregunto si no habrá servido para algo después de todo.

–Está bien.

–Lo siento mucho. De verdad, Óscar –asegura, y se le rompe la voz al pronunciar mi nombre–. Lo siento muchísimo.

Pongo los ojos en blanco de nuevo.

–¿Qué parte exactamente?

–Todo. He sido un hijo de puta.

Asiento con la cabeza.

–Lo has sido.

–Lo sé. Pero quiero que sepas que me arrepiento. Lo digo en serio –añade cuando pongo los ojos en blanco una vez más–. He pensado mucho desde la última vez que hablamos, y lo siento de verdad.

–¿Por qué lo hiciste?

No necesito especificar más para que sepa a qué me refiero.

–No lo sé, Óscar. Supongo... supongo que estaba perdido.

Asiento con la cabeza, un tanto sorprendido al darme cuenta de que ha utilizado la misma palabra que utilicé yo para describirlo aquel día en la discoteca. Me fijo en su rostro y veo que tiene los ojos húmedos.

–Yo también lo estaba –señalo.

–Ya, pero... No sé, todo era demasiado difícil. Ya sabes cómo son en el pueblo.

–Si lo sé es en parte gracias a ti –le recuerdo.

–Joder, lo siento, ¿vale? De verdad. Lo siento. Pero ya sabes cómo son. Estaba muerto de miedo.

–Sigo sin entender a qué vino todo ese cambio. Llevábamos meses follando, Darío. Meses. Sabías perfectamente lo que yo sentía. ¿Por qué te pusiste así por lo que te dije?

Él esquiva mi mirada mientras traga saliva, y abre y cierra la boca un par de veces antes de contestar.

–Porque en ese momento me di cuenta de lo que sentía por ti –explica finalmente, con los ojos llenos de lágrimas que amenazan con derramarse de un momento a otro–. De lo que todavía siento por ti.

Me quedo boquiabierto.

–No parecía que sintieras nada bueno precisamente.

–No es algo de lo que me sienta orgulloso.

–¿Entonces?

–Tenía miedo. Me di cuenta de que era diferente, de que siempre lo sería por mucho que me lo negara, y quererte... quererte significaba enfrentarme a todo lo que estaba tratando de reprimir. Y no podía hacerlo.

Permanecemos en un silencio tenso durante unos segundos.

–Darío, yo... No sé qué decir, la verdad.

–Sé que te será demasiado difícil perdonarme después de todo esto, pero... ¿crees que podrás hacerlo?

–¿Sinceramente? No lo sé, Darío. De verdad que no lo sé.

–Estás con ese chico, ¿verdad? El de la discoteca. –Asiento con la cabeza–. Lo suponía.

–Lo siento, Darío. Ya es demasiado tarde.

Él asiente también, tragando saliva, y entonces me mira con una débil sonrisa en los labios. Una lágrima solitaria se desliza por su mejilla.

–Te hace feliz, ¿no?

–Muchísimo –confieso.

Ni siquiera sé por qué le he dicho eso, pero no me avergüenzo de ello. Asiente con la cabeza una vez más y su sonrisa se ensancha. Levanta un brazo para secarse la lágrima con la mano.

–Entonces, eso es lo importante.

\* \* \*

–¿Puedo ir a tu casa?

–Claro. ¿Pasa algo?

–Ahora te cuento. Tardo unos veinte minutos.

–Vale. ¿Estás bien?

Me lo pienso durante unos segundos antes de contestar, así que insiste:

–¿Óscar?

–Estoy bien, no te preocupes. Ahora hablamos.

–Te quiero.

–Te quiero.

Cuelgo mientras bajo las escaleras del metro. Todavía no se me da muy bien moverme por él, pero el camino para llegar a casa de Sergio me lo sé de memoria. Mientras espero a que llegue el tren, y después dentro del vagón, no puedo dejar de darle vueltas a la conversación con Darío. Al fin y al cabo, parece que sí sirvió hablar con él aquella última vez.

Una parte de mí quiere

(desea)

odiarlo por lo que hizo, despreciarlo, darle la espalda. Sin embargo, no sé si soy capaz de hacer algo así. No después de todo lo que yo mismo he tenido que pasar. A pesar de todo, en el fondo él también se merece su final feliz, y sé que le va a costar mucho encontrarlo.

Pero, al menos, ya ha dado el primer paso.

Cuando llego a casa de Sergio, le cuento rápidamente lo que ha ocurrido. En algún momento se me escapan unas lágrimas traicioneras, pero él me abraza con fuerza hasta que termino de hablar.

–¿Qué vas a hacer? –me pregunta cuando acabo.

–No lo sé. Por un lado me gustaría perdonarlo, y sé que es lo que debería hacer, pero por otro...

–Te entiendo.

–¿Tú qué crees?

Traga saliva antes de contestar.

–Creo que deberías perdonarlo.

Asiento con la cabeza, consciente de que tiene razón. Después, sonrío y lo beso en los labios. Sé perfectamente que cualquier otro me habría pedido que me alejara de él. Cualquier otro se habría puesto celoso de que hablara con Darío después de todo lo que pasó entre nosotros; me habría dicho que no volviera a hablar nunca más con él. Pero Sergio no es así.

–Te quiero –digo finalmente.

–Y yo a ti. Muchísimo. Eres lo mejor que me ha pasado.

Es perfecto. Y lo mejor de todo es que él también cree que yo lo soy. Sin embargo, a veces no puedo evitar sentirme preocupado.

–Tengo miedo.

–¿Por qué, tonto? ¿Qué pasa?

Titubeo durante unos segundos antes de contestar, tratando de encontrar la mejor forma de expresarlo.

–Tengo miedo de que llegue el día en que te des cuenta de que no soy tan bueno como tú te crees –digo finalmente.

–Eres idiota.

–¿Por qué?

–Porque sí. Para mí eres perfecto, y ya está.

–¿Por qué? –repito.

Él sonríe y me mira fijamente antes de contestar, clavando sus ojos azules en los míos, provocando un cálido cosquilleo en mi interior.

–Porque te quiero.

Y yo me derrito.



(Después)

*I'm waking up, I feel it in my bones  
Enough to make my systems blow  
Welcome to the new age, to the new age  
Welcome to the new age, to the new age  
Whoa, whoa, I'm radioactive  
Whoa, whoa, I'm radioactive  
Radioactive, Imagine Dragons*

Las abejas asesinas vuelven a taladrarme el estómago, pero esta vez no son a causa de Sergio. En unos pocos minutos llegaré al instituto, y siento una oleada de terror y emoción a partes iguales.

–Oye, Sergio...

–¿Sí?

–Tengo miedo.

Pone los ojos en blanco y me da un beso rápido en los labios.

–Venga ya, Óscar –dice con una sonrisa–. Ya hemos hablado de esto. Va a ir genial, ya lo verás.

Asiento con la cabeza, consciente de que tiene razón.

–Está bien.

–Te quiero, ¿vale?

–Y yo a ti.

–Recuerda que aquí las cosas van a ser diferentes. Van a ser mejores. No tienes por qué tener miedo.

Con él cerca, sé que nada puede salir mal. Mi nuevo instituto se encuentra a menos de veinte minutos caminando de la universidad a la que asistiré Sergio, y eso significa que muchos días podemos ir juntos a clase, y también quedar fácilmente después. Desde la mudanza no ha pasado un solo día sin que nos viéramos, y con el paso de las semanas comienza a costarme un poco creer que las cosas que me hicieron en el pueblo sucedieran realmente.

Al menos, cuando no me despierto en mitad de la noche, cubierto de sudor a causa de las pesadillas.

Sin embargo, poco a poco las heridas van sanando. Sé que mis cicatrices me acompañarán durante mucho tiempo, tal vez durante toda mi vida, pero he aprendido a verlas como algo bueno. No son un recordatorio de lo mal que lo he pasado, sino de todo lo que he conseguido superar. Son un recordatorio de que ahora soy fuerte, de que he logrado salir adelante. Mis alas ya no son de papel. Ahora son fuertes, y sé que nada volverá a atarlas otra vez.

Los lobos que aparecieron en el camino ya han sido derrotados, y sus cabezas cuelgan ahora de mi pared, a la vista de todos. Las víboras que trataron de inyectarme su ponzoña están muertas y enterradas, y ahora llevo su piel de pulsera como recordatorio de lo que no consiguieron. A pesar de ellos, o quizás gracias a ellos, ahora soy más fuerte.

Entonces lo entiendo. Por primera vez, lo entiendo: soy fuerte. El fuego en el que ardo ya no me quema la piel. No me hace daño. Ahora forma parte de mí, de mi piel y de mi sangre. Ahora, yo soy el propio fuego, y si alguien se atreve a tocarme sin mi permiso, será él quien salga ardiendo.

Soy fuego.

Soy luz.

Soy radiactivo.

*El fuego en el que ardo  
Ya no me quema la piel  
No me hace daño  
Todo arde, María Villalón*



# AGRADECIMIENTOS

Resulta un tanto extraño que en la portada de esta novela solo ponga mi nombre, porque no habría llegado a las librerías de no ser por muchas personas que me ayudaron por el camino. Son demasiadas y mi memoria es muy mala, así que espero que me perdonen si me he olvidado de ti.

Para empezar, gracias a mi familia, por supuesto, y especialmente a mi madre. Gracias por el apoyo constante y por no perder nunca la fe en mí.

No puedo continuar sin mencionar primero a todos los chicos que alguna vez me contasteis vuestra historia, y especialmente a Jorge y a Javi. Óscar tiene un poco de cada uno de vosotros, y querer ayudaros fue lo que lo ayudó a él a nacer. Gracias por vuestras historias, por vuestra confianza y, sobre todo, por hacerme sentir tan orgulloso de vosotros y de todo lo que habéis conseguido. Sois muy grandes.

Gracias a los que leyeron versiones iniciales de esta historia, hace ya más de un año. Jony: son demasiadas las cosas que tengo que agradecerte, así que gracias por creer en mi historia y, sobre todo, gracias por creer siempre en mí. Te quiero. Ferran, debo tanto que podría escribir una página entera solo para ti, así que solo diré esto: espero que pronto pueda leer mi nombre en los agradecimientos de algún libro tuyo. O de los dos. A Pablo, por todo. Por tu emoción, por tu entusiasmo y por ser siempre uno de mis primeros lectores. Puede que por fuera seas pequeño, pero por dentro eres infinito. A Javi, Brai y Marcos, por vuestro apoyo, vuestro *fangirleo* y vuestros ánimos continuos. Y, sobre todo, por soportarme cada vez que os preguntaba algo acerca de la historia. No sé qué habría hecho sin vosotros.

Gracias también a todos los que leyeron versiones más definitivas. A Jon, por los cientos de *emojis* de alegría al darte la noticia. A María Villalón, por tu inspiración, tu apoyo y tus palabras, tanto escritas o cantadas: ya sabes que esta

novela tiene mucho de ti entre sus páginas. A Daniel Blanco y David Lozano, por ser buenos amigos además de grandes escritores y consejeros. Gracias por todo y, sobre todo, por ser maestros para mí. Y también a Esme, Josu, Sara y Sebas, por todo vuestro apoyo y las frases maravillosas.

A Miriam, por ser la mejor editora (¡y amiga!) que se podría desear. Son muchas las cosas que tengo que agradecer, pero la más importante es esta: gracias por creer en mí. Y lo mismo le digo a Silvia: gracias por haber tenido tanta fe en esta historia. Espero que las tuyas no tarden en ver la luz. Gracias a Lola Rodríguez por la maravillosa cubierta, y a todo el equipo de Plataforma Editorial por el cariño con el que ha tratado mi historia y la magnífica maquetación.

A Pepe y Elena, a pesar de todo. Fuisteis de los primeros en creer en esta historia, y eso nunca voy a olvidarlo. Gracias también a Hugo, por la inspiración para los dibujos de Óscar y por haberles dado vida entre las páginas de este libro. Si os han gustado, os recomiendo encarecidamente que echéis un vistazo a su trabajo en [facebook.com/ThehugoArtist](https://www.facebook.com/ThehugoArtist).

Tengo que agradecer también a los demás escritores de los que tanto he aprendido, ya sea a través de sus obras o a través de sus palabras de apoyo. A Laura Gallego y Jordi Sierra i Fabra, por esas cartas de hace ya cerca de una década. Sois vosotros quienes me impulsasteis a seguir este camino que ya está materializándose. A Javier Ruescas, por esos consejos que me diste allá por 2011, que tanto me han servido y que no he olvidado. A Paco/Blue Jeans, por tu humildad y tus palabras de apoyo desinteresado. Ojalá hubiera más autores como tú. A Iria G. Parente, Lorena, Arse, Anabel Botella y Gabriella Campbell, por compartir conmigo vuestra experiencia y haberme apoyado desde el principio. A Alice Kellen, por esa charla sobre los seudónimos que tanto me ayudó.

A Javier del Álamo... por prestarme el dinero para imprimir el contrato del libro cuando yo no tenía. Te dije que lo pondría en los agradecimientos y yo cumplo mis promesas, así que aquí está. También a Alberto y Nuria, por ayudarme a que el horario de Óscar tuviera sentido.

Por supuesto, a todos los amigos que han hecho este viaje aún más bonito. A Gara y a Olga, por ser amigas maravillosas y creer siempre en mí por mucho que pasen los años. A Dani Ojeda, por tus consejos y tu informe. A Sammy, Dani Sánchez, Inma, Kevin, Marta, Álex (¡los dos!), Rocy, Ane, Sergio, Gloria, May, Patri, Bella, Jaime, Lena, Javier y María, por vuestro apoyo y vuestro entusiasmo. Y gracias también a mis amigos internacionales, especialmente a

Clau, Juliana, Ignacio, Aarón y Mariana, por toda vuestra emoción. ¡Espero que el libro llegue pronto a vuestros países y podáis leer esto vosotros mismos!

A todos mis seguidores del blog, de Twitter y del canal. Sé que quizás os parezca que no habéis influido en esta novela, pero no es así en absoluto. Cada tuit y cada comentario que me dejabais, ya fuera animándome a escribir o diciéndome que queríais leer una novela mía, me ha ayudado a dar un paso más hacia la meta. Y por fin he llegado hasta ella. Jamás podré terminar de agradeceros todo el apoyo que me habéis dado desde que anuncié que este libro iba a publicarse. Ojalá os haya gustado, lo espero de corazón.

A todos aquellos que, en definitiva, siempre creyeron en mí. No lo habría conseguido sin vosotros.

Tu opinión es importante.

Por favor, haznos llegar tus comentarios a través de nuestra web y nuestras redes sociales:

[www.plataformaneo.com](http://www.plataformaneo.com)  
[www.facebook.com/plataformaneo](https://www.facebook.com/plataformaneo)  
[@plataformaneo](#)